



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

DE VIAJE A OTRO PAISAJE

LA VISIÓN FRANCESA DEL NOROESTE DE MÉXICO DE 1822 A 1862

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA:

Iléana Yvonne Nielle Blum Green.

Directora: Dra. Ana Rosa Suárez Argüello.

Ciudad de México

Junio de 2023



*A mis padres,
A la memoria de mami y mi padrino
Y a mi sueño de pequeña.*

*“Todo final en la historia del mundo
contiene necesariamente un nuevo inicio”*

*“Tout final dans la histoire du monde
contient nécessairement une nouvelle début”*

Hannah Arendt



Agradecimiento

Me ha tomado un tiempo escribir este agradecimiento no solo por el tiempo que duro escribir la tesis (con sus altas y bajas, con la pandemia del COVID y sus secuelas emocionales) sino por la reflexión que hice por el cierre de este capítulo de mi vida al entregar esta tesis y las personas que me han ayudado a poder completarlo.

Creo que mi primer agradecimiento es a mis padres. Esas personas que me apoyaron desde muy pequeña cuando ya sabía que me quería dedicar a la historia. Y quienes no tuvieron miedo de dejarme marchar, no solo a otra ciudad para estudiar, sino a una tan grande como en CDMX. A mi papá Lionel que siempre me acompaño incluso en las lágrimas con su tranquilo carácter y siento que fue él quien me ayudo a acercarme a la historia. A mi mamá Mara que a pesar de la distancia física que nos separaba siempre sentí su presencia. Y con su carácter me hacía continuar el rumbo para culminar esta tesis.

También tengo que agradecer a mi directora de tesis la doctora Ana Rosa Suárez Argüello. Quien no solo guio y corrigió esta tesis, sino que asimismo tuvo paciencia con mis cambios de ideas, mis altibajos en las entregas y mis silencios de a veces meses. También en la misma línea tengo que agradecer a la doctora Eulalia Ribera Carbó, quien siempre me recibió y leyó mi trabajo con mucha alegría y su sonrisa me daba esperanza de que esta haciéndolo bien. Y la maestra Gabriela López por leer y ayudarme en la elaboración de la adaptación de la tesis en un guion, incluso cuando el camino fue un poco complicado para ambas.

Otro gran apoyo fue mi familia tanto materna (Green), paterna (Blum) y adoptada (Tripp). Siempre he agradecido en nacer en una familia tan unida y mientras más crezco más me doy cuenta del gran privilegio que es. A mi hermana Loana, a mi papi Gerard, a mis primos David, Martha, Daniel, Pamela, Coral, Gaby, Daniela, Andrea y Andy. A mis tíos Carlos, Leonor, Gustavo M., Yanira, Velvet, Oscar, Vicky, Yenda, Eduardo, Francis y Betty. Incluso, si esta pandemia y el hecho de que varios de nosotros nos hemos separado para seguir nuestros caminos, me hizo dudar un poco de nuestros lazos, me di cuenta que siguen allí a pesar de



todo. Incluso en la otra vida donde sé que se encuentran descansando mi mami Evelyn y mi padrino Gustavo. Con sus llamadas por Skype y mensajes de WhatsApp me daban todo su apoyo y amor.

Asimismo, agradezco al Instituto Mora y a todos los que me acompañaron en la carrera. Al instituto le doy gracias aceptarme en el programa y acogerme en sus salones, instalaciones y su biblioteca. También a los bibliotecarios les reconozco su ayuda a la hora de prestarme los libros y contestar mis dudas cuando podían. A la coordinación con Guadalupe Villa Guerrero y Victoria Aupart por resolver mis dudas y alentarme a terminar este trabajo.

Gracias a mis profesores en toda la carrera por sus enseñanzas como los doctores Eulalia Ribera Carbó, Claudia Patricia Pardo Hernández, Enriqueta Quiroz Muñoz, Lourdes Roca Ortiz, María Esther Pérez Salas Cantú, Gerardo Gurza Lavalle, María Eugenia Chaoul Pereyra, Kristina Pirker, Rubén Andrés, Alfredo Ruiz Islas y Ernest Sánchez Santiró. Y las maestras Iluhutsy Monroy, Diego Rodríguez y Keiko Teranishi. Sus clases me dieron diferentes perspectivas sobre la historia y como abordarla. Espero que este trabajo refleje, aunque sea un pedacito, de lo que me enseñaron. También agradecer a las doctoras a Cristina Sacristán Gómez y Matilde Souto Mantecón, quienes no solo me dieron clases, sino que ayudaron a dar forma a la tesis en el seminario de tesis.

Pero a la profesora que más agradezco y sin duda alguna esta tesis no sería para nada lo que es hoy a la maestra Alicia Salmerón Castro. Debo reconocer las horas que dedico en el seminario de tesis a leer mis adelantos con mis ideas dispersas y mala síntesis. También por ello debo reconocer el sufrimiento que hice pasar a mis compañeras de seminario Alicia Vázquez, Mariana Estrada y Sofía Aguilar.

Además, quiero mencionar a mis compañeros de carrera que estuvieron a lo largo de la carrera. Sofía, Arlene, Alicia, Mariana, Diego, Diego Ángeles, Gerardo, Daniela, Diana, Regina, Oriana y Daniel. También a los amigos que hice en la maestría de Estudios Regionales, en la VI generación y otros programas en especial a Aledi, Aisslim, Aessandro, Becker, Anatali, María, Manuel, Rossy, Paula y Zamba. Me dieron ánimos y una visión más amplia de la ciudad y del mundo.



De todos mis compañeros a quienes más doy gracias a mis amigos Santi y Paty, por su amistad y las frustraciones, las crisis, las pláticas y las sesiones de estudio compartidos. Por abrirme sus casas y aceptarme en sus familias. Por acompañarme las dos veces que me torcí el tobillo en finales.

Por último, agradezco a mis amigos dispersos por el mundo. Que, aunque no nombre, están en mi corazón. Me hicieron ver que, incluso si tardo en contestar o en mandar señales de vida, cuando lo hago, me reciben con los brazos abiertos y oídos atentos.

A todos ellos espero que esta tesis sea de su agrado.



Introducción	p. 6
PRIMERA PARTE	
Capítulo 1. Los viajeros y el mundo del que venían.....	p. 20
1.1 La expansión imperialista de principios del siglo XIX.....	p. 20
1.2 Motivos, movilidad y circuitos de los viajeros.....	p. 23
1.3 Las referencias literarias.....	p. 33
Capítulo 2. Los viajeros y el mundo al que llegaron.....	p. 48
2.1 México independiente: camino a su construcción.....	p. 48
2.2 La situación del noroeste de México.....	p. 55
SEGUNDA PARTE	
Capítulo 3. Tres viajeros franceses y sus representaciones del paisaje del noroeste de las décadas de 1840 y 1850.....	p. 73
3.1 Los viajeros.....	p. 73
3.2 Paisaje natural: entre lo fértil y la desolación.....	p. 87
3.3 El pasado y la destrucción: las misiones y los presidios.....	p. 94
3.4 Los indígenas: ¿civilizados o salvajes?.....	p. 107
3.5 Poblados y haciendas: el paisaje social.....	p. 113
3.6 Explotación decadente; gran riqueza mineral.....	p. 126
3.7 Problemas mineros al arranca el s. XIX y su red comercial...p.	136
3.8 Caminos terrestres: la ruta difícil.....	p. 145
3.9 Las rutas marítimas: los verdaderos enclaves para los extranjeros.....	p. 154
Conclusiones.....	p. 168
Bibliografía.....	p. 174

INTRODUCCIÓN

La presente investigación es sobre “literatura viajera”, un género literario que ha atravesado siglos y que ha permitido llegar a los lectores relatos de aventureros, exploradores, conquistadores, diplomáticos, misioneros, científicos o negociantes que recorrieron lugares lejanos a sus países de origen. En épocas en que viajar era toda una hazaña y pocos podían hacerlo –implicaba muchos riesgos, exigía disponer de tiempo para traslados que, a veces, representaban meses y requería recursos económicos importantes–, esta literatura transmitía mirada sobre las personas y comunidades visitadas. Podía también describir entornos no humanos aunque, cuando lo hacía, se interesaba en general por aquellos que afectaban al mundo social.¹ Gracias a esta literatura hoy podemos acercarnos a paisajes de otros tiempos y a las formas en que eran vistos por los viajeros.

Esta literatura se socializaba en diferentes formas. Algunos de los relatos se presentaban como informes políticos o científicos para ser entregados a quienes hubieran patrocinado los viajes; otros aparecían en revistas, periódicos o libros; otros más formaban parte de diarios personales o de cartas dirigidas a familiares que los herederos de los trotamundos decidieron publicar o bien, que fueron encontradas en archivos y dadas a conocer mucho tiempo después.² Usualmente, los diarios eran obras elaboradas por figuras que gozaban de prestigio científico o de una autoridad reconocida por sus posiciones políticas o sociales, aunque hubo excepciones.³ En suma, con la edición de estos libros, se creaban o rompían ideas y referencias de los lugares visitados.⁴

La literatura de viajeros tiene características que la hacen muy especial y constituyen su riqueza. Conviene tenerles presentes para entender la postura de sus autores y valorar las descripciones en su justa dimensión. Una es, por ejemplo, la manera en que se entretrejan “lo cotidiano con lo histórico y

¹ Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, pp. 149-151 y 153-154, Covarrubias, *Visión Extranjera*, 1998, p. 9 y Iturriaga, *Anecdotario de viajeros*, vol. 1, 1991, p. 9.

² Norambuena, *Viajeros rusos*, 2000, p. 27 y Gómez, “El hispanismo”, 2015, p. 120.

³ Porcheron, Sarah, “De la narración”, p. 116.

⁴ Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, p.141.



arqueológico”.⁵Es decir, cómo se relataba lo que se iba viendo, a la par que se pretendía reconstruir el pasado de las comunidades y sitios visitados.⁶ Otra es que, salvo en el caso de informes de gobierno o de carácter científico, los autores se situaban en el centro de su relato, afirmándose como testigos presenciales de lo narrado, pues “la autoridad reside en la autenticidad de la experiencia”.⁷

De manera que estos relatos transmiten más que nada experiencias personales y de aventuras, no tanto descubrimientos positivos, aunque ello no impidió que, en algunos, se usara un lenguaje científico en algunas partes.⁸ Esta literatura es también la proyección hacia por los viajeros del tiempo/espacio, creada a partir de las acciones y relaciones humanas en las comunidades y países visitados, y de las actividades de esas mismas comunidades y países. Los itinerantes describían a la gente y, a través de esa descripción, contaban los dramas humanos; los lugares tenían relevancia solo a partir de cómo afectaban al mundo social.⁹ Ello no quiere decir que estos relatos no prestaran especial atención de los paisajes naturales o al clima, porque sí lo hacían. Sin embargo, esa atención iba de la mano con una idea aún común en el siglo XIX, según la cual el clima afectaba el tipo de persona que se desarrollaba en cada lugar.¹⁰

La literatura de viajeros ofrece una riqueza enorme para acercarse a la vida y espacios de otros tiempos. La presente tesis se propone explorar sus posibilidades para conocer la región del noroeste de México en la primera mitad del siglo XIX. Se interesa, en especial, en tres franceses que visitaron la región entre 1840 y 1860, aunque el proyecto responde a un arco temporal un poco más abierto, que pretende presentar, desde una perspectiva más amplia, el mundo del que aquellos venían y al que llegaron. De esta manera, consideramos una temporalidad que parte de 1822, justo después de consumada la emancipación del país y hasta 1862. Es decir, inicia a partir de que el gobierno ya independiente de México permitió la entrada legal de extranjeros no hispánicos al territorio

⁵Gómez, "El hispanismo", 2015, p. 120.

⁶Gómez, "El hispanismo", 2015, p. 120.

⁷ Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, p. 125 y 149.

⁸Ibidem, p. 149, 153 y 154.

⁹Ibidem, p. 150-151.

¹⁰ Covarrubias, *Visión extranjera*, 1998, p. 13 y 16.



nacional y concluye al iniciar la invasión francesa de México, la que por un tiempo cambiaría el tipo de relatos de viajeros franceses en el país.

En efecto, a raíz de la independencia, la apertura al intercambio con el exterior vino acompañada de visitantes extranjeros, de distintos tipos.¹¹ En esa primera parte del siglo XIX, la joven nación recibió los primeros flujos migratorios no españoles, atraídos por la novedad “exótica” y las oportunidades de negocios. Inicialmente fueron pocos y pequeños, pero aumentaron a raíz de la intervención francesa y la instauración del gobierno de Maximiliano. Para la segunda mitad del siglo serían mayores, cuando el país alcanzó una importante estabilidad política. Nunca hubo migraciones masivas, como las que vivieron Estados Unidos o Argentina, pero sí llegaron viajeros, inversores y colonos.¹²

Esta investigación propone acercarse a la geografía histórica del noroeste del México a partir de los paisajes sociales y naturales descritos por tres viajeros franceses que visitaron la región entre las décadas de 1840 y 1860. Considero que su mirada puede enriquecer las historias hasta ahora relatadas a partir, sobre todo, de fuentes locales; pienso que, “por la novedad y el exotismo que representan para él [el viajero]”, todo lo que iba viendo y escuchando, puede resultar complementario.¹³ Pues, aunque el forastero no era de ninguna manera objetivo, es posible que mirase y entendiera a su modo los hechos y lugares que iba viviendo y recorriendo, representó una forma diferente de pensar de aquellos que se hallaban inmersos en los procesos históricos del momento.¹⁴ Así, me pregunto: ¿cómo los viajeros franceses que llegaron al noroeste mexicano entre 1822 y 1862, con las ideas de un México paradisiaco, tropical y lleno de indios complacientes, plasmaron en sus obras el encuentro con un mundo distinto al imaginado?

En la Francia de la primera mitad del siglo XIX existía la idea de que México era una tierra maravillosa, con población originaria abundante, que podía servir de

¹¹Ortega, *México en la conciencia*, 1953, p. 12.

¹²Ídem.

¹³Trifilo, "Nineteenth century", 1958, p.492.

¹⁴Trifilo, "Nineteenth century", 1958, p.492 y Porcheron, Sarah, "De la narración", 2016, p. 115.



mano de obra para labrar el campo y trabajar en la minería y la industria. Se pensaba también como un lugar donde todo era posible, en especial por el atractivo de las minas de oro y plata. Esta leyenda se alimentaba de crónicas de la época virreinal y algunos testimonios más acerca del nuevo mundo que circulaban en Europa, pero sobre todo del haberse sabido de las riquezas extraídas en sus territorios americanos a lo largo de tres siglos.¹⁵ Con estas ideas, cuando España perdió la mayoría de sus posesiones americanas, otros países europeos miraron hacia las nuevas naciones.¹⁶ La pujanza de las economías europeas buscaba entonces territorios hacia los cuales ensancharse y, “a medida que el capital se expandía, [la] competencia entre las naciones euroimperiales se intensificaban”.¹⁷ La información de los europeos que visitaron América serviría para valorar las ventajas de competir en el nuevo mundo. En particular, los franceses que llegaron a México provenían de una de las potencias imperialistas más importantes de la Europa de la primera mitad del siglo XIX, interesada en colonizar, de forma directa o indirecta, nuevos territorios. Muchos transitaban animados por la leyenda de las riquezas americanas y con las expectativas expansionistas de su país. ¿Cómo describieron e interpretaron lo que encontraron, en especial aquellos que viajaron al noroeste mexicano?

Mi hipótesis es que los trotamundos franceses que recorrieron la región noroeste del país no hallaron lo que esperaban: los lugares visitados los hicieron confrontar sus creencias iniciales con la realidad que aparecía ante sus ojos. Se toparon con amplias zonas desérticas: poco pobladas e inseguras, amenazadas por indios indómitos, mal comunicadas y con escasos recursos naturales. Esto rompía con lo imaginado y contrastaba con las experiencias en su lugar de origen: Francia. No sólo no había bosques, caminos y ríos como los de su patria, sino que se vino abajo su idea de una región exótica, de un paraíso poblado de dóciles indígenas. Como parte de mi hipótesis propongo que, a este desencanto, se sumaron condiciones materiales deplorables en la región, resultado de la situación política y

¹⁵Ortega, *México en la conciencia*, 1953, p. 38.

¹⁶Mühlentfordt, *Ensayo*, 1993, p. 23.

¹⁷Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, p. 147.



económica complicada de la nación, tras años de guerra por la independencia, primero, y por los conflictos que conllevó construirla.¹⁸

El objetivo general de mi investigación es, pues, ver cómo los viajeros franceses representaron los lugares visitados en el noroeste mexicano entre 1822 y 1862, y lo que esas representaciones pueden decirnos de los paisajes de la región en esa época, de la geografía. Para alcanzar este objetivo general, he definido los siguientes objetivos específicos. En primer lugar, tras presentar a un conjunto de ellos y seleccionar a tres particularmente representativos del viajero francés de la época, me propuse delinear su perfil; en segundo, conocer las representaciones que elaboraron sobre los pueblos y ciudades que visitaron; por último, reconstruir sus imágenes de los caminos y paisajes naturales.

Me refiero, con lo anterior, a que prestaré atención a sus descripciones de las comunidades, sus formas de vida y viviendas, rutas de comunicación y actividades económicas, así como a la morfología de los lugares de la región del noroeste que visitaron. Mi interés se encuentra en cómo observaron y valoraron los paisajes, es decir, los pueblos, ciudades, caminos y la naturaleza.

Son muchas las posibilidades que brinda la literatura de viajeros para acercarse al México de aquella época. He elegido la región del noroeste, porque otras regiones han sido más estudiadas, como el centro del país, incluida la ciudad de México; asimismo, porque busqué un territorio imaginado como “exótico” sin que lo fuera tanto, como sí pareció a los viajeros que recorrieron el sur y el sureste; también porque, pese a haber minería, no tenía la magnitud del Bajío, que respondía mejor al imaginario europeo del momento. También descarté un acercamiento al noreste, para evitar el tema político y de límites que representó Texas en esos años. Me interesé en una región que conozco mejor: el noroeste, porque pensé que pudo no responder a las expectativas de los viajeros franceses y que su descripción, por eso mismo, sería más rica y próxima a lo que veían. Asumí que, debido a la lejanía de conflictos políticos regionales, no se politizaría. Aunque

¹⁸ El paso del primer imperio a la república, las luchas internas entre federalistas y centralistas, la guerra de Texas, la intervención estadounidense y la guerra entre conservadores y liberales, así como la infinidad de motines, levantamientos, separación y reincorporación de regiones.



sobre esto no tuvo razón, por la guerra iniciada en 1847 entre México y Estados Unidos que separó parte del país, así como por la intentona de separar Sonora, encabezada por el conde Gastón de Raousset-Boulbon.

De esta manera, para la tesis que sigue tomaré la región noroeste, que comprende los territorios actuales de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, más el territorio hoy estadounidense del sur de California y de Arizona. Una región es difícil de definir, pero puede ser considerada como un espacio articulado y organizado, con una homogeneidad relativa, dada por la integración e interdependencia de una densidad de intercambios y relaciones sociales y de identidad, con características geográficas comunes, aunque no determinantes.¹⁹ En este caso, el noroeste mexicano cuenta con características geográficas físicas semejantes (llanura, costa, desierto y sierra). Posee también un pasado compartido de indios en su mayoría nómadas o semi-nómadas, que vivían de la caza y la recolección más que de la agricultura, así como de misiones como forma de colonización española.²⁰ La presencia de minerales es también común a varias zonas e hizo posible la fundación de reales mineros y presidios para la protección contra los apaches.²¹ Además, en términos de geografía política, desde la colonia y hasta 1830, Sonora y Sinaloa fueron una misma área político-administrativa – salvo un pequeño lapso de menos de un año, entre 1823 y 1824.²² De igual manera, las Californias se administraron juntas durante el periodo novohispano, hasta 1804, cuando se decidió dividir las siguiendo la línea misional dominica-franciscano.²³ Por otro lado, el noroeste tenía una economía integrada fundamentalmente a través de puertos como Mazatlán, Guaymas, La Paz y San Francisco, donde se intercambiaba comida, objetos cotidianos y productos provenientes de Asia.²⁴

¹⁹García Martínez, *Regiones y paisajes*, 2000, p. 31 y Palacios, “El concepto de región”, 1983, pp. 61, 64 y 65.

²⁰Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 12 y Almada, *Breve historia*, 2000, p. 55 y 66.

²¹Ibidem, p. 45 elbidem, p. 76-79 y 92.

²²Aguilar, *Historia temática*, 2015, p.13 y Almada, *Breve historia*, 2000, p. 14.

²³Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 13.

²⁴Herrera, “Comercio”, 1988, p. 130 y 131.



Sin embargo, a pesar de que todos estos elementos permiten definir al noroeste como una región, es necesario decir que, en su interior, hay varias subregiones, definidas por diferencias importantes, tanto de morfología, como en su historia y su economía. Así, la Baja California, con sus zonas desérticas y poca riqueza mineral, tuvo una colonización dirigida, prácticamente, sólo por misiones, mientras el resto de la región fue colonizada vía misiones y presidios, y su economía fue más variada y fructífera. De igual manera, la zona desértica de Sonora, es mucho más extrema que otras de la región, y, de hecho, contrasta con los valles californianos templados, que permitían una agricultura muy rica.

Es importante entender qué es una frontera, pues ella marca la diferencia entre regiones. Aquí se entenderá como la línea que define la separación entre espacios, si bien puede tener diversos orígenes, porosidades y posibilidades de desplazarse según tiempos y circunstancias. Para los fines de esta investigación, nos interesan dos tipos de fronteras, presentes en el paisaje del noroeste de la primera mitad del siglo XIX y que coincidieron en algún momento, si bien cada una respondía a lógicas distintas. La primera era la trazada por realidades culturales diversas entre sí, que se movía conforme avanzaba la penetración española sobre múltiples pueblos indios; la segunda responde a acuerdos entre Estados, impuestos de tajo, que quebraron unidades sociales, económicas y culturales construidas en tiempos largos.

La primera de estas fronteras fue delineada a partir del conflicto y la convivencia de españoles y criollos con los indios del noroeste del país. Es entendida como de avance y confrontación, donde se dieron relaciones entendidas a partir de binomios de opuestos: nativo/colono, barbarie/civilización, hostile/pacífico, periferia/centro, vacío/habitado, otros/nosotros, paganos/cristianos, guerra/paz, descontrol/dominio, tensión/calma. El espacio estaba surcado por líneas imaginarias que definían la vida cotidiana de las distintas culturas y, también, por otras marcadas por la guerra.

La dinámica de estas líneas se daba por el afán cristianizador y “civilizador” de los colonos de origen hispano y la resistencia de los pueblos autóctonos. Los

primeros intentaban ejercer un control sobre los indígenas “salvajes” y paganos, y sobre los espacios que éstos ocupaban y que, desde su perspectiva, estaban “vacíos” y había que llenarlos. De allí la importancia de poner una cruz en los territorios que se iban “ganando” a la naturaleza y a las comunidades indias: símbolo que marcaba el inicio del proceso de convertir el espacio en escenario capaz de contener objetos y sujetos que le dieran significado al habitarlo. Los segundos, los indígenas, “los otros”, resistían para defender su espacio, desde la afirmación cultural y con las armas en la mano. La consecuencia de una frontera forjada con tanta tensión era la convivencia frágil o la guerra. A veces se avanzaba en una dirección o retrocedía en otras, consiguiéndose un equilibrio precario de dominio de la periferia noroeste novohispana y mexicana. Estas tensiones “locales” se complicaban, además, con las existentes entre grupos de poder regionales y con los mandos centrales.²⁵

El segundo tipo de frontera que me interesa considerar en esta tesis es la política que, en el caso del noroeste, se configuró a raíz de la guerra entre México y Estados Unidos. Fue frontera instituida como barrera político-administrativa – permeable en la práctica–, que podía servir para bloquear y controlar la movilidad de las personas y objetos. Ahora bien, aunque esta frontera dividió espacios antes compartidos por comunidades culturales, atadas por redes sociales y vínculos económicos, es cierto que estas comunidades encontraron la manera de continuar su relación o forjar nuevos lazos, sobreponiendo una idea de frontera cultural y económica que formó otra región por sí misma, integrada por comunidades de ambos lados de la franja limítrofe, convirtiendo la línea político-administrativa en espacio de contacto, transición y aculturación, más que de separación.²⁶

Otro concepto fundamental para acercarme a la región noreste de México ha sido el de paisaje: un conjunto de rasgos característicos de un espacio, que lo distinguen de otros por comparación. Esos rasgos pueden tener, sin duda, orígenes naturales, pero también culturales, definidos en función de sus

²⁵ Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 17, 21, 24, 25, 34, 57, 58, 66, 70 y 74.

²⁶ Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, p. 32 y Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 42.



actividades. En este sentido, los paisajes pueden entenderse como una creación humana y asociarse a valores, emociones y sentimientos. Por ejemplo, las personas y las comunidades lo vinculan con la belleza y la libertad, siendo sus contrarios la fealdad y la coacción. La primera tiene relación con la armonía de tres formas: la formal (dimensión estética), la ecología (equilibrio hombre-naturaleza) o la social (persona-persona). La libertad refiere al derecho de gozar de la naturaleza y sus frutos, o de disponer de ellos, según el deseo.²⁷

El tema de literatura de viajes ha sido trabajado en la historiografía, tanto mexicana como extranjera, desde varios enfoques: político, religioso, social y cultural. Asimismo, algunos autores se le han acercado como fuente para entender ciertas concepciones, por ejemplo, la del viaje en determinada época, la de la subjetividad del viajero, la de su representación de lo exótico, o la concepción del yo y del otro.²⁸

Los libros de viajeros han sido también estudiados como medios partícipes de procesos de transferencia cultural: en tanto objetos editoriales, su circulación entre continentes y su contenido, se han identificado intercambios culturales.²⁹ Esta última mirada está distante de la manera en que esta investigación decidió proceder.³⁰ Son más próximas a mis intereses vertientes más exploradas, como las que consideran estos testimonios de acuerdo con sus nacionalidades y, a partir de ahí, abordan su visión sobre una diversidad de temas. Los más analizados para el caso de México han sido los de viajeros de ciudadanía estadounidense, francesa e inglesa.³¹

²⁷ Maderuelo, "Paisaje y territorio", 2008, pp. 6, 147-149, 153, 162, 204, 234, 243.

²⁸ Ver el artículo "De la narración del "yo" a la narración del "otro": La representación de la sociedad peruana en "Peregrinaciones de una Paria" de Flora Tristán" de Sarah Porcheron. Y los libros de Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* y el prólogo de Tzvetan Todorov, en *La Conquista de México: el problema del otro* y S. Samuel Trifilo en "Nineteenth century english travel books on Argentina: A revival in spanish translation".

²⁹ Consultar a Lise Andries y Laura Suárez, en *Impresiones de México y de Francia*, y en *Ediciones y transferencias culturales en el siglo XIX. México-Francia*, el libro de Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: travel writing aun transculturation* o el libro de *Las redes humanas* de los hermanos McNeill.

³⁰ Ver los artículos de J. L. Castillo-Puche "Periodismo y Viajes", y de Estuardo Núñez "Los escritores viajeros en América".

³¹ Consultar a Chantal Cramaussel y Delia González, especializadas en los franceses (los dos volúmenes de *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*); Rufus Kay Wyllys con sus artículos sobre los franceses en California ("The French of California



Entre los temas abordados por esta última historiografía se encuentran, por ejemplo, las representaciones de lo político—el tema interesaba a muchos viajeros, algunos de ellos diplomáticos o inversionistas, preocupados por la manera en que la inestabilidad podría afectar sus negocios.³² Las representaciones de la política se han estudiado en relación con temas como la guerra o la religión, que en esa época eran difíciles de separar.

También se encuentran obras historiográficas de carácter casi enciclopédico que reúnen nombres de trotamundos y sus escritos, según nacionalidades o temáticas específicas. Resultan muy útiles para orientar los estudios de los especialistas en estos temas.³³

Los estudios monográficos a partir de la obra de un viajero o de un número pequeño de ellos constituyen una vertiente historiográfica de gran interés, en tanto que permiten investigar a profundidad algunos temas particulares o representaciones personales. Ahora bien, la literatura de viajes podía incluir relatos ficticios y existen estudios historiográficos que los recuperan para analizar, más allá de las tramas inventadas, la visión que tenían sus autores y que proyectaron de cierto lugar. Son novelas de gran relevancia porque, a veces, tenían mayor circulación que los diarios y relatos de experiencias propia y, por tanto, pudieron haber gozado de mayor impacto social. Esto último ha constituido una invitación a los historiadores para acercarse a ellas y estudiarlas.³⁴

and Sonora” y “French Imperialist in California”); Juan Antonio Ortega y Medina sobre los anglosajones como sus libros *México en la conciencia anglosajona* en sus dos tomos y Ana Rosa Suárez Argüello que ha investigado franceses y estadounidenses. También el artículo de Helen Broghal Metcalf, “The California French filibusters in Sonora” o la mencionada tesis de Cecilia Abril Vázquez Guerrero, “Modernidad y religiosidad en México en los diarios de viajeros anglosajones (1820-1843)”.

³²Ver Jean Baubérot en el artículo “Representaciones e influencia de la laicidad mexicana sobre la laicidad francesa” o la tesis de licenciatura de Cecilia Abril Vázquez Guerrero en “Modernidad y religiosidad en México en los diarios de viajeros anglosajones (1820-1843)”.

³³Ver a Carmen Norambuena y Olga Uliánova, en *Viajeros rusos al sur del mundo*, el artículo de Leonid A. Shur, “Russian travellers of the 18th and 19th centuries: source materials on the geography, history and ethnology of Latin America”, a José Iturriaga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, aunque estos traten de viajeros de distintas nacionalidades a la vez o a Francis J. Weber, “The California Missions and Their Visitors”.

³⁴Ver a Jack D. L. Holmes en “De México a Nueva Orleans En 1801: El Diario Inédito De Fortier Y St. Maxent.”, a Leila Gómez en “El hispanismo en viaje: William H. Prescott y México”, o a Salvador Bernadéu Albert en “El abogado Gemelli: memoria viajera y cultura letrada”. También la tesis de licenciatura de Maricela González Reyes, “Obra y testimonio de A. Briquet, fotografía documental: La fotografía como documento histórico de México, de la obra y testimonio del fotógrafo viajero A. Briquet” y

Muchos libros de viajeros incluían imágenes: litografías o fotografías. En particular, los viajeros con intereses científicos incluían imágenes para apoyar sus descripciones; otros las incorporaban como simples ilustraciones. Todas constituyen, de cualquier modo, testimonios de la mirada de una época sobre determinados paisajes. De manera que otra arista de la investigación historiográfica ha sido el acercamiento a la literatura viajera como fuente visual.³⁵

En los últimos años un tema que ha llamado la atención de los historiadores de la literatura de viajes es la recuperación de tradiciones, la historia de las personas comunes y la vida cotidiana, por ejemplo, los vendedores ambulantes o la comida.³⁶

Respecto al análisis del paisaje propiamente dicho—natural o social—, la historiografía con que a la fecha contamos se ha interesado sobre todo por lo social y, de manera más particular, por las ciudades y sus transformaciones. Este ha sido el caso de numerosos estudios sobre la ciudad de México, aunque se han tratado otras poblaciones de la vertiente del Golfo de México, como Orizaba y Veracruz.³⁷ En cuanto al análisis del espacio hecho por los viajeros, hay algunos

los artículos de Ray A. Billington “The Plains and Deserts Through European Eyes”, Virgil L. Jones “Gustave Aimard” o Chantal Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”.

³⁵Ver la mencionada tesis de licenciatura de Maricela González Reyes, “Obra y testimonio de A. Briquet, fotografía documental: La fotografía como documento histórico de México, de la obra y testimonio del fotógrafo viajero A. Briquet” o la doctoral de José Antonio Rodríguez Ramírez “Lo fotográfico mexicano: fotografía, violencia e imaginario en los libros de viajeros extranjeros en México, 1897-1901.”.

³⁶En la tesis de maestría de Blanca Azalia Rosas Barrera “Representaciones del vendedor ambulante en la ciudad de México, 1821-1857: la visión del viajero europeo” y las de licenciatura de Laura Denis Galván Ayala, “La comida mexicana vista por los viajeros extranjeros del siglo XIX”, de Julieta Izcarulli Martínez López, “La Semana Santa en el México decimonónico a través de los viajeros extranjeros” y de Jorge Pérez de la Mora, *México visto a través de viajeros extranjeros en aspectos relacionados con la vivienda, la alimentación y las enfermedades, en la primera mitad del siglo XIX*. También el libro de José Enrique Covarrubias *Visión extranjera de México, 1840-1867: 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*.

³⁷Ver a Federico Fernández Chiristlieb o a Eulalia Ribera Carbó, en *Europa y el urbanismo neoclásico e la Ciudad de México: antecedentes y esplendores o Mexico ville néoclassique. Les espaces et les idées de l'aménagement urbain 1783-1911*, del primero, y *Herencia colonial y modernidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo XIX o Trazos, usos y arquitectura. La estructura de las ciudades mexicanas en el siglo XIX*, de la segunda.

trabajos centrados en las urbes y zonas arqueológicas del centro y sur del país, aunque se han tocado también de otras latitudes.³⁸

Se han publicado, igualmente, trabajos generales que tocan el tema de las regiones y sus paisajes naturales, usando fuentes locales. Algunos son presentados como capítulos introductorios para identificar los espacios en donde se desarrollan acontecimientos históricos, aunque pocas veces recuperan la interacción sociedad-espacio físico, es decir, no suelen considerar los estrechos vínculos que existen entre la geografía y la historia.³⁹

La propuesta metodológica que seguiré en la investigación se apoyará en los conceptos de región, frontera y paisaje presentados arriba. Con esas herramientas analíticas, propongo llevar adelante un estudio inscrito en el campo de la geografía histórica, a saber, la historia de la relación del medio físico y los seres humanos, y las modificaciones que mutuamente se hacen.⁴⁰

El estudio tratará de recuperar muchas enseñanzas de la historiografía presentada más arriba, en especial de la que estudia las obras de un número reducido de viajeros de una misma nacionalidad para profundizar en sus representaciones acerca de una determinada región. He seleccionado tres autores de nacionalidad francesa: Eugène Duflot de Mofras, Ernest Vigneaux y Gustave Aimard. A partir de sus relatos de viaje, presentaré un panorama general de los paisajes del noroeste entre 1840 y 1860, sin olvidar las características propias de la visión de cada uno y del momento de su visita. Sus representaciones coinciden a veces entre sí, pero no siempre. Se impone así un ejercicio comparativo para reconstruir paisajes generales y valoraciones particulares. Para rescatar a unos y otros, me he adentrado en su bagaje formativo, sus intenciones y recorridos. Al mismo tiempo, deseo explicar sus referentes culturales e identificar las contradicciones que emergen tanto entre ellos como en los textos.

³⁸Ver a Carlos Castro Osuna y Mario Cuevas Arámburo, "Mazatlán en 1838. Los mazatlecos vistos por un austriaco: Isidore Löwenstern" y a Daniel Arreola "Nineteenth-Century Townscapes of Eastern Mexico."

³⁹ Como la serie del Colegio de México de Breve Historia de los distintos estados de la república mexicana o el capítulo de Bernardo García Martínez "Regiones y paisajes de la geografía mexicana" en *Historia general de México*.

⁴⁰ Moreno Toscano, "El paisaje rural", 1971 p. 242 y Vargas Uribe, "Geografía histórica", 1992, p. 193.



Las fuentes primarias para este trabajo serán, fundamentalmente, los tres libros publicados por Eugène Duflot de Mofras, Ernest Vigneaux y Gustave Aimard en distintos años. Duflot escribió *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* en 1846, Vigneaux *Souvenirs d'un prisonier de guerre au Mexique* en 1863 y Aimard *Le Main-Ferme* en 1862.

Para presentar los resultados de mi investigación, dividiré la tesis en tres partes. La primera presentará el contexto para entender el mundo del que procedían los viajeros franceses de la primera mitad del siglo XIX: la Europa moderna en pleno proceso de industrialización y expansión imperialista. También se considerarán sus motivos para venir a México, las rutas que tomaron y las referencias culturales y literarias que traían consigo en el paso de dos tipos de pensamientos aparentemente contrarios.

La segunda parte describirá el mundo al que llegaban: el México recién separado de la antigua metrópoli y en proceso de construcción como nación independiente. Con esto en mente, se explicará su situación en el periodo de 1822 a 1862, así como las particularidades de la región noroeste, que la diferencian del resto del país.

La tercera parte presentará a los tres viajeros seleccionados, su interés por el noroeste mexicano y los caminos que tomaron. Se hará una revisión a fondo de sus obras, analizando la representación que efectuaron de los paisajes del noroeste en las décadas de 1840 y 1850. El interés se centrará en la naturaleza que proyectan, en la descripción de las comunidades, en los paisajes sociales construidos en sus relatos, en los sistemas de comunicación que identifican y la geografía económica proyectada.

Primera parte



Instituto

Mora



Capítulo 1 Los viajeros y el mundo del que llegaron

1.1 La expansión imperialista de principios del siglo XIX

Los imperios del siglo XIX llegaron a dominar el mundo entero. Los mayores de este siglo, se diferenciaron de aquellos de épocas anteriores al verse potenciados por ejércitos de masas, el inicio del peso político de la opinión pública que crecía a la par de una prensa en rápida expansión y una mayor capacidad destructiva de las nuevas tecnologías bélicas. Su rasgo principal fue, sin duda, la industrialización de sus economías internas, lo cual empezó a dictar una política expansionista, pues necesitó de nuevos insumos y mercados, dando pie a grandes empresas imperialistas. La francesa dominó el panorama internacional, en competencia con Gran Bretaña, Bélgica, Prusia y Rusia; para las últimas décadas del siglo también con Estados Unidos y Japón.⁴¹

Una vía para conseguir las materias primas necesarias para la industria y encontrar nuevos mercados, tras la saturación de los internos, fue el comercio exterior. Este dependía del poderío imperial para garantizar la protección de regiones vitales y rutas mercantiles amenazadas por el acoso de otros imperios, de piratas y de filibusteros.⁴² Asimismo, requería de la identificación de lugares donde se encontraran los nuevos insumos y esto significó una intensa labor de búsqueda, en la que participaron comerciantes, aventureros y diplomáticos de diferentes orígenes europeos, quienes se dispersaron por el mundo para explorar las posibilidades de sostener ese intercambio.

Otra vía para conseguir las materias primas y ampliar los mercados fue la expansión territorial: el establecimiento de colonias más allá de las bases comerciales. A pesar de las independencias de las antiguas colonias americanas a finales del siglo XVIII y principios del XIX, la ocupación de regiones de ultramar volvió a emerger con fuerza como iniciativa imperial del viejo mundo hacia mediados del siglo XIX. En buena parte, esta “solución” obedeció a exigencias

⁴¹Cólas, *Imperio*, 2009, p. 38 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 563-567.

⁴²Cólas, *Imperio*, 2009, p. 38.

económicas, lo que fue sin duda el caso, por ejemplo, de la Francia de Napoleón.⁴³ Una vez recomenzadas las conquistas territoriales por parte de las potencias europeas, se inició una carrera para hacerse con el mayor número de colonias.⁴⁴ Aquí, como en la expansión comercial, los escritos de quienes habían viajado a esos lugares pesaron en las decisiones de gobiernos y empresarios de hacia dónde intentar la expansión comercial o mercantil.

Al mismo tiempo, se dieron varios procesos de relevancia mundial: la formación de los Estados nacionales⁴⁵ y la transformación de los imperios y los poderes coloniales. En este contexto, Francia vivió una serie de conflictos internos y externos que la obligaron a mirar hacia afuera: las revoluciones (1789, 1830 y 1848), las guerras de la república y del imperio, el bloqueo comercial marítimo impuesto por Inglaterra durante estas guerras, además de otras crisis políticas que la perturbaron profundamente. Estas circunstancias detuvieron en varias ocasiones el progreso económico del país.⁴⁶

Lo anterior propició la migración de franceses en búsqueda de mejores lugares para vivir, así como de oportunidades de trabajo o salarios más altos, aunque con la esperanza de volver cuando mejorara la situación en su país. También sentó las bases de la búsqueda de insumos en ultramar, ya que Francia se quedó sin recursos por el agotamiento en épocas de guerra. Asimismo, la reactivación económica, como en tiempos de la monarquía de Luis Felipe de Orleans (1830-1848), alentó a salir del país en búsqueda de mercados con el fin de seguirse expandiendo.⁴⁷

⁴³ Fue también el caso de las políticas de Benjamin Disraeli en Gran Bretaña por las crisis económicas o de sobreproducción. Osterhammel, *La transformación*, 2015, p. 574.

⁴⁴ Cólás, *Imperio*, 2009, p. 39, Martínez Leal, "Posibles antecedentes", 1963, p. 84 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 167 y 574.

⁴⁵ Un Estado nacional se crea a partir de dos frentes: el interior, que consiste en una comunidad en un territorio delimitado que alcanza poco a poco un grado de integración al estructurar y dar forma a una conciencia homogeneizadora. El exterior es cuando logra ser aceptado como actor independiente por la mayoría del mundo, es decir, cuando goza de soberanía. Osterhammel, *La transformación*, 2015, p. 582 y 583.

⁴⁶ Martínez Leal, "Posibles antecedentes", 1963, pp. 81 y 82 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 167, 569, 582 y 583.

⁴⁷ Martínez Leal, "Posibles antecedentes", 1963, pp. 81 y 82.



Este proceso expansionista europeo hacia territorios de ultramar se vio favorecido por los acuerdos del Congreso de Viena (1815), después de las guerras napoleónicas. Se basaron en el pacto de las cinco principales potencias europeas: Francia, Gran Bretaña, Austria, Rusia y Prusia para aplicar una política internacional “despejada”, es decir, hizo reglas que garantizaban cierto equilibrio entre los intereses de cada una y para evitar acciones de guerra dentro del viejo continente. El congreso significó el establecimiento de un régimen de paz en Europa que permitió desplazar los problemas europeos e imperialistas hacia las zonas periféricas, como Medio Oriente, América, Asia y, eventualmente, también a África.⁴⁸

Ahora bien, para la Francia napoleónica derrotada, el Congreso de Viena resultó más una imposición que un acuerdo voluntario, aunque la paz le permitió una rápida recuperación económica a partir de la monarquía de Luis Felipe de Orleans (1830-1848). Además, durante el mismo periodo, aprovechó la tranquilidad política exterior para dar especial atención a las vías de comunicación, construyendo vías férreas, mejorando el correo y estableciendo líneas de navegación (varias con destino a América), lo que facilitó al país la recuperación de su comercio exterior.⁴⁹ Estas vías permitieron a mercaderes, viajeros e, incluso, exiliados que buscaban mejores lugares para vivir llegar a países como México.

Otro asunto al que debe prestarse atención es el interés especial que Francia llegó a tener por México. Si bien reconoció su independencia desde la década de 1830, consideró, hasta antes del último tercio del siglo XIX, que su soberanía era vulnerable, convirtiéndolo en un lugar susceptible de dominación.⁵⁰ Esto fue por tres razones principales. La primera, por verlo como el lugar indicado para detener la expansión de Estados Unidos hacia el sur del continente americano. Francia se veía a sí misma como el faro de la civilización latina y calificaba a Estados Unidos de anglosajón, protestante y esclavista. Esta oposición creció al separarse y luego anexarse Texas al segundo, al igual que en su guerra con México, de 1846 a

⁴⁸ Osterhammel, *La transformación*, 2015, p. 569 y 570.

⁴⁹ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 82 y 83.

⁵⁰ Soto Quirós, “Viajes, geografías”, 2001, p. 167.



1848, en la que hubo maltratos y saqueos a los franceses, que enojaron a su gobierno.⁵¹

La secundarazón del interés de Francia por México derivó de las posibilidades geográficas que éste ofrecía para los planes de un tránsito interoceánico a través del istmo de Tehuantepec. Se buscaba un paso que comunicara los océanos Pacífico y Atlántico, el cual sirviera para agilizar el intercambio de mercancías francesas por productos alimenticios y materias primas.⁵²

La última de las razones tuvo que ver con proyectos de colonización ligados a las tierras agrícolas y las minas. Ejemplos de esto pueden observarse en acontecimientos como la primera intervención francesa en México, la conocida como “guerra de los pasteles”, el arribo de colonos a Coatzacoalcos en Veracruz y la expedición del conde Gastón de Raousset-Boulbon en Sonora. Estas ambiciones imperialistas se confirmaron finalmente con la expedición a México en 1862. Por consiguiente, hubo una especial atención por parte de los gobernantes y la opinión pública francesa hacia lo que los viajeros y aventureros tenían que contar sobre el país en el que habían estado.

1.2 Motivos, movilidad y circuitos de los viajeros

La Francia de la primera mitad del siglo XIX vivió una época de inestabilidad política, social y económica que dio motivo a diferentes grupos para huir del país (y regresar). Otras razones que invitaban a marcharse fueron la búsqueda de riquezas, de insumos para la creciente industria nacional, de mercados para las manufacturas, de conocimientos, experiencias y aventuras. Así, una parte de quienes se atrevieron a cruzar los mares viajaron a México, con distintos oficios por ejercer y sueños por cumplir.

⁵¹ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 100, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425-445. [Consultado:21/09/20]y Soto Quirós, “Viajes, geografías”, 2001, p. 172.

⁵² Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 100, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, documento en línea citado y Soto Quirós, “Viajes, geografías”, 2001, p. 172.

Una razón importante por la cual los viajeros franceses miraban hacia América era la leyenda de sus riquezas, la cual había penetrado en la conciencia europea. Se reforzó por el fuerte monopolio comercial que España tuvo durante 300 años sobre sus colonias, de las que se estaba al tanto y se extraían importantes recursos monetarios. Con la publicación en 1809 del *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, de Alexander von Humboldt, esta leyenda adquirió el rango de “verdad científica”. Cuando México se independizó se rompió el monopolio comercial que había limitado los intercambios con otras naciones y los europeos entendieron que se dejaba la puerta abierta para explotar esas riquezas, “mal aprovechadas” por sus nuevos y débiles gobiernos y por la sociedad que se reorganizaba tras la separación de España y la larga guerra insurgente.⁵³

Los viajeros que llegaron al Nuevo Mundo en el siglo XIX plasmaron en sus obras su interés por conocer, explorar, comerciar e invertir. Algunos proponían incluso maneras de ganar dinero y sus relatos se convirtieron en “información barata”, es decir, se vendían a un precio mucho más accesible que en siglos anteriores. En ellos se señalaban los puntos de interés y los caminos más fáciles y rápidos para que el lector pudiera elegir a donde ir, al comparar las circunstancias de cada país. Adjunto a las propias experiencias, se copiaba información leída con anterioridad; pero sin decir, la mayoría de las veces, de dónde se habían tomado esos datos. También los editores hacían a veces ciertas modificaciones o agregaban grabados o prólogos de personajes notables para hacerlos más comerciales.⁵⁴

Entre los viajeros que llegaron a México hubo diplomáticos, espías, cónsules y vicecónsules. Daban rica información sobre cuestiones mineras, agrícolas e industriales del país, así como acerca de la seguridad para moverse en él e invertir. Sus relatos se diferenciaban de los de otros viajeros, no solo porque ellos llegaban con una posición privilegiada, sino porque gozaban de una buena

⁵³ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 121 y 123, Cramausse, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, documento en línea citado, Iturriaga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros*, 1991, v. 1, p. 1 y Soto Quirós, “Viajes, geografías”, 2001, p. 162.

⁵⁴ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 133, Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, p. 39, Bernadéu Albert, “El abogado Gemelli”, 2012, pp. 234 y 243, I y McNeill, *Las redes humanas*, 2004, p. 291.



educación que, a veces, se traducían en observaciones bien sustentadas y más agudas. Fueron de los primeros extranjeros en llegar a México a partir 1822.⁵⁵

Lo más atractivo y tentador para los aventureros e inversionistas extranjeros que México parecía ofrecer era la explotación minera, sobre todo de metales preciosos. Esta actividad recibió descripciones precisas por parte de los correspondientes. Sin embargo, la minería, por lo general, era arriesgada e insegura y requería de un espíritu audaz. De cualquier modo, atrajo un flujo de aventureros, mineros, comerciantes, banqueros, agiotistas, representantes de empresas y hasta invasores de tierras que deseaban hacerse de minas y trabajarlas. Todos buscaban fortunas más o menos fáciles y rápidas de adquirir. Para los más aventureros, viajar a México significaba, sobre todo, nuevas experiencias alejadas del hastío y las pocas oportunidades que les ofrecía el viejo mundo, pero sin salir de occidente y, por lo tanto, de la “civilización”. Algunos dejaron las narraciones de sus intentos y logros plasmados en diarios.⁵⁶

Otra posibilidad para los viajeros de enriquecerse en México, más segura que la minería, pero con un esfuerzo de más años, fue la agricultura. En la primera mitad del siglo XIX, la agricultura seguía siendo para muchos países el recurso principal de riqueza, pese a que la industria se estaba desarrollando en algunas regiones del mundo. En el caso de México, se veía la posibilidad de desarrollar y exportar varios productos deseados en Europa, por su diversidad de climas y altitudes. Los que más llamaban la atención eran los de origen tropical o sub-tropical, como el algodón, el café, el cacao, la caña de azúcar, la vainilla, el tabaco y la cochinilla.⁵⁷ Algunos de estos productos extra-europeos se convertirían en indispensables a lo largo del siglo XIX, o su consumo aumentaría, pues se les necesitaba para las manufacturas, en especial del algodón.⁵⁸ El interés por ellos

⁵⁵ Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, p. 20.

⁵⁶ Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, pp. 13 y 19, Iturriaga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros*, 1991, v. 4, p. 8 y Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, documento en línea citado.

⁵⁷ La cochinilla es un parásito preciado por su pigmento rojo para la industria. Para su obtención, se “cultiva” en las hojas de los nopales.

⁵⁸ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 143, 145 y 147.



atrajo a comerciantes franceses, pero en especial a colonos dispuestos a encargarse de la producción.

A lo largo del siglo XIX, los comerciantes construyeron circuitos de intercambio entre México y Europa. Entiendo por *circuitos* las rutas trazadas entre determinadas personas y empresas asentadas en distintos lugares, tanto fijas (una ciudad) como móviles (un barco), con intercambios recíprocos. La práctica más común en el circuito estadounidense era que los comerciantes, extranjeros y nacionales, hicieran sulista de pedidos desde el nuevo mundo y pagaran por adelantado, a veces en monedas de oro y plata o en especie, a los capitanes de navíos que cobraban enormes comisiones por sus servicios. Para asegurar las mercancías demandadas, éstos mandaban a sus países las listas con letras de cambio, que circulaban como cualquier otro bien. Algunos de los pedidos tardaban hasta medio año en ser entregados y había frecuentes reclamaciones por el mal estado o la mala calidad de las cosas. Era parte de los riesgos que se corrían al comerciar en tierras tan lejanas de las metrópolis europeas.⁵⁹

Por su parte, el noreste de México integró un circuito entre Sonora, Baja California, Sinaloa y Chihuahua que formó un mercado regional. Se logró pese a la escasez de moneda en el área –por la lejanía de las casas de moneda, pues las más cercanas estaban en Zacatecas o Guadalajara–; la desventaja de tener que tratar con plata en pasta –que hacía que los mineros tuvieran que bajar el valor real del metal; las grandes distancias; la geografía montañosa y desértica y la inseguridad de los caminos. Entre los productos más característicos que circularon estuvieron además de plata en pasta, mulas, perlas, conchas y productos agrícolas.⁶⁰

Las operaciones de intercambio en esta región de México se hicieron mediante plata en pasta o en trueque, aunque el sistema de crédito también funcionó. La conexión se realizó a través de los puertos de Mazatlán, Guaymas, San José del Cabo, La Paz, Monterey y San Francisco, en los que se canjeaban alimentos,

⁵⁹ Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, p. 27 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, p. 67 y 71.

⁶⁰ Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 118-122 y Trejo Barajas, "Conformación de un mercado", 1998, p. 136



objeto de uso cotidiano y productos procedentes de Asia. Este circuito no se modificó después de la integración de Monterey y San Francisco a Estados Unidos, sino que se incrementó. Las operaciones eran legales, pero abundó el contrabando por la poca vigilancia y el paso de barcos extranjeros. No obstante, esta actividad mercantil, la mayoría de los asentamientos en el noroeste de México debieron a ser autosuficientes.⁶¹

Ahora bien, no todos los viajeros estaban impulsados por intereses económicos. Había otros que se trasladaban a América, y a México en particular, motivados por el deseo de conocer más acerca de territorios lejanos: los científicos/naturalistas. Existía en Europa una curiosidad por la ciencia moderna como la botánica y los debates filosóficos-políticos que hacían de América uno de los terrenos favoritos de análisis. Cabe señalar que el viajero científico se había hecho presente desde antes del siglo XIX, comenzando con Fernando de Magallanes, pues desde entonces se vio en el viaje la posibilidad de adquirir material aprovechable para su estudio. Esto se reforzó en el siglo XVIII con el movimiento de la Ilustración y el interés por el conocimiento del hombre y la naturaleza con un método. El más claro ejemplo de este fenómeno fue Alexander von Humboldt.⁶²

En el siglo XIX, este afán científico, combinado con el coleccionismo, que era el interés por reunir, conservar y mostrar todo tipo de cosas, creó un sistema de circulación de ideas y objetos, que se trasladaban desde distintas partes del orbe hacia las metrópolis europeas: colecciones particulares, museos y archivos. Para eso se compraban y saqueaban –con la complicidad a veces de personajes locales– archivos y hoy sitios arqueológicos. La ambición por los objetos prehispánicos de algunos viajeros, con actividades como la exhibición hecha en Londres en 1824 por William Bullock en el Salón Egipcio del Museo Británico, puso a México en la mira desde muy temprano. Así mismo se empezaron a crear sociedades geográficas, con sus propios boletines.⁶³ Tenían mucho interés en

⁶¹ Herrera Canales, "Comercio", 1988, pp. 130 y 131, Trejo Barajas, "Conformación de un mercado", 1998, pp. 138-140 y Río, *Breve historia*, 2000, pp. 108-110 y 121-122.

⁶² Soto Quirós, "Viajes, geografías", 2001, p. 162 y Núñez, "Los escritores viajeros", 1961, p. 85.

⁶³ La sociedad geográfica de París fue creada en 1821, la de Londres en 1830, la de Berlín en 1821 y la de México en 1833.



otras partes del mundo. Para ello hicieron circuitos de intercambio de información entre viajeros o sociedades.⁶⁴

Los objetivos económicos, políticos o científicos rara vez se encontraban separados, sino que se combinaban entre sí. Además de los itinerantes antes mencionados, hubo además misioneros, militares, marinos, hombres de letras, ingenieros, litógrafos, cortesanos, médicos, artistas, orfebres y tahúres. Cada uno buscaba sus propios intereses y aventuras en México, un lugar que les prometía nuevas oportunidades o inspiraciones.⁶⁵

Para llegar desde el viejo continente hasta América, estos viajeros forzosamente tuvieron que cruzar el mar. La mayoría tomó la vía que cruzaba el Atlántico, océano que en el siglo XIX vivió la integración de todas sus costas, pero al mismo tiempo una reorganización de las relaciones entre ambas orillas tras la limitación del comercio transatlántico de esclavos y la independencia de los países de casi todo el continente americano. Por el lado del Pacífico, aunque también existió una intensificación de los flujos de intercambio –sobre todo a partir de 1850–, éstos siguieron siendo en su mayoría menores, comparados con los del Atlántico. Las rutas pacíficas más comunes eran entre Japón o China y Estados Unidos, así como las que bordeaban toda la costa desde Sudamérica hasta California.⁶⁶

La mayoría de los franceses abordaban sus barcos en los puertos de Bordeaux y Le Havre, aunque otras posibilidades eran Nantes o Marsella, y llegaban al puerto de Veracruz. Para el viaje de regreso a Francia, preferían la vía de La Habana, en Cuba, o la Laguna del Carmen, en la actual Ciudad del Carmen, en Campeche. Los navíos que utilizaron en alta mar fueron, sobre todo, fragatas, corbetas, bergantines, goletas y clippers de madera, aunque se carecía de un sistema fijo de transporte marítimo. Entre los puertos de cabotaje en el noroeste mexicano se empleaban pailebotes, balandras, faluchos, pangos, lanchas, botes y

⁶⁴ Gómez, “El hispanismo”, 2015, pp. 118-122, Cramaussel, “Francia y el norte de México”, documento en línea citado y Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, pp. 28 y 29.

⁶⁵ Iturriaga, *Anecdotario de viajeros*, vol. 1, 1991, p. 13, Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, p. 13 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, p. 10.

⁶⁶ Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 153-156, Herrera Canales, “Comercio”, 1988, p. 129 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, p. 21.

canoas. A partir de la década de 1830, los barcos de vapor empezaron a adquirir importancia, pero fue mayoritariamente para la comunicación interna de Europa y Norteamérica y luego en las rutas del Atlántico y el Índico. Los barcos comerciales y de transporte, tanto entre continentes como de cabotaje, eran de las sociedades navieras extranjeras.⁶⁷ El barco de vapor quedó así, casi siempre, fuera de los circuitos de los viajeros franceses que recorrieron el noroeste de México.

De todas maneras, los viajeros tuvieron que hacer largos trayectos por mar, inseguros, mucho menos agradables. Además, los tiempos de travesía, que variaban según la ruta y el transporte empleado, duraban varios meses. Las bodegas, sentinas, cocinas y letrinas apeataban. Las ratas y, por ende, las epidemias, convertían a veces a las naves en “ataúdes flotantes” pues diezmaban a los tripulantes y los que sobrevivían debían soportar pulgas, chinches, piojos, cucarachas y otras sabandijas. Al pasar los trópicos, podía disfrutarse de la cubierta, pero durante las tormentas todos se amontonaban en las cámaras y esperaban no terminar en naufragio. Existían también otros peligros, sobre todo los ataques de piratas y corsarios de distintas nacionalidades: españoles, holandeses, daneses, ingleses e incluso mexicanos. Tampoco había mucho que hacer a bordo, por lo que la gente se distraía como podía y una forma era transmitir lo que sabían sobre los lugares a los que planeaba llegar.⁶⁸

A partir de la década de 1830, comenzaron a mejorar las condiciones y seguridad de los navíos, al tiempo que se abarataron los costos de viaje. En parte fue por la introducción de los vapores de metal y la inclusión de categorías económicas en ellos. Aunque abordar un barco siguió siendo en su mayoría algo que pocos podían costear; por ende, quien lo hacía era alguien de posición social privilegiada o que gastaba lo poco que tenían en espera de un futuro mejor.⁶⁹

⁶⁷Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 69; Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, pp. 12 y 13; Busto; “Mazatlán: estructuras”, 2006, p. 303; Román Alarcón, *Mazatlán*, 2009, pp. 57 y 58 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 1003-1005.

⁶⁸Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, pp. 13-19; Iturriaga, *Anecdotario de viajeros*, vol. 4, 1991, p. 8 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, p. 39.

⁶⁹Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 15.

La mayoría arribaba a Veracruz para dirigirse a la Ciudad de México, los dos puntos más conocidos. La vía comenzaba en el puerto, para enfilarse hacia el norte por Jalapa o hacia el sur por Orizaba, converger en Puebla y de allí seguir hasta la capital. Ambas poblaciones eran las más visitadas por los europeos porque respondían al viejo eje colonial del monopolio español. Por otro lado, los puertos fueron “los puntos de transacción más importantes entre los países y los continentes”. Se veía a las urbes como centros sociales y económicos, así como refugios de civilización frente al ambiente “salvaje” de los contornos.⁷⁰

Del eje Veracruz-Ciudad de México se articulaban otras grandes rutas internas del país, las cuales seguían siendo las mismas de los tiempos coloniales. Estaban muy descuidadas, a causa de la década de guerra de independencia y la situación política inestable del país. Entre las que miraban hacia el norte se encontraba el Camino Real de Tierra Adentro que conectaba la capital de la nación con Guanajuato, Zacatecas y Fresnillo. De allí salían dos rutas hacia el norte: la primera pasaba por Guadiana (Durango) y luego por Chihuahua; la segunda iba directamente a Chihuahua y el camino finalizaba en Santa Fe, Nuevo México. La última parte era la más difícil y desolada. También podía viajar a Texas desde Tamaulipas: el puerto de Tampico, abierto en el siglo XIX al comercio exterior, empezó a tener relevancia cuando Veracruz se encontraba bloqueada. El antiguo camino México-Acapulco fue perdiendo peso frente a la comunicación por puertos con mayor dinamismo, situados más al norte sobre el Pacífico, como San Blas y Mazatlán, a los cuales se llegaba por la ruta de Guadalajara-Tepic o por mar.⁷¹

En el norte resaltaron también los caminos que iban de Guadiana a Papasquiario y Topía (Durango), de allí a Culiacán (Sinaloa). Un segundo iba de Parral (Chihuahua) a San Juan Bautista (Sonora), cruzando la región de las misiones de la Tarahumara Alta para continuar por los asentamientos de Ostimuri y luego al valle del Río Sonora. La tercera vía, era también de Parral a San Juan Bautista,

⁷⁰ Arreola, “Nineteenth-century Townscapes”, 1982, pp. 1 y 3, Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 20 y 21 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, p. 399.

⁷¹ Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 21-27.



pero por los ríos Bavispe, Casas Grandes, Namiquipa y Las Cruces.⁷²(Ver Mapa 1)



Mapa 1 Parte noroeste de la Ruta de la Plata

Fuente: *Carta o Mapa Geográfico de una gran parte del Reino de la Nueva España comprendido entre los 19 y 42 grados de latitud Septentrional y entre 249 y 289 grado de longitud del Meridiano de Tenerife; formado de Orden del Excelentísimo Señor B^o Frey Don Antonio María Bucareli y Ursúa, por indicar la división del Virreinato de México y de las provincias internas, erigidas en comandancias General en virtud de Reales ordenes el año de 1777. Contruyolo el Ingeniero Don Miguel Constanzo y vas aumentad en varias noticias que adquirió de sus viajes a distintas provincias el Ingeniero Ordinario Don Manuel Mascaró*

Con el descubrimiento de minas en California en 1848 hubo una gran migración de aventureros para trabajar en la región. La mayoría de ellos llegaron por mar, pero las rutas fueron variadas. Algunos, usualmente más adinerados, prefirieron rodear todo el nuevo continente americano, aunque algunos descendieron en la península de Baja California pensando que el recorrido sería más corto. Otros llegaron en barco al istmo de Panamá, lo cruzaron por tierra, y tomaron otro navío

⁷² Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 77.

que subiera a California. Una última ruta era llegar en embarcación a Coatzacoalcos, atravesar el istmo de Tehuantepec hacia el camino Guadalajara-Tepic, para arribar a los puertos de San Blas y Mazatlán y de allí conseguir un navío a California.⁷³

Los caminos eran recorridos por arrieros, cuyas mulas iban cargadas con uno o dos pasajeros y los bagajes, siendo el medio de transporte más común por la versatilidad que tenían en diferentes tipos de terrenos. Se empleaban caballos cuando se necesitaba viajar con mayor rapidez en recorridos no muy largos. Pero los carruajes en diligencia eran el modo de viaje más cómodo, a pesar de los horarios erráticos, las malas ruedas, su funcionamiento solo en los caminos más transitados del país y los asaltantes. Los carruajes eran toscos, pero fuertes y seguros, de doce pies (aproximadamente 3.66 metros) de un eje al otro; en ellos cabían entre seis y ocho personas y la carga iba en la parte trasera.⁷⁴

Los equipajes solían ser voluminosos porque se llevaba ropa para toda ocasión, además de los artilugios para dormir (cobijas, colchones y sábanas) y provisiones para no pasar hambre. Para protegerse de los bandidos, no podía faltar una escolta policíaca o de guardias de una milicia, aunque no eran muy apreciados. Constituía una de las peculiaridades de los recorridos en el norte del país la frecuencia de los ríos que había que atravesar en barcas, barcazas y canoas, o bien, hacer grandes rodeos para evitarlos. Además, los mapas escaseaban, por lo que los viajeros, si iban solos, corrían el riesgo de perderse.⁷⁵

Por último, los lugares de descanso en las rutas eran las posadas, fondas y ventas. Pero no contaban con buena fama: falta de limpieza, rayones en las paredes, escasez de muebles, así como riesgo de infecciones y presencia de plagas, como piojos, pulgas, mosquitos o chinches. La razón de sus malas condiciones tenía que ver con la tradición colonial de que a ellas sólo llegaban los

⁷³ Taylor Hansen, "El oro que brilla", 2010, pp. 52-54, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p.123, Lawrence Douglas Taylor Hanse, "La "fiebre del oro" en Baja California durante la década de 1850: su impacto sobre el desarrollo del territorio", *Región y sociedad*, vol. 19, no. 38, enero/abril 2007 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-39252007000100005&script=sci_arttext>. [Consultado: 02/08/2020] y Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821-1867)", documento en línea citado.

⁷⁴ Martínez, "Posibles antecedentes", 1963, p. 126 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 31-38.

⁷⁵ídem.

arrieros, quienes carecían del dinero para pagar lugares mejor atendidos. Además, si las personas de la ciudad de alta clase social tenían que transportarse, se detenían en la casa de alguna amistad o conocido. Por otro lado, los caminos poco transitados carecían de mesones, lo que obligaba al viajero a recurrir a casas particulares, haciendas o a acampar al aire libre.⁷⁶

Después de la independencia de México, con la apertura de sus puertos al comercio mundial, distintos países europeos buscaron establecer circuitos de intercambio acordes con sus diversos intereses: diplomáticos, mercantiles, de colonización, exploración, entre otros. Para ello, los viajeros emprendieron la arriesgada travesía de ir en barco a México y de allí seguir por los descuidados caminos internos para llegar a sus diferentes destinos. Hacer un viaje no era fácil: se requería de capacidad para enfrentar muchos problemas materiales y una gran fuerza de voluntad para sobrevivir. Entonces, ¿qué influencias los convencían de iniciar el viaje?

1.3 Referencias literarias

Las lecturas de los europeos sobre América hispánica fueron cambiando a lo largo del tiempo: los autores se multiplicaron y se diversificó su origen y se fueron transformando las ideas filosóficas e intereses para escribir sobre el nuevo continente. Desde la conquista de América en el siglo XVI, los colonos y misioneros europeos escribieron sobre las nuevas tierras para darlas a conocer a quienes se quedaban en el viejo continente. A estas primeras descripciones se las conoce como crónicas de Indias y por varias centurias constituyeron la base de todo conocimiento sobre América en Europa.⁷⁷ Entre los textos más famosos de este periodo se encontraban las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y *La Brevísima relación de la destrucción de las Indias* del padre Bartolomé de Las Casas.

Se fraguó entonces, a través de la literatura medieval, la idea de que en América había una región maravillosa a la que se denominó El Dorado. La existencia de

⁷⁶ Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 42 y 46 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 113-116.

⁷⁷ Martínez Leal, "Posibles antecedentes", 1963, pp. 97 y 98.

este paraíso se supuso en distintas zonas: para algunos en la Amazonia o en el centro-oeste de los actuales Estados Unidos; para otros en la ciudad de Cempoala, en Nueva España, o en Jauja, Perú. No obstante, El Dorado que más cautivó a los lectores franceses fue el imaginado en Sonora. Los viajeros, muchos de los cuales no pisaron jamás esa región, le atribuyeron un clima saludable, tierras féculas y ricas minas, sobre todo de oro; en otras palabras, para ellos todos los beneficios de la naturaleza de México se concentraban allí. También desde la conquista se fue forjando entre los lectores de crónicas y relatos la idea del indio americano noble, la cual arraigó en el pensamiento europeo y renació siglos después para aparecer como la oportunidad de una mano de obra accesible en la región.⁷⁸

Los relatos sobre América escritos por españoles circularon durante siglos en Europa, pero no fueron los únicos. Desde el siglo XVI y a lo largo del XVII, se publicaron relatos de viajeros y comerciantes de otros orígenes. Así, desde muy temprano, comenzaron a aparecer historias sobre América en otros idiomas: inglés, francés, alemán o italiano, aunque en un principio muchos eran informes de espías.⁷⁹ Asimismo, desde el siglo XVI británicos, holandeses y otros europeos interesados en minar el poderío español en América contribuyeron a la construcción de una “leyenda negra” sobre los actos violentos e injustos cometidos por los españoles contra los indios, durante la conquista. Esta leyenda fue fuertemente impulsada por Inglaterra, continuó difundiéndose hasta el siglo XVIII y luego la reafirmaron las nuevas naciones independientes. Opacado así el crédito de las crónicas españolas, los textos no hispanos se volvieron de interés para los demás europeos: prometían ser más “fidedignos” y no tener estigmas morales.⁸⁰

A pesar de ello los textos coloniales siguieron teniendo gran peso entre los viajeros del siglo XIX, sobre todo de la primera mitad, pues en ellos seguía siendo donde se encontraba la mayoría de la información, ya que no había de otro tipo

⁷⁸Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 152 y Ortega y Medina, “El mundo nuevo”, 1988, pp. 7 y 8.

⁷⁹ Algunos ejemplos son “South Sea Waggoner” del inglés Basil Ringrose, publicado en 1682; “A New Survey of the West Indies”, del inglés Thomas Gage, aparecido en 1648; “Giro del mundo” del napolitano Gemelli Carreri editado en 1699; “Historie Nouvelle du Nouveau Monde” de Urbain Chauveton aparecido en 1579, y “Relation de deux voyages faits par André Thevet aux Indes australes et occidentales” de André Thevet, que también data del siglo XVI.

⁸⁰Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 99 y Ortega y Medina, “El mundo nuevo”, 1988, p. 9.

por el celoso resguardo de información de España sobre sus excolonias en América. Prueba de ellos son los viajeros que abordaré más adelante: Eugène Dufлот de Mofras, Ernest Vigneaux y Gustave Aimard. Los tres leyeron un texto o más sobre o escrito en la época colonial, sobre todo de los conquistadores. Dufлот también usó muchas leyes de esta época, dando entender que, a pesar de la independencia del país, algunas leyes virreinales seguían usándose.⁸¹

Con la llegada del siglo XVIII, se gestó en el viejo mundo el movimiento intelectual conocido como Ilustración.⁸² Los viajeros, menos cronistas y con pretensiones más “científicas”, se esforzaban por ser exactos y rigurosos en las observaciones que plasmaban en sus obras; sistematizaron descripciones y mediciones sacadas de sus colecciones de animales, plantas y minerales; elaboraron estadísticas y buscaron transmitir un saber obtenido empíricamente. El viaje se pensaba ahora como una forma de obtener datos exactos y revisar los existentes. Para ellos, fue importante seguir ciertas reglas de observación; el uso de un lenguaje científico; procurar un distanciamiento entre lo que se exponía y su subjetividad, así como esforzarse para que lo que se fueran anotando y describiendo se vinculara con

⁸¹ Dufлот cita textos que sus originales fueron escritos en la época colonial como las *Reales ordenanzas para la dirección, régimen y gobierno del importante cuerpo de la minería de Nueva España y de su real tribunal general* del 22 de mayo de 1783; *Hernando Colon, historia del Almirante* de Hernando Colon de 1571; *Relación del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana en el año 1792 para reconocer el estrecho de Fuca, con una introducción en que se da noticia de las expediciones ejecutadas anteriormente por los españoles en busca del paso del Noroeste de la América* de Dionisio Alcalá Galiano de 1802; *Crónica de Nueva España* de Francisco López de Gómara de 1554; *Noticias de la California escritas por el R. P. Andrés* de 1754; *Relación histórica en la vida del R. P. Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional* de Francisco Palou de 1787; *Crónica seráfica y apostólica del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro* de Fray Juan Domingo de 1792; *Relación del viaje que hizo el P.P.Fr. Juan Riobó en calidad de capellán en las fragatas de S.M. la Princesa y la Favorita* de 1779; *Memorias del capitán Don Ciriaco Cevallos* de 1798; *Storia della California* de Francisco Javier Clavigero de 1789; extracto de noticias del puerto de Monte Rey de 16 de agosto de 1770; *Continuación y suplemento del Viaje de Don Pedro Fages* posiblemente por la década de 1770; archivos del notarioreal Don Pedro del Valle; recopilación de las Bulle de León X, 25 abril 1521, d'Adrien VI, 9 mayo 1522 y de Clément XIV, 16 junio 1774; *Real reglamento de la provincia de Californias* de 1784; *Manuscrito de los padres franciscanos Fortuni y Abella, acompañados de una expedición militar* de 1811; *La cedula real de Carlos V de 1531* recopilado por Navarrete, Salvá y Baranda en 1843; así como leyó la vida del padre Junípero Serra y del virrey Márquez de la Cruz y parte de las leyes de indias. Por su parte, Vigneaux leyó sobre la vida de Nuño de Guzmán y Aimard sobre las de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Pedro de Tobar.

⁸² La Ilustración consistía en un movimiento intelectual que exaltaba la razón, buscaba el conocimiento a partir de principios filosóficos, posturas críticas y métodos científicos, para pelear contra el fanatismo, los prejuicios y el absolutismo político que habían desgarrado a Europa. Asimismo, postulaba la posibilidad de controlar a la naturaleza a partir de avances científicos y tratados de conocimientos. Delumeau, *Une historie du monde*, 2013, pp. 306-312.



un sistema de conocimiento institucionalizado, ya que eso significaba para ellos el apego a la “verdad”.⁸³

Esta corriente de pensamiento no postulaba una lectura única del nuevo mundo: algunos ilustrados lo miraron como un paraíso (como Humboldt y los ilustrados españoles); otros autores solo formularon leyes para su observación a partir de ideas filosóficas y otros más lo miraron como un lugar inferior al propio. En los siguientes párrafos, presentaré estas propuestas ilustradas que alimentarían el imaginario de los viajeros del siglo XIX. Lo haré a partir de trabajos historiográficos como los de Enrique Covarrubias, Juan Ortega y Medina, Margarita Martínez Leal y algunos otros especialistas en el tema.

El barón Charles de Montesquieu, cronista y pensador político francés del siglo XVIII, fue un ilustrado que no viajó ni escribió sobre América, aunque en *El espíritu de las leyes* dejó pautas sobre cómo estudiara un país y buscó aplicar estas pautas en las *Cartas Persas*. Para el estudio de una comunidad, usó el concepto de “orden social”. A partir de él, propuso llevar a cabo la observación de las leyes (maneras) y usos (costumbres), para explicar la diversidad moral de los pueblos. Para poder entender el “orden social” de un colectivo, lo que proponía era describir la geografía y el clima en que se desenvolvía, pues de ellos dependían los comportamientos.⁸⁴ El interés por conocer la moralidad de los pueblos de América contribuyó a que los viajeros europeos describieran los paisajes.

Otro concepto clave para la observación de una comunidad utilizado por este ilustrado francés, fue el de “espíritu general de la nación”. Remitía, para él a “una especie de cualidad general que se reconoce en el carácter y el comportamiento de los individuos que la componen” y le da cohesión.⁸⁵ Aunque los viajeros no seguían al pie de la letra las propuestas planteadas por Montesquieu, sí trataban

⁸³ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 98; Covarrubias, *Visión extranjera de México*, 1998, p. 13; Ramírez Rodríguez, “Una mirada cautivada”, 2010, pp. XXI y XXII y Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, pp. 152 y 153.

⁸⁴ Covarrubias, *Visión extranjera de México*, 1998, pp. 11-13.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 14.

de hallarse “espíritu general de la nación” a partir de sus observaciones y así construir un conocimiento empírico.⁸⁶

Otro pensador ilustrado que influyó en la manera de acercarse a América por parte de muchos viajeros europeos fue el filósofo francés Jean Jacques Rousseau. En su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de los hombres* en el titulado *Sobre las ciencias y el arte*, planteaba que la sociedad en que vivía estaba esclavizada por estructuras políticas que abogaban por la superficialidad, alejándola del contacto directo con la naturaleza y la virtud moral. Por ello, buscó las bases naturales del hombre; consideró la posibilidad de construir a partir de ellas una nueva sociedad, de acuerdo con las exigencias del “derecho natural”. Para él, “lo natural” era lo que se daba por el nacimiento, lo originario o primitivo; por ejemplo, andar desnudos o no saber hablar; frente a “lo adquirido” o “artificial”, que resultaba de todo lo que producían la razón y la cultura, las cuales inventaban necesidades.⁸⁷

A su juicio, el hombre en “estado natural” tenía las siguientes características: piadoso por no soportar el dolor ajeno, con amor propio que lo autoconservaba, una racionalidad latente lista para ser usada, un ser que podía irse perfeccionando y ser solitario. De ese estado se pasaba, hipotéticamente, por distintas fases hasta llegar a su sociedad actual. Una de las fases posterior a la natural fue la que denominó “estado salvaje”, paso positivo en cuanto que el ser humano dejó de ser solitario, sin perder su libertad. Después se extendió la propiedad, la desigualdad creció y se desató el caos.⁸⁸

El “estado natural” y el “estado salvaje” eran hipotéticos, abstracciones. Pero fueron leídos por algunos como una historia mítica de la humanidad, más que como una obra filosófica, ya que Rousseau hacía uso de una escritura histórico-descriptiva. Quienes se confundieron llegaron a pensar que el filósofo hablaba de los hombres “salvajes” de otras latitudes y los asociaron con los indios de las

⁸⁶ Covarrubias, *Visión extranjera de México*, 1998, pp. 14 y 16.

⁸⁷ Fazio Fernández, *Del buen salvaje*, 2003, pp. 32 y 33.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 35-43.

Américas.⁸⁹ De esta manera, no faltaron viajeros que pensarán en ir al nuevo continente para alejarse de su sociedad “injusta” y acercarse a los “buenos salvajes”.

A lo largo del siglo XVIII, se construyeron diversas visiones sobre América y sus pueblos. Muchas no fueron positivas, sino que sostenían que se trataba de un continente inferior al europeo. Uno de los iniciadores de estas ideas fue el escritor y naturalista Georges Louis Leclerc de Buffon, quien afirmaba que América era débil, inmadura e infantil en todos los sentidos, sobre todo, sus habitantes originarios. Otra opinión en la misma sintonía negativa, pero de alguna manera contraria, fue la de Cornelio de Pauw, quien sostenía en *Recherches philosophiques sur les Américains* que el nuevo mundo estaba cansado y en decadencia.⁹⁰

Grandes autores apoyaron tales ideas, como los filósofos Joseph-Marie de Maistre, Voltaire (François-Marie Arouet), Wilhelm Friedrich Hegel o el historiador Guillaume-Thomas Raynal.⁹¹ De la voz de estas autoridades intelectuales, el europeo promedio solía aceptar la idea de una América inferior a Europa. A pesar de ello, las noticias que llegaban sobre las riquezas minerales y agrícolas del nuevo continente, así como de la aclimatación de los cultivos europeos contribuyeron a desvanecer, al menos en parte, esos prejuicios. Aunque siempre hubo ciertas zonas que siguieron siendo creídas “incultas” o atormentadas por insectos dañinos como los mosquitos. De hecho, la idea de inferioridad de los americanos no sufrió muchas modificaciones en la cultura europea.⁹²

Ahora bien, no todos los viajeros-científicos europeos pensaron que el nuevo continente era inferior o atrasado. De hecho, si hablamos de referentes literarios de la Ilustración acerca de la Nueva España, luego México, el que es considerado el punto culminante y primera gran obra de síntesis fue el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* del naturalista prusiano Alexander von Humboldt,

⁸⁹ Ibid., pp. 34, 43 y 44.

⁹⁰ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 176-178.

⁹¹ Sabemos que Vigneaux leyó algo de las ideas filosóficas de Voltaire porque expresa desagrado ante las personas de “ideas volterianas”. Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 389.

⁹² Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 176-178.

publicado en 1809, en la colección de *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. El objetivo del libro era encontrar “las causas de la prosperidad” novohispana para que éstas pudieran copiarse o exportarse al resto del mundo. Recuperaba elementos geográficos, políticos, sociales, demográficos y económicos de los territorios recorridos, pues, si bien Humboldt no tenía la idea que el medio determinara la conducta social, sí consideraba que el desarrollo moral de un pueblo era paralelo a su desarrollo material.⁹³

Humboldt logró que su obra –aparecida, en un primer momento, en forma de cuadernillos, lo que hacía que circulara con relativa facilidad– llamara la atención del público europeo por la variedad de temas tratados, presentados con la solidez y rigor que exigían los científicos de la época, así como con una escritura ágil y atractiva. Se respaldó en datos estadísticos sacados de la observación y estudios de autores locales. Además, como su apellido ya era conocido en Europa a finales del siglo XVIII, los lectores podían dudar de lo dicho un desconocido, pero tomaban como verdadero lo suyo. La coyuntura de la impresión del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* fue también propicia para su buena recepción, ya que ocurrió justamente cuando el interés del viejo mundo por el nuevo había resurgido con los movimientos independentistas. Y la imagen que Humboldt daba de Nueva España era la de una tierra vasta, rica y variada, pero mal explotada por una metrópoli en decadencia. Una última aportación fue cuestionar aquella visión ilustrada que sostenía la inferioridad humana o natural americana.⁹⁴

Otra obra de relevancia de Humboldt fue *Kosmo*, publicada una década después entre 1845 y 1862, en la cual se encuentran volúmenes como los *Cuadros de la naturaleza* y *Vistas de la naturaleza*. En general, fue hecha a partir de los viajes que hizo a distintos puntos de América entre 1799 y 1804, siendo proyectada con base en dos premisas. La primera era establecer la relación íntima entre lo emocional y el conocimiento, puesto que, según pensaba, para aprender algo, los

⁹³ Covarrubias, *Visión extranjera de México*, pp. 15-17; Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 16; Ortega y Medina, *México en la conciencia*, 1955, pp. 9 y 16; Wobeser, “El error de Humboldt”, 1998, pp. 49 y 52 y Vericat, “Imágenes sin texto”, 2009, p. 153.

⁹⁴ Covarrubias, *Visión extranjera de México*, p. 18; Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 17 y Wobeser, “El error de Humboldt”, 1998, p. 49.



sentidos deberán primero crear una imagen y luego procesarla. Por ello, las ilustraciones de *Kosmos* fueron muy importantes, buscaban ir más allá de las limitaciones del lenguaje a partir de numerosos dibujos.⁹⁵

La segunda premisa fue explicar el “sentimiento puro de la naturaleza”, desde la experiencia. Humboldt trató de comunicar la complejidad del territorio-paisaje americano, describiéndolo después de recorrerlo y haber reflexionado sobre él. Estaba convencido de que el conocimiento directo era superior al referido, de manera que, al explicarlo a partir de la experiencia presencial, adquiría el carácter de verdad. Para conocer a la naturaleza americana, Humboldt la clasificó en lo que ahora se denominan paisajes; retrató, definió y ordenó los elementos (población, flora, fauna, clima, suelo, agua y luz) y el estado en que se hallaban. Intentó captarla como un todo, pues, para él, toda ella estaba interconectada y no podían separarse las distintas partes del mundo ni, por tanto, las de su aprehensión. Otro elemento a destacar de los escritos del viajero prusiano fue su búsqueda del “sentimiento puro de la naturaleza”, el cual, pensaba, se encontraba sobre todo en el Nuevo Mundo, en donde había territorio que aún carecía de interferencia de la mano del hombre, es decir, sin ciudades ni actividades agrícolas.⁹⁶

Las obras y el pensamiento de Humboldt influyeron en el relato científico, en especial del paisaje y la geografía. Además, sus imágenes sirvieron de base a pintores y dibujantes sobre América en distintas partes del mundo, sobre todo en Francia. También inspiró a escuelas de paisajistas como las representadas por el grupo de gentilhombres de cámara del rey en Alemania⁹⁷ o el movimiento luminista en Estados Unidos.⁹⁸

⁹⁵ Vericat, “Imágenes sin texto”, 2009, pp. 149, 150 y 154.

⁹⁶ Vericat, “Imágenes sin texto”, 2009, pp. 149-151 y Gómez Mendoza, “La mirada del geógrafo”, 2008, pp. 12-17.

⁹⁷ Pintores de principios del siglo XIX, seleccionados por Humboldt y apoyados por los reyes prusianos Federico Guillermo III y Federico Guillermo IV, para viajar y plasmar los paisajes de distintos puntos tropicales. Entre ellos estaban Johann Moritz Rugendas, Ferdinand Bellermann y Eduard Hilbrandt. Vericat, “Imágenes sin texto”, 2009, p. 155.

⁹⁸ Vericat, “Imágenes sin texto”, 2009, pp. 154 y 155 y Gómez Mendoza, “La mirada del geógrafo”, 2008, p. 11. En el movimiento luminista se encontraban Frederick E. Church, Martin J. Heade y Louis R.

A principios del siglo XIX, se gestó un cambio de mentalidad en Europa por obra del romanticismo, el cual perdería impulso a mediados del siglo. Se trataba de un movimiento contrapuesto a la Ilustración y al movimiento artístico neoclásico que la habían acompañado, que cuestionaba la idea del reino absoluto de la razón y el conocimiento, dando un peso importante a la sensación y los sentimientos. Es decir, el romanticismo pretendía explicar la autenticidad de la experiencia de manera sensorial, con el juicio moral, la acción directa o el deseo de las personas. Además, buscaba recuperar ciertos valores medievales que sentía perdidos con la modernidad y el imperio de la razón, como, por ejemplo, el honor. Tuvo influencia de Rousseau con su idealización no solo del “buen salvaje”, sino también del campesino y el artesano, mientras Humboldt hizo lo propio con la idea del “sentimiento puro de la naturaleza”.⁹⁹

De acuerdo con el historiador Rodolfo Ramírez, en Francia, en particular, el romanticismo tuvo una tendencia lírico-sentimental de tinte pesimista: se apreciaba de manera muy especial en la nostalgia por lo rústico, en el lamento por el desarraigo campestre y, en general, en el rechazo a la industrialización, las migraciones del campo a la ciudad y la sociedad burguesa “antiépica”. Con estos nuevos referentes literarios, los viajeros dejaron atrás la búsqueda del conocimiento científico y, en su lugar, quisieron encontrarse a sí mismos: iban tras el “yo”, es decir, en vez de viajar fuera de su territorio habitual, se proponían ir hacia adentro. Por ello, los relatos de los trotamundos franceses de esta corriente suelen ser autobiográficos a la hora de describir el mundo, pues tratan de recuperar sus propias pasiones e instintos.¹⁰⁰

Los temas que solían tocar los viajeros del romanticismo tenían relación con la naturaleza, lo exótico y los paisajes. Asimismo, se referían a situaciones lejanas, a la literatura antigua y a la de creación popular “auténtica” y “espontánea”; se

Mignot pertenecientes a la Hudson River School, Estados Unidos, la famosa escuela paisajista de mediados y finales del siglo XIX.

⁹⁹Ramírez Rodríguez, “Una mirada cautivada”, 2010, pp. XXII y 14; Porrás Ortega, “Versificación en el estudiante”, 2019, pp. 8 y 29 y Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, pp. 149 y 152.

¹⁰⁰Ramírez Rodríguez, “Una mirada cautivada”, 2010, pp. XXII, 14, 151 y 152; Núñez, “Los escritores viajeros”, 1961, p. 91; Porrás Ortega, “Versificación en el estudiante”, 2019, p. 30 y Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, p. 153.

interesaban por la historia y los “nobles salvajes”, a la par que mostraban gran curiosidad por las antigüedades (piezas y vestigios arqueológicos) y lo social. Otro tema recurrente fue la contemplación de los restos de edificaciones prehispánicas, no tanto por su valor arqueológico, sino por su sentido de lo efímero humano ante la naturaleza y por ser la forma material de los viejos ideales que, sentían, su tiempo ya no seguía.¹⁰¹

Estos viajeros de principios del siglo XIX encontraron sus respuestas en México, en la naturaleza y los vestigios prehispánicos, ya que buscaban con nostalgia, como forma de evadir a la sociedad presente, la figura del “buen salvaje” o del indio inocente en un ambiente también salvaje. De ahí que mostraran interés por describir el paisaje agreste del territorio y por la sociedad, que descubrían exóticos, ante el desinterés de los mexicanos hacia ellos.¹⁰²

Ahora bien, es importante señalar que la visión ilustrada (particularmente la referencia a Humboldt), nunca se abandonó del todo. La mayoría de los relatos de viajeros europeos (no de reportes oficiales), la combinaban con el romanticismo: explicaban las propias experiencias y desventuras en primera persona, a la vez que se salpicaban las páginas con datos precisos de temas vistos como importantes.¹⁰³ Los viajeros estudiados más adelante leyeron informes, periódicos e historias de aventureros que vivieron en los años cercanos a los que viajaron o con pocas décadas de diferencia, seguramente para mantenerse actualizados.¹⁰⁴

¹⁰¹ Ramírez Rodríguez, “Una mirada cautivada”, 2010, pp. XXI-XXIII y 14, Núñez, “Los escritores viajeros”, pp. 87 y 90, Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 98 y Porras Ortega, “Versificación en el estudiante”, 2019, p. 30.

¹⁰² Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 152, 163 y 165 y Núñez, “Los escritores viajeros”, p. 90.

¹⁰³ Núñez, “Los escritores viajeros”, 1961, p. 90, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425-445. [Consultado:21/09/20] y Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, p. 98.

¹⁰⁴ Los textos consultados por Duflot fueron el periódico *Le Courier français*; *Notas del ministro de asuntos extranjeros* de la Legión inglesa; *Livre and voyage de Drake, Cavendish and Dampier* de Christian Isobel Johnstone de 1831; *Resultado del reconocimiento hecho en el istmo de Tehuantepec* por el general Orbegoso de 1831; “Cuentas dada de las sesiones de la Academia de Ciencia de París” de 1842; *Análisis hecho por Sr. Berthier, profesor de la Escuela real de minas de París* por 1830; *Voyage de la Venus* del contraalmirante Dupetit-Thouars de 1840; *Narrative of a voyage to the Pacific Oceande* Frederick William Brechey de 1831; *A History of Upper and Lower California* de Alenxander Forbes del mismo año; *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* de Navarrete,

Con la expansión de Estados Unidos hacia el suroeste, nació el estilo literario *Western*, llamado actualmente del “viejo Oeste”. Las novelas acerca del norte de México vinieron a llenar, de algún modo, el hueco de conocimientos dejado por los científicos de la época. En Francia, varios escritores se dedicaron a ese género, como Gustave Aimard (1818-1883), Lucien Biart (1828-1897) y Gabriel Ferry (1809-1852). Habían vivido en México y, con obras en las que entrelazaron la ficción con recuerdos, testimonios auténticos y juicios, tuvieron un notable éxito editorial. Amenas y llenas de aventuras emocionantes, sus escritos aparecieron primero en periódicos de amplia circulación, que los hicieron tan populares que, ya como libros, tuvieron repetidas ediciones en todo el siglo XIX, en francés, inglés y español.¹⁰⁵

Los viajeros europeos llegaban, pues, a América imbuidos del romanticismo de su tiempo –uno que podía idealizar sus experiencias– y también con una herencia ilustrada que se traducía en descripciones minuciosas de paisajes físicos y humanos. Pero como Mary Louise Pratt ha mostrado, sus ojos eran “ojos imperiales”. Al cerrar el siglo XVIII y abrir el XIX, había un conjunto de potencias imperialistas, con Gran Bretaña por delante y Francia en un lugar importante. Su crecimiento económico –asociado a revoluciones agrícola, demográfica e industrial– requería nuevos mercados y también de expansión territorial. El avance material se asociaba a la idea de un “progreso” encabezado por los países europeos, digno de ser llevado a todo el mundo; recuperaba además un ideal civilizatorio, según el cual los europeos tenían el compromiso moral de compartir sus logros morales y materiales con pueblos supuestamente atrasados. Los

Salva y Barranda de 1843, correspondencia del 1 de noviembre de 1837 de Carlos Carrillo; tabla general de comercio entre Francia y México de 1827 a 1842; suma de deudas a negocios franceses por el gobierno mexicano de 1800 a 1840; *Voyage autour du monde, principalement à la Californie et aux îles Sandwich, pendant les années 1826, 1827, 1828 et 1829* del capitán August Bernard Dubant Cily de 1835; “Mémoires de M. Douglas” en *Companion to the botanieal magazine* de 1836; estados de barcos entrantes en los puertos de Alta California e islas Sandwich, 1840 y 1841; tablas de población de blancos en California y de indios en las misiones de 1750-1830; *Los textos enteros y el informe de motivos de pesca en el océano Pacífico y Reportes presentados a la Cámara de Ministro de Comercio francés* de 1841. Mientras que Vigneaux consulto sobre las vidas de los aventureros Charles de Pindray (1851-1852) y William Walker (1853) y los periódicos *L’Echo du Pacifique* en 1860, *La Liberte*, *El Diario oficial* y *Traite de l’unio*, así como el libro *Exploration du territoire de l’Oregon, des Californies et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de Duflot de 1846 que también fue leído por Aimard junto con el periodico *Temps*.

¹⁰⁵ Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, documento en línea citado.



paradigmas de progreso, desarrollo tecnológico y misión civilizatoria partían de la suposición de la inferioridad del otro, se traducirían más adelante en un “racismo científico” y permearon los siglos siguientes.¹⁰⁶

Esta idea de superioridad europea se deja ver también en los viajeros que abordaremos pues la mayoría de los libros y periódicos que consultaron y no refieren a materia legal, son de origen europeo (coloniales o contemporáneos). El uso de información científica de autores mexicanos fue casi nulo. Por su parte, Vigneaux desestimó a los periódicos mexicanos como simple entretenimiento.¹⁰⁷

El concepto de “progreso” se ligó con las ideas de igualdad, libertad y soberanía popular, al convertirlos en objetivos necesarios e históricamente inevitables de los hombres. La historia se interpretó como un gradual ascenso del hombre hacia cierto objetivo. La idea fue universal en los campos eruditos, científicos, literario y demás tipos de pensamiento. Hubo varias posturas sobre cuál era su fin último. Una era la libertad individual, cada vez más amplia y extendida por el orbe. Los adelantos en el saber y el dominio del hombre sobre el mundo natural demostraban su “poder”. No obstante, para que esto siguiera, pensaban, resultaba necesario eliminar las trabas que limitaban la libertad de pensar, trabajar y crear. Así que, para estos autores, el grado de progreso estaba dado por el grado de libertad que poseyera cada pueblo. Algunos de ellos fueron Anne Robert Jacques Turgot, Edward Gibbon, Adam Smith, los padres fundadores de Estados Unidos, Nicholas de Condorcet, William Godwin, Thomas Malthus, Immanuel Kant, Heinrich Heine, John Stuart Mill y Herbert Spencer.¹⁰⁸

Para otro grupo de intelectuales el fin último del progreso era el “poder”, aunque nunca se refieren así tal cual en sus escritos. Estas derivaron en las doctrinas nacionalistas, estatistas, utópicas y racistas. El poder se reclamaba en nombre de alguna libertad o como una especie de salvación en la tierra, y no trataba de limitar las acciones del hombre, sino de dirigir y dar forma a su conciencia. Algunos de

¹⁰⁶ Osterhammel, *La transformación*, 2015, pp. 563-567; Nisbet, *Historia de la idea*, 1991, pp. 251 y Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, pp. 146 y 147.

¹⁰⁷ Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 392.

¹⁰⁸ Nisbet, *Historia de la idea*, 1991, pp. 243, 248 y 254.



sus representantes fueron Jean Jacques Rousseau, Johann Gottlieb Fichte, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Claude Henri de Saint-Simon, Auguste Comte, Karl Marx, Joseph Arthur de Gobineau y Johann Gottfried von Herder. No era que sus ideas fuesen diferentes o contrarias a la libertad, sino que estaban convencidos de que solo la podía obtener desde el ejercicio del poder, lo que implicaba su asociación y la creación de “un nuevo tipo de ser humano”.¹⁰⁹

En tanto, para los pensadores utópicos se vivía en una época violenta y catastrófica, que permitía avanzar gradualmente hacia una época de oro, aunque para llegar a ella fuese necesario usar el poder. En el estatismo y el nacionalismo se unieron la idea del progreso con el poder del Estado nacional, el cual constituía no solo una estructura legal y social, sino una forma de exaltada de perfección moral, social e individual. La idea del Estado, de la utilización del poder absoluto, empezó durante la Ilustración en Francia donde, junto con Alemania, permeó más. Por último, el racismo de algunos pensadores del siglo XIX se apoyaba en el progreso humano resultaba inseparable de la existencia histórica de grupos raciales. Con esta idea, se hicieron hipótesis que trataban de explicar las diferencias entre las diversas culturas como consecuencia de la diversidad racial. La vara de medición para establecerlas y mostrar la superioridad de una sobre otras se hallaba en qué tanto se parecían a la cultura grecolatina.¹¹⁰

Con estos paradigmas culturales, –una mezcla de ellos, más que un cuerpo de ideas coherentes–, los viajeros miraban a los otros, a los no europeos, y legitimaban su intervención en otros continentes. La justificaban a partir de la supuesta “superioridad” europea blanca sobre el resto del mundo, una que “obligaba” moralmente al europeo a transformar a los demás de acuerdo con su modelo, a guiar a los “inferiores” a la civilización y el progreso. Ambos se lograrían nada más cuando los no europeos recorrieran todos los estadios que el viejo mundo había transitado ya. La trampa estaba en que no se reconocía la

¹⁰⁹Nisbet, *Historia de la idea*, 1991, pp. 332 y 334.

¹¹⁰Ibid., pp. 335, 372, 395 y 397-399.



posibilidad de que los nativos recorrieran por sí mismos ese camino o construyeran un camino propio.¹¹¹

Al tiempo que se “civilizaba”, se tenía que ser “útil” al continente. Para ello, debía colonizarse con mano de obra europea, con personas que tuvieran disciplina, inquietas por tener tierras y que exigieran mejores condiciones de vida. Se creía, y con ello se justificaba la colonización de otros continentes, que el derecho sobre un territorio se adquiría trabajándolo e invirtiendo, a fin de posibilitar la labranza y la industria. Hubo quienes llegaron a alentar incluso el avance del conquistador, de manera muy específica sobre regiones enteras de África, aunque no nada más, con el argumento de que las tierras no aprovechadas no pertenecían a sus habitantes. Además, en esas zonas había de invertirse, y así lo hicieron, para fomentar la producción de insumos. De modo que, con el apoyo del comercio, se convertía a los nativos en mano de obra y generaba un mercado para el “buen” consumo metropolitano.¹¹²

Una última fuente mencionada en dos de los textos estudiados fueron las fuentes legales que emitía el gobierno mexicano, y algunas veces otros gobiernos. Veían a las leyes como la representación real del avance de un país, pues demostraban las acciones y pensamientos que tomaba un gobernante en torno a cómo debía guiar a su pueblo. Las leyes se tomaban como una medida de si el país iba hacía el “progreso” y la “civilidad” o si bien hacia “retroceder” a la sociedad mexicana, en comparación con, para los viajeros, la avanzada europea. Lamentablemente parece que, en la mayoría de los casos citados, México perdió la batalla.¹¹³

¹¹¹ Salmerón, “Víctor Hugo frente”, 2017, pp. 216, 219, 220 y 224.

¹¹² Salmerón, “Víctor Hugo frente”, 2017, pp. 226 y 227 y Pratt, *Ojos imperiales*, 2010, p. 155.

¹¹³ La mayoría de las citaciones de las instituciones mexicanas eran para demostrar los problemas o malas decisiones tomadas por el gobierno mexicano frente a un problema como las citaciones de Duflot de la casa de moneda de México de 1800 a 1840, los ingresos y despensas del estado mexicano, los decretos desde finales de 1841 a 1843 contra el comercio especialmente, sentía él, de los franceses; la suma de las deudas a negocios franceses por el gobierno mexicano; los decretos del 25 de mayo de 1832 19 de septiembre de 1836 y 8 de febrero 1842 a cerca de la desaparición de los fondos piosos y decretos de Antonio López de Santa Anna. Asimismo, Duflot referencio proclamaciones políticas en contra de las leyes del gobierno central como las de Alvarado, Castro y Vallejo, en Monterrey, 13 de noviembre de 1836 Por parte de Vigneux que también cito decretos de Santa Anna los hizo como una forma de burlarse de la ineficacia de su gobierno.

La Europa –particularmente Francia–, de donde procedían los viajeros de principios y mediados del siglo XIX que recorrieron lo que fue primero Nueva España y luego México, era contradictoria. Por un lado, tuvo numerosos conflictos internacionales y sociales que obligaron a la gente a migrar a zonas que consideraban menos turbulentas, como América. Por el otro, florecieron nuevas formas de entender el conocimiento e impulsar la industria, siendo el nuevo continente el lugar idóneo para echar a andar la imaginación, plena de ideas románticas, así como para realizar pruebas científicas y emprender otros negocios. De una forma u otra en el pensamiento europeo, América y en especial México, constituía un lugar de oportunidades. Sin embargo, ¿el mundo al que llegaron los viajeros europeos era como el de sus pensamientos?



Capítulo 2 Los viajeros y el mundo al que llegaron

2.1 México independiente: camino a su construcción

La Nueva España, llamada México a partir de 1821, consumó su independencia ese año, después de tres siglos de formar parte del imperio español. Su proceso de separación había comenzado en 1808, a partir de la invasión de la península ibérica por las tropas de Napoleón, invasión que precipitó una reacción de procesos políticos en cadena que afectaron a todo el imperio y trajeron consigo una revolución liberal y la independencia de casi todas las colonias en América.

El monopolio impuesto por España a sus territorios de ultramar por las guerras sostenidas con otras potencias europeas entre 1789 y 1814, comenzó a resquebrajarse por los bloqueos marítimos, sobre todo de Gran Bretaña, la destrucción de la mayor parte de la flota naval hispana y el contrabando. Ante el desgaste de la península y la necesidad de comunicarse con sus posesiones de ultramar en América, se permitió el arribo de barcos neutrales, lo cual más tarde no pudo prohibirse más, ya que los propios españoles americanos se opusieron.¹¹⁴

Así, aunque las fronteras y el monopolio comercial no se abrirían sino hasta consumada la independencia, su resquebrajamiento comenzó a anunciarse desde antes. También cabe mencionar que la frontera entre Estados Unidos y Nueva España se concretó en 1819, después de muchas complicaciones por la situación internacional, con el Tratado Adams-Onís.¹¹⁵

Nueva España se declaró independiente por el Tratado de Córdoba en 1821, si bien la metrópoli no otorgaría el reconocimiento sino hasta 1836, después de varios intentos de negociación por parte de México y uno de reconquista en 1829.¹¹⁶ Ante la negativa hispana de otorgar el reconocimiento, el gobierno mexicano buscó el reconocimiento de otras naciones. En primer lugar, se acercó a

¹¹⁴ Bousquet, "La descolonización", 1992, pp. 185 y 191-195 y Osterhammel, *La transformación*, 2015, p. 584.

¹¹⁵ Bousquet, "La descolonización", 1992, pp. 196 y Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, p. 248.

¹¹⁶ Las negociaciones del reconocimiento de la Independencia de México de España tuvieron como mediadora a Gran Bretaña, a la que convenía el reconocimiento de la soberanía mexicana para poder hacer tratos comerciales con ambas partes. Ávila y Jáuregui, "La disolución de la monarquía", 2010, p. 1544.

Gran Bretaña, que luego de una serie de negociaciones lo dio en 1825. Otro importante fue el de la Santa Sede, lográndose un primer paso en 1831 con el nombramiento de obispos, y, del todo, en 1836.¹¹⁷

En cuanto a Francia, ésta se limitó a enviar agentes comerciales durante varias décadas, impedida por su Pacto de Familia con España, que la comprometía a no establecer relaciones diplomáticas con las antiguas colonias hispanas. Además, como no estaba segura de que la independencia de México fuera un hecho, solo envió expediciones informativas. Por fin, en 1825, llegó un primer agente confidencial, Alexandre Martin, quien impulsaría las relaciones franco-mexicanas. Éstas se deterioraron gravemente en 1838, debido a la deuda de México y el estallido de la conocida como guerra de los pastales.¹¹⁸

Ahora bien, la política interna fue complicada a lo largo de la mayor parte del siglo XIX: el reto para el país era consolidar un Estado-nación. A saber, alcanzar un gobierno estable y una unidad social, cultural y territorial, pese la pérdida de cohesión política y a la reafirmación del autonomismo de los poderes regionales frente al poder general. La forma del actuar político estuvo limitada por sus posibilidades de mantener la unidad de lo que se quería que fuera la nueva nación entre los intereses políticos de los poderes regionales y en poder general. Los diversos proyectos de nación se tradujeron en las distintas constituciones, que también significaron diferentes formas de dominar el territorio. Pero este dominio fue en su mayoría nominal por la gran extensión territorial, la falta de comunicaciones y población, así como los conflictos nacionales e internacionales. Los diplomáticos, comerciantes y viajeros que llegaron se movieron siempre en el incierto panorama nacional que presento a continuación.¹¹⁹

Después de la firma de los Tratados de Córdoba, se instaló la Soberana Junta Provisional Gubernativa que dio paso al imperio de Iturbide, el cual tuvo una vida efímera al caer en 1823. Lo sucedió la república federal hasta 1836 que dio

¹¹⁷ Ávila y Jáuregui, "La disolución de la monarquía", 2010, pp.1544, 1561-1567 y 1570-1874.

¹¹⁸ Penot, *Primeros contactos*, 1975, pp. 42, 43, 66 y 69 y Ávila y Jáuregui, "La disolución de la monarquía", 2010, pp. 1570-1874.

¹¹⁹ Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, pp. 80, 492 y 611.



participación política a los estados de la república. Pero no logró consolidar las instituciones necesarias para mantener la estabilidad y la unidad nacional. Uno de los grandes problemas que enfrentó fue el conflicto de Texas. Aprovechando la poca integración de este territorio al país, por su lejanía del centro y su escasa población, los migrantes estadounidenses se adueñaron de él, representando una amenaza de separación.¹²⁰

El gobierno federal creó, en 1827, una Comisión de Límites para marcar la frontera norte, según el Tratado Adams-Onís. La comisión estaba integrada por ingenieros militares dirigidos por el general Manuel Mier y Terán. La expedición duró de noviembre de ese año a diciembre de 1831 y, aunque no llegó a trazar el límite, sí recolectó datos acerca de la vegetación, fauna, rocas, entre otros. Este tipo de información no llegaba a la mayoría de la población, por lo que no logró crear un apego al territorio, lo cual se vio en el poco interés por poblar el norte, a pesar de la insistencia de los funcionarios.¹²¹

Pese a la resistencia de los estados a la posibilidad de un gobierno nacional más fuerte, los grupos de poder optaron por un sistema político centralista en 1836, que los convirtió en departamentos. El nuevo sistema dio una buena excusa para que los colonos de Texas tomaran la decisión de separarse, con lo que se inició una guerra que terminaría con su independencia. Ahora bien, aunque el centralismo duró hasta 1846, no logró su propósito de unidad y estabilidad. Se vino abajo por la falta de recursos económicos, la dificultad de la coordinación territorial, por la vulnerabilidad del extenso territorio y la resistencia de las élites regionales.¹²²

Cabe mencionar que los centralistas apostaban a la tradición colonial, mientras los federalistas lo hicieron a la regularización del poder federal y la conservación de las soberanías provinciales, pero alcanzar el equilibrio fue lo que suscitó los cambios de proyecto de nación. Además, el federalismo se alineó con el liberalismo mientras que el centralismo lo hizo con el conservadurismo, pues se

¹²⁰ Serrano Ortega y Vázquez, "El nuevo orden", 2010, pp. 1574-1578 y 1591.

¹²¹ Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, p. 249.

¹²² Serrano Ortega y Vázquez, "El nuevo orden", 2010, pp. 1641-1671 y 1675-1678 y Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, pp. 81, y 580.

ligó en lo social a la minoría de ascendencia europea y rica: los criollos. Los que estaban “contaminados” racialmente eran vistos como descendientes del “motón”, carentes de relieve y categoría. Por su lado, los demócratas/populares trataban de crear condiciones para que porciones más grandes de población pudieran tener participación política. Por su parte, las periferias geográficas fueron las que más reivindicaron el protagonismo de hecho.¹²³

Otra gran transformación que sufrió el norte de México derivó de la guerra con Estados Unidos, que duró de 1846 a 1848. El interés expansionista de este país era evidente desde la década de 1820, cuando propuso comprar Texas. Para 1845, se incorporó este territorio y volteó hacia Oregón y California. Con la elección del presidente James Knox Polk comenzó el conflicto, con la excusa de hacer cumplir al vecino del sur el pago de sus reclamaciones.¹²⁴

La guerra favoreció el restablecimiento del federalismo, pero no logró frenar el rápido avance de las tropas enemigas, mejor pagadas y coordinadas frente a un ejército mexicano sin recursos e incapaz de organizarse de forma cohesionada ante el enemigo por sus divisiones internas. El 15 de septiembre de 1847, los estadounidenses tomaron la capital y el gobierno mexicano, vencido y fragmentado, pidió desde Querétaro, donde se había refugiado, entraran en negociaciones. El tratado firmado fue el de Guadalupe Hidalgo, por el cual México entregó a la Unión Americana Nuevo México, Alta California y el territorio entre el Bravo y el Nueces.¹²⁵

Para demarcar la nueva frontera, ambos países crearon una comisión que comenzó a trabajar en 1849. Se estableció que, yendo de oeste a este, se seguiría el río Colorado hasta su primer afluente con el río Gila. De allí se bajaría en línea recta hasta el punto que corta el límite meridional de Nuevo México para terminar siguiendo el río Bravo. En todos los casos se tomaría el brazo o canal más

¹²³ Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, pp. 88, 575 y 576.

¹²⁴ Serrano Ortega y Vázquez, “El nuevo orden”, 2010, pp.1706-1712.

¹²⁵ Serrano Ortega y Vázquez, “El nuevo orden”, 2010, pp.1712-1727, Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, p. 583 y Suárez Argüello, “De Maine a México”, 1994, p. 88. La región perdida por México incluyó la totalidad de los actuales estados de Nuevo México, California, Nevada y Utah, así como partes de Arizona, Colorado, Wyoming, Oklahoma y Kansas.



profundo de los ríos si tuviera varias desviaciones. En 1850 se delimitaron las Californias, por lo que se traspasó a los límites de Sonora y Chihuahua con Nuevo México y Texas donde surgió un problema de límite por los ríos Gila y Colorado, que se resolvería durante el gobierno de Antonio López de Santa Anna, cuando se vendió el valle de La Mesilla, que fue anexado a Nuevo México. Se pasó luego a demarcar el resto del desierto con el río Bravo de frontera. El trabajo de campo se terminó en 1855. En 1856, las comisiones se reunieron a cartografiar para acabar su labor en 1857. Con ello, se tuvo por primera vez una delimitación definitiva ambos países. La pérdida total para México, incluyendo Texas, fue de 2 400 000 km², esto es, más de la mitad del territorio que tenía en 1821.¹²⁶

Después de la guerra, siguió la inestabilidad política, expresada en los frecuentes cambios de gobierno. A partir de estas fechas tomaron forma los bandos liberal y conservador y hubo en el país múltiples levantamientos. En 1853 comenzó lo que después se conocería como la dictadura de Santa Anna, quien subió al poder con el apoyo de los conservadores. Santa Anna cayó por la revolución de Ayutla en 1855, en que se instauró otra vez un orden liberal con los gobiernos de Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y Benito Juárez. El último firmaría en 1859 el tratado de McLane-Ocampo, que permitía el tránsito, prometido en el tratado de La Mesilla, por Tehuantepec; así como de Matamoros a Mazatlán y de Nogales a Guaymas. Sin embargo, no entró en vigor.¹²⁷

La situación nacional no se resolvería con el cambio liberal, quien tuvo que enfrentar la oposición de los conservadores y en particular los intereses de la Iglesia, y llevó a una guerra civil: la llamada guerra de reforma, que comenzaría en 1858 y duraría tres años. A su término, con el triunfo de los liberales y su Constitución federalista y republicana, se inició un nuevo y grave problema: la invasión por parte de Francia, Inglaterra y España a fines de 1862. Las dos últimas se retiraron casi de inmediato con la garantía del pago de su deuda. Las tropas

¹²⁶ Serrano Ortega y Vázquez, "El nuevo orden", 2010, p. 1727; Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, pp. 252 y 253 y Suárez Argüello, "De Maine a México", 1994, p. 88.

¹²⁷ Lira y Staples, "Del desastre", 2010, pp. 1762-1811 y Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, p. 493.



francesas se quedaron en México por poco más de cuatro años y ayudaron a implantar el imperio de Maximiliano que los conservadores habían demandado.¹²⁸

A pesar de los problemas políticos la economía creció, pero muy lentamente. La Ciudad de México perdió parte de su importancia económica por la apertura de nuevas casas de moneda y puertos en ambas costas, lo cual modificó las redes mercantiles y el control del comercio internacional en favor de las elites locales. Por otro lado, llegó inversión extranjera, sobre todo británica y a la minería. En donde hubo crisis fue en el erario público por las deudas y falta de circulación monetaria, favoreciéndose una economía natural de trueque y peonaje. El sector agropecuario se vio muy afectado por la destrucción de la guerra de Independencia y se agudizó la fragmentación de los mercados regionales. Pero, a la larga, se recuperó por el aumento de tierras de cultivo y las obras hidráulicas. Asimismo, hubo un crecimiento industrial: la rama que más creció fue la textil que lo hizo a ritmos sostenidos. Sin embargo, las condiciones de vida de la población común no mejoraron, lo que fue un factor para el malestar.¹²⁹

En cuanto a lo social, el crecimiento de la población fue a un ritmo lento, a causa de las luchas internas, las epidemias, la pobreza y la falta de migraciones masivas europeas, que significaron en otras partes del continente, como Estados Unidos, un crecimiento demográfico importante. La mayoría de la población se encontraba asentada en el centro y sur del país, pero muchas de sus ciudades enfrentaron una reducción en el número de sus habitantes. Por su parte, el norte empezó a tener un lento crecimiento de población por pequeñas migraciones.¹³⁰

El concepto de nacionalismo estaba sustentado en la unidad cultural, pero en México ésta se encontraba fragmentada en diversos grupos étnicos, identidades locales y regionales, que formaban pequeñas “naciones”. En época de la Nueva España, la corona era factor primordial de unificación, pero con la independencia se perdió este lazo. En consecuencia, los gobiernos del siglo XIX intentaron recrearla a través de la igualdad y el ser ciudadano y proclamaron que se había

¹²⁸ Lira y Staples, “Del desastre”, 2010, pp. 1850-1873.

¹²⁹ Serrano Ortega y Vázquez, “El nuevo orden”, 2010, pp. 1622-1629 y 1633-1637.

¹³⁰ *Ibidem*, pp. 1619-1620.

logrado. Por eso la importancia de homogeneizar, idea ligada a la de progreso, a fin de legitimar el dominio político sobre grupos sociales considerados inferiores y amenazantes, es decir, subalternos, tanto los indígenas sedentarios como los “bárbaros” de la frontera.¹³¹

La presencia de los indígenas obstaculizó la homogeneización de la población, al punto de considerarse como el “problema indígena”. Para “mexicanizarlos” se pretendió dividir y repartir sus tierras, eliminar sus estructuras de gobierno y autoridades autónomas, e integrarlos como ciudadanos. De forma que participaran más activamente en los mercados como mano de obra y mediante la circulación de sus tierras. Una parte del gobierno los considero que solo podían servir como contribuyentes fiscales y mano de obra. De ahí que los movimientos de oposición los vieran como posibles aliados. Los indígenas, a su vez, trataron de aprovecharlos o crearon sus propios para defender sus tierras o reducir las contribuciones. La igualdad, a pesar de estar en los discursos políticos, no logró consolidarse más que en lo fiscal al obligarse a pagar impuestos a todos los hombres mayores de 18 años.¹³²

Resulta aquí relevante mencionar que no existía una cartografía completa de México, por lo que a lo largo del siglo XIX los gobiernos expedieron distintas leyes y mandatos (1821, 1822, 1824, 1831, 1833 y 1853) para obligar a las autoridades locales a enviar información necesaria. Sin embargo, no se logró concretar un mapa completo del país hasta finales del siglo XIX. Los gobiernos nacionales antes de esa fecha solían conocer el territorio cuando recorrían el país o a través de intermediarios como los señores con los que tenían alianzas. Así su saber sobre la nación y sobre las características y singularidades de los poderes de cada región era muy limitado. Esto derivaba, en buena medida, de las dificultades en las comunicaciones y la inestabilidad política.¹³³

Otra cuestión era la colonización, sobre todo en el norte del país. Desde 1824, se facultó a los estados federales a disponer de sus tierras baldías y repartirla a las

¹³¹ Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, pp. 610-613.

¹³² *Ibidem*, pp. 610, 614, 615, 620 y 621.

¹³³ *Ibidem*, 2007, pp. 28-30, 82 y 83.

familias mexicanas. Los extranjeros no podían conseguirlas ni adquirir inmuebles en las fronteras o las costas para proteger la soberanía. Esto se hacía con la idea de aumentar la población de la nación, incorporar a los indios del norte mezclándolos con familias “virtuosas”, importar talento y mano de obra para la innovación tecnología y la educación, así como para la agricultura a pequeña escala. Era común que los inmigrantes se trasladaran mediante un contrato y no por su cuenta y bajo su propia responsabilidad, ya que la mayoría de ellos tenía fondos limitados para moverse. La realidad fue que a México vinieron muchos extranjeros por cuenta propia y sin deseos de ser agricultores, lo que representó un problema para los Congresos, quienes esperaban colonias de agricultores.¹³⁴

En este complicado proceso nacional, con cambios en la forma de gobierno, guerras internas y externas, enormes pérdidas de territorio, crisis del erario público, pobre crecimiento de la economía, estancamiento de la población y reacomodos en los asentamientos, fue por donde se movieron los viajeros que llegaron a México.

2.2 La situación del noroeste de México

A pesar de la inestabilidad política, el lento crecimiento económico y el reacomodo social tuvieron lugar en mayor o menor medida en todo México, lo cierto es que hay que hacer ciertas aclaraciones sobre el noroeste de México. Este rincón al cual llegaron los viajeros que en adelante estudiaremos mostró diferencias con el resto del país.

Es difícil definir una “región”, pero lo haré con los parámetros de que debe ser un espacio articulado y organizado, con una homogeneidad relativa, dada por la integración e interdependencia de una densidad de intercambios y relaciones sociales y de identidad, con características geográficas comunes, aunque no determinantes.¹³⁵

¹³⁴Mendoza Vargas, Ribera Carbó y Sunyer Martín, *Integración del territorio*, 2007, p. 622 y Berninger, *La inmigración*, 1974, pp. 28, 29, 31, 33, 42, 44-47, 84 y 180.

¹³⁵García Martínez, *Regiones y paisajes*, 2000, p. 31 y Palacios, “El concepto de región”, 1983, pp. 61, 64 y 65.



El noroeste del México decimonónico comprende los territorios actuales de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, California y Arizona. Hacia la mitad del siglo, sufrió cambios en sus fronteras políticas, cuando California y Arizona pasaron a pertenecer a Estados Unidos. A pesar de ello, este territorio puede definirse como una “región” por contar con una naturaleza y una dinámica social similar: características geográficas de llanura, costa, desierto y sierra, los eventos históricos compartidos (como el tipo de colonización), las costumbres y la economía integrada. La Sierra Madre Occidental la separa del altiplanomejicano. De ahí que exista poca comunicación entre ambos, al estar más conectado el altiplano con el Bajío y la Ciudad de México a través del Camino Real de Tierra Adentro, mientras que el noroeste lo estuvo con Guadalajara. Sin embargo, hubo caminos que comunicaban a través de la sierra, entre zonas mineras.¹³⁶

Si vemos la geografía física de la región a la altura de Sinaloa, Sonora y Arizona, podemos observar varias tipologías morfológicas naturales. En el continente, comenzado desde el sur y yendo hacia el norte, se encuentra la Sierra Madre Occidental en el este, una llanura estrecha y la costa al oeste donde la parte sur limita con el Océano Pacífico, y aproximadamente desde Mazatlán y hacia el septentrión, el Golfo de California que sube hasta Sonora.¹³⁷ Entre el límite de Sinaloa y Sonora aparecen las sierras y valles paralelos entre la Sierra Madre y la llanura, así como una zona de barrancas. La llanura se detiene alrededor de la actual Ciudad Obregón, para dar paso al desierto de Sonora que se extiende hacia el norte; engloba otros pequeños desiertos como los de Gila, Altar o El Pinacate. El área de barrancas se hace más grande también en Arizona donde la más representativa es el Gran Cañón.¹³⁸

Por último, las Californias comparten rasgos con la zona antes descrita por el hecho de estar rodeadas por los mismos mares (el Océano Pacífico y el Golfo de

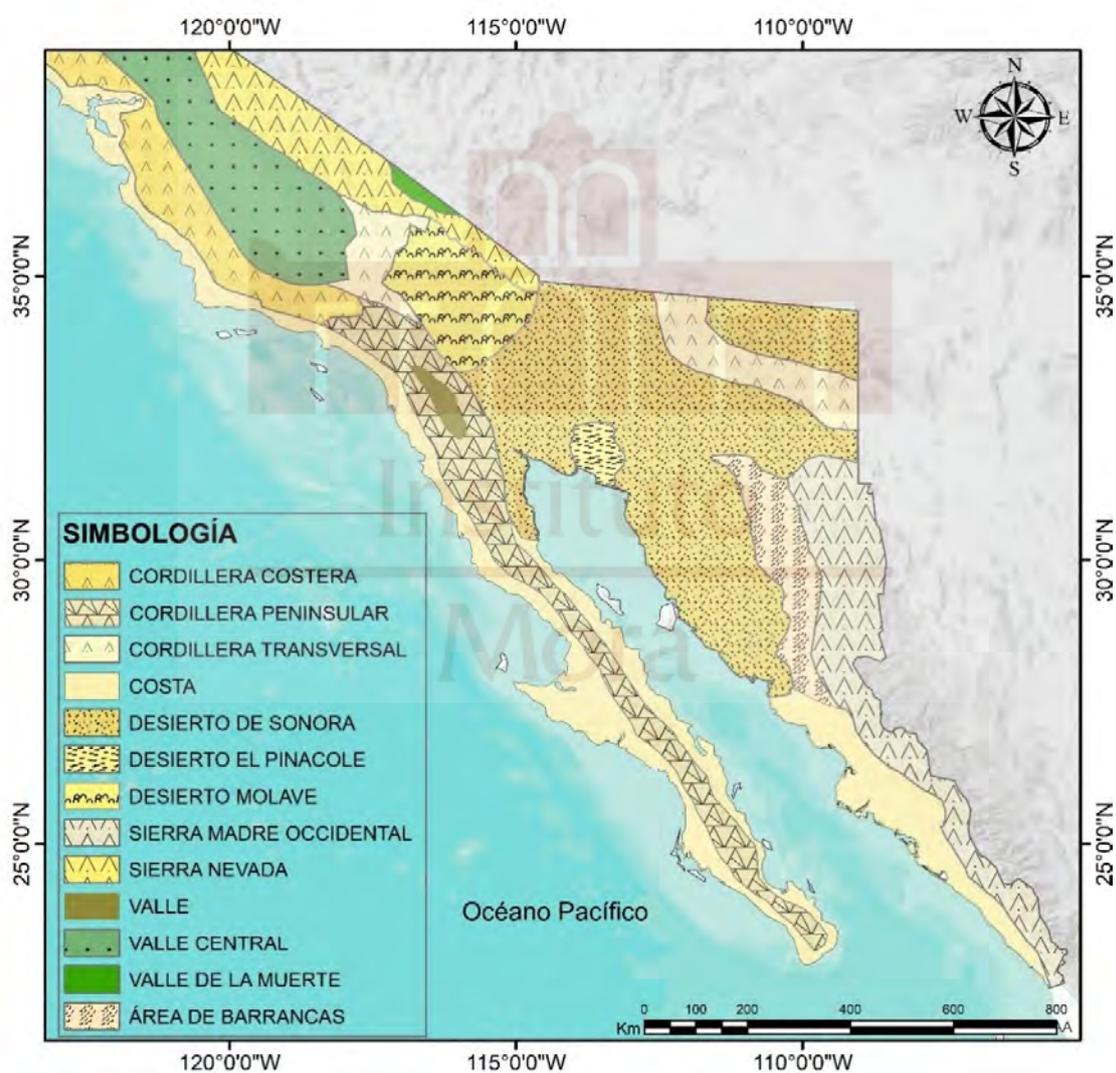
¹³⁶ García Martínez, *Regiones y paisajes*, 2000, pp. 15 y 73 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 77. Aunque la región del noroeste es defendida por Ortega Noriega, otros autores como Bernardo García Martínez sostienen que la región es el norte y que el noroeste (que comprende Sonora y Sinaloa) y las Californias son subregiones dentro de esta.

¹³⁷ El océano Pacífico era conocido también como Mar del Sur, mientras que el golfo de California recibió los nombres de Mar Cortés o Mar Bermejo.

¹³⁸ Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 15-20 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 13-17.



California), tener una cadena montañosa que las recorre todo a lo largo (aunque de menor altura que la Sierra Madre Occidental) y compartir un desierto con clima árido o semiárido. No obstante, tienen algunas diferencias con la zona anterior: en la parte noroccidental de la península y la parte norte de California el clima es mediterráneo y no corre ningún río, hasta antes del Río Colorado. El agua de la zona proviene de los acuíferos subterráneos y los pocos arroyos existentes se originan en los manantiales.¹³⁹ Estos rasgos geográficos se pueden notar mejor en el mapa que se presenta a continuación:



Mapa 2 La geografía física de la región noroeste mexicana.

¹³⁹ Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, pp. 15-19.

Fuente: creación propia a base de *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de M. Duflot de Mofras, *Breve historia de Sonora* de Almada Bay, *Breve historia de Sinaloa* de Ortega Noriega y *Breve historia de Baja Californis Sur* de Río y Altable Fernández

Otra diferencia importante de la región con respecto al centro del país fue la colonización, pues fue poblada lentamente por misiones jesuitas.¹⁴⁰ Junto a las misiones se levantaban los presidios, para protegerlas de las incursiones de los indios “bravos”. En el caso de las Californias, los militares no vivieron en los presidios, sino en las mismas misiones. Los jesuitas fueron expulsados de la Nueva España en 1767 y sustituidos por franciscanos, dominicos o miembros del clero secular. En Sonora, Arizona, la parte norte de Sinaloa y la Alta California estuvieron los franciscanos, en Baja California los dominicos y en el centro y sur de Sinaloa el clero secular.¹⁴¹

Las misiones fueron el pilar de la región noroeste de México. Su red había comenzado a formarse a finales del siglo XVI y se extendió por varios siglos hasta las primeras décadas del XIX. Se fundaron en las tierras fértiles de los valles, por lo que abastecían de productos agrícolas a toda la región.¹⁴² Se erigió como una propuesta alternativa a la guerra “a sangre y fuego” contra los chichimecas, a partir de una red misional capaz de llevar adelante una “conquista pacífica” mediante la enseñanza de la fe.¹⁴³ Además de ser una medida de segregación-diferenciación por parte de la corona al separar a los indígenas pacificados de los pueblos de los hombres de “razón” o de los colonizadores.¹⁴⁴

¹⁴⁰Que se caracterizaban por ser administradas por un sacerdote de alguna orden de clero regular, con el propósito de evangelizar y “civilizar” a la europea a las personas del territorio en donde se establecían. Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, pp. 12 y 13

¹⁴¹Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, pp. 12 y 13, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 55-61 y 100, Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, p. 38 y Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 68-73, 117 y 118.

¹⁴² El abastecimiento fue destinado a las propias misiones; cuando tenían excedentes, primero iban en auxilio de las misiones más pobres y luego las vendían a los pueblos, presidios y reales mineros. Se diferenciaban en misiones “cabeceras”, que eran las más importantes, y el resto constituían los “pueblos de visitas”, esto es, eran visitados por el misionero de la misión “cabecera”. Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, p. 36 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 59 y 82.

¹⁴³Esta estrategia de conversión misional se practicó en toda América e incluso en Asia. Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, p. 71.

¹⁴⁴Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 61, 71 y 72; López Rivas, “Pueblos indígenas”, 2007, p. 10 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 55



Un problema notorio en ellas era la escasez de personal, sobre todo en las Californias. Las misiones “cabeceras” se componían de uno o dos religiosos, de los indígenas que se iban a evangelizar en sus rancheríos y caseríos, y los pocos sirvientes que se reclutaban entre ellos. Esto propició cierto aislamiento cultural, social y económico de la mayoría de los grupos indígenas, cuya única relación exterior directa fueron los misioneros, los exiguos soldados con sus familias y los pocos colonos que se establecieron en la zona. Sin embargo, es interesante señalar que los jesuitas procedían de diversos orígenes europeos, no sólo de España, sino también de Italia, Portugal, Francia, Alemania y Bohemia.¹⁴⁵ Esto posiblemente, preparó a los nativos para recibir a visitantes extranjeros.

Los indígenas de la región eran tanto sedentarios como nómadas. Los primeros se habían establecido sobre todo en los valles de lo que es hoy el sur de Sonora y la mayor parte de Sinaloa. Los nómadas o semi-nómadas vivían de la caza, la recolección y el “pillaje”, más que de la agricultura, adaptados al ambiente desértico del norte de Sonora, Arizona y las Californias. Cuando se crearon las misiones se comenzó a clasificar a los indios según su relación con los españoles y religiosos: los no conquistados eran bravos o gentiles (usualmente los nómadas); los neófitos, quienes acababan de integrarse a las misiones, y los cristianos viejos habían ya nacido en las misiones. Los neófitos y cristianos viejos eran agricultores, lo que facilitó la reducción para evangelizarlos, además de que colaboraban en la compañía presidial de indios auxiliares.¹⁴⁶

En realidad, hubo una gran variedad de grupos indígenas que habitaron la región noroeste del país, los cuales sufrieron un proceso de conquista y colonización, que los diezmó y desarticuló. Padecieron epidemias (como las de viruela, sarampión, disentería, paludismo, tifoidea y sífilis), el traslado a otros espacios lingüísticos para fundar nuevas misiones, represión military, en menor medida, de las faenas (trabajo corporal) que les imponían los españoles para la labranza y las minas (práctica que sin embargo no se generalizó al norte del Río Sinaloa). Lo

¹⁴⁵Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, pp. 35 y 45, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 74, y 82, Medina Bustos y Padilla Calderón, *Violencia interétnica*, 2015, p. 102, y Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 68-82 y 103-104.

¹⁴⁶Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 13, y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 60 y 61.



anterior provocó incursiones violentas para sobrevivir, como las de los apaches, que duraron hasta la segunda mitad del siglo XIX.¹⁴⁷ A continuación incluyo dos cuadros que registran los nombres de estos pueblos y el espacio geográfico que ocupaba cada uno en el momento de la llegada de los españoles a la región.

Tabla 1: Grupos indígenas sedentarios noroeste mexicano¹⁴⁸

Grupos indígenas	Subgrupo	Ubicación	Estados actuales	Época de reducción
<i>Totorames</i>	---	Del río Piaxtla hasta el río De las Cañadas. Y desde la costa del Golfo de California y el Pacífico a la bajada de la Sierra Madre Occidental	Sur de Sinaloa y el norte de Nayarit	Conquista por parte de Nuño Beltrán de Guzmán
<i>Xiximes</i>	---	En la Sierra Madre Occidental, entre los ríos Elota y De las Cañas	Sureste de Sinaloa y centro-oeste de Durango	No fueron sometidos. Extinta
<i>Acaxees</i>	---	En la Sierra Madre Occidental, de los ríos Mocorito y Sinaloa al río Elota	Centro-este de Sinaloa, suroeste de Chihuahua y noroeste de Durango	No fueron sometidos. Extinta
<i>Tahues</i>	---	En los valles del río Mocorito hasta el río Piaxtla, sin llegar a la	Centro de Sinaloa	Jesuitas a inicios de s.

¹⁴⁷ Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 56, 70, 74 y 78, Medina Busto y Padilla Calderón, *Violencia interétnica*, 2015, pp. 99, 100, 124 y 129, Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 81, 82, 87 y Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, pp. 66-67.

¹⁴⁸ Medina Busto y Padilla Calderón, *Violencia interétnica*, 2015, pp. 98 y 99, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 74, 122, Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 33-35, Golla, *California Indian Languages*. 2011 y Tierra nativa "Mapa interactivo de las naciones nativas", <https://native-land.ca/?fbclid=IwAR2YQEbLGjV_H-OkW7EdHAVFLXEH25m7I_BkNcJYP6OCkdmga0HVVHvYZfqI>[Consultado: 11/08/21].

		planicie costera		XVI
<i>Achires</i>	---	En la planicie costera del Golfo de California entre donde desembocan los ríos Mocorito y San Lorenzo	En el centro-oeste de Sinaloa	Jesuitas a mediados de s. XVI
<i>Guasaves</i>	---	En la planicie costera del Golfo de California entre donde desembocan los ríos Fuerte y Mocorito	Norte de Sinaloa	Jesuitas a finales de s. XVI
<i>Cahitas</i>	Sinaloa, Ocoroni, Zuaqui, Tehueco, Mayo y Yaqui	En los ríos Sinaloa, Mocorito Fuerte, Mayo y Yaqui. Y de Sierra Madre Occidental a la planicie costera.	Norte de Sinaloa y sur de Sonora	Jesuitas a finales de S. XVI y principio del s. XVII
<i>Rarámuri (tarahumara)</i>	---	En la sierra Tarahumara en la parte noroeste de la Sierra Madre Occidental	Norte de Sinaloa, sur de Sonora y Chihuahua	Jesuitas a inicios de s. XVI
<i>Pimas</i>	Pimería Baja: ures, nebomes y yécoras	Los orígenes de los ríos Sonora, Mátape y Yaqui hasta la Sierra Madre Occidental	Centro-sur de Sonora	Jesuitas a principio del s. XVII
	Pimería Alta: sobas, sobaipuris y pápagos	Del río Bacoachi al río Gila y del río San Pedro al Golfo de California. Con un occidente árido y un oriente y sur fértil.	Noroeste de Sonora y sureste de Arizona	Jesuitas a principio del s. XVII
<i>Guarajiós</i>	De sonora y de Chihuahua	En la Sierra Madre Occidental del río Taymuco al río Yepachic.	Sur de Sonora y Chihuahua	Jesuitas a inicios de s. XVI
<i>Ópatas</i>	Eudeves y ópatas	Las zonas serranas de los ríos San Miguel y Sonora y en los valles de los ríos Moctezuma, Bavispe y el medio y alto del río Yanqui	Noreste de Sonora y sureste de Arizona	Jesuitas a principio del s. XVII

<i>Mojave</i>	---	En las orillas del río Colorado entre Needles y el Cañón Negro	Frontera California y centro-sur de Arizona	No fueron sometidos
<i>Kamia/ Kumeyaay (Tipai)</i>	---	En el valle de San Diego, la costa y tierra adentro hasta la altura del río Colorado	Frontera California y Baja California	Franciscanos a mediados del s. XVIII
<i>Ipal</i>	---	En el valle de San Diego	Sur de California	Franciscanos a mediados del s. XVIII
<i>Payomkawic hum(Luiseño)</i>	---	En las orillas de los ríos San Luis Rey y Santa Margarita hasta Temecula	Sur de California	Franciscanos a mediados del s. XVIII
<i>Kuupangax wichem (Cupeño)</i>	---	Montañas, costas y valle de San José, en el río San Luis Rey	Sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Acjchemen (Juaneño)</i>	---	En las orillas del arroyo Aliso	Sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Tongva (Gabrelino)</i>	---	Desde Palo Verde hasta la sierra de San Bernardino y de Saddleback al valle de San Fernando	Sur de California	Franciscanos a mediados del s. XVIII
<i>Kitanemuk</i>	---	En las montañas Tehachapi y el valle Antelope	Sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII e inicios del XIX
<i>Chumash</i>	Interior, cruzeño, obispeño, purisimeño, salama	En las llanuras costeras desde las montañas de Santa Lucía hasta las de Santa Mónica. Así como en el llano de Carrizo y el desierto de Chumash hasta	Centro y sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII e inicios del XIX

	(inenseño), barbareño, ventureño, isleños	límite del de Mojave		
<i>Serranos</i>	---	En la sierra de San Bernardino y su valle hasta el desierto de Mojave y las montañas de San Gabriel, Sierra Pelona y Tehachapi	Centro y sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Yokuts</i>	---	Orillas de los ríos San Joaquín y Tulare y al norte de las Montañas Tehachapi	Centro de California	Guerra de Mariposa en 1850
<i>Salinan</i>	---	En el valle de Salinas	Centro de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Esslen</i>	---	En el valle de Carmel y las montañas de Santa Lucía	Centro de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Miwok</i>	De la sierra y costeros	En sierra Nevada, las orillas del río San Joaquín hasta la costa y el valle de San Francisco	Centro de California	Guerra de Mariposa en 1850
<i>Tübatulabal</i>	---	Los valles de Kern, South Fork y Hot Springs en Sierra Nevada	Centro-este de California	No fueron sometidos
<i>Mono</i>	Orientales	Centro de la Sierra Nevada y la sierra del Este, el Mono lavado y las zonas adyacentes de la Gran Cuenca	Noreste de Nevada y límite con California	No fueron sometidos
	Occidentales	En los valles de Owens y San Joaquín y las colinas adyacentes	Centro-este de California	No fueron sometidos

Tabla 2: Grupos indígenas nómadas o seminómadas de la región noroeste mexicano¹⁴⁹

Grupos indígenas	Subgrupo	Ubicación	Estados actuales	Época de reducción
<i>Pericúes</i>	Continetales e isleños	De las costas del golfo de California y el océano Pacífico a la sierra de la Laguna. Así como las islas de San José, Espíritu Santo y Cerralvo.	Sur de Baja California Sur	Jesuitas a inicios del s. XVIII
<i>Guaycura</i>	---	De la sierra de la Laguna a la bahía de Loreto y los arroyos de San Antonio de la Higuera y Bramonas	Sur-centro de Baja California Sur	Jesuitas a inicios del s. XVIII
<i>Monqui</i>	---	En la sierra La Giganta en la parte de la bahía de Loreto y en la isla Carmen	Centro de Baja California Sur	Jesuitas a inicios del s. XVIII
<i>Cochimi</i>	---	De los arroyos de San Antonio de la Higuera y Bramonas a los valles San Quintín y Cuchumá	Baja California y norte de Baja California Sur	Jesuitas a mediados del s. XVIII
<i>Ñakipá</i>	---	De los valles de Camalu y de San Quintín hasta la costa	Norte de Baja California	Dominicanos a finales del s. XVIII
<i>Kiliwa</i>	---	En el valle de la Trinidad entre las sierras de San Miguel, San Pedro Mártir y el desierto de San Felipe	Norte de Baja California	Dominicanos a finales del s. XVIII
<i>XawillKwñch awaay(Coco</i>	---	En la zona pantanosa de la parte sur hasta la	Norte de Sonora y	No fueron sometidos

¹⁴⁹Medina Busto y Padilla Calderón, *Violencia interétnica*, 2015, p. 99, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 74 y Tierra nativa "Mapa interactivo de las naciones nativas", <https://native-land.ca/?fbclid=IwAR2YQEbLGjV_H-OkW7EdHAVFLXEH25m7I_BkNcJYP6Ockdmga0HVVHvYZfqI>[Consultado: 11/08/21].

<i>pah</i> o <i>Cucapá</i>)		desembocadura del río Colorado	Baja California y sur de Arizona	
<i>Papai</i>	Yakakwak	Valle del Cuchumá hasta el río Colorado	Norte de Baja California	Dominicanos a finales del s. XVIII
<i>Seris</i>	Guayma y upanguayma	En la costa sur del Golfo de California de los ríos San Miguel y Yaqui	Centro y suroeste de Sonora	Jesuitas a inicios del s. XVII
	Seris salineros	En la costa norte del Golfo de California de los ríos Asunción/Concepción y Bacoachi	Centro-oeste de Sonora	Jesuitas a inicios del s. XVII
	Tepocas	En el desierto de Sonora entre los ríos Asunción/Concepción y Bacoachi. Y entre los ríos San Miguel y Yaqui	Centro-oeste de Sonora	Semi sometidos por los jesuitas a inicios del s. XVII
	Seri de la costa	En la costa del Golfo de California desde el río Bacoachi hasta el río San Miguel con la Isla del Tiburón	Centro-oeste de Sonora	Semi sometidos por los jesuitas a inicios del s. XVII
<i>Ópatas</i>	Jovas	Las zonas serranas de los ríos San Miguel y Sonora y en los valles de los ríos Moctezuma, Bavispe y el medio y alto del río Yanqui	Noreste de Sonora	Jesuitas a principio del s. XVII
<i>Yumas</i>	Yumas, quíquimas y cócopas	En el bajo río Colorado	Sur de Arizona y norte de	No fueron sometidos

			Sonora	
	Opas, quechan y cocomaricopas	En el bajo río Gila	Sur de Arizona y California	No fueron sometidos
<i>Yavapai</i>	Do:lkabaya, Yavbe, Wi:pukbaGuwev kabaya y Madqwadabaya	De los picos de San Francisco hasta los ríos Gila y Salt. Y de las montañas Pinaleno y Mazatzal al río Colorado.	Centro-sur de Arizona	No fueron sometidos
<i>Apaches</i>	Occidentales, chiricauca, mescalero y jicarilla	Entre los ríos Colorado y Gila y del río San Pedro hacia el este	Centro y sureste del Arizona	No fueron sometidos
<i>Cahuilla</i>	---	De las montañas de San Bernardino hasta Borrego Springs y las montañas de Chocolate. Y del desierto de Colorado a la llanura de San Jacinto y la sierra de Palomar.	Sur de California	Franciscanos a inicios del s. XIX
<i>Chemehuevi</i>	---	En el desierto de Movaje desde el Alto Desierto en el río Colorado hasta las montañas Tehachapi y de Las Vegas y el Valle de la muerte a las montañas de S. Bernardino y S. Gabriel	Suroeste de California y sur de Nevada	No fueron sometidos
<i>Tataviam</i>	---	En la cuenca superior del río de Santa Clara y en las sierras de Sta. Susana y Pelona	Sur de California	Franciscanos a finales del s. XVIII
<i>Kawaiisu</i>	---	Del paso de Tehachapi a las montañas de Sierra Nevada y el lago Isabella y	Suroeste de California	No fueron sometidos

		Walker Pass. También el desierto de Movaje, los valles de Antílope, Searles y de la Muerte, así como las montañas Panamint		
<i>Panamit</i>	Occidental, central y oriental	Del lago Owens al valle Panamint, el valle de la Muerte hasta el cañón de Grapevine y Funeral Range	Suroeste de California	No fueron sometidos
<i>Ohlone (Costanos)</i>	Chochenyo, Ramaytush, Tamien, Awaswas, Karkin, Mutsun, Rumsen y Chalon	Desde la bahía de San Francisco hasta la parte baja del Valle de Salinas. Y de la costa hasta la cordillera Diablo. Chochenyo y Karkin noreste, Ramaytush noroeste, Tamien centro-este, Awaswas centro-oeste, Mutsun sureste, Rumsen suroeste y Chalon sur	Centro de California	Franciscanos a finales del s. XVIII

Tiempo después, a finales del siglo XVII, se implantaron en la región, por el interés en la riqueza del subsuelo, reales mineros en Sonora, Sinaloa, el sur de Arizona y algunas regiones de la península de Baja California, como Santa Ana. Con ello se abrió una grieta en el “monopolio misional” de la región y tuvo lugar un choque entre ambos grupos, que duraría hasta el siglo XIX, cuando las misiones se secularizaron. La minería impulsó otros sectores de la economía: se comenzaron a explotar perlas en el Golfo de California y se establecieron unas cuantas industrias como las de curtiduría, zapatería, jabón, salinas, pesquerías y estancias

ganaderas. Muy pocos colonos se dedicaron a la agricultura, pues se inclinaron por la ganadería.¹⁵⁰

En el primer cuarto del siglo XIX, los presidios y las misiones se vieron debilitados por la insuficiencia de fondos. Entre 1833 y 1836, se aplicó en las Californias la política de secularización e incautación de las misiones, con la consecuente apropiación de sus tierras por parte de los colonos de la zona. La disponibilidad de recursos más acordes para la minería y la ganadería, la baja densidad de población, la tensa convivencia social entre los diversos grupos y la resistencia de los indígenas a ceder sus tierras retrasaron la implantación de haciendas. Se fundaron en su lugar pequeñas y medianas propiedades agrícolas y ganaderas.¹⁵¹

El noroeste mexicano enfrentó muchos problemas que desestabilizaron la región a partir de la independencia: el levantamiento en armas de la mayoría de los grupos indígenas, ataques filibusteros, la guerra contra Estados Unidos entre 1846 y 1847, la pérdida de Arizona, Nuevo México y Alta California, el aumento de las incursiones apaches, la migración hacia California por la “fiebre del oro” y la epidemia de cólera de 1850. Esta serie de eventos no impidió la llegada de migraciones que ayudaron al paulatino aumento de la población.¹⁵²

Las ciudades del noroeste en el siglo XIX sirvieron de forma de diferenciación de las clases altas frente de otros sectores sociales, aunque no se estableció una segregación tan marcada, porque era necesaria la solidaridad entre la población urbana y rural frente a enemigos como los apaches. Los principales centros eran Cosalá, El Rosario, El Fuerte, Culiacán, Mazatlán, Álamos, Guaymas, Hermosillo, Ures y Arizpe, los cuales se unieron en una red. En las Californias estuvieron Loreto, San Fernando Velicatá, San Diego, San Francisco, Todos Santos, San José del Cabo, Santiago, Los Ángeles y La Paz. Todos tenían importancia regional, y en algún momento constituyeron el asentamiento de los poderes civiles,

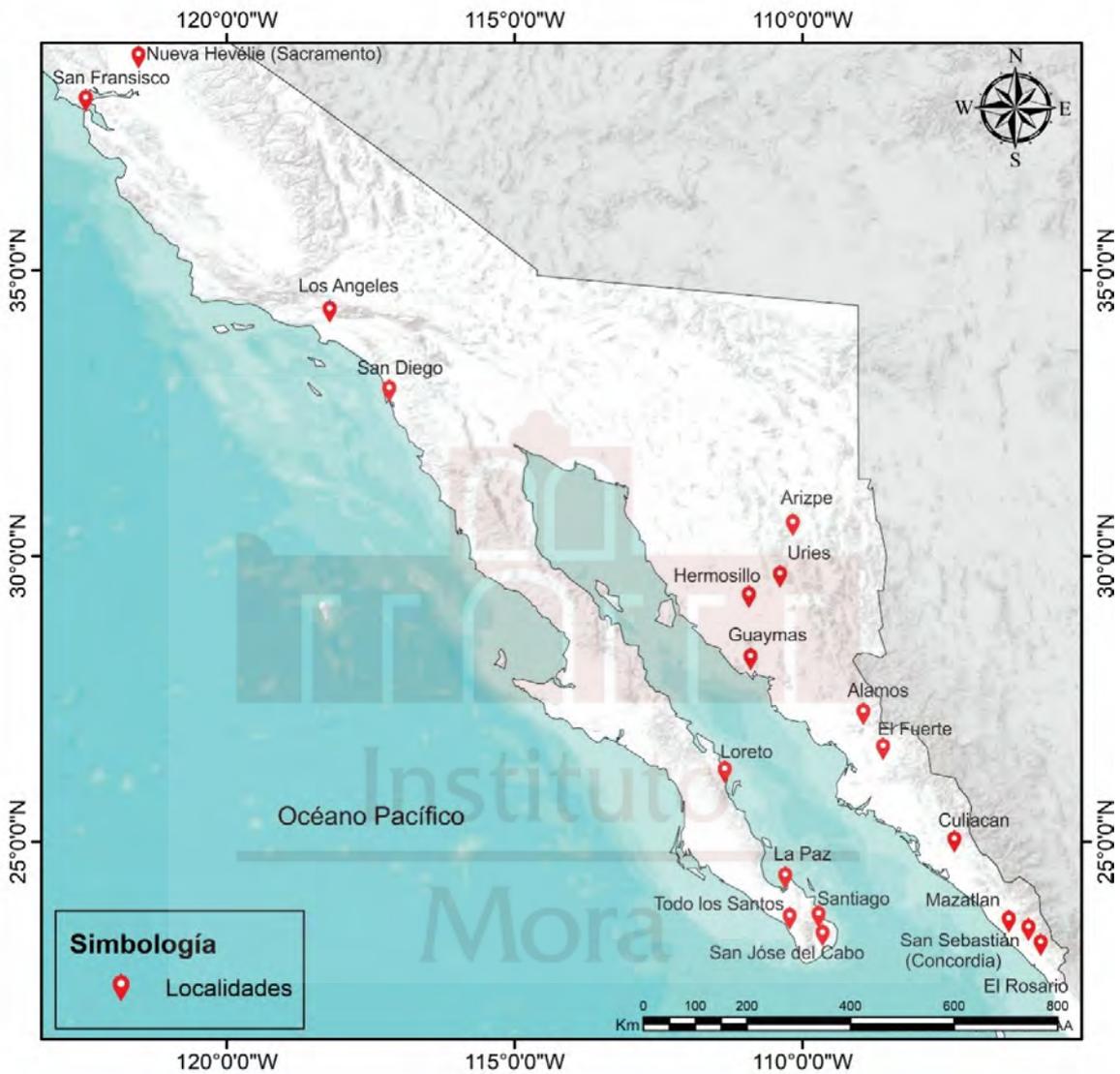
¹⁵⁰Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, pp. 28 y 49, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 55, 76-79, 104 y 120 y Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, p. 89-91, 99-100, 109-111.

¹⁵¹Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 118-122, Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 39, Serrano Ortega y Zoraida Vázquez, “El nuevo orden”, 2010, pp. 1653 y 1654; Verdugo Quintero y Ojeda Gastélum, *Sociedad*, 2015, p. 19 y Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, p. 119.

¹⁵²Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 125 y Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, p. 105.



reales mineros importantes, lugares de intercambio o puertos de altura con su aduana.¹⁵³



Mapa 3. Las ciudades del noroeste de México.

Fuente: creación propia a base de *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de M. Duflot de Mofras, *Breve historia de Sonora* de Almada Bay, *Breve historia de Sinaloa* de Ortega Noriega y *Breve historia de Baja Californis Sur* de Río y Altable Fernández

Verdugo Quintero y Ojeda Gastélum, *Sociedad*, 2015, p. 30, Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, pp. 45, 75, 107 y 121 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 121.

En resumen, con el paso del nuevo siglo y el término de la independencia, México pasó por una serie de complicados reacomodos que se mostraron en todos los ámbitos de la vida de diferentes maneras a lo largo del siglo XIX: forma de gobierno, guerras internas y externas, enormes pérdidas de territorio, crisis del erario público, pobre crecimiento de la economía, estancamiento de la población y reacomodos en los asentamientos. En específico el noroeste no estuvo exento de esos problemas nacionales sin contar los propios derivados de su forma particular de colonización y desarrollo colonial. Pero ¿los franceses que llegaron a estas tierras escribieron sobre estos problemas? O ¿describieron de otras maneras la realidad que observaban?





Capítulo 3. Tres viajeros franceses y sus representaciones del paisaje del noroeste de las décadas de 1840 y 1850

3.1 Los viajeros

La región noroeste de lo que fue Nueva España y luego México –tras 1847, también una parte del suroeste de Estados Unidos– fue recorrida y descrita por muchos viajeros de diversas nacionalidades e intereses. Hubo franceses, británicos, estadounidenses, españoles, alemanes, rusos y chinos, entre otros, que viajaron con el propósito de hacer fortuna, velar por la seguridad de sus compatriotas, cazar ballenas o explorar el área. A pesar de que el ingreso de extranjeros a la región estuvo vetado en el periodo novohispano, había barcos de diferentes banderas que navegaban sus costas. Con la apertura del país en 1821 llegaron más viajeros de distintas latitudes, por razones económicas, científicas o la simple aventura, entre los que se contaron numerosos de origen francés que dejaron ricos testimonios de sus recorridos. Entre los más conocidos están los mostrados en la tabla siguiente, en la que se registran sus nombres, los años en que visitaron la región y el título del relato sobre su viaje que publicaron o que se conserva en archivos:

Tabla 3 Los viajeros franceses en la región noroeste de 1786–1857.

Viajeros	Años de la visita	Documento o título de su relato de viaje
Jean François de Galaup, conde de la Pérouse	1786	Informes resguardados en archivos franceses
Camille de Roquefeuil (comandante)	1817–1818	Informes resguardados en archivos franceses
Auguste Bernard Duhaut-Cilly (oficial)	1827–1828	<i>Voyage autour du monde, principalement à la Californie et aux îles Sandwich, pendant les</i>

naval)		années 1826, 1827, 1828 et 1829
Cyprien Combier	1828– 1831	<i>Voyage au Golfe de Californie. Grands courants de la mer. Courants généraux atmosphériques. Usages de la vie maritime. Tempêtes vers le pôle austral. Poissons et oiseaux de la mer. Description de la Sonora et des richesses minérales. De la Basse Californie, ses volcans, ses produits. Pêche de perles. La chaîne des cordillères, ses forêts, Nuits de la zone torride</i>
Abel Aubert Du Petit– Thouars (almirante)	1836– 1839	<i>Voyage de la Venus : séjour en California</i>
Rosamel(capitán)	1838	Informes resguardados en archivos franceses
Cyrille Pierre Theodore Laplace	1839	<i>La campagne de Circumnavigation de la Frégate l'Artemise</i>
EugèneDuflot de Mofras	1840– 1842	<i>Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842</i>
GustaveAimard (novelista)	¿1830– 1855?	<i>Les trappeurs de l'Arkansas (escribió otras novelas, pero esta es la más representativa)</i>
Paul Duplessis (novelista)	¿1830– 1855?	<i>Aventures mexicaine(escribió otras novelas, pero esta es la más representativa)</i>
Gabriel Ferry (novelista)	¿1830– 1854?	<i>Le coureur des bois ou les chercheursd'or (escribió otras novelas, pero esta es la más representativa)</i>
Hippolyte du Pasquier de Dommartin	1849– 1850	<i>Les Etats–Unis et le Mexique : l'intérêt européen dans l'Amérique du Nord</i>
Charles de Pindray	1850– 1852	Cartas personales, resguardados en archivos franceses

Conde Gastón de Raousset–Boulbon	1850– 1852	Cartas personales, resguardados en archivos franceses
Ernest Vigneaux	1850– 1854	<i>Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique</i>
Hypolite Coppey	1852	<i>Monsier Raousset–Boulbon en Sonore</i>
Pigné Dupuytren (doctor)	1852– 1854	<i>Récit de l'expédition de Raousset–Boulbon en Sonora</i>
Morentrout (cónsul de Monterey)	1853	Informes resguardados en archivos franceses
Philippe Martinet (cónsul de Mazatlán)	1853– 1857	Informes resguardados en archivos franceses

Fuente: Elaboración propia a partir de Iturriaga, *Anecdótico de viajeros*, vol. 4, 1991, Weber, "The California missions", 1968, Wylls, "French imperialist", 1929 y Suárez Argüello, *Un duque*, 1990.

Dos de estos viajeros lograron entrar al país en tiempos del imperio español, pero la mayoría visitaron la región después de la independencia, sobre todo a partir de la apertura de puertos para el comercio extranjero. Más de la mitad conoció el noroeste antes de la guerra entre México y Estados Unidos, cuando la zona más al norte era territorio mexicano, pero algunos lo visitaron después de 1847, cuando California y Arizona formaban ya parte del país vecino.

Los relatos de viaje de todos estos franceses que recorrieron la región son muy valiosos. Permiten imaginar paisajes sociales y naturales de un mundo del que sabemos poco. De entre ellos elegí tres por la riqueza de sus descripciones y su valoración de lo que vieron y vivieron hacia mediados del siglo XIX. Son: Eugène Duflot de Mofras, Ernest Vigneaux y Gustave Aimard. La selección del primero era ineludible, porque fue el primer viajero en hacer una descripción tan detallada de la región noroeste. Su magnífico libro, *Exploration du territoire de l'Oregón* (1846), ha sido considerado como una continuación del trabajo de Humboldt en

América.¹⁵⁴ Dufлот fue enviado a levantar información sobre México por el gobierno francés, de manera que tenía el compromiso de reportar lo que veía con la mayor precisión posible. Dedicó el primer tomo de los dos que escribió a la región noroeste, en particular.¹⁵⁵

Los otros dos viajeros seleccionados escribieron obras mucho más breves, pero cada una con un interés muy especial que ofrecen una mirada sobre la región. Ernest Vigneaux fue un aventurero de ideas liberales, cuya obra, *Souvenirs d'un prisonnier* (1863), buscaba describir a los mexicanos, pero con un acercamiento particular hacia los miserables y las penurias de los poblados. Por su parte, Gustave Aimard también fue un aventurero de ideas liberales y novelista de gran éxito en su momento. Se decía que sus obras sobre el norte de México y el suroeste estadounidense habían tenido un impacto en el imaginario de sus lectores, tanto así, que fue apodado el James Fenimore Cooper francés.¹⁵⁶ Hoy en día es un escritor más bien olvidado, pero quise recuperarlo con *Le Main-Ferme* (1862), uno de sus primeros escritos, por lo que ésta significó hace siglo y medio.

De estos tres viajeros analicé visiones e impresiones personales acerca de la región noroeste de México y, tras 1847, suroeste de Estados Unidos. Me interesó identificar aquellos aspectos que participaron en la construcción de una idea sobre la región, es decir, de los paisajes que pintaron para los lectores franceses, que ayudaron a construir una representación de los mismo entre un público europeo y pudieron haber motivado a otros viajeros galos, incluso a compatriotas inversionistas, a aventurarse en territorio mexicano.

¹⁵⁴ Así lo señalaron Henry R. Wagner y Hubert Howe Bancroft. Aunque también los jesuitas lo describieron como uno el mejor trabajo escrito sobre California. Weber, "The California missions", 1968, pp. 320 y 321.

¹⁵⁵ Weber, "The California missions", 1968, pp. 320 y 321.

¹⁵⁶ Ana Rosa Suárez Argüello, "Viajando como prisionero de guerra Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 27, enero/junio 2004. <<http://www.scielo.org.mx/pdf/ehmcm/n27/0185-2620-ehmcm-27-00035.pdf>> [Consultado: 11/09/20] y Jones, "Gustave Aimard", 1930, p. 452.

James Fenimore Cooper fue un escritor pionero estadounidense que escribió 32 novelas de 1820 a 1851 sobre la vida de los pioneros y sus enfrentamientos con los pieles rojas, siendo su libro más famoso *El último mohicano*. Era muy conocido en Estados Unidos y Europa. M. Ruiza, T. Fernández y E. Tamaro, "Biografía de James Fenimore Cooper", en *Biografías y Vidas. LA enciclopedia en línea*, <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/cooper_james.htm> [Consultado: 27/10/2020].



Los tres autores son contemporáneos entre sí, de la generación de las restauraciones y revoluciones de principios del siglo XIX en Francia. Considerada su fecha de nacimiento, son pocos los años que los separan, Eugène Duflot de Mofras era el mayor, nacido el 7 de mayo de 1810, en Toulouse; le seguía en edad Gustave Aimard, en realidad era un seudónimo de Oliver Gloux, quien había nacido el 13 de septiembre de 1818, en París; el más joven, Ernest Vigneaux, había nacido en Burdeos alrededor de 1829. También tenían en común proceder de ciudades grandes y de clases medias o acomodadas, lo suficiente como para que a los tres se les hubiera enseñado a escribir a edad temprana.¹⁵⁷

Poco se conoce de sus primeros años de vida, salvo de Aimard, de quien se sabe que no creció con sus padres: fue abandonado y entregado a la familia Gloux para que lo criara, hogar del cual huyó cuando tenía nueve años. De la familia que lo acogió de chico solo conservaría el apellido, al que también renunció como escritor, pues firmó siempre con seudónimo como era común en la época.¹⁵⁸

Las motivaciones que llevaron a cada uno de estos tres viajeros a la región noroeste fueron distintas. Duflot era un explorador, naturalista, diplomático y viajero, a quien se transfirió de la legación francesa de Madrid a la de México en 1839. Tuvo como primera y única misión inspeccionar los estados del oeste, sobre todo del noroeste, y evaluar la posibilidad de establecer puestos de intercambio para una ruta de comercio y navegación. Esta comisión le fue dada bajo el

¹⁵⁷ Data, "Gustave Aimard (1818–1883)", en Data BnF Gallica, 2020, <https://data.bnf.fr/fr/11888232/gustave_aimard/>. [Consultado: 20/09/20]; Editores de la Encyclopædia Britannica, "Gustave Aimard", en *Encyclopædia Britannica*, 9 septiembre 2020, <<https://www.britannica.com/biography/Gustave-Aimard>>, [Consultado: 20/10/2020]; Editores de Babelio, "Gustave Aimard", en *Babelio*, 17 de febrero de 2017, <<https://www.babelio.com/auteur/Gustave-Aimard/19308>> [Consultado: 23/10/2020]; Data, "Eugène Duflot de Mofras (1810–1884)", en Data BnF Gallica, 2020, <https://data.bnf.fr/fr/15078634/eugene_duflot_de_mofras/>. [Consultado: 09/09/20], Wyllys, "French imperialist", 1929, p. 121, Pipes, "Extract from Exploration", 1925, p. 151, Weber, "The California missions", 1968, p. 334, Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)" en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX–XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425–445. [Consultado:21/09/20]; Ana Rosa Suárez Argüello, "Viajando como prisionero de guerra Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 27, enero/junio 2004. <<http://www.scielo.org.mx/pdf/ehmcm/n27/0185-2620-ehmcm-27-00035.pdf>> [Consultado: 11/09/20], Wyllys "The French of California", 1932, p. 337 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 30.

¹⁵⁸ Editores de Babelio, "Gustave Aimard", documento en línea citado.

mandato de Jean de DieuSoult, duque de Dalmacia, presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Asuntos Extranjeros bajo el reinado de Luis Felipe I de Francia (1838–1840).¹⁵⁹

Por su parte, las vidas de Aimard y Vigneaux tuvieron algunas similitudes: ambos fueron aventureros y revolucionarios en su país de origen. Asimismo, en 1854, ambos tuvieron participación en una malograda acción filibustera en el noroeste mexicano: la segunda invasión organizada por el conde Gastón de Raousset-Boulbon animada por intereses mineros y con pretensiones de separar de México la zona de Sonora. Coincidieron en varios intereses y compartieron algún episodio de sus vidas, pero se diferenciaron en cómo comenzaron y terminaron sus aventuras. Aimard sirvió como ayudante en un barco a los 12 años, actividad que lo acercó a los viajes desde una temprana edad; luego sería, además, un novelista popular. En cambio, Vigneaux se embarcó en Pauillac, Gironde hacia San Francisco, California, el 24 de mayo de 1849, cuando tenía 20 años de edad. Pudo probablemente hacerlo con ayuda de su familia. Se desconocen las razones que lo llevaron a iniciar el viaje, pero es posible que se lanzara en busca de nuevas aventuras tras el triunfo de la revolución de 1848 en Francia, a cuyo favor estuvo. También pudo haberlo atraído, como a tantos otros, la noticia del descubrimiento de oro en Sutter's Mill, cerca de Sacramento, California.¹⁶⁰

Vigneaux hizo una larga travesía en barco: pasó por el Cabo de Hornos, Chile, Perú, América Central y México, hasta llegar a San Francisco. Se sabe que fue cazador interesado en el comercio de pieles, y también peón, aunque posiblemente también trató de incursionar en la minería, el comercio, el

¹⁵⁹ Data, "Eugène Duflot de Mofras (1810–1884)", documento en línea citado, Wyllys, "French imperialist", 1929, p. 121, Pipes, "Extract form Exploration", 1925, p. 151, Weber, "The California missions", 1968, p. 334, Chantal, Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento en línea citado, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. VIII y IX.

¹⁶⁰ En la época que vivió Vigneaux, Francia pasaba por la restauración de los Borbones en el trono, seguida en 1830 por una revolución que llevó a Luis Felipe al poder, en la llamada monarquía de Julio. Ésta terminó con la revolución de 1848 y la proclamación de la segunda república. Bournazel, Vivien, Gounelle y Flandin-Bléty, *Les grandes dates*, 1987, pp. 175, 181 y 189. Data, "Gustave Aimard (1818–1883)", documento en línea citado; Editores de la Encyclopedia Britannica, "Gustave Aimard", documento en línea citado y Editores de Babelio, "Gustave Aimard", documento en línea citado, Ana Rosa Suárez Argüello, "Viajando como prisionero de guerra Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna", documento en línea citado, Wyllys "The French of California", 1932, p. 337 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 30.



periodismo y la especulación, pero fracasó. En 1853, luego de cinco años en California, conoció al conde Raousset-Boulbon, convirtiéndose en su secretario personal en la que sería la segunda expedición para proclamar la independencia del noroeste mexicano—la primera tuvo lugar en 1852— con resultados catastróficos.¹⁶¹ Vigneaux se unió a la expedición en búsqueda de fortuna; convencido también de que así contribuiría a la expansión de una democracia abanderada por los franceses y que la acción emprendida recibiría el apoyo de la población local para un levantamiento generalizado. Por su parte, Aimard también se enroló en esta expedición, pero carecemos de detalles de su participación. En suma, las aventuras de Aimard y Vigneaux tuvieron poco en común con la manera en que Duflot planeó y ejecutó su viaje.¹⁶²

Es posible rastrear los trayectos seguidos por Duflot y Vigneaux—no en el caso de Aimard de quien no se sabe a ciencia cierta qué lugares visitó—. Ambos fueron muy distintos, aunque sí coincidieron en algunos puntos. Duflot dice que se le demandó visitar “Colima, Sinaloa, Sonora, el golfo de Cortés, la Vieja y Nueva California, los fuertes rusos, los puestos británicos y estadounidenses en Astoria [Columbia], la región del río Columbia y el territorio de Oregón”.¹⁶³ Cumplió con su trayecto: llegó por el puerto de Coatzacoalcos, Veracruz, de allí atravesó por Oaxaca para llegar a la ciudad de México, y se dirigió a Acapulco para subir por la costadel Océano Pacífico. Viajó durante algunos meses por Sinaloa, Sonora y Baja California, hasta llegar a Monterey, California en mayo de 1841. Visitó las colonias rusas en el norte de California e incluso subió hasta el fuerte británico de Vancouver, en Oregón. A finales de ese año volvió a San Diego, de donde partió

¹⁶¹Esta expedición quiso implantar una colonia de franceses que explotaran los minerales de Arizona al sur del Gila, en la zona de La Mesilla, y que defendieran al área de los apaches. Para eso, Raousset-Boulbon formó la Compañía Restauradora de la Mina de Arizona, la que se suponía ya había sido autorizada. Al llegar a Sonora, las autoridades mexicanas negaron la continuación del proyecto por temor a los extranjeros y los intereses de un banco inglés rival. Después de varios intentos, Raousset-Boulbon declaró la guerra al gobierno mexicano y avanzó hasta conquistar Hermosillo, pero tuvo que rendirse ante la pérdida de varios de sus mejores hombres y por el hecho de que cayó gravemente enfermo. Pudo regresar ese mismo año a San Francisco, donde fue recibido como un héroe. Metcalf, “The California French”, 1939, pp. 11–15.

¹⁶²Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea, Wyllys “The French of California”, 1932, pp. 337 y 340; Metcalf, “The California French”, 1939, p. 15 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 17, 18 y 20.

¹⁶³Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. IX.



en febrero de 1842 para regresar a la ciudad de México y de allí a Francia.¹⁶⁴
(Mapa 4)

El trayecto de Vigneaux fue mucho más azaroso por su participación en la expedición de Raousset–Boulbonsobre Sonora y la persecución de que fue objeto por parte de las autoridades mexicanas. Una vez comprometido con la expedición, zarpó de San Francisco en el bote *La Belle* el 26 de mayo de 1854. Unas semanas antes había zarpado *The Challege*, un barco con 400 colonos: 350 franceses y el resto alemanes, chilenos e irlandeses, autorizados por el cónsul mexicano Luis del Valle para hacer una colonia en Sonora. La mayoría eran, en realidad, reclutas del conde, con orden de esperarlo para realizar un levantamiento generalizado¹⁶⁵

La Belle enfiló hacia el sur y, en un largo y desagradable viaje, recorrió las costas de las Californias. Varias veces estuvo en peligro de chocar y quedó varado durante doce días en Almejas, frente a la isla Margarita. Después bajó hasta San Lucas, dio la vuelta a la punta de la península y subió hacia Guaymas, deteniéndose en Moro Colorado el 28 de junio. Tras un intento por llegar a escondidas a Guaymas, Vigneaux y un compañero suyo, fueron atrapados, encarcelados e interrogados severamente por las autoridades mexicanas. Tras obligarlos a revelar su plan, se les liberó. Siguió una batalla en Guaymas, el 13 de julio, en la que participó activamente, y que acabó en la derrota de los franceses, el fin de la empresa filibustera y el arresto de los implicados.¹⁶⁶

Vigneaux fue enviado de Sonora al puerto de San Blas –en el actual estado de Nayarit. Aquí comenzó una ardua travesía por el interior del país, siempre vigilado. En Guadalajara logró obtener su libertad por parte de las autoridades de Jalisco más no por el gobierno central, por lo que atravesó el país clandestinamente hasta llegar a Veracruz. De ahí zarpó hacia Nueva Orleans el 25 de febrero de 1856.

¹⁶⁴ Wyllys, “French imperialist”, 1929, pp. 121 y 122, Pipes, “Extract form Exploration”, 1925, p. 151 y Chantal Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)”, documento en línea citado y Weber, “The California missions”, 1968, p. 335.

¹⁶⁵ Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 22, 24 y 25, Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea y Metcalf, “The California French”, 1939, pp. 16–17.

¹⁶⁶ Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea y Metcalf, “The California French”, 1939, p. 15.

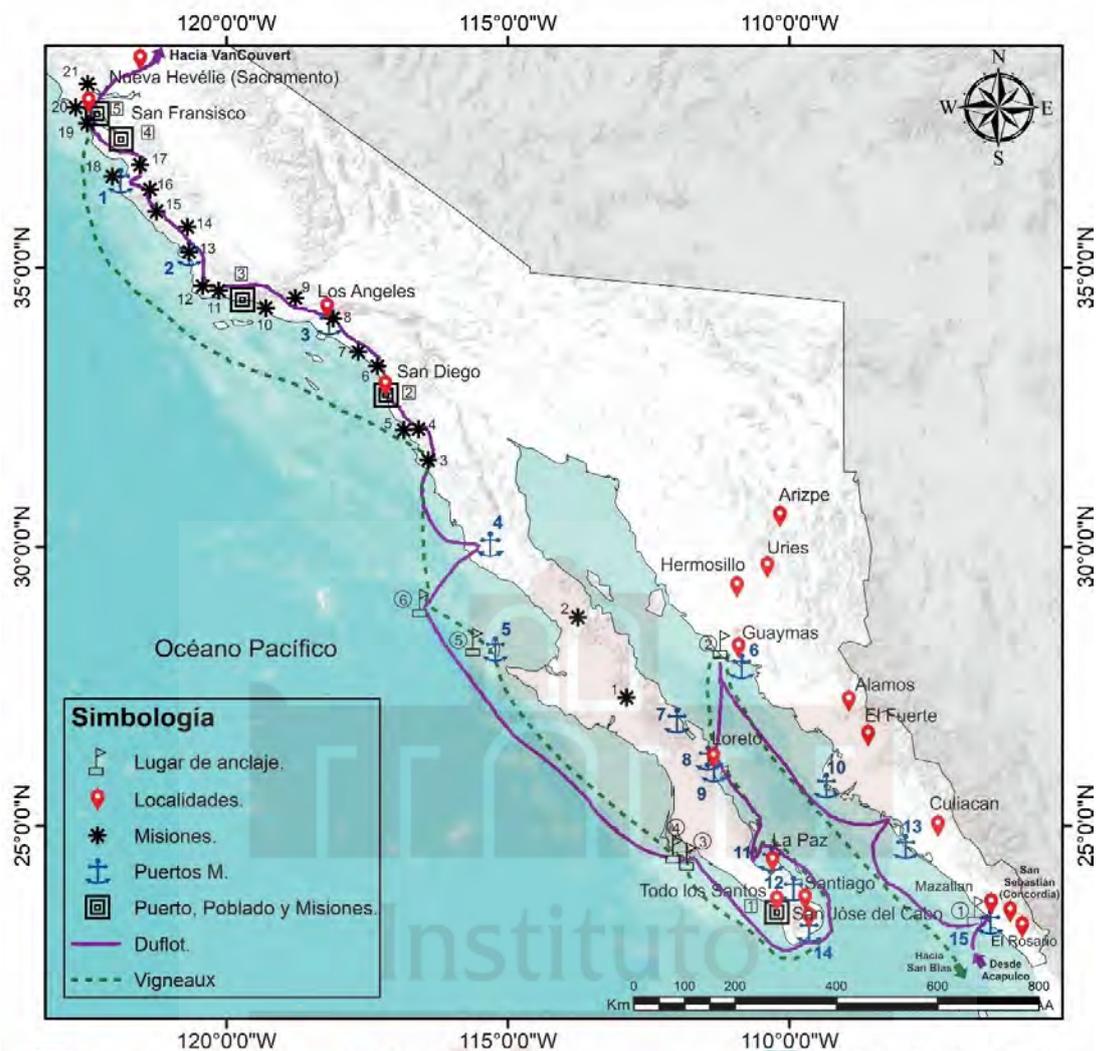
Tenía la idea de regresar a California, pero tuvo que volver a Francia.¹⁶⁷ (ver mapa 4)

Duflot y Vigneaux tocaron estos puntos: Guaymas y Hermosillo, en Sonora; la isla de Guadalupe, Loreto, La Paz y San José del Cabo, en Baja California Sur; así como San Diego, la misión de los Dolores de San Francisco de Asís, Monterey, Yerba Buena, Los Tulares y San Francisco, en California. Pero sus trayectos y las vicisitudes vividas no pudieron haber sido más distintas. Por lo demás, viajaron con una década de distancia, lo que marcó en algunos casos una diferencia enorme, pues fue justamente en esos años cuando California se convirtió en territorio de Estados Unidos, si bien es posible que vieran paisajes bastante parecidos.



¹⁶⁷ Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea y Metcalf, “The CaliforniaFrench”, 1939, p. 15.





⚓ Puertos.

- 1.- Mazatlán.
- 2.- Altata.
- 3.- Navachiste.
- 4.- Guaymas.
- 5.- Loreto.
- 6.- Puerto Escondido.
- 7.- Molage (Mulegé).
- 8.- La Paz.
- 9.- San José del Cabo.
- 10.- San Lucas.
- 11.- Isla de Cebros.
- 12.- San Pedro (Los Ángeles).
- 13.- San Luis.
- 14.- Monterey.

*** Misiones.**

- 1.- San Ignacio de Kadakaamán.
- 2.- San Francisco de Borja.
- 3.- Santo Tomás.
- 4.- Nuestra Señora de Guadalupe.
- 5.- San Miguel Arcángel de la Frontera (La Misión).
- 6.- San Luis Rey de Francia.
- 7.- San Juan Capistrano.
- 8.- San Gabriel Arcángel Ángeles.
- 9.- San Fernando Rey de España.
- 10.- San Buenaventura.
- 11.- Santa Inés.
- 12.- La Purísima Concepción.
- 13.- San Luis Obispo de Tolosa.
- 14.- San Miguel Arcángel.
- 15.- San Antonio de Padua.
- 16.- Nuestra Señora de la Soledad.
- 17.- San Juan Bautista.
- 18.- Santa Cruz.
- 19.- Santa Clara de Asís.
- 20.- San Rafael Arcángel.
- 21.- San Francisco Solano.

🏠 Puerto, poblado y puerto.

- 1.- Todos Santos.
- 2.- San Diego.
- 3.- Santa Bárbara.
- 4.- San José.
- 5.- Yerba buena/Misión Dolores (San Francisco).

🚩 Lugar de anclaje.

- 1.- Playa del Morro Colorado.
- 2.- Playa del Cerro Tetas de Cabra (Tetakawi).
- 3.- Bahía Magdalena.
- 4.- Isla Santa Margarita.
- 5.- Isla San Benito.
- 6.- Isla de Guadalupe.

Mapa 4. Recorridos de Duflot y de Vigneaux.

Fuente: creación propia a base de *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de M. Duflot de Mofras y *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique* de Vigneaux

Sobre la trayectoria seguida por Aimard para llegar a California, no sabemos nada. Era un gran viajero, que durante su vida visitó buena parte del mundo. Estuvo en Turquía, el Cáucaso y la Patagonia. En 1835, antes de llegar a Estados Unidos, se enlistó en la marina francesa, pero desertó cuatro años después, durante una escala en Chile, donde al parecer se casó con una mujer autóctona. Regresó a Francia, y allí participó en la revolución de 1848, en París, como Vigneaux. Y como él, una vez concluida la revolución, viajó a América del Norte, donde llevó una vida aventurera. Trabajó entonces como buscador de oro y trampero, hasta que se sumó a la expedición del conde RaoussetBoulbon, en 1854. Seguramente zarpó a Sonora en *The Challenge* el 2 de abril del mismo año. De vuelta en su país, tras el fracaso, se dedicó a escribir y logró convertirse en uno de los mayores exponentes franceses en el siglo XIX del género ahora conocido como del “viejo oeste” o *Western*.¹⁶⁸

Los recorridos y las experiencias de cada uno de estos tres viajeros constituyeron el material para los libros que aquí analizamos. Cada uno tuvo su estilo y sus razones para dar sus aventuras a la prensa. Duflot, de acuerdo con su compromiso con el gobierno francés, reunió sus notas de viaje en dos tomos, publicados en París por Arthus Bertrand, con subsidio oficial. Por su parte, inspirado por el novelista estadounidense Fenimore Cooper, cuya voluminosa obra, protagonizada entre otros por indios y pioneros del oeste, había sido traducida al francés en su totalidad desde 1839, Aimard comenzó a dar a conocer sus trabajos en entregas semanales en los periódicos, sobre todo, en *Le Moniteur*, *La Presse* y *La Liberté* a partir de 1854. En cuanto a Vigneaux, de manera contrastante, tuvo que esperar siete años, hasta 1863, para que Louis Hachette y compañía publicara su libro. La editorial decidió hacerlo seguramente motivada

¹⁶⁸ Editores de la Encyclopedia Britannica, “Gustave Aimard”, en *Encyclopedia Britannica*, 9 septiembre 2020, <<https://www.britannica.com/biography/Gustave-Aimard>>, [Consultado: 20/10/2020], Chantal Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)”, documento citado en línea y Editores de Babelio, “Gustave Aimard”, documento citado en línea y Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea.



por el interés que la aventura napoleónica de intervención armada en México despertaba en ese momento entre los franceses.¹⁶⁹

Los géneros a que pertenecen los relatos seleccionados para esta investigación son muy distintos entre sí y tuvieron motivaciones diversas. Los dos volúmenes de Duflot son descripciones con propósitos informativos y valoraciones con pretensiones científicas, para orientar posibles decisiones políticas e inversiones. De tal manera, retrata el carácter de la región –que él creyó capturar–, se acerca a la población y las condiciones de vida. Ofrece también datos históricos que fue reuniendo durante su recorrido. Destaca en particular su cuidadoso estudio del comercio y de quienes podían servir de enlace mercantil, en especial con nacionalidad francesa. También dio información detallada de las defensas y estrategias militares, así como detalles de los puertos, las costas y la posición de las islas cercanas a los puertos. Fue la única obra que incluyó en esa época mapas, planos y dibujos para complementar su presentación de lo descrito. Ahora bien, no dejó de mostrar de forma tajante su opinión sobre la situación de las misiones y la seguridad de los franceses.¹⁷⁰

Su gobierno le había encargado la obra pensando en la posibilidad entonces discutida de abrir un canal en Panamá o en el istmo de Tehuantepec, a fin de comunicar ambos océanos y facilitar el comercio francés con China y Japón. Se temía asimismo una inminente separación del noroeste del resto de México por su lejanía del centro de México. Si esto ocurría, el territorio podía caer bajo la dominación de los británicos o los estadounidenses, con los que se hallaban en pugna. Francia necesitaba entonces conocer mejor el espacio y las condiciones de

¹⁶⁹ Pipes, "Extract form Exploration", 1925, p. 151, y Chantal "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento en línea citado, Weber, "The california missions", 1968, p. 335. Editores de la Encyclopedia Britannica, "Gustave Aimard", documento en línea citado; Data, "Gustave Aimard (1818–1883)", documento en línea citado; Editores de Babelio, "Gustave Aimard", documento en línea citado, Suárez Argüello, "Viajando como prisionero" documento citado en línea y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 15.

¹⁷⁰ Wyllys, "French imperialist", 1929, pp. 122–124 y 126 y Weber y "The California missions", 1968, pp. 334 y 335.



la región para poder resistir el avance de sus competidores y avanzar en ella para asegurar el comercio en el Pacífico.¹⁷¹

Aimard, en cambio, eligió contar sus aventuras en el noroeste a través de una novela, que fue una de las primeras que escribió. Los protagonistas de *La Main-ferme*, como la tituló, son un mestizo ficticio –*Main-ferme*– y la familia de Don Hernández y sus hijos –Ruiz y Mariana–, quienes luchan por salir de la quiebra, protegerse de la invasión de los indios y volver a estar juntos. Fue publicada en la prensa, en entregas semanales, como la mayoría de sus obras, en este caso en *Le Temps de Paris*. Los capítulos se recopilaron y empastaron después en formato de libro–como el que consulté –, editado en la imprenta de Schiller de la misma ciudad. Cuando la obra resultaba un éxito se hacían otras ediciones directamente como libros; en este caso fue editado, por lo menos, cuatro veces hasta 1877.¹⁷²

Por su parte, Vigneaux escribió *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, 1854–1855*, en forma de diario. La narración sigue la dinámica de fechas precisas en las que sucedió algo digno de mencionar. En el prólogo explica que había escrito su libro para que la sociedad francesa supiera cómo eran los mexicanos, con sus defectos y virtudes, ante el menosprecio que los salones europeos manifestaban hacia ellos, a la par que relataba sus aventuras. También es posible que decidiera publicar la obra en 1863 para oponerse a los intereses napoleónicos en México, evidentes con la expedición enviada en 1862, para hacer saber que su población no recibiría a los extranjeros con los brazos abiertos y se defendería contra toda intervención. La obra hace un retrato de la región noroeste, centrado en las descripciones físicas del paisaje y en los trayectos, pues el autor consideró

¹⁷¹ Wyllys, "French imperialist", 1929, pp. 122–124 y 126, Weber, "The California missions", 1968, pp. 334 y 335 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. X.

¹⁷² Editores de la Encyclopædia Britannica, "Gustave Aimard", en *Encyclopædia Britannica*, 9 septiembre 2020, <<https://www.britannica.com/biography/Gustave-Aimard>>, [Consultado: 20/10/2020]; Data, "Gustave Aimard (1818–1883)", en Data BnF Gallica, 2020, <https://data.bnf.fr/fr/11888232/gustave_aimard/>. [Consultado: 20/09/20]; Chantal Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento citado en línea y Jones, "Gustave Aimard, 1930, pp. 452–454.



que las poblaciones por las que pasó tenían menos interés. Sin embargo, sí se detiene en los puertos para relatar la forma de vivir de sus habitantes.¹⁷³

Un rasgo en común de las tres obras consideradas es el sentimiento de superioridad de sus autores quienes, de diversas maneras, expresaron su creencia de que los franceses se hallaban por encima de los mestizos e indígenas del noroeste mexicano. Estaban convencidos de que su presencia en la región sería de gran ayuda, llevaría el orden y la “civilización”. Como integrantes de la expedición de Raousset-Boulbon, Vigneaux y Aimard compartían la idea de que sus compatriotas podrían gobernar mejor la región, tanto así que contaban con tener apoyo local para separarla de México y erigir un país independiente al mando del conde. Por su parte, Duflot pensaba que la presencia francesa en el noroeste podría constituirse en una guía cultural e intelectual, que lograría mediar entre los intereses extranjeros, los descendientes españoles en América y los nativos de Oceanía, por lo que contaría con el apoyo de la población. Podemos ver una muestra de este pensamiento en el uso de las fuentes legales mexicanas, para reprochar o burlarse de las decisiones gubernamentales.¹⁷⁴

Las vidas de los tres viajeros después de haber recorrido el noroeste y vuelto a su país fueron muy distintas. De Vigneaux se ignora qué hizo después de la publicación de su libro en 1863, ni tampoco se conoce su fecha de muerte. Duflot dedicó el resto de su vida a escribir. De 1879 a 1880 fue miembro de la Sociedad de Geografía. Murió en 1884, seguramente en París. Muchas de sus obras escritas tuvieron relación con la diplomacia, la historia y la literatura.¹⁷⁵ También dibujó y proporcionó información para hacer varios mapas de América del Norte.¹⁷⁶

¹⁷³ Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 15.

¹⁷⁴ Wyllys, “French imperialist”, 1929, pp. 123, 124 y 126, Weber, “The California missions”, 1968, p. 334, Duflot de Mofras, *Exploration du territoire de l’Orégon*, 1844, p. X, Suárez Argüello, “Viajando como prisionero” documento citado en línea, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 1–9 y Editores de la Encyclopedia Britannica, “Gustave Aimard”, en *Encyclopedia Britannica*, 9 septiembre 2020, <<https://www.britannica.com/biography/Gustave-Aimard>>, [Consultado: 20/10/2020]. Véase la nota 73 del primer capítulo.

¹⁷⁵ También fueron muy conocidos los libros *L’Ancien département des Affaires étrangères, 1787–1804* (1878), *La Justice civile en Europe. Le Comité de législation étrangère* (1876), *Bibliothèques* (1867), *Expéditions des Espagnols et des Américains au Mexique en 1829 et en 1847* (1864) y *L’Orégon* (1846).

¹⁷⁶ Data, “Eugène Duflot de Mofras (1810–1884)”, documento en línea citado.



En cuanto a Aimard, se dedicó a escribir: publicó 43 libros solo y doce en coautoría con Jules Berlioz d'Auriac, con quien tuvo algunos problemas por derechos de autor. Su libro más famoso fue *Les trappeurs de l'Arkansas – publicado en 1858, reeditado varias veces hasta el día de hoy.*¹⁷⁷ En 1870, luchó en el sitio de París durante la guerra franco-alemana. En esa misma década, se enfermó y vivió en la pobreza. Fue considerado loco por sus delirios de grandeza y encerrado en el asilo de Sainte-Anne, en París, donde murió el 20 de junio de 1883.¹⁷⁸

3.2 Paisaje natural: entre lo fértil y la desolación

Al recorrer el noroeste de México, los tres viajeros seleccionados –Dufлот, Vigneaux y Aimard– pudieron contemplar y luego describir el paisaje natural de las tierras interiores. Su observación del paisaje consideró aspectos como el clima y las formaciones geológicas, pero giró sobre todo en torno a los binomios estéril-fértil y desierto-valle, pues desde luego les preocuparon las posibilidades del territorio para la agricultura y la ganadería. Las descripciones de este tipo que ofrecen se centran en las zonas que actualmente son Sonora, Baja California Sur, Baja California y el sur y centro de California.¹⁷⁹

En buena parte de la región –en particular en el norte de Sonora y en Baja California– lo que los viajeros vieron fue el gran desierto americano. Era una zona seca, de suelo polvoso o arenoso y con algunas rocas grises, lo que hacía que no fuese apropiado para el cultivo. Esta falta de “cultura”, como a veces era referida la agricultura, hacía que el desierto tuviese los estigmas de tierra maldita, silenciosa, desnuda, vacía, escalofriante, desolada, miserable, hambrienta, monótona y, sobre todo, salvaje. Fue comparado con el de Arabia, a pesar de que

¹⁷⁷ También fueron muy conocidos los libros de *Les pirates des prairies*, 1858; *Le grande filibuste (sobre las aventuras del conde Gaston)*, 1860; *Les rodeurs des frontières*, 1861; *Les bohèmes de la mer*, 1865; *Par mer et par terre*, 1879 y *Les bandits de l'Arizona*, 1882.

¹⁷⁸ Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)”, documento citado en línea; Suárez Argüello, *Un duque*, 1990, p. 44; Editores de Babelio, “Gustave Aimard”, documento citado en línea y Editores de la Encyclopædia Britannica, “Gustave Aimard”, documento citado en línea y Data, “Gustave Aimard (1818–1883)”, documento citado en línea.

¹⁷⁹ De Sinaloa no hablaron ni del clima, ni del tipo de suelo o paisaje que predominaba en el interior, sino solo de sus costas que serán tratadas en el siguiente apartado.



ninguno de ellos parece haber estado allí. Se trataba de un territorio donde los hombres no penetraban a menos que tuvieran que recorrerlo de camino a otras poblaciones y habían de hacerlo con precaución.¹⁸⁰

La falta de agua lo definía, de manera concluyente: "El país [Baja California] no posee ningún río; apenas encontramos pequeños riachuelos" decía Dufлот.¹⁸¹ Los pocos ríos o arroyos eran pequeños y semi secos, sobre todo en verano, siendo las excepciones los ríos Colorado y Gila, los únicos dignos de mención según ellos. Vigneaux, en particular, decía haber llegado a la región con la idea de explorar el primero.¹⁸² Pero aparte de esas grandes corrientes, poco decían de otras. Más bien destacaban su ausencia y la manera en que, aun en temporada de lluvias, la arena absorbía rápidamente toda el agua que caía o ésta se evaporaba al tocar suelo por efecto de los intensos rayos del sol. Según Aimard, se trataba de "uno de los fenómenos más extraños de estos países".¹⁸³ Pero el paisaje también incluía rocas enormes y, sobre ellas, el precioso líquido sí dejaba su huella antes de evaporarse o ser tragada por la arena: se escurría y las erosionaba, haciendo que parecieran un "mar petrificado",¹⁸⁴ las pulía o levantaba en ángulos picudos como "pequeñas olas empujadas por el viento".¹⁸⁵ Además, la poca agua que hallaban resultaba de mala calidad, ya fuera por ser insalubre de origen o por estar contaminada por los pobladores vecinos, como por ejemplo, los pozos cerca de Monterey, California, donde las mujeres lavaban la ropa.¹⁸⁶

El desierto descrito por los viajeros era seco y también muy caliente. Vigneaux decía que, en la estación seca, la temperatura en Sonora variaba entre 30° C y 40°

¹⁸⁰Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp., 204, 205, 214, 215 y 218, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 101 y 140, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 2, 6 y 20 y Billington, "The plains and deserts" pp. 470 y 471.

¹⁸¹Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 239. Hay que aclarar que, cuando los viajeros cuando se referían a un "país", no hablaban de una nación (en este caso México), sino del lugar en donde se nace y sus alrededores. Federico Fernández Chiristlieb, "País, pueblo y paisaje en la transición de Mesoamérica a la Nueva España", 1 de octubre de 2020, conferencia virtual.

¹⁸²No olvidemos que la verdadera de intención de Vigneaux y del conde Raousset-Boulbon era, al llegar a Guaymas, ocupar Sonora para imponer allí un gobierno independiente.

¹⁸³Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 26.

¹⁸⁴Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 94.

¹⁸⁵Idem.

¹⁸⁶Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 22, 23, 61, 176, 214-216, 218, 236, 239, 397 y 398, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 68, 71, 92-94, 97, 101, 104, 111, 141 y 169 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 11, 20 y 26.

C a la sombra. El peor momento era entre las 12 y las 16 horas, al grado de que el paisaje parecía una “inmensa placa de plancha enrojecida”.¹⁸⁷ En Baja California el clima no era muy diferente, pues ni la brisa que llegaba del mar atenuaba el ardor del sol. Aquel calor, decían nuestros itinerantes, explicaba la tradición de hacer la siesta en la región: se trataba de una pausa obligada, porque resultaba imposible realizar ninguna actividad con esas temperaturas ardientes. Personas y animales descansaban a la mitad del día, de suerte que, a esa hora, el desierto por sí desolado ambiente quedaba completamente muerto, sin movimiento. Aimard comparaba ese momento con la villa de los cuentos árabes en la que un hechicero convertía a todos los habitantes en piedra.¹⁸⁸

Las plantas y los animales del desierto del noroeste mexicano fueron asociadas por los viajeros, casi siempre, con dos epítetos: salvajismo y monotonía. De las plantas decían que eran de variedad escasa, por lo que el paisaje resultaba bastante monótono. Predominaban los cactus y otras plantas espinosas, Vigneaux las consideraba molestas, pues sus espinas se quedaban clavadas en las botas o pegadas a los pantalones. Otras plantas comunes eran las venenosas, como la yedra, aunque también las había benéficas, como los arbustos de bayas y los mezquites, a los que a veces se sumaban, como parte del paisaje, alegres juncos que daban la impresión de formar un oasis. Pero más allá de esta valoración de la flora del desierto, alguno de ellos –en especial Duflot– se interesaron por lo que los indios utilizaban y consumían de ella.¹⁸⁹

Los animales del desierto también les parecieron pocos variados y dañinos, aunque a veces, para atraer lectores, sus relatos exageraban el peligro que éstos podían representar. Contaban que abundaban los insectos, los escorpiones, las tortugas y las lagartijas, así como algunos ciervos y liebres. También reinaban las serpientes, la mayoría no venenosas, aunque en esas tierras existía la temida de

¹⁸⁷ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 16.

¹⁸⁸ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 11, 16 y 19, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 239 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 93, 138 y 141.

¹⁸⁹ Algunos ejemplos de las plantas descritas por él fueron la jojoba, de la que puede extraerse aceite semejante en calidad al de las olivas y un excelente bálsamo para las heridas. La tedegua, que produce efectos dolorosos, pero cuyos granos son aprovechados. O el palo de flecha, del que los indios sacaban el veneno para sus flechas. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 240–243, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 94, 102, 140 y 169 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 2 y 11.



cascabel, de mordedura mortal. Pero los animales que más los asombraron fueron los felinos: el jaguar y el puma. Opinaban que la experiencia de solo avistarlos era tan grande e inolvidable como ver leones o panteras en África, la India o Arabia.¹⁹⁰

Como contraparte de los desiertos, también describieron las tierras fértiles de Baja California y del sur de Sonora, al igual que los fecundos valles de lo que había sido la Alta California. Las zonas útiles para la agricultura en Baja California, según referían, eran pocas y relativamente pequeñas: las que habían sido campos de labranza de las misiones, abandonados tras su disolución y luego ocupados por algunos pueblos o por sencillas granjas. En algunos valles fértiles de los que los civiles pudieron apropiarse se fundaron ciudades, como Hermosillo, en Sonora; fue también el caso de las generosas planicies en las faldas de las montañas de la Sierra de La Laguna en el sur de la península bajacaliforniana, donde se asentaron aldeas como el Real de San Antonio, además de granjas y molinos. Los viajeros alabaron mucho los fértiles valles entre el Colorado y el Gila, aunque en realidad nunca estuvieron por esos rumbos, no los vieron con sus propios ojos.¹⁹¹

A partir del poblado de San Francisco, en la parte norte de la Baja California, la tierra se volvía menos árida y las tierras fértiles se multiplicaban. Desde allí, el resto de California fue descrito de manera más positiva pues sus extensos valles comenzaron a ser labrados para las misiones. Luego de la desaparición de éstas, en ellos se erigieron pueblos que continuaron haciéndolos producir: los viajeros encontraron granjas en los alrededores de San Diego, Yorba y las misiones de San Luis rey de Francia, de San Luis Obispo, de Branciforte y de San Francisco, aunque de seguro hubo más. El brusco cambio de paisaje entre la aridez de la península bajacaliforniana y las fértiles tierras de la parte alta de California los sorprendió. Describieron entonces los imponentes cultivos de algodón, henequén, vid, olivos, cereales, naranjas, palmeras, manzanos y otras plantas

¹⁹⁰Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 240–243, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 132 y 136, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1 y 34 y Billington, “The plains and deserts” pp. 471–473.

¹⁹¹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 204, 205, 209, 216, 227, 236 y 237, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 23 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 195.



mediterráneas, así como otra flora de la zona, como por ejemplo los tules.¹⁹² La mejor tierra para ellos era aquella en la que se podían cultivar buenas plantas europeas. Es posible que hubieran atravesado por tierras buenas para la agricultura sin valorarlas, tierras buenas, quizá para productos no europeos, pero eso a ellos no les llamó la atención.

El agua que se extrañaba en los desiertos de Sonora y Baja California, embellecía el paisaje e irrigaba los campos en la Alta California. Así, el arroyo de Buenaventura engalanaba el paisaje de la misión con el mismo nombre, y los pequeños lagos de los Tulares, alimentados por los ríos San Joaquín y Sacramento parecían "los más bellos y fértiles del país."¹⁹³ En tan hermoso lugar, contaba Dufлот, años atrás –en 1842– se había planteado levantar una colonia francesa que pudiera servir de dique a la creciente presencia estadounidense en California.¹⁹⁴

No todo el territorio en California tenía valles fértiles; había también zonas áridas, aunque no desérticas. Las tierras del sur eran más áridas que las del norte y el cambio se sentía hasta en el clima: la temperatura comenzaba a templarse a la altura de la misión de San Antonio –a la mitad del camino entre Los Ángeles y San Francisco–. En la parte sur más alejada de las montañas abundaban los pastizales con pocos árboles, los que eran trabajados en torno a unas pocas granjas aisladas. No daba para mucho más, porque los ríos se secaban en verano.¹⁹⁵

La fauna de California resultaba también muy distinta a la de los desiertos de Sonora y Baja California. Dufлот decía que la zona eran un buen lugar para cazar pues proliferaban los animales, aunque se ocupó poco de su descripción. Sólo mencionó la existencia de osos, gamos, venados, castores y búfalos tanto en

¹⁹²Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 236, 237, 253, 321, 332, 334, 337, 338, 348, 349, 385, 388, 399, 411, 412 y 422..

¹⁹³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 384

¹⁹⁴ Hacía referencia a un proyecto del general Blanco Alvarado, el cual pudo haber estado relacionado con la visita del capitán Théodore Laplace a las costas de California y al ofrecimiento que parece haberle hecho a en el sentido de conseguir el a la zona estatus de protectorado. Wyllys, "French imperialist", 1929, p. 123. Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 342, 376–379, 383, 386, 387, 394, 408, 412 y 413.

¹⁹⁵Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 254, 239, 339, 341, 342, 370, 388 y 399.



California como en Arizona.¹⁹⁶ Tal vez no se detuvo en ellos por considerar el paisaje de California, de cierta manera, parecido al europeo y muchos de sus animales los mismos –no era el caso de los castores y los búfalos, ciertamente, pero sí del resto.

Una característica que estos viajeros resaltaron de los valles de California fue su peculiar orografía: largos y estrechos valles conectados, en algunos casos, por desfiladeros. Destacaron en particular La Larga, entre las misiones de Concepción y San Luis Obispo, así como El Cañón, entre los Tulares y la sierra de Santa Lucía.¹⁹⁷ También hablaron de las cadenas montañosas. En efecto, hicieron mención de las montañas de California y Baja California, lo que contrastó con la poca atención que dieron a las de Sonora y Sinaloa, parte de la Sierra Madre Occidental, y por ende más altas e imponentes con sus 3 000 metros sobre el nivel del mar. Apenas se alude a ellas como macizos sin plantas, de origen volcánico y llenos de barrancos. Esta descripción no correspondía del todo con la realidad, pues si bien lo último es cierto, la vegetación en las montañas era extensa. Sobre todo con las lluvias de verano, el verdor aumentaba.¹⁹⁸

En la descripción de las cordilleras de California, nuestros itinerantes pusieron en cambio más cuidado: hablaron de tres cadenas montañosas dispuestas de forma paralela, con una altura de entre 600 y 1 200 metros, que creaban dos grandes valles intermedios, además de algunos más estrechos. La cordillera más importante era la de la costa; la mayoría de las misiones y colonias se habían establecido en sus faldas, de forma “espolvoreada”.¹⁹⁹ Las sierras recibían los nombres de los santos de las misiones. Solían ser descritas como lomeríos de

¹⁹⁶Ibidem, pp. 337, 338, 348, 386, 394 y 412.

¹⁹⁷Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp.333, 334, 342, 360, 361, 366, 376, 377, 383, 386, 387, 408, 410, 412 y 413.

¹⁹⁸Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 204 y 205, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 167, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 20 y Laura Jacome, “Sierra Madre Occidental”, *Geografía Laura Jacome*, 3 de octubre de 2012, <<https://geograecologia.blogspot.com/2012/10/sierra-madre-occidental.html>>, [Consultado:28/10/2020].

¹⁹⁹Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 28.

sencillo acceso que, en lugares como San Gabriel o la costa de Santa Inés, se volvían accidentadas.²⁰⁰

Las montañas californianas, al igual que sus valles, fueron descritos como fértiles y boscosos, con pinos, robles, fresnos, cedros, arces y otras maderas útiles para la construcción, "de una dimensión extraordinaria".²⁰¹ Dufлот pensaba que esa riqueza no se aprovechaba de manera suficiente y se quejaba de que los colonos no alcanzaban a sacarles provecho. Una explicación posible de este desinterés podría ser que las casas de los lugareños no se construían de madera ni había tampoco astilleros en la zona que la demandaran para hacer barcos. De todas maneras, a ojos de los viajeros, aunque los bosques se explotaran poco, daban un aire pintoresco a las montañas y al paisaje en su conjunto.²⁰²

Asimismo, para inicios de la década de 1840, cuando Dufлот visitó la zona, señaló que las montañas podían albergar minerales, posiblemente al sur del estado, entre San Diego y San Francisquito. Con la fiebre del oro una década después, se confirmaron sus predicciones, aunque las grandes vetas se encontraron más al norte de donde pensó que estarían, de Sacramento para arriba.²⁰³

Algunas de las grandes montañas del noroeste tenían nombres propios, según relataron los trotamundos franceses, y eran reconocidas por su altura y formas caprichosas que facilitaban que se las identificase a distancia y orientaban a los caminantes y, cerca de las costas, a los marineros. En Baja California, los viajeros hablaron del Sombrerito, los tres picos aplanados de las Mesas de Narváez, y de la Giganta –considerada como la montaña más alta de la península, con 1388 metros de elevación sobre el nivel del mar.²⁰⁴ En California, las montañas que mencionaron fueron la mesa de Juan Gómez, la loma de San Diego, el Buchón –llamada así, de acuerdo con Dufлот, porque el jefe de la tribu que vivía cerca de la

²⁰⁰Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 252–254, 334, 385–387, 389, 377 y 395 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 28.

²⁰¹Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 385 y 386

²⁰²Ibidem, pp. 252–254, 349, 360, 361, 366, 385–387 y 395.

²⁰³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 360 y 361.

²⁰⁴ En realidad, la Giganta era no era una montaña aislada, sino una cumbre de la sierra del mismo nombre. Su elevación real es de 1680 metros, siendo la sexta más alta de la península. La primera era la cima de la sierra la Laguna con 2080 metros. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Anuario estadístico*, 2017, p. 23.

playa tenía un enorme bocío– y el Monte del Diablo. Se consideraba el último como la montaña más alta de California, con 1 149 metros.²⁰⁵

Había también volcanes y los viajeros hablaron de varios: en Baja California, se refirieron en particular al volcán de las Vírgenes –descrito por Duflot como el último activo de la península, información que sacó de las relaciones de los jesuitas, las cuales señalaban que lo había estado en 1746. En California, identificaron varios en las cercanías de Los Ángeles y en Larga, sin mencionar sus nombres. Se trataba de volcanes de aguas sulfurosas y “extrañamente” fértiles. Las zonas con volcanes importantes debieron de tener gran actividad sísmica, sin embargo, nuestros viajeros no dijeron nada al respecto, tal vez porque no experimentaron ningún temblor fuerte a su paso, ya que con seguridad les hubiera llamado la atención y habrían registrado el fenómeno. Después de todo, Francia sufría muy pocos temblores. Solo se menciona un lugar donde la tierra se movía un poco bajo los caballos, llamada “Tembladera”, cerca de San Francisco.²⁰⁶

Duflot, Vigneaux y Aimard describieron y compararon el paisaje natural de la región noroeste tanto con lugares que conocían, como con lugares de los que solo tenían ideas preconcebidas. Los lugares fértiles que se encontraban sobre todo en California les recordaban a su patria y por eso les atribuían bondades similares a los que se hallarían allí. Por otra parte, el desierto, comparado con Arabia, era el lugar del salvajismo y, por ende, había que “civilizarlo”, como lo habían intentado los españoles con las misiones y los presidios.

3.3 El pasado y la destrucción: las misiones y los presidios

²⁰⁵El Monte del Diablo, con 1173 metros, no era la montaña más alta de California, ni siquiera una de las más altas. El Monte Whitney, con 4421 metros, tiene ese lugar. Joseph Mayfield, “The Tallest Mountains in California”, 4 de octubre de 2019, <<https://storymaps.arcgis.com/stories/44176fc3cb6b4f8ba15f486ce490cd55>>, [Consultado:18/10/2020]. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 219, 220, 230, 329, 380, 381 y 423 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 28.

²⁰⁶Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 218, 374, 376 y 408 y Rong-Gong Lin II, “Preguntas y respuestas sobre los temblores en California y qué puede venir en el futuro”, 5 de julio de 2019, <<https://www.sandiegouniontribune.com/en-espanol/primera-plana/articulo/2019-07-05/el-terremoto-del-4-de-julio-no-retrasara-al-grande-y-podria-haber-empeorado-la-tension-del-terremoto>>[Consultado:18/10/2020].



En los diarios de viaje de Eugène Duflot, se dedica un lugar especial a las misiones que poblaban el paisaje del noroeste (y con ellas los presidios que complementaban su labor), a diferencia de las obras de Vigneauxy Aimard, posiblemente porque, para la década de 1850, no quedaba gran rastro de este sistema. Duflot reconstruye su historia a partir de lo que restaba de ellas y él iba encontrando a su paso. Gran entusiasta de lo que en su momento representaron, las identifica y describe, recreando un paisaje que, en realidad, ya no le tocó mirar directamente. En este apartado, nos acercaremos a través suyo a ese paisaje y a la decadencia del sistema misional que sí le tocó presenciar.

Las misiones han sido vistas como una institución por parte de la Corona española, apoyada por la Iglesia, para contener, delimitar y avanzar en las fronteras de su territorio en “los confines de la cristiandad”.²⁰⁷ Es decir, como un límite entre la civilización —el territorio conocido— y la barbarie —lo desconocido—, pero conquistable y transformable. Como un lugar de confrontación de culturas y política, de una lucha constante, tanto armada, como en sus actividades diarias, por parte de los colonos que, por su cristiandad, se consideraban como “civilizados” contra los indígenas “salvajes” y paganos, por el control de un espacio geográfico visto como “vacío” y que debía llenarse. De allí la importancia para ellos de poner en primer lugar una cruz, para convertir un espacio en un escenario capaz de contener objetos y sujetos que le dieran significado al habitarlo. Así, la mayoría de las misiones se convertían en los primeros asentamientos “serios” de las zonas conquistadas.²⁰⁸

Las misiones constituían también una estrategia para hacer frente a las potencias extranjeras, controlar a la población originaria y garantizar, de tal modo, la seguridad de posibles nuevos colonos. Esto último estaba relacionado con la idea de la guerra continua, en forma de cruzada, contra los indios salvajes, en la que los frailes eran los guerreros que salvaban las almas de los indígenas,

²⁰⁷Radding, *Pueblos de Frontera*, 2015, p. 13.

²⁰⁸Se pensaba que era posible construir un nuevo mundo que superara al aborigen (primitivo) y al europeo (corrupto), en el que las ideas de comunidad, ilustración, justicia y felicidad se practicarían con naturalidad, después de su conversión de la barbarie primitiva. Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 18, 38, 46 y 71, Radding, *Pueblos de Frontera*, 2015, p. 13 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 129.



convirtiéndolos a la fe, la civilización y a la obediencia del rey. Fue por estas connotaciones que buscaron el poder terrenal, a fin de cumplir con su misión.²⁰⁹

Las misiones nunca estaban solas, ya que el sistema que formaban funcionaba junto a otro sistema: el de los presidios. Estos eran fortalezas levantadas aun antes que aquellas para mantener a raya a los indígenas no sometidos y como guarnición costera contra piratas y otros enemigos europeos. Se instalaron primero en los caminos y luego a lo largo de la zona de frontera como un sistema jerárquico militar. Suponían una barrera frágil que limitaba el choque entre dos grupos opuestos en constante fricción. Durante el siglo XVII y prácticamente durante todo el XVIII, los militares dependieron de la organización misional, por lo que sus victorias se entendían como una forma de defender y apoyar lo obtenido por la conquista espiritual. Hasta finales del siglo XVIII, se empezó a gestar una nueva “guerra defensiva”; para ello se empezó a modernizar y coordinar a los presidios en una verdadera red, con su propia comandancia. Así, los presidios se asumieron como protectores de las misiones, con la idea de una “evangelización protegida”, como guardianes de un virreinato que tenía poder militar, aunque en última instancia su efectividad defensiva resultaba dudosa por disponer de poco personal para hacer frente a los múltiples ataques de los nativos.²¹⁰

Se intentó, como comenta Duflot, levantar misiones entre California y Sonora sin presidios en forma, solo con algunos soldados para su defensa. En general, estas misiones fracasaron porque fueron invadidas por los yumas, muertos los religiosos y sus edificaciones quemadas, aunque lograron sostenerse en algunos lugares de Baja California. Pero, en principio, los presidios acompañaban a las misiones e, incluso, entablaban relaciones con los indígenas cristianos, que solían auxiliar a las tropas en el combate contra los grupos que se resistían a la integración, como los seris y los apaches. De esa forma, como dice nuestro itinerante, existía “una sabia combinación de misiones y de presidios que detenía las depredaciones de los

²⁰⁹Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 53, 56 y 66–68.

²¹⁰Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 18, 66, 68–70 y 73 y Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 56.



indios y difundía en sus tribus los beneficios del catolicismo y las luces de la civilización".²¹¹

Para él, la religión católica a través de las misiones pacificaba a los indígenas al incorporarlos a la "civilización", y los presidios eran el apoyo armado para mantenerlos a raya y en seguridad. Todo lo contrario de lo que pensaría Vigneaux una década después, en los años 1850, para quien este sistema solo significó un doble control "sobre el pueblo desarmado, como los perros sobre las ovejas.", por lo que su desaparición, para él, fue un avance.²¹²

En 1767, las misiones del noroeste sufrieron un cambio a raíz de la expulsión de los jesuitas de la Nueva España. En su lugar, distintas órdenes asumieron la dirección de las misiones dividiéndoselas por zonas. Los franciscanos (quienes llegaron en 1768) tomaron bajo su mando las que se hallaban en lo que hoy serían Sonora, Arizona, norte de Sinaloa y Alta California; los dominicos (llegados en 1772) se asentaron en Baja California, tras llegar a un acuerdo con los franciscanos; y otros miembros del clero secular se hicieron cargo de las que funcionaban en el centro y sur de Sinaloa. Estas órdenes religiosas, sobre todo los primeros, siguieron fundando misiones hasta principios del siglo XIX, cuando el sistema entró en crisis por la independencia de México de España y el proceso de secularización de bienes eclesiásticos que la nueva nación inició un par de décadas después.²¹³

Duflot de Mofras describió de forma bastante completa cómo se organizaban las misiones, entonces bajo la dirección franciscana. Tomó como modelo la misión de San Luis Rey de Francia en la Alta California, ya que para él "es la más bella y es la que tiene la arquitectura más regular."²¹⁴ Aunque su elección también pudo estar relacionada con el nombre de la misión, como una manera de honrar al rey Luis Felipe de Orleans, quien había ordenado su obra, y porque deseaba mostrar

²¹¹ Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, pp. 22, 23, 261, 283, 284 y 286.

²¹² Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, p. 38; Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, pp. 22, 23, 261, 283, 284 y 286 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 29.

²¹³ Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 13; Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p.100 y Ortega Noriega, *Breve historia*, 2000, pp. 117 y 118.

²¹⁴ Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, p. 261.

la importancia que había tenido Francia en la evangelización y progreso de la fe católica en América. Lo cierto es que, si bien visitó el resto de las misiones las describe de forma similar a la de San Luis Rey o las comparara con ella.²¹⁵

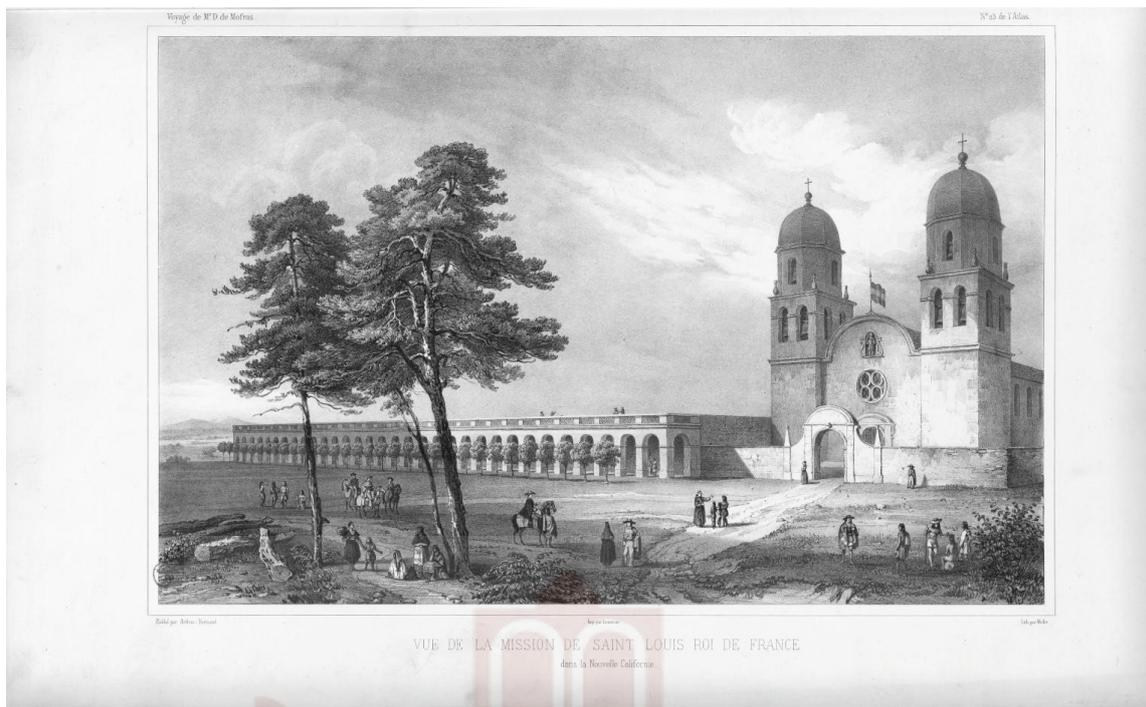
Describe esta misión como un cuadrilátero de 150 metros de frente, con la iglesia en una de las alas como se observa en el bello grabado de época incluido en un atlas que hizo imprimir poco después como anexo a su obra (Imagen 1). El edificio era de un solo piso y poca altura, construido como una casa donde las habitaciones estaban dispuestas alrededor de un patio central adornado con fuentes y árboles. Los cuartos servían para dormitorio de los religiosos, mayordomos (ambos habitantes permanentes) y viajeros; también albergaba los talleres, escuelas, enfermerías y almacenes. Existían los cuartos llamados “monjeríos”, donde se resguardaba a las niñas indígenas para protegerlas de “la brutalidad” de su propia gente.²¹⁶ Alrededor, se erigían “edificios de explotación”, cabañas de indios conversos y casas de algunos colonos españoles y criollos, además de granjas anexas y algunas capillas católicas a unas cuantas leguas de distancia.²¹⁷ Enfrente de la misión, se hallaba un cuartel con la escolta que los protegía. Los edificios principales habían sido construidos con solidez para ofrecer refugio en caso de ataque.²¹⁸

²¹⁵ A pesar de que menciona la existencia de misiones y presidios en Sinaloa y Sonora, no les prestó atención, dando a entender que estos cayeron en desgracia o fueron asimilados mucho antes que los de las California. Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, pp. 211, 261, 262, 264 y 370.

²¹⁶ No explica en qué consistía esta “brutalidad”, pero bien podría referirse a raptos y violaciones comunes en la época.

²¹⁷ Los edificios de explotación eran establos, graneros, lugares donde se guardaban herramientas agrícolas o de otras índoles, etcétera.

²¹⁸ Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, pp. 221, 261, 262, 264 y 370.



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Imagen 1. Vista de la misión de San Luis Rey de Francia en la Nueva California, tomado del *Atlas de Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* / par M. Duflot de Mofras

La imagen 1 muestra San Luis Rey como una misión grande, con la arquería del edificio del lado izquierdo. En el lado derecho, hay una gran iglesia con dos campanarios de punta redonda, coronados cada uno con una cruz. La fachada es simple, de forma curvada, con una ventana en la parte del coro, un rosetón que no parece muy elaborado y una bandera hasta arriba, que puede ser mexicana. Frente al atrio, hay un muro, tal vez de protección ante ataques, aunque sería su única característica defensiva, con una puerta. La misión es representada en un amplio valle de pastizales, con pocos árboles cercanos, aunque los suficientes para facilitar la tarea de ir a cortar leña, según se infiere por los troncos cortados depositados en la esquina izquierda inferior del grabado. Asimismo, al frente de los portales, se identifica una fila de árboles, probablemente frutales o de sombra, que parecen saludables. Se entiende, por lo tanto, que el terreno podría ser fértil para la agricultura y bueno para la ganadería. De esta manera la misión, extensa y con recursos, figuraba ser de gran riqueza, aunque la iglesia en

la realidad no era como lo mostrado ya que la real fue de unas dimensiones mucho más pequeñas, una fachada más austera y un solo campanario.²¹⁹

Duflot continuaba describiendo la vida misional, la cual era disciplinada: con horarios de oración, comidas, trabajo y recreo. En la misión vivían los religiosos, mayordomos, las niñas indias a las que se buscaba proteger e indígenas de confianza. Además, de manera cotidiana acudían los conversos y los colonos que vivían a su alrededor. Los niños iban a la escuela y talleres para aprender; muchos de los mayores se incorporaban a los trabajos productivos ahí organizados. La división del trabajo y la educación era por género: las niñas de los monjeríos aprendían a tejer lana, cáñamo y algodón y no se marchaban sino hasta que tuvieran edad para casarse, según los frailes, alrededor de los 15 años.²²⁰

Mientras, los niños iban a las escuelas con los hijos de los colonos, en las cuales los más inteligentes aprendían música. Los que destacaban en los talleres de carpintería, herrería o las labores agrícolas eran nombrados alcaldes o jefes de las comunidades alrededor de la misión. Los religiosos tenían el trabajo de guiar y dar el ejemplo, siendo normal que labraran la tierra junto con los conversos. Según Duflot, los indios que se convertían al catolicismo y se quedaban un tiempo en la misión eran bien tratados y las condiciones de vida y de trabajo eran igualmente buenas, de manera que, cuando regresaban a sus poblaciones, motivaban a otros a acercarse a la misión, para ser recibidos con “bondad” por los religiosos.²²¹

La base de la producción de este sistema era fundamentalmente la ganadería, con animales traídos de Europa, como vacas, caballos y ovejas. Las misiones podían llegar a ser muy ricas como, por ejemplo, la de San Gabriel en la Alta California que, según Duflot, llegó a ser la más grande y rica de las dos Californias. Estaba ubicada a los pies de una sierra accidentada y cubierta de bosques, en medio de una “inmensa y magnífica” planicie, muy fértil. Allí, la cantidad de ganado llegó a ser tan considerable, que, a veces, se tenía que “matar a los caballos a fin

²¹⁹California Missions Keeping the past present, “San Luis Rey de Francia”, <<https://www.missionscalifornia.com/missions/san-luis-rey-francia/>> [Consultado: 27/01/2022].

²²⁰ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 261–265, 276 y 420.

²²¹ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 261–265, 276 y 420.

conservar los pastizales para las reses.”²²²El mismo viajero refería un comunicado oficial del inspector general de las misiones que registraba, a comienzos de 1840, 57000 cabezas de ganado en las misiones de la Alta California.²²³

Otra riqueza con la que contaban eran sus jardines y huertos. Procuraban establecerlo siempre cerca de ríos o arroyos y, en la medida de lo posible, en valles de tierras fértiles. Entre lo que se cultivaba (si el clima lo permitía) se encontraban: plátanos, naranjos, palmeras, olivos, vides y otros árboles frutales, además de trigo, maíz, algodón y henequén. Varios de los huertos llegaron a tener renombre en toda la región por la calidad de sus productos y las dimensiones que alcanzaban. Éste fue el caso, por ejemplo, del olivar de la misión de San Luis Obispo, cuyos “inmensos jardines de olivos [...] podían rivalizar en dimensiones con los más bellos de Andalucía”.²²⁴ Aunque una crítica que Vigneaux haría después a toda la Iglesia, incluyendo a las misiones, fue que acaparaba las propiedades y fuentes de ingreso, dejando al pueblo en la miseria.²²⁵

Duflot también brinda información detallada sobre las exigencias de construcción que tuvo que cumplir todo presidio. Éste constituía una fortaleza, erigida en sitios definidos por el gobierno colonial local. Seleccionado el lugar, se excavaba una fosa alrededor del mismo y usaba la tierra extraída para hacer los ladrillos de las paredes exteriores, formando un cuadrilátero con solo dos puertas. Pequeños bastiones flanqueaban el conjunto. El armamento con el que debía contarse estaba, por lo general, compuesto de ocho cañones de bronce. Hace el recuento de los presidios de la Alta California, que estuvo resguardada por cuatro baterías de costa: San Diego, Monterey, San Francisco y Santa Bárbara. De

²²² Duflot de Mofras, *Exploration, 1844*, p. 250.

²²³ *Ibidem*, pp. 258, 321 y 348–350.

²²⁴ *Ibidem*, pp. 378 y 379.

²²⁵ *Ibidem*, pp. 236, 237, 321, 340, 366, 371, 378, 379, 407 y 411 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 9, 28, 29 y 195.



los otros departamentos, no menciona la cantidad total de presidios que las defendían.²²⁶

Dentro de cada presidio, había una iglesia, habitaciones para los soldados, casas para algunos colonos, almacenes, talleres, caballerizas, pozos y cisternas. Eran edificaciones lo suficientemente sólidas como para resistir las incursiones de indios, aunque según refiere Dufлот, habrían sido incapaces de resistir el ataque de un navío de guerra, por ejemplo. Asimismo, no muy lejos y dependiendo de la topografía del terreno, se levantaban baterías descubiertas nombradas “castillos” y el “rancho del rey”, que era el terreno destinado a proveer el pastizal para los caballos y animales de carga de la guarnición.²²⁷

Los habitantes de los presidios estaban, como cualquier ejército, jerarquizados en la tropa, la oficialidad y los jefes. La tropa solía estar integrada, en su mayoría, por indígenas o mestizos. Es probable que una parte fuera reclutada mediante la leva dentro de la clase baja y la persecución de individuos “ociosos”, “vagos” y sin oficio, como en el resto del país. Y es que ser soldado no era atractivo por la poca paga que se recibía, que además se demoraba en llegar. Por lo anterior, en varias zonas de la región, se ocupó también de otras actividades, como la agricultura o la minería, a fin de compensar la escasez de ingresos, si bien mermando la eficacia de los presidios y luego de los cuarteles. A pesar de ello, los de la tropa han sido descritos como físicamente aptos para la batalla y en buena forma, pero de altura mediana.²²⁸ Por su parte, los viajeros describen a la mayoría de los soldados como obedientes y valerosos, pues se quedaban en sus puestos hasta que se les

²²⁶ Las armas con que contaban eran cañones de bronce de calibres de ocho, doce y dieciséis pulgadas y pedreros que son pequeños cañones de pie y medio de longitud. Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 221, 279 y 280.

²²⁷ El autor especifica también las medidas ideales de un presidio: la fosa debía ser de cuatro metros de ancho por dos metros de profundidad. Mientras que la muralla exterior tenía 200 metros de largo, cuatro o cinco metros de alto y uno de espesor. Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 279 y 280.

²²⁸ La estatura debió ser entre 1.40 a 1.65 m, ya que la primera era la estatura mínima para entrar al ejército novohispano y la segunda era la altura promedio para entrar a las tropas francesas. José Mari Leclerq, “Historia militar de San Sebastián: Vida y asedios de una pequeña gran ciudad”, <<http://www.sansebastian1813.es/427011824>> [Consultado:20/10/2020] y Agustín Grajales Porras, “La altura masculina a finales del siglo XVIII en poblaciones de la intendencia de Puebla, Nueva España”, AMHE, <<http://www.economia.unam.mx/amhe/memoria/simposio04/Agustin%20GRAJALES.pdf>>, [Consultado:20/10/2020] p. 9.



ordenaba la retirada, aunque algo apáticos, ya que no tenían iniciativa para defender los lugares por su propia cuenta.²²⁹

Nuestros trotamundos criticaron a los oficiales, al punto de ridiculizarlos. Los veían como de clase alta y ascendencia criolla o española. Al contrario de las tropas, que eran pocas, había una sobrepoblación de ellos, de forma que en algunos lugares había cinco a cargo de quince soldados. Dan a entender que resultaba usual que permanecieran estancados por años en cargos intermedios, tal vez porque se tenía que esperar a que los nombramientos llegaran de la ciudad de México. A diferencia de la tropa, no contaban con un uniforme ni un peinado estándar, de modo que podían vestirse de civiles para cumplir con sus deberes. En cuanto a sus actitudes, se retrataba a la mayoría como negligentes e incapaces de vigilar a sus hombres, inexpertos para su rango, dispuestos a sacar ventaja de él, y como partidarios de las diversas revoluciones que surgían. Eran, además, ineficientes pues, sobre todo los cargos más altos, solían estar lejos de sus puestos o de los lugares que sufrían más ataques, de modo que fallaban en sus deberes de proteger a la población de los bandidos y los apaches.²³⁰

A finales del siglo XVIII, la efectividad del sistema misional fue puesta en duda y se empezó a dibujar una política de exterminio contra los indios rebeldes. Las misiones comenzaron a verse como lugares de refugio de los últimos, donde se fortalecían y reorganizaban para atacar pueblos y villas, y se señaló su fracaso en la función de enseñar la fe y la civilización. Por su parte, los presidios fueron vistos como un sistema militar caduco y rebasado que necesitaba una reestructuración urgente. Otro problema detectado entonces fue que ambos sistemas creaban un

²²⁹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 237; Luis Ignacio Sánchez Rojas, "La educación en el ejército porfiriano 1900–1910", *Tzintzun*, no. 54, julio/diciembre 2011, <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-28722011000200004>[Consultado:20/10/2020]; Luis Ignacio Sánchez Rojas, "El reclutamiento forzoso durante el siglo XIX mexicano", *Facetas históricas, blog de historia, política y tecnología*, 15 de septiembre de 2012, <<https://facetashistoricas.wordpress.com/2012/09/15/el-reclutamiento-forzoso-durante-el-siglo-xix-mexicano/>>[Consultado:20/10/2020]; Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 147, 157 y 165 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 8 y 25.

²³⁰ Luis Ignacio Sánchez Rojas, "La educación en el ejército porfiriano 1900–1910", *documento en línea citado*; Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 155, 157, 158, 165 y 196, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 207, 323, 324 y 369 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 24.



gobierno paralelo al poder local y un régimen económico cerrado de subsistencia, con excedentes fortuitos.²³¹

Con la independencia en 1821, se acrecentaron los problemas con las misiones. En primer lugar, estaba la problemática de obediencia, porque El Vaticano no reconocía México sino hasta 1831, tornando ambigua susituación. Además, tanto ellas como los presidios se vieron debilitados por la insuficiencia de recursos, que provenían de un fondo real. Otro problema fue que los religiosos, de por sí poco numerosos, empezaron a morir o se exiliaban y el intento de remplazarlos con misioneros mexicanos provocó un conflicto con los más viejos, de origen español.²³²

En 1833, Valentín Gómez Farías y el Congreso, con la aprobación de Antonio López de Santa Anna, emprendieron una serie de reformas entre las que se encontraba la secularización e incautación de las misiones en las Californias. Tocó aplicar esta medida, entre 1833 y 1836, al jefe superior político del territorio, don Luis del Castillo Negrete. Por lo que cuenta Duflot, las misiones y los frailes pudieron resistir hasta 1840. También menciona que la única opción para solucionar la insuficiencia financiera del Estado nacional era apoderarse de las misiones de California, a pesar de su valor de apenas diez millones de piastras, para venderlas a la casa del Barrio, acordándose pagar a los frailes una indemnización que nunca se les entregó.²³³

Esta acción derivó en la apropiación de las tierras misionales por los colonos de la zona. Duflotrelata que esto comenzó con los encargados de aplicar las leyes y los administradores civiles, como fue el caso del comandante Mariano Guadalupe Vallejo, quien se adueñó de todos los bienes de la misión de San Francisco Solano y derrumbó la iglesia para usar los materiales en la construcción de su casa. Explica que el gran déficit anual (entre 40 mil a 50 mil piastras) orilló a los

²³¹ Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 53, 65 y 86,

²³² Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p.118; Berninger, *La inmigración*, 1974, p. 31 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 212, 258 y 272.

²³³ La piastra fue una moneda usada en los primeros años de la república, siendo antecesora del peso. Cada una equivalía a cinco francos, según cálculo de Duflot. Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p.118; Rojo, *Apuntes históricos*, 2000, p. 39 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 61, 66, 271 y 295. La casa del Barrio era una casa de comercio que funcionaba en la ciudad de México.



empleados a robar a las misiones. En otros casos, los terrenos, los ranchos y granjas anexos y los bienes como los animales fueron dados a particulares, casi siempre foráneos, para que los explotaran o erigieran sus viviendas. Algunos lograban sacar buen provecho de ellos, pero, en muchos otros casos, no se utilizaron de manera “sabia”, como, por ejemplo, cuando en vez de criar animales para que tuvieran un rebaño, los mataban para vender la piel y el sebo a los navíos extranjeros.²³⁴

En el marco de este derrumbe, el pillaje tuvo cabida: indios y tramperos americanos entraban a las misiones y se robaban los animales. Dufлот refiere el caso, sucedido en 1840, de una “horda” de schauanosque, con algunos tramperos estadounidenses, robaron alrededor de 1200 caballos de una misión de la Alta California. El mismo camino, continúa el relato, fue seguido por habitantes de los pueblos cercanos, como Los Ángeles, quienes se enriquecieron a costa del robo de las misiones vecinas. Otras, como la de Nuestra Señora del Carmelo o San Diego, fueron desmanteladas con el pretexto de levantar pueblos en los alrededores, aunque esto no se lograría hasta la década siguiente, como lo señala Vigneaux.²³⁵

La expropiación de terrenos, el reparto de bienes y el saqueo llevaron a la mayoría de las misiones a la ruina. Según Dufлот, si un viajero entraba en esos viejos edificios y preguntaba qué habían sido antes, se le respondía “Este era un colegio, una iglesia, un cuartel –en tiempos del Rey.”²³⁶ Casi todas se quedaron con muy poca población, ya fuera de indios, criollos o mestizos o, en definitiva, sin habitantes. Esto último sucedió, sobre todo, en Baja California, Sonora y Sinaloa; en la Alta California, según sus datos, sobrevivieron un poco mejor e incluso una, la misión de San Antonio, sigue funcionando hasta el día de hoy. En cualquier caso, algo que sufrieron todas las misiones fue una disminución o abandono de su

²³⁴ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 297, 325, 327, 335, 342, 343, 352, 348, 366, 362, 369, 375, 379, 383, 406, 407, 410, 416 y 421.

²³⁵ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 321, 356, 391, 407 y 421 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 27–29, 44, y 129.

²³⁶ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 23.



producción agrícola por la falta de manos y de dirección para trabajar las tierras que habían logrado conservar.²³⁷

Si las misiones sufrieron enormes pérdidas, los presidios padecieron aún más, pues de ellos, prácticamente, no quedó nada. Aimard cuenta que las misiones fueron abandonadas poco a poco, siendo unas quemadas y otras dejadas por su estado de deterioro. Dufлот refiere, unos años antes, el triste fin de cada una: en Sinaloa, donde el presidio de Mazatlán acabó en ruinas desde que el comercio fue trasladado al puerto, dejando atrás casi nada del "bello cuartel" español; Baja California, en que el presidio de Loreto conservaba su estructura y armas, pero sin soldados; y Alta California, con el presidio de San Diego, deshabitado, los muros caídos y los cañones semienterrados.²³⁸

En efecto, con la independencia de México y la consiguiente reorganización y construcción de nuevas instituciones, el frágil sistema de presidios del noroeste mexicano terminó por perderse. Para Aimard, el culpable fue el gobierno mexicano por no haber sabido administrarlos. Para cuando Dufлот visitó la región, sólo quedaban unos cuantos soldados en Mazatlán y en Santa Bárbara, y algunos de sus cañones, rescatados por los vecinos de los pueblos cercanos, eran conservados para una eventual autodefensa, como hicieron en Sonoma con los cañones del presidio de San Francisco. Incluso los antiguos "ranchos del Rey" habían sido entregados a particulares. Esta ausencia significó un cambio en el paisaje: los indios indómitos volvieron a moverse con libertad entre los valles y las montañas, para temor de la población criolla y mestiza que sentía gran inseguridad al no poder mantenerlos a raya sin ayuda de los soldados.²³⁹

Las misiones sobrevivieron un poco más. Hubo religiosos que resistieron y, de acuerdo con Dufлот, pudieron conservar parte de sus tierras y de sus edificios, de

²³⁷ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 217, 221, 230, 231, 236, 237, 275, 321, 334, 336, 338, 341, 347–350, 360, 364, 366, 371, 376, 377, 379, 380, 383, 387, 389, 390, 391 y 402 y California Missions Keeping the past present, "San Antonio de Padua", <<https://missionscalifornia.com/san-antonio-de-padua-mission/key-facts>> [Consultado: 17/10/2020].

²³⁸ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 177, 178, 221, 325, 326, 332, 333, 368, 400, 401, 406 y 427 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 7.

²³⁹ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 177, 178, 325, 326, 332, 333, 336, 396, 400, 401, 406 y 427 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 6.

manera que siguieron funcionando. Fue el caso de Nuestra Señora del Rosario, Santo Tomás y San Miguel en Baja California, que mantuvieron cierta producción de carne de res y ovejas, así como recursos hortícolas. Sucedió en Santa Bárbara, en la Alta California, donde el misionero responsable pudo retener los animales de cuerno para criar, pero perdió mucha mano de obra indígena. Aunque no desaparecía el temor a la pérdida de lo poco que quedaba: “se teme que el gobierno y sus agentes la hagan desaparecer pronto”.²⁴⁰

Con la pérdida del sistema de misiones y presidios, el paisaje del noroeste mexicano se modificó con respecto al que, de alguna manera, había prevalecido durante los siglos anteriores. Cambió la relación entre religiosos, colonos y comunidades indígenas, tanto, como las formas de producir y también de catequizar y castellanizar. Incluso las rutas de comunicación terrestre trazadas desde Sinaloa, a través de Sonora, y hasta la Alta California, quedaron desarticuladas. Duflot lo observó con agudeza: "No sabremos imaginar las dificultades que se presentan a un viajero por tierra en la Baja California después de la destrucción de las misiones."²⁴¹ Y es que algunas misiones habían sido también fundadas para facilitar el pasaje de Sonora a California y ofrecer un punto de descanso y apoyo a las caravanas. Hacer sin riesgos ese recorrido, en la década de 1840, exigía reunir una numerosa caravana. Igualmente, la comunicación marítima se vio afectada, porque el henequén para hacer las cuerdas en la fábrica de San Blas se cultivaba en las misiones; sin ellas, esta rama de la industria quedó paralizada. De ahí que todos los puertos occidentales mexicanos tuvieran que adquirir cuerdas llevadas desde Europa y Estados Unidos y a precios elevados.²⁴²

3.4 Los indígenas: ¿civilizados o salvajes?

Los grupos indígenas forman parte del imaginario que tenían los europeos acerca de América. Eran usualmente representados como una masa indiferenciada de individuos, cuyos atributos solo importaban en casos o en personas específicas.

²⁴⁰ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 235, 236, 377, 378, 387 y 420.

²⁴¹ *Ibidem*, p. 237.

²⁴² *Ibidem*, pp. 217, 283 y 269.

Los nativos, conocidos en ese tiempo como indios, son los grupos originarios que poblaron el territorio antes de la llegada de los españoles. Desde nuestro punto de vista, son subalternos porque a lo largo de la historia se han visto diferenciados de otros sectores de las sociedades con la que convivían, por sus patrones culturales, instituciones sociales y sistemas legales. Esto se hizo para dominarlos, alejándolos de las fuentes de riqueza y poder. El Estado ha aplicado políticas de asimilación-integración o de segregación-diferenciación según las necesidades económicas y políticas. En el caso del noroeste mexicano, estas políticas fueron primero de segregación-diferenciación, reuniéndolos en misiones, separados de los pueblos de los hombres de “razón” o de los colonizadores. Después se pasó a una política de asimilación-integración, al abandonarse las misiones en favor del mestizaje, por la necesidad de mano de obra, sobre todo para las minas.²⁴³

Se puede dividir el imaginario sobre los indígenas en dos grandes bloques: los “nobles” y los “bárbaros”, “salvajes” o “gentiles”. Lo que separaba a uno del otro era el nivel de aculturación respecto a la cultura dominante, en este caso, las costumbres europeas y, sobre todo, la fe religiosa. Esta última, más el sometimiento a la obediencia del rey y a una forma de vida estable de “civilidad” (ser sedentario), se volvieron los principales distintivos de los nativos que valía la pena seguir convirtiendo y pacificando, con respecto de los que había que eliminar por razones de seguridad. La forma corpórea de esta distinción fueron los indios reducidos o vinculados con las misiones, y los tribales, alejados de ellas.²⁴⁴

Los viajeros, como Duflot, también distinguían entre los indígenas “civilizados” y “salvajes”. Para él, los últimos se componían de los Apaches, los Pápagos, los Gileños, los Axuas, los Yumas, los Amagaguas, los Cocomaricopas y los Seris. Algunos de estos grupos estaban bien localizados, como los Seris, quienes habitaban en una misión cerca de Hermosillo, en las costas al norte de Guaymas y en la isla de Requin o del Tiburón, o los Pápagos, quienes ocupaban el territorio de Sonotac, en el norte de Sonora. Pero los viajeros distribuían a la mayoría, sin

²⁴³ López Rivas, “Pueblos indígenas”, 2007, pp. 10 y 12, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 17, y Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 76 y 77.

²⁴⁴ Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 36, 48, 63, 68

mucha precisión, al norte de Chihuahua y Sonora, al sur y oeste de los Estados Unidos y Texas, en los límites de los ríos Gila, Colorado, Asunción, Verde y Salado y en la Sierra Madre. También se les refirió como “tribus bárbaras” u “hordas de salvajes”.²⁴⁵

Las características que engloban en una misma denominación a todas estas culturas eran relativas, siendo la primera su ferocidad, a la hora de atacar ciudades o defender un territorio. Duflot señala que las raterías, los raptos y las muertes cometidas por los nativos contra los blancos fueron tan “brutales” que los colonos decidieron cambiar la capital sonoreña de Arizpe a Hermosillo y, en una ocasión, sus hordas avanzaron hasta a “30 leguas de la capital [mexicana]”. Junto a esta ferocidad estaban el vivir del pillaje y la caza y la crueldad con que reaccionaban si se metían en sus territorios. Pueden comprenderse estos ataques si se observa que, desde el siglo XVII, la zona padecía de una “guerra viva”, un proceso de períodos de paz y lucha intermitentes, provocados principalmente por los conquistadores que esclavizaban a los indígenas y por la respuesta violenta de éstos. Todo ello provocaba la pobreza y el abandono en el que vivían los escasos vecinos en el norte.²⁴⁶

Un ejemplo de lo anterior lo da Duflot al relatar que, en 1839, una horda de Yumas invadió una granja cerca de San Diego, masacraron a cuatro blancos y se llevaron a dos jóvenes que violaron. Las mujeres indígenas, supone el autor, se pusieron celosas y, cuando los hombres se fueron de cacería, las ahorcaron y lapidaron.²⁴⁷

Ahora bien, para cuando nuestros viajeros escribieron, ya se había adoptado, desde fines del siglo XVIII, la política de que lo importante ya no era incorporar a los indios como civiles, sino consolidar una defensa, en la que cabía su exterminio, como los Gileños, Axuas y Apaches que se levantaron en armas y fueron reducidos. Esto también se vio reflejado en el artículo 11° del tratado de Guadalupe Hidalgo, que obligó a Estados Unidos a contener las incursiones de las

²⁴⁵Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 22, 210, 213, 214, 216 y 360.

²⁴⁶Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 22, 208, 210, 214 y 225 y Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 64 y 65.

²⁴⁷Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 336.



tribus “salvajes” desde sus nuevas posesiones, por la fuerza si era necesario y, en caso de no poder impedirlo, se le exigiría una reparación. Cabe señalar un matiz humanitario en esa cláusula, pues se le comprometió a hacer todo lo posible para que los nativos no fueran forzados a desplazarse en búsqueda de un nuevo hogar en otros territorios.²⁴⁸

La descripción de Duflot muestra algunas contradicciones pues conserva las ideas de salvajismo a la hora de referirse como “bárbaros” a todos los grupos indígenas, no obstante que algunos, como los Seris, estaban reducidos en misiones. Por su parte, los Yumas y Amagaguas, también “gentiles,” cultivaban la tierra, cosechaban cereales, plantas de huerta y algodón e hilaban y tejían telas. Asimismo, cazaban búfalos y castores y vendían las pieles a los tramperos estadounidenses y canadienses.²⁴⁹

Esta contradicción puede explicarse con la otra faceta que dejan ver los viajeros y estaba bastante arraigada en la visión de quienes procedían del Viejo Mundo: los indios eran como niños. De ahí que se les describiera como ignorantes, de inteligencia nula, inocentes y se dijese que solo con la ayuda de los europeos, sobre todo misioneros, podían aprender religión (aunque de forma superficial), español, lectura, escritura, aritmética, adquirir una profesión, hacer obras de arquitectura y mecánica, hasta música. De hecho, cuando en varias ocasiones le mostraron estas habilidades, Duflot quedó sorprendido.²⁵⁰

Otra razón ofrecida para explicar su supuesto atraso fue la “ignorancia” del valor del oro que recogían. Sin embargo, varias veces se menciona que eran ellos quienes llevaban diversos minerales como pepitas de oro, granos de cobre puro, fragmentos de ópalo, pedazos de galena (sulfuro de plomo), caolín y sulfato de fierro.²⁵¹ Por lo tanto, a mi parecer, la “ignorancia” a la que se aludía era más para

²⁴⁸Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 213, Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, p. 86 y Suárez Argüello, “De Maine a México”, 1994, p. 92.

²⁴⁹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 214, 337 y 338.

²⁵⁰Muestra que fueron enseñados a hacer cal, tallar piedras, moldear ladrillos, cestería, molinos, máquinas, puentes, rutas, canales de irrigación, edificios e iglesias. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 264, 278, 343, 344 y 420 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 12, 19 y 123.

²⁵¹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 211, 357, 361 y 364.

encasillar a los indios en un imaginario que en una realidad donde intercambiaban el oro a precios injustos para satisfacer otras necesidades.

En la enseñanza a los indígenas, los misioneros serán la figura que más destacada. Para Duflot, constituían herramientas del catolicismo del que procedían las “luces de la civilización”. Creía firmemente que se trataba de la mejor religión y lo mejor para el mundo estaba en la guía de los ministros, gracias a la cual los nativos pudieron “conservar” sus costumbres, idiomas y uso. Es probable que se refería, con esto último, a que los protestantes no lograron tal hazaña. Señalaba además que los misioneros les enseñaron a cultivar “con mucho cuidado y un sistema de riego perfecto”, mientras había pueblos de blancos en miseria bajo el régimen “libre” de la república. Esto deja clara su postura en contra las leyes liberales que se aplicaban en el país. Pero también muestra la falta de comunicación con el exterior por parte de los indígenas, quienes ni siquiera sabían que, quien entonces gobernaba España era una reina, no un rey, o de que México se había independizado.²⁵²

Los grupos indígenas reducidos y civilizados por los misioneros, que menciona Duflot, fueron los Yaquis, los Mayos, los Ópatas, los Pimas, los Tépcas, los Coras, los Edués, los Pericués, los Cochimíes, los Juyubit, los Caguillas y los Sibapot, así como indios que nombra por el lugar donde habitaban, como San Buenaventura (Ipal) o los Tulares (Tübatulabal), ambos en California. Prácticamente todas estas culturas están bien y casi todas localizadas por los autores: los Yaquis y Mayos del sur de Guaymas hasta el río Fuerte; los Ópatas a lo largo de los ríos de San Miguel de Horcasitas, Arizpe, los Ures y Oposura; y los Pimas entre la Pimería alta (de los ríos Colorado y Gila hasta Hermosillo y el río de los Ures) y la baja (desde el río de los Ures hasta el Fuerte). Los Coras, Edués, Pericués y Cochimíes se hallaban en Baja California, pero no es posible

²⁵²Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 23, 23, 276, 278, 343 y 344.



distinguirlos, por el proceso de las misiones bajacalifornianas de desplazara las poblaciones de viejas misiones a nueva para hacerlas más viables.²⁵³

Estos pueblos recibieron apoyo y hasta alabanzas de los viajeros por sus trabajos, como los Ópatas en su calidad de obreros y sobre todo de combatientes pues sin ellos, afirmó Dufлот, la provincia de Sonora habría caído en la devastación completa causada por los Apaches. Vigneaux también alabó su trabajo como soldados, siempre preparados para la batalla. Mientras, los Ipaleran conocidos por sus habilidades para trenzar cestas de juncos y plumas. Los Yaquis y los Mayos, en cambio, eran agricultores, albañiles, criados, buzos, cargadores de caminos y mineros. Sus mujeres eran criadas en las casas de los criollos y mexicanos ricos.²⁵⁴

En estos indígenas se hallaban, según Dufлот, la docilidad y el amor al trabajo, en contrapartede los blancos, propicios al juego, la flojera y la embriaguez. Lo demuestra afirmando que todos los cultivos que producían los indígenas alimentaban a los colonos californianos. Por lo que creyó encontrar ahí al “buen salvaje” de Rousseau, que sobrevivía en armonía, diferenciado de la corrupta sociedad blanca. Vigneaux también se topó con esta gentileza de los indios, aunque no de manera tan recurrente, posiblemente por los pocos que aún había en los pueblos de California y Baja California para los años de 1850.²⁵⁵

Sin embargo, Dufлот indicaba que esta nobleza indígena no era apreciada ni por los colonos blancos ni por los tripulantes de los barcos, de quienes recibían malos tratos y los empobrecían pues solo les dejaban las tierras suficientes para labrar y algunos animales, y no les daban el precio justo por sus jornadas de trabajo. Ante esto, los indios adoptaban estrategias de resistencia, como las de mudarse a otras áreas o robar caballos de los ranchos porque sabían que un californiano a pie no podía perseguirlos y después sería más fácil quitarles sus reses y sus mujeres.

²⁵³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 208, 212, 213, 271 y 349 y Río y Altable Fernández, *Breve historia*, 2000, pp. 35 y 45. Para ver la verdadera variedad de grupos indias que habitaron la región ir a las tablas del capítulo 2 pp. 13-20.

²⁵⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 212, 213, 356, 367 y 414 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 123, 157 y 169.

²⁵⁵Ibídem, p. 346 y Ibídem, p. 126.

Nuestro viajero aplaudía estas reacciones y esperaba que su situación cambiara, aunque también consideraba que su situación de penuria era un sacrificio para enmendar los pecados de la sociedad blanca.²⁵⁶

Otras veces los males que afectaban a los nativos no eran directamente culpa de los vecinos de la región, ya que las reducciones y las enfermedades desconocidas arrasaron, como en el resto del continente, tribus enteras y redujeron a unos cuantos el total de sus habitantes. Una última causa de muerte mencionada por Duflot fue la de los buzos en Baja California, devorados por los tiburones y mantarrayas.²⁵⁷

En conclusión, la manera en que los indígenas del noroeste de México eran descritos en el siglo XIX operaba sobre la base del viejo binomio que oponía lo “civilizado” (el europeo) al “bárbaro” (el pueblo originario). Una vez que el indio aceptaba la aculturación, era reconocido su calidad de “civilizado”, pero con el matiz de ser un aprendiz menor de edad. De todas maneras, a pesar de esta mirada de menosprecio frente al indio “salvaje”, algunos, como Duflot, no dejaron de reconocer la injusticia del maltrato al que se le sometió cuando se ennoblecía y el menosprecio a su virtud de personas trabajadoras.

3.5 Poblados y haciendas: el paisaje social

Los pueblos constituyeron la tercera pieza fundamental de la colonización española en el noroeste novohispano, junto con las misiones y los presidios. Originalmente fueron fundados por civiles de origen español; luego se expandieron con población mestiza e indígenas conversos.²⁵⁸ Algunos crecieron y se convirtieron en villas o ciudades; unos se fundaron en el interior de la región, otros en las costas y llegaron a tener puertos. En este apartado, me acercaré solamente a las poblaciones del interior; más adelante, me ocuparé de las costeras. Algunas de las primeras fueron visitadas por los viajeros y, aunque en la mayoría de los casos lo hicieron de paso y para aprovisionarse de agua y comida, sus

²⁵⁶ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 214, 215, 335, 343, 344, 346, 347, 356 y 364.

²⁵⁷ *Ibidem*, pp. 224, 238, 239, 277 y 384.

²⁵⁸ Ortega y Medina, “El mundo nuevo”, 1988, pp. 7 y 8; Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 76, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 29, y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 23, 287.

obras ofrecen un panorama muy rico de ellas: su tamaño y habitantes, sus viviendas y costumbres, así como sus actividades productivas e, incluso, sus diversiones.

Hacia mediados del siglo XIX, cuando los viajeros franceses que aquí estudiamos visitaron la región, hablaban de ellas como si todas fuesen iguales en tamaño y estatus legal. Se les dificultaba aceptar que algunas fueran ciudades y no sólo poblados. Duflot, por ejemplo, llegó a afirmar que no había ciudades, pues los habitantes eran muy pocos. Decía que las capitales de los estados y algunas poblaciones de Sinaloa y Sonora –auténticas ciudades con cierta densidad de población– contaban con varios miles de residentes a principios de la década de 1840. Pero que no era el caso de todas, por ejemplo, las de Baja California alcanzaban apenas unos cientos,²⁵⁹ y de la Alta California apenas llegaban a las mil almas, –en su mayoría británicos y estadounidenses–.²⁶⁰ (Véase Tabla 4)

Con la fiebre del oro, muchos poblados de la Alta California, antes pequeños, crecieron. (Véase Tabla 4). Por falta de datos es difícil precisar los asentamientos del interior que tuvieron un mayor incremento, pero también porque se crearon muchos nuevos. En efecto, el desarrollo de California después de la fiebre del oro fue extraordinario: de los 5 000 colonos no indios calculados por Duflot en 1842, el número pasó a 323 200 en 1860, más 39 000 negros libres, además de que llegaron importantes contingentes de trabajadores asiáticos. En suma, la población se diversificó y creció alrededor de 80 veces en dos décadas, lo que se notó de manera significativa en la parte central, donde se encontraron más vetas, seguida por la parte norte, mientras que en el sur creció menos, como se expresó en la creación de condados.²⁶¹ (Véase Mapa 5) Lo anterior se debió, sobre todo, a una

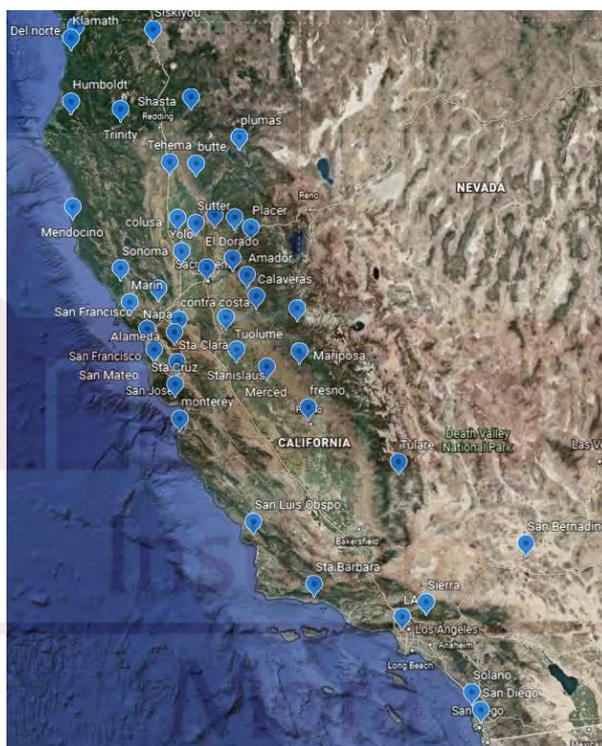
²⁵⁹ Las poblaciones de Baja California no parecen haber sumado ni siquiera los 500 habitantes, pero no contamos con información por parte de los viajeros franceses acerca de ellas.

²⁶⁰ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 207–209, 318, 319, 353 y 369 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 28.

²⁶¹ Un condado es una división territorial y administrativa en varios países de habla inglesa, como el Reino Unido y Estados Unidos. En este últimos es la principal forma de organización, con la función de aplicar la ley, la administración judicial, la construcción y mantenimiento de las carreteras, la prestación de asistencia a los necesitados y el registro de documentos legales. Editores de la Encyclopædia Britannica, “Condado”, en Encyclopædia Britannica, 06 de febrero de 2017, <<https://www.britannica.com/topic/county>>, [Consultado: 22/10/2020].



migración masculina. Aquella con menos de 20 años de edad era mixta, con una proporción similar de hombres y mujeres. No obstante, para edades más avanzadas, sobre todo de 20 a 50 de edad, la proporción cambiaba con brusquedad: había alrededor de 3.74 veces más hombres que mujeres.²⁶² Esta disparidad se explica por la migración masiva posterior a la fiebre de oro en los años 1850, cuando cientos de hombres trabajadores llegaron a trabajar las minas.²⁶³



Mapa 5 Distribución de los condados de California en 1860

Fuente: elaboración propia a partir del Bureau of the Census Library, *Population of The United States in 1860*, Washington, Government Printing Office, 1864 con mapa base de Google Data Sio, 2020.

Tabla. 4 Número de habitantes aproximados en las ciudades interiores del noroeste mexicano entre 1838–1860.

²⁶² Por dar algún ejemplo, en los distritos de Los Ángeles, Monterey y Santa Barbara, la población “blanca” masculina de 20 a 50 años equivalía 2.35, 2.61 y 2.01 veces que la femenina.

²⁶³ Bureau of the Census Library, *Population of The United States*, 1864, pp. 23, 27 y 29–32 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 318.



Número de habitantes aproximados			
Poblaciones	Duflot 1840–1842	Censos oficiales de México 1840–1850	Censos oficiales de México y EUA 1851–1860
Culiacán	5,500		9,647
El Rosario	3,500		
Cosalá	3,000		
El Fuerte	2,500		
Tamazula	2,500		
Hermosillo	8,000	74,000*	18,697**
Arizpe	7,500 como capital –1832– 1838– 500 después del cambio de capital	33,000*	8,785**
Álamos	3,000	30,000*	27,401**
San Miguel de Horcasitas	2,000	74,000*	—————
San José de los Ures	1,000 al convertirse en capital –1838–	—————	22,613**
Real de San Antonio	—————	1781	255
Los Ángeles	1,200		3940
Puerto y Pueblo de Santa Bárbara	800		2,230
Monterey	600 como capital –hasta 1827– 1849–		1,500
Somona	150		600

Fuente: elaboración propia a partir de Duflot, *Exploration du territoire*, 1844; Consejo Estatal de Población del Estado de Sonora, *100 de población y desarrollo*, 2010; Trejo Barajas, “Declinación y crecimiento demográfico”, 2005; Bureau of the Census, 1864.

*Estos datos son de todo el distrito. Hermosillo se hallaba en el distrito del mismo nombre, junto a Buenavista. Arizpe se encontraba en el distrito de igual nombre, junto con Moctezuma y San Ignacio. Álamos estaba en el distrito de Baroyeca junto a ese poblado y Sahuaripa. San Miguel de Horcasitas se hallaba en el distrito del mismo nombre junto a Altar.

**Son datos son de todo el partido, es decir, incluyen información de la ciudad de ese mismo nombre, villas, pueblos, ranchos, haciendas y minerales que se hallen en dichos partidos.

Los viajeros, inevitablemente, comparaban estas “supuestas ciudades” con las que conocían en Francia. La comparación resultaba desmedida pues, para las fechas en que se dirigieron al noroeste mexicano, luego suroeste estadounidense, las ciudades más pobladas del país gallo, París y Lyon, alcanzaban respectivamente los 935000 y 156000 habitantes. Incluso en el contexto mexicano, si se toma en cuenta que, para los viajeros, el país en general estaba deshabitado, las poblaciones del noroeste se veían opacadas por el tamaño de las ciudades de México y Puebla, por ejemplo, en orden de 200 000 y 60 000 habitantes.²⁶⁴ Con estos referentes, hablaban de todas las poblaciones de la región visitada como si fueran lo mismo: ciudades, villas o pueblos eran, para ellos, diminutas.

Muchas de ellos eran, efectivamente, sólo pueblos, es decir, asentamientos con diversas formas de organización, que no habían logrado constituir un gobierno propio, sino dependían de alguna cabecera municipal asentada en otro lugar. Pero había villas que cumplían con ciertos requisitos de población y actividad económica que les permitían alcanzar ese título y, con él, gozar de ciertos privilegios –según sus necesidades y contexto de creación–, y elegir a sus autoridades municipales, conformar un cabildo, cobrar impuestos, convocar milicias, etc. Algunas más eran ciudades.²⁶⁵

Es verdad que, para nuestros viajeros, no existían palabras que les permitieran hacer una distinción clara entre villa y ciudad: en francés, solo existen las palabras

²⁶⁴ École des Hautes Études en Sciences Sociales, “Des villages de Cassini aux communes d’aujourd’hui” <http://cassini.ehess.fr/cassini/fr/html/6_index.htm> [Consultado: 06/10/2020], Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Estadísticas históricas*, t. I, 2000, pp. 20 y 26, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 19.

²⁶⁵ Canedo Letchaureguy, “La fundación de villas”, 2016, pp. 94, 95 y 100.



ville—ciudad— y *village*—pueblo—, sin que entre ambos haya un concepto intermedio. Aunque si hubieran querido hacer la distinción pudieron usar las palabras en español, como lo hacían para designar otras cosas para las que no encontraban equivalente en su lengua, con su respectiva descripción. Pero no lo hicieron o los tomaron como iguales. Por ejemplo, para Aimard solo las capitales eran ciudades, y el resto de las poblaciones no pasaban de pueblos.²⁶⁶

En tamaño, entonces, las poblaciones del noroeste de México eran distintas de las europeas, pero no en su estructura. Según Duflot, unas y otras constituían una aglomeración de casas, jardines y tierras cultivadas, con una iglesia en el centro. También comentaba que, al fundarse, tanto antes como después de la independencia, los pueblos seguían la reglamentación de la cédula real del 9 de septiembre de 1531 en las Leyes de Indias,²⁶⁷ pero que de seguro muchos de la región no cumplieron con las especificaciones señaladas y muchos otros surgieron improvisadamente sin las autorizaciones necesarias, sobre todo en California, con el cambio de gobierno tras su incorporación a los Estados Unidos y la inmigración provocada por la fiebre del oro.²⁶⁸

En su afán de informar, los viajeros se centraron más en las diferencias entre las poblaciones mexicanas con las europeas que en sus similitudes. La mayoría coincidía en que el abandono y la decadencia eran “una de las características evidentes de los pueblos mexicanos”.²⁶⁹ Esto, sumado al hecho de que había pocas personas, dejaba en ellos una imagen de tristeza. Aimard incluso daba a entender que las ciudades, cuando no tenían una importancia política, caían en desgracia y no se les prestaba atención. Como ejemplo ponía a Arizpe, Sonora, que se volvió “una ciudad de segunda orden” después de dejar de ser

²⁶⁶Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 207–209, 353, 369, y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 18.

²⁶⁷Explica que el gobernador escogía los terrenos para el pueblo, viendo que fueran boscosos, irrigados y de fácil acceso. Cada familia de colonos debía recibir cuatro hectáreas para cultivar, más otro pedazo para construir su casa, la cual tenía que estar alineada a una calle o plaza. También se les obligaba a plantar, por lo menos, diez árboles frutales por hectárea. Las propiedades no podían venderse ni hipotecarse. Asimismo, había de considerarse los dominios reales y los pastizales y bosques públicos. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 288 y 289.

²⁶⁸Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 288 y 289.

²⁶⁹Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 119.



capital.²⁷⁰ Las razones por las que los viajeros llegaban a estas conclusiones eran variadas: una era que la inestabilidad política había socavado la riqueza que tenían desde la época virreinal.²⁷¹

Esa imagen triste que los viajeros tenían de los poblados se acentuaba todavía más a partir de su apreciación de los abismos sociales que había entre unos y otros y entre sus propios habitantes: unos tenían mucha riqueza, otros, mucha pobreza, la cual dependía del lugar en el que se encontraban y la familia a la cual pertenecían. La pobreza era lo más común, sobre todo la de los indígenas que trabajaban fuera de sus comunidades. Descritos como personas que apenas tenían con qué cubrirse —no contaban más allá de un vestido o un calzón sucio de manta— siendo su única pertenencia un juego de barajas o un rifle.²⁷² En contraste, se referían a algunos reales mineros como lugares florecientes y a sus habitantes con recursos.

Aimard describió lugares como Quitovac, en los que, al atardecer, era posible ver a una variedad de personas salir de paseo, como los trabajadores de las minas o los placeres. Tenían suficiente dinero para comprar objetos importados de Europa, ostentar joyas y gastar dinero en diversiones —en jugar a las cartas e ir a cantinas y cabarets—.²⁷³ En opinión de nuestros visitantes, por ese camino tiraban lo que adquirían y regresaban a la pobreza. Pero los verdaderos ricos que describían, a los que resultaba posible encontrar tanto en ciudades como en pueblos pequeños, pertenecían a la oligarquía, poseían suficientes recursos económicos para vivir con lujo o, al menos, mejor que el resto. Se trataba de los llamados “señores”, usualmente descendientes de conquistadores y colonos españoles, quienes,

²⁷⁰ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 10 y Jones, “Gustave Aimard”, 1930, p. 458,

²⁷¹ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 15 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 302.

²⁷² Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 218 y 297 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 1, 147 y 148.

²⁷³ Aimard dice que la vestimenta mexicana de un hombre se componía de un sombrero con adornos de plata y oro y de pelo de vicuña —animal parecido a la alpaca, pero más pequeño y esbelto, con pelo de color amarillento que vive salvajemente en los Andes, por lo cual considero que más bien quiso referirse a la alpaca, cuya lana solía comercializarse—. Llevaba además una chaqueta de terciopelo de algún color vivo, engalanada con oro; una camisa de batista bordada, alrededor del cuello un pañuelo de la India y el pantalón del mismo terciopelo que la chaqueta, sostenido por una faja de seda roja con flecos de oro, así como perlas que iban desde las aberturas de las caderas hasta las rodillas. Por último, las botas eran vaqueras con bordados de figuras rojas y ligas de seda combinadas con oro y yelsarape, de fabricación indígena muy colorido. Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 1

además, hacían alianzas matrimoniales, de modo que la riqueza se concentraba solo en algunas familias.²⁷⁴

De acuerdo con los autores estudiados, había poblaciones donde predominaba la población indígena y otras en la que la mestiza o de origen criollo era más notable, aunque reconocían que, en realidad, la composición étnica en casi todas resultaba muy diversa: en general había un mínimo de indios de la zona, mestizos y criollos. A ellos se sumaban, con frecuencia, miembros de otros grupos de indígenas, mexicanos, españoles, canadienses, estadounidenses, chinos y, en algunas partes, sobre todo a partir de 1850, franceses, ingleses y alemanes.²⁷⁵

En su mayoría, la población era analfabeta, pues la educación escolar en la zona casi no existía y se encontraba en manos de los clérigos en las misiones o los conventos. A sus establecimientos iban solo los hijos de gente con recursos suficientes, de los que se podía prescribir como mano de obra, enviarlos a estudiar a veces lejos y cubrir los costos –si enviaban a las hijas a un convento, por ejemplo, debían pagar una dote. Sin embargo, Dufлот explica que la falta de hijos de los colonos en las escuelas se debía al libertinaje de sus padres. Por su parte, los colegios organizados por laicos fueron un fenómeno, al parecer, de finales de los años 1830, fundados por extranjeros deseosos de suplir las carencias educativas.²⁷⁶

El relato que ofrecen los viajeros de la vida material en los pueblos es muy sugerente. Describen, por ejemplo, viviendas de quienes consideraban ricos, como la casa del alcalde de San José, descrita por Vigneaux como una enorme habitación con algunos bancos, cofres y sillas, utensilios de limpieza y cinco o seis camas que demostraban “la fortuna del maestro”.²⁷⁷ Pero pocas casas se le parecían. Él mismo decía que la mayoría de los hogares eran pobres, pues un solo cuarto servía de vestíbulo, salón y comedor y solían tener una mesa, algunos

²⁷⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 212 ; Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 148 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 2, 3, 10, 16 y 23.

²⁷⁵Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 27 y 112 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 16.

²⁷⁶Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 212, 358, 405 y 420 Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 9 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 4.

²⁷⁷Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 111.

bancos, sillas, equipales, sillas de montar, arreos y, en las esquinas, montones de granos que picoteaban las aves.²⁷⁸ En sus dormitorios solo había algunos baúles que servían de aparadores, encima de caballetes, y petates para dormir. Otras viviendas aún más humildes solo tenían un hornillo de tierra y una cacerola a modo de cocina.²⁷⁹ En suma, “las exigencias de la vida material estaban reducidas a la más simple expresión”.²⁸⁰ Las casas modestas en las afueras, en ruinas, “entristecía el ojo”.²⁸¹

La melancolía que nuestros trotamundos hallaban a su paso por los poblados podía, asimismo, tener que ver con los materiales de construcción. Las paredes de las casas o los jacales estaban hechos de “bambú” –probablemente Vigneaux, que es quien usa esa expresión, se refiere a los juncos que había en la zona– y de adobe, un material desconocido en Francia. Este fue descrito por los viajeros como similar a largos ladrillos, bloques de lodo o tierra mezclada con ramas y secada al sol. Los techos eran de palmas u otras plantas, entrelazadas. Solo las casas de la gente con dinero tenían un piso distinto al de la calle y en las paredes interiores se utilizaba la cal.²⁸² Esta forma de construcción contrastaba con la mayoría de las casas en Francia, de piedra o madera, por lo que el color de las ciudades era blanco o marrón oscuro, colores que se diferenciaban de la tierra. Asimismo, estas casas tenían comúnmente varios niveles, con ventanas en los distintos pisos, a diferencia de las de un piso del noroeste, las que podían no tener ventanas o muy pocas y estaban cerradas por rejillas de madera y rejas sin vidrio.²⁸³

Solo en algunos casos, los edificios más importantes –como el ayuntamiento y la iglesia– estaban hechos de piedras, ya fuera de una cantera cercana, como en

²⁷⁸Vigneaux explica que el equipal era una silla forrada de cuero crudo estirado como la piel de un tambor. Se trataba de una especie de sillón hecho con varas entretrejidas, con los brazos y el respaldo de cuero o palma tejido. Rae <<https://dle.rae.es/equipal?m=form>> 06/10/2020 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 119.

²⁷⁹Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 111 y 119 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 7, 32 y 33.

²⁸⁰ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 33.

²⁸¹Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 111.

²⁸² Esto para blanquear, dando la idea de limpieza y pulcritud. También dejaba respirar a las paredes haciendo que las casas no fueran tan húmedas.

²⁸³Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 111, 119, 121, 122 y 1666 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 30.

Santa Bárbara, California; acarreados, como en Lotero –Baja California– o robadas de las misiones, como en Monterey, California. Los viajeros no mencionan casas de madera, pero sí hablan de leñadores en California por lo que probablemente pudo haberlas en esa zona.²⁸⁴

Los viajeros dedicaron una atención especial a registrar las actividades económicas de los pueblos, villas y ciudades que visitaban. Muchos, decían, tenían trabajos relacionados con el sector primario: la agricultura, el corte de leña, la caza o la minería. Otros se dedicaban al sector secundario: el beneficio minero, los molinos, la construcción o la industria, no estaba muy desarrollado. De acuerdo con sus observaciones, el sector terciario, es decir, el comercio y el transporte. Este sector a gran escala, junto con la industria, se encontraba en manos de las oligarquías locales y, sobre todo, de extranjeros. El comercio y el transporte a pequeña escala era más practicado entre la gente de los pueblos.²⁸⁵

La actividad productiva que describieron más, después de la minería, fue la agricultura. Ésta seguía siendo en muchos países el recurso principal de riqueza, pues de ella dependían la mayoría de la población y sectores como la industria que requería de sus insumos. En el caso de México, se veía la posibilidad de desarrollar y exportar varios productos deseados en Europa, por su diversidad de climas y altitudes. A principios del siglo XIX, en la región noroeste, la agricultura estaba en manos de las misiones. Con el paso del tiempo, con la secularización y luego su abandono, el número de ranchos, granjas y haciendas civiles aumentó. La diferencia entre los ranchos o granjas y las haciendas era la riqueza.²⁸⁶ Los primeros eran descritos como pequeños campos de labor o corrales para animales, con una o dos construcciones sencillas de adobe o un jacal de juncos y follaje, usualmente pobres. Dufлот, en especial, advierte su existencia en California,

²⁸⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 370, 371 y 400 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 30.

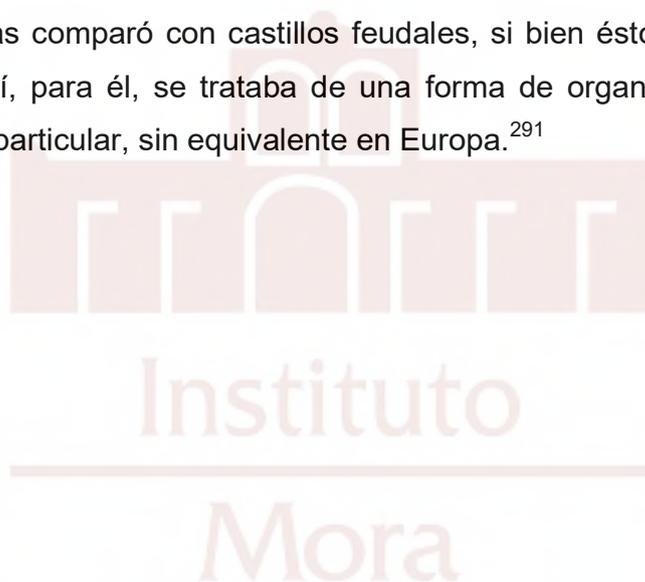
²⁸⁵Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 221, 237, 288, 289, 409, 414 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 113–116, 145,

²⁸⁶ La diferencia entre granja y rancho tiene que ver más con la actividad en que se especializan. Las granjas son más agrícolas, mientras los ranchos son más de animales, sobre todo de vacas y caballos. En la hacienda, no se distinguen ambas actividades. RAE, “Granja”, “Rancho” y “Hacienda”, 2020, <<https://dle.rae.es/granja?m=form>>, <<https://dle.rae.es/rancho?m=form>> y <<https://dle.rae.es/hacienda?m=form>>. [Consultado:16/10/2020].



pero en realidad este tipo de unidades productivas se hallaba esparcido por toda la región.²⁸⁷

Las haciendas, por otra parte, constituían unidades productivas mucho más grandes y complejas. Había muchas en Sonora y Sinaloa, en especial. Aimard dice que las haciendas mexicanas eran diferentes a las europeas, según describe, más parecidas a pueblos: contaban con cuartos de lujo para los propietarios, una habitación para todas las ocasiones especiales de la vida “como muchas casas feudales”.²⁸⁸ También tenían una capilla, talleres de todo tipo, tiendas, cuarteles, habitaciones para los peones, caballerías, corrales, una huerta tan grande como un departamento francés y todo estaba rodeado por una gruesa muralla.²⁸⁹ Fue por esa razón que las comparó con castillos feudales, si bien éstos daban “una idea imperfecta”.²⁹⁰ Así, para él, se trataba de una forma de organización social y de producción muy particular, sin equivalente en Europa.²⁹¹



²⁸⁷ Martínez Leal, “Posibles antecedentes”, 1963, pp. 143, 145 y 147, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 142 y 143, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 32 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 366, 376, 378, 379 390, 399 y 408.

²⁸⁸ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 12.

²⁸⁹ Los departamentos son divisiones administrativas creadas en Francia en 1790, que fraccionaron a las provincias. Tienen un promedio de tamaño –al inicio alrededor de un día de cabalgada–, población y sus nombres derivan principalmente de los ríos, montañas u otras características geográficas prominentes. Editores de la Encyclopedia Britannica, “Departamento”, en Encyclopedia Britannica, 20 de julio de 1998, <<https://www.britannica.com/topic/departement>>. [Consultado:16/10/2020].

²⁹⁰ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 11.

²⁹¹ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 10–12 y Almada, *Breve historia*, 2000, p. 45.

Estas unidades productivas se hallaban en las afueras de los poblados y proveían



de carne, quesos, huevos, leche, cereales, vegetales, frutas, piloncillo,



aguardiente y el cuero. En los poblados, los alimentos más comunes eran la carne de res y oveja secada al sol, las tortillas, los quesos de vaca y de cabra, los frijoles y el chile colorado.²⁹² El pan, para alarma de los franceses, no resultaba ser muy común. En California existían lugares que daban frutas de climas templados como uvas, melocotones, manzanas, duraznos y peras. Pero en general, las frutas y legumbres eran pocas y caras. Incluso había sitios en los que difícilmente se conseguían productos de origen animal, ya fuera porque una ley los volvía inaccesibles o una sequía los golpeaba. Varias descripciones viajeras acerca de la comida fueron acerca de su mal estado o a que estaba dura por la edad. Tal parece que los jornaleros de las granjas, haciendas y ranchos eran, en su mayoría, indios o mestizos, mientras los criollos y extranjeros eran los dueños. Dufлот despreciaba bastante a los propietarios: decía que no trabajaban, sólo recibían las ganancias por la labor de sus empleados; para Aimard, en cambio, sí laboraban a la par que sus peones.²⁹³ Evidentemente, sus experiencias al recorrer los campos de la región habían sido muy diferentes en este punto.

²⁹² Las tortillas son descritas como crepas, galletas o pasteles de maíz aplandados. Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 32, Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 399 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 118.

²⁹³ Gustavo Aguilar Aguilar, "El crecimiento de la economía sinaloense y el papel que desempeñaban los empresarios extranjeros, 1840–1910", *Políticas y social UNAM–Históricas*, p. 83 <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/int_extranjeros/intext_004.pdf>[Consulta]

Imagen 2 Rancheros Californianos arrojando el lazo, tomado de Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842/ par M. Duflot de Mofras

Una de las actividades que se volvió representativa del norte mexicano, así como del oeste estadounidense, fue montar a caballo y arrear el ganado.²⁹⁴ (Imagen 2). En un dibujo de Duflot, se representa una de esas escenas que se consideraron comunes en el campo de la región: en ella aparecen dos rancheros del sur de California que, entre ambos, intentan lazar una vaca. El jinete a la izquierda está en posición de lanzar la cuerda a la vaca que ya está en el piso pues ha sido enlazada por el jinete de la derecha. El paisaje en donde se encuentran es árido, pues no se ven árboles ni arbustos, solo tierra y rocas. En el fondo, a la distancia, la naturaleza cambia y aparece un bosque a los pies de las altas montañas.

La agricultura y la ganadería eran la actividad económica principal de la región noroeste, según los viajeros, además de la minería, que ofrecía vetas explotables. La industria, en cambio, resultaba muy escasa. Sus opiniones coincidían en que, desde la independencia, ésta se había venido abajo, sin lograr recuperarse aún. La única mención concreta de una industria importante la hace Duflot, al referirse a la casa Don Manuel: una gran hilandería y tejeduría de algodón con grandes beneficios instalada en Hermosillo. La registra, pero la opaca al presentarla como una empresa que facilitaba el contrabando de telas inglesas, con las que los manufactureros de la zona no podían competir y, por tanto, nunca prosperar.²⁹⁵

Si bien Francia tenía inversiones en la industria mexicana, éstas se hallaban en el centro del país, no en el noroeste. De hecho, la débil industria en la región carecía de estímulos para crecer. Contrastaba, a decir de los viajeros, con la floreciente en Estados Unidos. La explicación que ofrecieron de esta situación remitía a la inestabilidad política, al mal gobierno mexicano, al proteccionismo y la corrupción

Itado: 14/10/2020], Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 209, 229, 230, 235, 321, 346 y 397–399, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 104, 106 y 118 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 2, 16, 19 y 32.

²⁹⁴ Chantal, Cramaussel, "Francia y el norte de México –1821–1867–", en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX–XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel -dir-, tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425–445. [Consultado:21/09/20].

²⁹⁵ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 175, 182 y 269, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 1 y 9, y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 19.

de los funcionarios públicos, el clero y los comerciantes que no propiciaban un libre mercado exento de impuestos onerosos y la participación de todos.²⁹⁶

En efecto, la industria regional no estaba tan desarrollada y consistía, sobre todo, en la producción artesanal en talleres. Pero hubo mucho más de la mencionada por los viajeros. Por ejemplo, para 1854, en Sinaloa existían 24 zapaterías, dos alfarerías, dos talabarterías, doce carpinterías y doce hornos ladrilleros.²⁹⁷

La idea de riqueza y pobreza para los viajeros tenía que ver con la forma de vestir y vivir de los habitantes de los poblados y ciudades, con su condición étnica y los linajes de algunas familias. Pero también, y, sobre todo, con sus actividades lucrativas. Si una población producía, era próspera, rica, participaba, desde su punto de vista de manera encomiable, del progreso y la civilización.

3.6 Explotación decadente; gran riqueza minera

Uno de los rasgos más importantes del paisaje de la región noroeste fue su riqueza minera y la explotación que derivó de ella. Desde el siglo XVI, los europeos creyeron que allí podrían hallar El Dorado, el supuesto paraíso de oro, en el norte de la Nueva España, sobre todo en Sonora. Esa creencia iba asociada a la de la existencia de yacimientos ricos en oro y de fácil explotación, a los cuales solo había que llegar para recoger el metal y volverse rico. Se establecieron entonces pueblos, algunos de los cuales llegaron a ser reales mineros, que fueron la tercera pieza fundamental de la colonización española en la región, junto con las misiones y presidios.²⁹⁸

La extracción de metales preciosos funcionó como una “economía de arrastre”, es decir, como motor de la colonización y otras actividades económicas, desde el

²⁹⁶ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 66, 67 y 175, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 1 y 9, Dufrénoy, “Étude comparative”, 1849, p. 357.

²⁹⁷ Gustavo Aguilar Aguilar, “El crecimiento de la economía sinaloense y el papel que desempeñaban los empresarios extranjeros, 1840–1910”, documento en línea citado.

²⁹⁸ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 18, Ortega y Medina, “El mundo nuevo”, 1988, pp. 7 y 8; Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 76 y Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)”, documento en línea citado.

siglo XVI hasta buena parte del siglo XIX.²⁹⁹ En efecto, la agricultura y el comercio marchaban de la mano de la minería. Los metales, como la plata o el oro, eran muy codiciados en el exterior, lo que impulsaba su explotación y exportación tanto legal como ilegal. Pero para que una mina funcionara de manera óptima demandaba de manera sostenida grandes cantidades de alimentos, textiles, cuero, carbón, sal, madera, animales de carga como mulas o toros, forrajes y sebo, entre otras cosas, lo cual estimuló otros sectores productivos. Así, los lugares donde se concretaban asentamientos mineros eran circundados por haciendas agrícolas y ganaderas, que los proveían de alimentos e insumos y se daban las relaciones comerciales.³⁰⁰

Por los caminos a las minas se transportaba todo tipo de mercancías para surtir las. Asimismo, los que las unían con los centros mineros eran transitados por mulas y carretas cargados de plata, que se dirigían a las casas de moneda o comerciales.³⁰¹ Ahora bien, la “economía de arrastre” del noroeste funcionó a nivel regional, pero no la conectó con el resto del país, a diferencia de lo que sucedió en otras zonas mineras, como el Bajío, sino que se mantuvo muy aislada hasta ya avanzado el siglo XIX.

La exploración y la explotación minera en la región empezó a manos de los mismos soldados y comandantes de los presidios que se iban instalando en apoyo de las misiones. Fue el caso, por ejemplo, de Pedro de Perea, comandante del presidio de Sinaloa, quien, acompañado de tropas y colonos de Sinaloa, Chihuahua y Nuevo México, exploró los valles de Sonora y San Miguel alrededor de 1630. Otro ejemplo más tardío, de 1748, es el de Manuel de Ocio, ex militar de

²⁹⁹ Existe la propuesta historiográfica de presentar a la minería como motor de arranque de la economía en toda la Nueva España, aunque actualmente está en debate. Véase Hausberg y Mazín, “Nueva España”, 2010, p. 11.

³⁰⁰ Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 46, Huerta “Comerciantes”, 2005, pp. 19, 20, 32 y 35, Hausberg y Mazín, “Nueva España”, 2010 pp. 11, 15 y 23 y Adriana Collado, “La fiebre del oro en California”, *About Español*, 1 de noviembre de 2020, <<https://www.aboutespanol.com/la-fiebre-del-oro-en-california-1772295>> [Consultado: 21/10/2020].

³⁰¹ Huerta “Comerciantes”, 2005, pp. 19, 20, 32.



la misión de San Ignacio en la Baja California, quien fundó el Real de Santa Ana, junto con otros soldados jubilados, vaqueros, yaquis y mayos.³⁰²

Desde mediados del siglo XVII el descubrimiento de yacimientos mineros se aceleró a causa de la mayor exploración, y la región noroeste de la Nueva España se convirtió en un lugar atractivo para que arribaran hombres mineros y comerciantes. Sin embargo, para cuando llegaron los viajeros franceses, se encontraron con la que, en toda la Nueva España, luego México, la minería había decaído desde finales del siglo XVIII y para mediados del siglo XIX se hallaba en un estado deplorable. Las minas más importantes como las de Zacatecas y Guanajuato, tenían inundados y profundos sus tiros y producían metales de ley media y baja, lo que ya no hacía rentable su explotación.³⁰³ Además de que había problemas con la distribución del azogue,³⁰⁴ elemento necesario para el beneficio de la plata, lo cual en varios momentos paralizó la producción de varias zonas mineras del país.³⁰⁵

La región noroeste no estuvo exenta de estos problemas. Por ejemplo, las minas de Baja California carecían de capital: la Corona española la financió como parte de un proyecto que fracasó y causó su abandono. Finalmente, fueron vendidas y, en el paso del siglo XVIII al XIX empezó a haber una lenta recuperación de la actividad, pero ésta volvió a caer durante la guerra de Independencia.³⁰⁶

Esta decadencia en la actividad minera en distintas regiones del país, no sólo en el noroeste, fue descrita por Duflot de Mofras, quien mencionaba que en 1805, uno

³⁰² Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, pp. 63 y 64, Romero Gil, *La minería*, 2001, p.40, Huerta "Comerciantes", 2005, p. 28, Rivas Hernández, "Los primeros intentos", 2000, p. 11

³⁰³ La "ley" es la cantidad de oro o plata fina en las ligas de barras, alhajas o monedas, que se fijan para estas últimas. Había tres tipos alta, media y baja. RAE, "Ley" en Real Academia española, 2020, <<https://dle.rae.es/ley>>. [Consultado: 27/04/20].

³⁰⁴ Era traído desde Almadén en España, a través del puerto de Veracruz, para todas las minas de Nueva España. Con la independencia de México, el suministro se cortó por varias décadas hasta restablecerse las relaciones con la metrópolis. En ese periodo, el azogue conseguido provenía de las pocas minas encontradas en el territorio o del contrabando.

³⁰⁵ Rivas Hernández, "Los primeros intentos", 2000, pp. 12 y 14, Romero Gil, *La minería*, 2001, p.40 y Canudas Sandoval, *Las venas de plata*, 2005, pp. 280–284.

³⁰⁶ Suárez Argüello, "Los bancos de rescate", 2005, p. 99, Hausberg y Mazín, "Nueva España", 2010, pp. 15–17, Taylor Hansen, "El oro que brilla", 2010, p. 43 y Rivas Hernández, "Los primeros intentos", 2000, pp. 13 y 14.

de los años más prósperos, la casa de moneda de México acuñó 27605888 piastras, mientras que en 1837 solo fueron 561730.³⁰⁷ Parte de ese descenso, reconoce, se debía a la existencia de nuevas casas de moneda en otros lugares. Así, la de Hermosillo, que fabricó alrededor de 60 mil piastras en 1838, al poco tiempo de su apertura quebró. Otra explicación era que, a pesar de la abundancia metálica que parecía hacer próspero a México, había una mala administración de todos los recursos, incluyendo las minas. Encontró en pésimas condiciones las minas de Sonora y Sinaloa y, para su beneficio, con solo talleres de prueba y no verdaderas instalaciones. Por su parte, Aimard cuenta de minas en Sonora demasiado inundadas como para trabajarlas.³⁰⁸

Pese al declive minero que presenciaron los viajeros de la primera mitad del siglo XIX, éste siguió siendo uno de los segmentos más activos de la economía del país y, sobre todo, el más atractivo para el comercio exterior. Las autoridades centrales y locales tenían sus expectativas puestas en él para el progreso del noroeste, pues se pensaba que era la forma más eficaz de impulsar el desarrollo material y poblar la región. Los extranjeros estaban también deseosos de enriquecerse rápidamente, como habían hecho los españoles en la época novohispana, por ello los itinerantes de esta etapa se interesaron en la minería, tanto por su propio interés como para informar a sus compatriotas sobre las posibilidades del territorio. El noroeste no fue la excepción y era de lo que tenían más conocimiento. Algunos le atribuyeron grandes cantidades de metales preciosos, otros fueron más modestos, pero, al final, todos concordaron en algo: había oro que podía extraerse fácilmente.³⁰⁹

A partir de las observaciones del diplomático y naturalista Duflot de Mofras, de la obra de su compatriota, el geólogo y mineralista Armand Dufrénoy, de lo

³⁰⁷ La piastra era una moneda fraccionaria, usualmente de plata, utilizada en el imperio español y los territorios italianos desde el siglo XVI. RAE, "Piastra" en Real Academia española, 2019, <<https://dle.rae.es/piastra?m=form>>. [Consultado: 01/07/20] y Club de France, Larousse Encyclopedique en couleurs, 1992, p. 7246.

³⁰⁸ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 40, 41, 61, 206, 207 y 209 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 15.

³⁰⁹ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 61, Chantal, Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento en línea citado y Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 75.

testimoniado por los aventureros Vigneaux y Aimard, pueden visualizarse tres grandes zonas: una, formada por Sonora, Sinaloa y Arizona; otra, por California (antigua Alta California), y una tercera, por la península de Baja California. Las tres, con riqueza minera en distinta cuantía y formada en diversos momentos de su historia, pero las tres dignas de mención.

Para Dufлот, secundado por Aimard, las riquezas en Sinaloa y, sobre todo, en Sonora eran exorbitantes: "Ningún país del mundo posee yacimientos auríferos tan ricos y tan extensos".³¹⁰ Entre ambas entidades, decía el primero, existían más de 200 minas de oro y plata, que eran la principal riqueza y "esos metales se encuentran por todas partes".³¹¹ Ahora bien, es verdad que la producción de Sonora en el siglo XVII representó aproximadamente un tercio de lo que se obtuvo en el noroeste, Durango y Coahuila y, en el siglo XVIII, se contrabandearon mucho del mineral por los puertos occidentales. Pero hablar de 200 minas resultaba ser una exageración. Para 1850, momento de repunte de la minería, se habían descubierto en Sonora apenas 34, más 21 placeres, de los cuales solo se trabajaban 16 minas y los placeres estaban abandonados.³¹²

Las zonas mineras se centraban en Hermosillo, Álamos y Sahuaripa, y el material sustraído se enviaba a la primera. En Sinaloa, se encontraban en el sur, en El Rosario, Cosalá, Concordia y San Ignacio y los minerales eran disputados por Culiacán, que trató de asegurarlos con la casa de moneda, y Mazatlán, el puerto desde el cual se exportaban. Para Dufлот, las mayores minas estaban más al norte de Arizpe, hacia La Mesilla, en las confluencias de los ríos Colorado, Gila,

³¹⁰Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 210 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p.23.

³¹¹Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 206.

³¹²Un placer es un lugar en donde se concentran minerales valiosos por el proceso de destrucción de las rocas y el reacomodo de minerales dentro de ella. Hay diferentes tipos, según la distribución de las rocas madres. El más frecuente en la explotación minera es el del tipo aluvial, con la particularidad de que los minerales son arrastrados por corrientes fluviales y depositados en el cauce de un río o en sus márgenes. Ahí se halla material de forma superficial, lo que permite una fácil extracción, pero no tiene una vida larga de explotación. Para saber más, leer a Pérez Vázquez, "Procesos de Formación", 2011, pp. 169-171.

Asunción, Verde, Salados y otros puntos en las ramificaciones de la Sierra Madre.³¹³

De la Alta California, Dufлот casi no da información, posiblemente por el desconocimiento de la zona en la década de 1840. Menciona la existencia de una mina de oro y plata cerca de San Diego, otra de plata por Monterey y en Cahuenga. De la que más habla es la de San Francisquito, que retrata de la misma manera que las de Sonora, con cuantioso oro al ras del suelo.³¹⁴

En 1846 comenzó la guerra entre Estados Unidos y México, la cual se extendió hasta 1848 e implicó la ocupación de Alta California y Nuevo México, la toma de la ciudad de México y la posterior negociación entre los gobiernos. Entre los términos fijados en el tratado de Guadalupe Hidalgo estuvo la entrega a la Unión Americana de esas provincias, así como del territorio entre los ríos Bravo y Nueces. Unos años después, en 1854, Antonio López de Santa Anna vendió a ésta el valle de la Mesilla, situado al norte de Sonora y sur de Arizona.³¹⁵

Para la década de 1850, se difundió la noticia de que, en un molino cerca de San Francisco, California, se había hallado un enorme bloque de oro. Así se inició la “fiebre de oro” en el, ya para entonces, suroeste de Estados Unidos. La circulación de noticias acerca de la riqueza de la región atrajo a trabajadores y científicos a comprobar la veracidad de la producción minera. Llegaron multitudes; casi 20 mil eran franceses, ya los más ricos que entraron por mar o los más pobres por tierra.³¹⁶

³¹³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 61, 206, 207, 209 y 210, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 66, y Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 3943, 56 y 57, Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)” documento en línea citado, Hausberg y Mazín, “Nueva España”, 2010, p. 16 y Huerta “Comerciantes”, 2005, p. 28 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 193–194.

³¹⁴Dufлот de Mofras, *Exploration du territoire de l’Orégon*, 1844, pp. 335, 406 y 357.

³¹⁵Mendoza, Ribera y Sunyer, *Integración del territorio*, 2007, pp. 493 y 583.

³¹⁶Fue una época conocida por el descubrimiento de minas de oro en las zonas de arriba de Sacramento, que tuvieron su máximo apogeo de 1848 a 1862 (tras la guerra México–Estados Unidos y tres lustros más). Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 23 y Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821–1867)” documento en línea citado y Adriana Collado, “La Fiebre del Oro en California”, documento en línea citado.

Entre los científicos estuvo Dufrénoy, quien ordenó que le llevaran material para analizar la productividad de las minas cerca de Sacramento. Después de compararlas con las de los montes Urales, dijo que los resultados eran muy parecidos, siendo ligeramente superiores las estadounidenses.³¹⁷ Y concluyó: "Las evaluaciones anteriores son erróneas, yo pienso que el yacimiento de California se presenta más o menos en las mismas condiciones que otros yacimientos".³¹⁸

Con el agotamiento de estas minas, las presuntas riquezas minerales de la región noroeste volvieron a ser muy llamativas. Esto llevó a varios intentos de explotación e invasiones filibusteras. Una de las más conocidas fue la empresa minera de colonos franceses, después convertida en invasión del conde Gaston de Raousset-Boulbon, con el fin de obtener los derechos de sustracción en el norte de Arizpe, en La Mesilla, y en la cual participó Ernest Vigneaux. La controversia entre la recién creada empresa del conde, la "Restauradora", y la de Forbes y Ocegüera, del británico Eustace Barron, quien terminó quedándose con el contrato, dio la excusa al primero para comenzar una lucha armada en 1852. Afectaría a varias poblaciones sonorenses antes de negociar la paz ese mismo año. Hubo un segundo intento en 1854, el cual terminó mal para él. En medio de las dos incursiones, la zona ambicionada fue vendida por Santa Anna a Estados Unidos.³¹⁹

Aunque Dufrénoy afirma que la producción minera de California no representaba una revolución, sí considera que, de cualquier modo, era "para Estados Unidos, una fuente de riqueza y de civilización."³²⁰ La idea del oro como motor para la economía que "civilizaría" esa tierra al llevar colonos trabajadores estaba presente en él. Es una visión similar a la que al poco expresó Vigneaux, quien lo ejemplificó en su descripción del crecimiento de San Francisco, que pasó de pueblo pobre a

³¹⁷ Hizo la comparación mediante una correlación entre oro sacado y número de trabajadores. Los datos que dio fueron que Rusia obtuvo 77 millones de francos de oro, con alrededor de 50 mil trabajadores, en 1847, mientras que en Estados Unidos logró de 20 a 23 millones de francos, con alrededor de 15 a 16 mil trabajadores. Dufrénoy, "Étude comparative", 1849, p. 357.

³¹⁸ Dufrénoy, "Étude comparative", 1849, pp. 341–344, 354, 355 y 357.

³¹⁹ Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 192–194 y 199, Suárez Argüello, *Un duque*, 1990, pp. 32–36 y 40 y Taylor Hansen, "El oro que brilla", 2010, pp. 49–51.

³²⁰ Dufrénoy, "Étude comparative", 1849, p. 357.

gran puerto por “el maravilloso poder del oro”.³²¹ Pero también en su razonamiento al ayudar al conde Raousset en su expedición a Sonora, pues creyó con firmeza que reformarían a la sociedad para sacarla de la pobreza a través de la inmigración, que el “aventurero será el misionero del progreso [...] el viajero, el trabajo de propagar la civilización”,³²² y de prender la llama de la insurrección democrática para lograr la plena independencia de México, sobre todo en el noroeste.³²³

En cuanto a Baja California, la actividad minera se concentraba en Mulegé, La Paz, Santa Clara, San Antonio, El Triunfo, San Rafael, Rosario y la frontera con California, donde se reportaban minas y placeres poco explotados o abandonados. Dufлот menciona que la producción platera peninsular se reunía en Mulegé y el Real de San Antonio y su productividad era muy baja. Si bien deja ver la posibilidad de que hubiese grandes yacimientos pues los estudios comparativos determinaban que la geología era igual que en Sonora y Sinaloa: “Los yacimientos de plata deben sin duda ser los mismos”.³²⁴ Esta idea, compartida por muchos mineros, sobre todo con la caída del auge de la “fiebre del oro” en California, junto con la facilidad del paso y la poca protección de la zona por las luchas internas y la falta de personal, harían a Baja California vulnerable a las invasiones de filibusteros en las siguientes décadas. Los principales fueron los estadounidenses, siendo el más famoso William Walker en 1853. También hubo empresas legítimas, con moderadas ganancias, aunque la verdadera explotación de sus minas de oro no fue sino a partir de 1870.³²⁵

³²¹Vigneaux, *Souvenirs d'un prisonier*, 1863, p. 28.

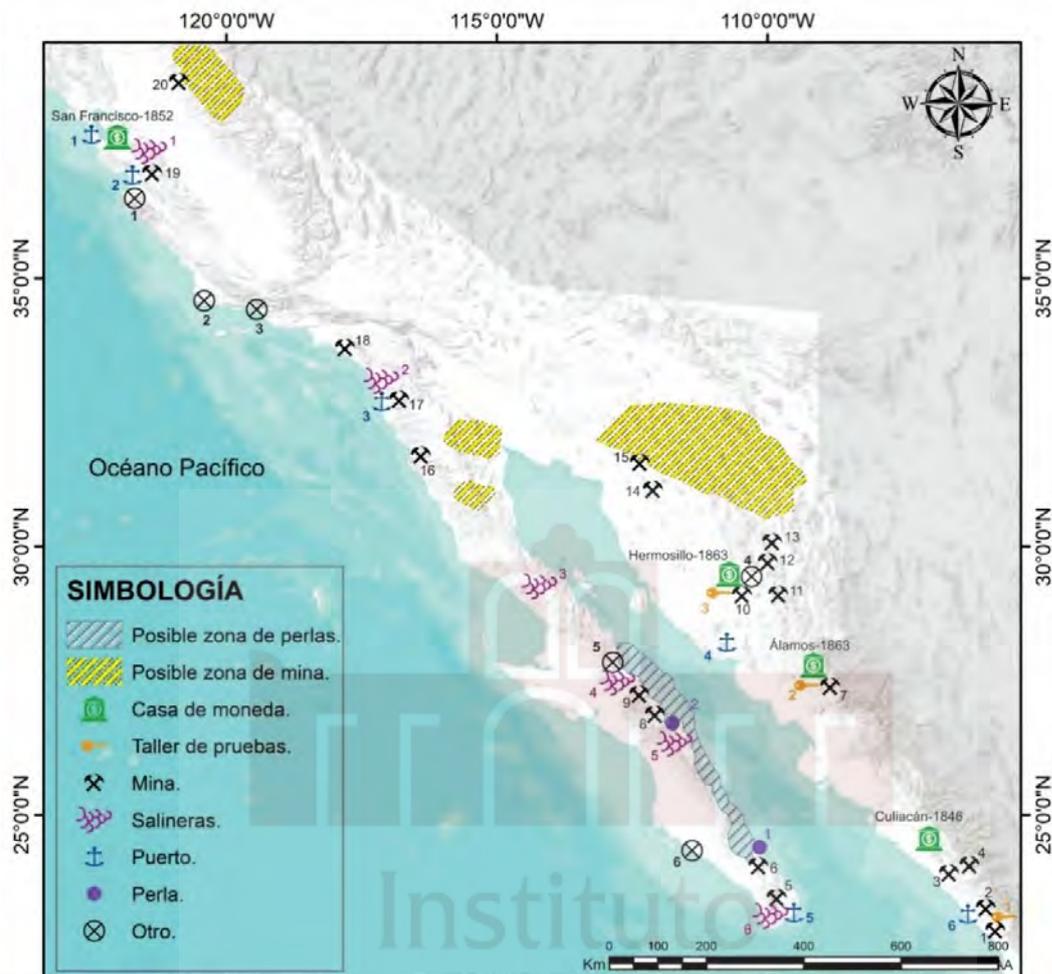
³²²Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 203.

³²³Dufrénoy, “Étude comparative”, 1849, pp. 357, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp.20, 199, 203–205 y Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 51.

³²⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 226 y 227.

³²⁵Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 40 y 41, Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, pp. 52–54, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p.123, Lawrence Douglas Taylor Hanse, “La “fiebre del oro” en Baja California durante la década de 1850: su impacto sobre el desarrollo del territorio”, *Región y sociedad*, vol. 19, no. 38, enero/abril 2007 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-39252007000100005&script=sci_arttext>. [Consultado: 02/08/2020], “Las Minas de Oro en Baja California, *California Genealogy*, 2020, <https://californiagenealogy.org/spanish/las_minas.htm>[Consultado: 25/09/2020], Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 18 y 19 y Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 226, 227 y 238.





⊗ Minas de oro y de plata.

- 1.- El Rosario, Sinaloa.
- 2.- San Sebastián (Concordia).
- 3.- San Ignacio, Sinaloa.
- 4.- Cosalá.
- 5.- Santa Ana, San Antonio y El Triunfo.
- 6.- La Paz.
- 7.- Álamos.
- 8.- Molage (Mulegé).
- 9.- Santa Rosalía.
- 10.- Hermosillo.
- 11.- Sahuaripa.
- 12.- San Juan Bautista.
- 13.- San Miguel Arcángel.
- 14.- Quitovac.
- 15.- Sonoita (Sonoyta).
- 16.- El Rosario, Baja California.
- 17.- San Diego.
- 18.- Cahuenga y San Francisquito.
- 19.- Monterrey.

🏭 Taller de prueba.

- 1.- El Rosario, Sinaloa.
- 2.- Álamos.
- 3.- Hermosillo.

🟡 Perlas.

- 1.- La Paz.
- 2.- Isla del Carmen.

🌊 Salinas.

- 1.- Monterrey.
- 2.- San Diego.
- 3.- San Ignacio, Baja California.
- 4.-
- 5.- Isla del Carmen.
- 6.- Todos Santos.

⚓ Puertos de salida.

- 1.- San Francisco.
- 2.- Monterrey.
- 3.- San Diego.
- 4.- Guaymas.
- 5.- San José del Cabo.
- 6.- Mazatlán.

⊗ Otro.

- 1.- Monterrey.
- 2.- Santa Bárbara.
- 3.- Los Ángeles.
- 4.- Hermosillo.
- 5.- Santa Rosalía.
- 6.- Isla Santa Margarita.

Mapa 6 Ubicación de las zonas mineras en el noroeste mexicano

Fuente: creación propia a base de *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de M. Duflot de Mofras, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre*

Según lo expresado por Duflot, repetido literalmente por Aimard, las pepitas de oro se encontraban fácilmente en Sonora y Arizona después de la temporada de lluvia, casi al nivel del suelo, o en los barrancos, en la superficie. Podían pesar varios kilogramos y valer hasta 10 mil piastras (equivalentes a 50 mil francos). Citaba los yacimientos de Quitovac y Sonoitac, descubiertos en 1836, que por tres años habían producido 200 onzas de oro al día. La idea de la facilidad para encontrar el metal aurífero se ve también, aunque matizada, en Dufrénoy, quien lo halló con facilidad en las arenas del río Sacramento, en California, aunque más bien fueron lentejuelas, eso sí, de mayor tamaño que en otros lugares, como las que comparó de los Urales. En cuanto a la pureza de los minerales, Duflot comenta que todas las minas de plata daban oro, sin importar que hubieran sido beneficiadas en talleres de prueba. Esta observación era probada por los estudios de Dufrénoy, según los cuales el oro de California tenía un 8.8% de plata,³²⁶ siendo ésta, de hecho, el único contaminante.³²⁷

El noroeste tenía otras riquezas minerales que eran o podían ser explotadas y fueron señaladas por los viajeros como posibles empresas. Los locales los veían como menores, frente a las preferidas de plata y oro, como las minas de cobre cerca de Hermosillo.³²⁸ Otra razón para describirlas fue la falta de verdaderas minas plateras o auríferas pues habían de dar otros incentivos para comerciar. Resulta revelador que solamente Duflot hable al respecto. Se narraba sobre algunos minerales, incluso como parte de la vida anecdótica de la región.

Él mismo describió la península de Baja California como un territorio con minerales de los cuales se podían "tirar ganancias, y que permanecen inexplorados".³²⁹ Aparte de la plata de San Antonio, había oro y cristal de roca en la misión de Santa

³²⁶ Agrega que las lentejuelas de oro estaban compuestas de 90.7% de oro, 8.8% de plata y 0.38 de fierro. Dufrénoy, "Étude comparative", 1849, p. 341.

³²⁷ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 61, 62 y 210, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p.23 y Dufrénoy, "Étude comparative", 1849, p. 341.

³²⁸ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 209 y 210 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p.23.

³²⁹ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 238.

Rosalía, así como azufre, ocre, gema de sal y nitrato de potasio abundantes en distintas zonas. Refiere, además, los yacimientos de sal en la isla de Carmen, la misión de San Ignacio, en el cabo de Todos los Santos, y la mina de San Quintín, cerca de Ensenada, donde se laboraba desde la época colonial.³³⁰

Otro de los grandes recursos de la zona eran las perlas, también se explotaban desde tiempos virreinales, aunque de bajo valor. Los llamados placeres de perlas se encontraban en el río Mulegé cerca de la misión de Santa Rosalía, en las costas de La Paz, desde la punta Santa Teresa y la punta de Arenas, así como cerca de Loreto en la parte sudoeste de la isla del Carmen, en Puerto Escondido, los Coronados, los Danzantes, San Brunoy la isla San Marcos. Las conchasse localizaban, más que en placeres, ocultas en las grietas de las rocas, lo que hacía difícil su extracción. Si bien la pesca era preferida por los indios sobre la minería, Dufлот dejó entender que ya no estaban tampoco tan decididos a practicarla por el peligro que representaban los tiburones y las mantarrayas. Además, no había tantas como antes, de ahí que la industria perlera hubiera empezado a decaer.³³¹

Dufлотalude, además, a posibles yacimientos de cobre, ópalo y galena (sulfuro de plomo) en Alta California. Confirma una mina de este último mineral cerca de Monterey, una salina en la misma área y azufre en el rancho de Las Pozas, cerca de Los Ángeles. Es cerca de esta ciudad donde existía el recurso que más describe en California, si bien lo hace más por su parte anecdótica: el asfalto.³³² Señala cuatro yacimientos que, al levantarse el sol, estaban cubiertos por enormes campanas de asfalto de un metro de altura, "que parecen burbujas de jabón".³³³ A medida que el aire se calentaba y el gas del interior se dilataba había grandes detonaciones. Los vecinos recogían el mineral solidificado y lo utilizaban

³³⁰Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 236 y Taylor Hansen, "La "fiebre del oro"", documento en línea citado.

³³¹Dufлот de Mofras, *Exploration* 1844, pp. 219, 224 y 225, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p.128, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 78 y Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 78.

³³² Sustancia de color negro que procede del petróleo crudo, hallado usualmente en grandes depósitos naturales. Se utiliza para pavimentar carreteras y como revestimiento impermeable de muros y tejados. "Asfalto" en Real Academia española, 2019, <<https://dle.rae.es/asfalto?m=form>>. [Consultado: 01/07/20].

³³³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 357.

para techar sus casas. Había otro yacimiento de ese material en el rancho de la Brea, cerca de Santa Bárbara.³³⁴

La minería siempre formó parte del paisaje del noroeste. Algunos viajeros franceses fueron idealistas acerca de las riquezas que podían encontrarse en la región, otros más cautelosos sobre la cantidad de oro que se hallaría, pero todos concordaron en que había suficiente para que valiera la pena la inversión de empresas francesas. Para algunos, incluso, la conquista del territorio, en sentido literal, era una opción para una mejor explotación de los recursos, no solo del oro y la plata, sino de otros minerales relegados por la “poca” visión empresarial de los locales. Sostenían que el extranjero lograría no solo una mejor explotación, también una mejoría en la forma de vida de los mexicanos allí establecidos al acercarlos más a la “civilización”. Ahora bien, ¿era realmente tan fácil extraer oro como lo pintaban? ¿Fueron conscientes de los problemas que acarrearía tal labor o prefirieron centrarse en las bondades del suelo y olvidarse del resto?

3.7 Problemas mineros al arrancar el s. XIX y la red comercial

La riqueza minera de la región noroeste de México y suroeste de Estados Unidos era indudable pero, a las dificultades técnicas y la inestabilidad política a la que el territorio se enfrentó al inicio del siglo XIX, se sumaron muchos otros problemas. Los principales, sin duda, fueron las enormes distancias a vencer y la inseguridad de los caminos, así como la falta de insumos y capital suficiente para invertir, la escasez de mano de obra y la deficiencia en las técnicas de explotación.³³⁵

La mayoría de las minas estaban alejadas de los centros urbanos, como Culiacán o Hermosillo, donde, por ley, tanto la española, como luego la mexicana, tenían que ser acuñadas las barras de plata y oro si se las quería exportar. Para llegar a cualquiera de esos lugares, había que transitar por una infraestructura de comunicación terrestre, hasta finales del siglo XIX, de muy mala calidad. Apenas existían caminos y las travesías eran a lomo de bestias. A lo penoso del viaje en

³³⁴Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 357, 358, 374 y 406.

³³⁵Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 49, 53, 54, 207 y 357, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, pp. 66 y 83, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 39–41 y Rivas Hernández, “Los primeros intentos”, 2000, pp. 12–14.



esas condiciones, se sumaba la inseguridad de las rutas y las minas, por la acción de bandidos y rebeldes atraídos por sus riquezas, o de indios indómitos, como los apaches. En esas condiciones, hacer el trayecto requería de recursos económicos importantes que, a veces, volvían incosteable la inversión. El capitalista minero que no quisiera perder o tener ganancias menores optaba por contrabandear sus productos fuera del país, a lugares como Estados Unidos.³³⁶

De la mano de los problemas generados por las distancias y la inseguridad para trasladarse estaban las dificultades de desabasto, tanto de agua como de alimentos. Al parecer, estos inconvenientes fueron en particular frecuentes en Sonora y Baja California, aunque seguramente también en lo que hoy son Arizona y California. Esto se entiende si se revisa la geografía: la mayor parte de Sonora y la península de California tienen un clima desértico, con pocos ríos o ninguno en el caso de la península. Aunque este desabasto no fue mencionado por los viajeros como un problema para la minería, sí describieron las penurias sufridas durante sus recorridos por la zona, cuando no hallaban ni comida o agua o solo esta de calidad dudosa.³³⁷ Si bien no hablaban entonces de la minería en especial, sino de lo que significaba adentrarse en esos territorios por la razón que fuera, es posible inferir que los asentamientos de colonos sufrieron de manera semejante en algunas épocas.³³⁸

Por otro lado, los procesos de extracción y beneficio mineral en el noroeste eran rudimentarios, en comparación con los empleados en el centro del país y, aún

³³⁶ Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 80, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 83, Taylor Hansen, “La fiebre del oro”, documento en línea citado, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 123 y 134, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 15 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 49, 53, 54.

³³⁷ Vigneaux, quien es el que más describe estas penurias, relata que varias veces él y sus compañeros debieron detenerse a buscar agua que no siempre había. En Santa Margarita, en la parte norte de Baja California, tuvieron que caminar varias millas hasta conseguir un agua de color opaco y “un olor de huevos podridos muy acentuado”, pero era agua dulce, de modo que “con mucha pena”, se la tomaron. Por eso padecieron una infección gástrica. Así mismo, contó que, cuando llegaron a reabastecerse a San José, Baja California Sur, alegó que no había nada mejor que “morder una bella cebolla rosada”. Agrega que era necesario haber hecho “ciertas travesías para explicar el rol que juega este tubérculo en la historia de los hebreos, antes y después de su salida de Egipto”. Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 59, 92, 93, 97, 104 y 106.

³³⁸ Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 39 y 42, Rivas Hernández, “Los primeros intentos”, 2000, p. 12, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, pp. 13–17, Río, *Breve historia*, 2000, pp. 15–19, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 222, 231 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 59, 61, 71, 93, 97, 103, 104, 106 y 118.



más, en otras partes del mundo. La explotación se hacía con pocos recursos técnicos, de manera que las excavaciones tenían que ser poco profundas y de tajo abierto, los filones cortos y verticales, a lo largo de farallones hechos por personas que trabajaban en equipo para cubrir más terreno. No faltaban los gambusinos que removían la tierra con un palo puntiagudo buscando los granos visibles. Sólo en las grandes minas, como San Juan Bautista, Álamos y San Miguel Arcángel, las tres en Sonora, se cavó más hondo y se reforzó con vigas de madera. En ellas se contó con una inversión que hizo posible trabajar así.³³⁹

Las limitaciones técnicas influían en la profundidad de los pozos, pero también en el control de los escurrimientos de agua, fenómeno común en las minas coloniales y de las primeras décadas del siglo XIX. En esos casos, se optaba por el uso intensivo de mano de obra, fundamentalmente indígena, para vaciarla, más que por la instalación de elevadores de agua y andamios para el drenaje. En las zonas de gran aridez, donde no había agua para lavar el oro, por ejemplo, la península de Baja California, se recurría a la rudimentaria técnica del lavado del oro en seco. Ésta consistía en aventar la tierra al aire para que se llevara los materiales más livianos y el oro se quedase en el fondo del recipiente, aunque se perdía el metal en forma de polvo. Por esta misma razón, Aimard sugirió desviar los pocos ríos o riachuelos para hacer un gran lavado de tierra.³⁴⁰

Una vez extraído el metal, había que beneficiarlo.³⁴¹ El beneficio de la plata, en particular, estaba concentrado en las pocas haciendas de distritos como Álamos. La amalgamación con azogue, común en el resto del país, no se aplicó mucho en la región noroeste, debido a que este material, traído desde España y de por sí escaso, se volvió casi imposible de conseguir con la independencia. Además, se ocupaba agua, pero no había la necesaria para llenar tinacos, ni tampoco grandes

³³⁹ Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 39 y 42, Canudas Sandoval, *Las venas de plata*, 2005, p. 289, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 23 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 47.

³⁴⁰ Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 66, Taylor Hansen, "El oro que brilla", 2010, p. 45, Canudas Sandoval, *Las venas de plata*, 2005, p. 289, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 207, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 15 y 23, Taylor Hansen, "La "fiebre del oro"", documento en línea citado y Rivas Hernández, "Los primeros intentos", 2000, p. 14.

³⁴¹ Beneficiar significa dar a los materiales extraídos de una mina un tratamiento metalúrgico para conseguir los minerales en su forma pura. Un sinónimo es la reducir el mineral. RAE, "Beneficiar" en Real Academia española, 2020, <<https://dle.rae.es/beneficiar>>. [Consultado: 09/09/20].



ríos. Esto hizo que fuera común no explotar una mina recién descubierta y la técnica de arrastre volviera la más importante. Consistía en usartahonas³⁴² dentro de una excavación superficial pavimentada con trozos de piedra lisa, en los que se pulverizaban y amalgamaban los pedazos de minerales previamente cortados. Luego, se ponían en cazos para su fundición en hornos de adobe o piedra con reactivos de plomo.³⁴³

A mediados de 1840, se descubrieron y empezaron a explotar los yacimientos de azogue de Nuevo Almadén, en Alta California, lo cual abarató el precio del material, sobre todo en el noroeste, por su cercanía. Por los mismos años o un poco después, con la “fiebre del oro”, los mineros mexicanos que migraron a California compartieron su experiencia y sus técnicas, aunque fueran rudimentarias, con los extranjeros que, como ellos, buscaban fortuna. Como en esa región había más acceso al agua, el mineral pudo obtenerse a través del lavado de tierra. Sin embargo, con el tiempo, estadounidenses, con más dinero, reemplazaron el arrastre en tahonas por el *stampmill* (molino de pistones) o minería hidráulica (sistema de cañones que echaban chorros de agua) para efectuar la trituración.³⁴⁴

Desde siglos atrás, la población en el noroeste del país era escasa y desigual porque se llegaba de manera individual y se movía constantemente. En la época novohispana, se intentó remediar el problema con esclavos negros y mulatos, así como con trabajadores libres, españoles, mestizos e indios. Pero a mediados del siglo XIX, el problema prevalecía y la región conservaba la misma forma de asentarse. Duflot de Mofras, luego copiado por Aimard, señaló que los habitantes eran, sobre todo, obreros y vendedores nómadas, que se agrupaban

³⁴² Molino, sobre todo de harina, cuya rueda se movía con caballos o algún animal de carga. RAE, “Tahona” en Real Academia española, 2020, <<https://dle.rae.es/tahona>>. [Consultado: 27/04/20].

³⁴³ Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 66, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 357 y 406, Rivas Hernández, “Los primeros intentos”, 2000, p. 14, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 39, 40 y 42, Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 46 y Hausberg y Mazín, “Nueva España”, 2010, p. 15–17.

³⁴⁴ Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 45, Dufrénoy, “Étude comparative”, 1849, p. 357, Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, pp. 45 y 46 y Adriana Collado, “La Fiebre del Oro en California”, documento en línea citado.

alrededor del mineral o real de minas, partían cuando sus hijos se casaban o permanecían allí si los beneficios prometían durar un tiempo largo.³⁴⁵

Esta baja densidad se tradujo en escasez de mano de obra, uno de los principales problemas para el desarrollo minero. Atraídos por los metales preciosos, llegaron aventureros, gente nada estable o disciplinada, para incorporarse a empresas grandes. De manera que el número de vecinos aumentó gracias a las excavaciones y los ranchos ganaderos, pero los reales mineros resultaban ser, la mayoría de las veces, asentamientos efímeros que atraían a una población flotante.

Para mediados del siglo XIX, Baja California, Sonora y Sinaloa representaban una cuarta parte del territorio nacional, pero solo el 3% del total de habitantes. En Baja California y, sobre todo, en Sonora, la situación era aún más crítica. Sin embargo, con el tiempo, Sinaloa y Baja California tuvieron un crecimiento relacionado con las empresas mineras que llegaron a finales de los cincuenta del siglo XIX, las cuales llevaron a sus operadores.³⁴⁶

Por tales razones, la mayor parte del siglo XIX la explotación de las minas del noroeste mexicano dependió de la mano de obra indígena: cahíta, naboría, yaqui, mayo y de otros grupos de indios catequizados. Éstos sufrían por el trabajo y, cuando se rebelaban por las duras condiciones de vida, las minas se quedaban sin operarios. Por otra parte, los grupos que no querían laborar o ceder sus tierras

³⁴⁵Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 211, Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 23, Almada Bay, "Breve historia", 2000, pp. 106 y Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, pp. 64 y 143.

³⁴⁶Duflot dice que, para 1841, en Baja California había 4 000 habitantes, siendo un tercio de colonos; en 1850, Rafael Espinosa, jefe político del mismo territorio, calculó unos 7 900 no indígenas en el partido sur y 500 en el partido norte. En 1855, el teniente José María Oñate dio para el partido norte los números de 370 mestizos y blancos y 2 500 indígenas. Para California, Duflot señala que, en 1844, el total era de aproximadamente 5 000 no indios, entre los que incluyó descendientes de españoles, españoles, mexicanos y otros extranjeros. El licenciado José Agustín de Escudero, burócrata, da la cifra de 200 000 en 1832 para Sonora. Por último, José María Lafragua, ministro de Relaciones Exteriores y Exteriores, dijo que para 1839, en Sinaloa sumaba 147 000. Taylor Hansen, "La "fiebre del oro"", documento en línea citado, Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 79, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 228 y 319 e Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática *Estadísticas históricas de México*, t. I, 2000, p. 13.



para la minería eran perseguidos.³⁴⁷ En opinión de los viajeros, los indígenas no explotaban las minas, sino los colonos, pues aquellos, ignorantes del valor del oro, eran meros curiosos que encontraban los minerales valiosos en sus caminatas.³⁴⁸ Las dificultades que enfrentaban en esa actividad los invitaban a participar en otras actividades lucrativas, como la pesca de perlas, que parecían sentir menos restrictiva.³⁴⁹

Frente al problema de la escasez de mano de obra, se desarrolló un sistema de trabajo cuasi servil con peones endeudados, sobre todo indios. Se les adelantaba el sueldo de varios meses (en Sonora cinco o seis), en monedas o en especie (como telas y semillas). Asimismo, se impulsó el “partido”, es decir, el minero se quedaba con una parte de lo recolectado cada día para venderlo por su cuenta. Le resultaba atractivo pues era otra fuente de ingreso, mayor que el salario, y lo vinculaba con los mercados locales, donde cambiaban pepitas de oro por otras mercancías.³⁵⁰

En la época de “la fiebre del oro”, en California, el tema de la mano de obra fue completamente diferente, pues hubo una gran migración de aventureros llegados de todas partes del mundo. Predominaron primero los gambusinos de origen mexicano por la cercanía y los lazos de inmigración y comercio dentro de la región y con el país. La mayoría procedía de Sonora, aunque también los había de Baja California, Sinaloa, Chihuahua y Durango.³⁵¹ Este movimiento masivo a California, y luego a Arizona, agudizó el problema de la escasa población en Sonora y Baja California.³⁵² No obstante hubo casos de migrantes que se quedaron en el camino, sobre todo en la península, en la sierra norte o el desierto central, explotando

³⁴⁷ Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, pp. 64 y 67, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 42, 76 y 79, Huerta “Comerciantes”, 2005, p. 30, Suárez Argüello, “Los Bancos de rescate”, 2005, p. 102 y Adriana Collado, “La Fiebre del Oro en California”, documento en línea citado.

³⁴⁸ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 211, 357, 361 y 364.

³⁴⁹ Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 40 y Rivas Hernández, “Los primeros intentos”, 2000, pp. 12 y 13.

³⁵⁰ Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 78 y Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, pp. 65, 67 y 68.

³⁵¹ Vigneaux cuenta que una madre le preguntaba por su hijo Reyes, quien se había ido a California cuatro años antes para hacer fortuna. También, que trabajó en San Francisco con muchos mexicanos. Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 122–123.

³⁵² Rafael Espinosa estima que 1 200 bajacalifornianos cruzaron la frontera buscando oro. Taylor Hansen, “La “fiebre del oro””, documento en línea citado.

minerales. Con el tiempo, la llegada de aventureros se convirtió en una industria de grandes compañías que contrataban la mano de obra.³⁵³

En California y Arizona, los migrantes trabajaban como peones libres, siendo los mexicanos preferidos por su experiencia. Algunos, si tenían suerte, podían hacerse con el tiempo de una mina, aunque Vigneaux menciona que resultaba difícil que desarrollaran una empresa propia por falta de disciplina conjunta. Con el tiempo, sin embargo, los estadounidenses concluirían que solo los ciudadanos de su país podían ser propietarios. Esto se vio en una ley de minas de 1850, la cual forzaba a los extranjeros con una mina a contar con una licencia que costaba 20 dólares al mes. Esto los obligó a convertirse en asalariados o a hacerse socios de los residentes como presta-nombres. También, poco a poco fueron limitados a trabajos manuales, mientras los estadounidenses se especializaban en el uso de maquinaria.³⁵⁴

El último de los grandes problemas que enfrentó la actividad minera en el noroeste del país fue el capital. Las inversiones eran hechas siempre por la misma oligarquía de comerciantes y hacendados dentro y fuera de la región, la cual movía sus inversiones de bonanza en bonanza, sin operaciones a largo plazo. La minería se consideraba de alto riesgo, lo que hacía que las minas cambiaran de manos con facilidad dentro de la aristocracia local. Cabe mencionar que el crédito para su funcionamiento podía darse en monedas o especie (herramientas, bienes de lujo, artesanías y, sobre todo, telas del centro del país). Fue la situación a la que se enfrentó la familia de los protagonistas de *La Main-ferme* de Aimard, a quienes les faltaba capital para desahogar sus minas y estaban endeudados con varias personas de la elite, como un senador de Sonora. Según el novelista, esto era casi considerado como una “ley común”.³⁵⁵ Deja ver, además, otra parte del problema: el retorno de los beneficios, estimado en alrededor de ocho a nueve

³⁵³Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 41, Taylor Hansen, “La “fiebre del oro””, documento en línea citado, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 122–123 y Romero Gil, *La minería*, 2001, p. 78 y Adriana Collado, “La Fiebre del Oro en California”, documento en línea citado.

³⁵⁴ Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, pp. 41, 43–46, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 21 y Wyllys “The French of California”, 1932, pp. 340 y 341.

³⁵⁵Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 18.

meses, lo que hacía que muchas veces no fuera redituable prestarles a los mineros por la larga espera para que pagaran.³⁵⁶

A fines de la época novohispana, los gobiernos locales crearon, para gravar la minería y controlar el contrabando, casas de moneda. Otro objetivo, aunque nunca se logró, fue proporcionar recursos monetarios para superar los retrasos tecnológicos y de azogue. Se habían instalado antes en otras zonas mineras como Zacatecas. No obstante, solo pudieron erigirse en el noroeste hasta mediados del siglo XIX: la primera sería en Culiacán, en 1846, con lo que ya no fuera necesario enviar la plata hasta Durango o Chihuahua, a través de la sierra. Se puso allí para contrarrestar el poder del puerto de Mazatlán y acaparar minerales de Chihuahua, Durango y el sur de Sonora. Pero en lugar de apoyar a los mineros los perjudicó por los altos impuestos y gastos por flete, seguro y vigilancia, lo que dejaba poco dinero para la inversión.³⁵⁷

En Sonora se establecieron en 1863 las casas de moneda en Álamos y Hermosillo; se pretendió dar un justo valor a la moneda, terminar con la escasez de circulación y revaluar la de cobre, por lo general inflada y de uso más común. Interesaba también recaudar los impuestos, que solían perderse por los conflictos internos y en la lucha por el control político y comercial. Por su parte, California no tuvo casa de moneda con el gobierno estadounidense, sino hasta 1854, para recibir el material producido por la “fiebre del oro”.³⁵⁸

Como en la época novohispana, en el siglo XIX la minería y el comercio estaban entrelazados. Era así porque la plata y el oro constituían productos de exportación. Los puertos importantes del Pacífico mexicano, por los cuales podían salir los metales preciosos al extranjero fueron San Blas, Mazatlán y Guaymas, abiertos al intercambio internacional por los años 1830. Por allí no solo se comercializaban la

³⁵⁶ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 15 y 18, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 65 y 66, Huerta “Comerciantes”, 2005, p. 31, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 83, 41, Rivas Hernández, “Los primeros intentos”, 2000, p. 13 y Suárez Argüello, “Los bancos de rescate”, 2005, pp. 102 y 129.

³⁵⁷ Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 43, 56–59 y 80 y Suárez Argüello, “Los bancos de rescate”, 2005, p. 99.

³⁵⁸ Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 43, 56–59 y 80, Chantal, Cramausse, “Francia y el norte de México (1821–1867)” y “History of the U.S. Mint”, 31 de octubre de 2019, <<https://www.usmint.gov/learn/history/overview>> [Consultado: 25/09/2020].



plata y el oro, sino que también, desde tiempos virreinales, se contrabandeaba, generando ganancias considerables para mineros y mercaderes. Además, a través de ellas, se hallaban inversionistas y propietarios. Duflot advirtió un alto nivel de consumo de bienes europeos y lo atribuyó a las ganancias de origen metálico. Aunque esto puede tener más que ver con que los mineros, a pesar de sus dificultades, eran un grupo privilegiado de la población.³⁵⁹

La “fiebre del oro” significó una esperanza en parte de la región, sobre todo para California y Arizona, a donde llegaron aventureros, trabajadores y también accionistas. El lado mexicano se benefició, al reconfigurarse una red de comercio para mandar insumos al otro lado del nuevo límite binacional, como el norte de la Baja California dedicado a la ganadería. El puerto de Mazatlán acaparó la mayor parte de las transacciones por su ubicación justo entre el Pacífico y el golfo de California. Los puertos estadounidenses favorecidos fueron San Diego, por ser el más cercano a la frontera, del que salían muchas expediciones para la península, así como abastos. El otro fue San Francisco, por la cercanía a las minas, lo que le permitía distribuir las mercancías y que no solo acaparó todo el comercio de la región, sino el intercambio con Asia.³⁶⁰

Al comenzar a bajar la producción de las minas de California, algunos aventureros pensaron que las vetas seguían hacia el sur de México, en el alargamiento de la sierra. También circularon los rumores de que los misioneros, sobre todo en Sonora, habían escondido la información respecto a la ubicación de las minas, para evitar el arribo de colonos. Así como de que, antes de ser expulsados, los jesuitas ocultaron un tesoro en joyas, lingotes y ornamentos de templo en una misión perdida de Baja California. Esto llevó a varios grupos a movilizarse a la región por las minas y tesoros escondidos: inversionistas, empresas y expediciones filibusteras. Solían llegar como parte de un trato con el gobierno del

³⁵⁹ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 54, 59, 174, 175, 181, 211, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 118, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 43 y 57, Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 276 y Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 54.

³⁶⁰ Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 42, 46 y 47, Riva 14, Herrera Canales, “El comercio”, 1988, p. 133, Taylor Hansen, “La “fiebre del oro””, documento en línea citado y Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, p. 41.



centro para poblarla, supuestamente desarmados y pretendiendo respetar la ley mexicana, cosa que nunca ocurría. Algunos se quedaron en la región, como granjeros, rancheros y comerciantes.³⁶¹

La mayoría de los viajeros manifestaron las dificultades y los peligros, pero a la hora de hablar de la minería casi todos lo hicieron de forma indirecta. Abordaban la inseguridad y la falta de caminos en general, aunque no si la situación era mejor o peor en el caso de los yacimientos. De la misma manera, sobre el abastecimiento de comida y agua, algunos mencionaron el problema de conseguirlos, pero sin señalar si las minas lo tenían resuelto. Cabe la posibilidad de que muchas complicaciones de la minería de la región, como las técnicas deficientes, la escasez de mano de obra y capitales, así como la deficiente comercialización, no fueran señalados por pensarse que quedarían solucionados por los mismos colonos, técnicas, fortunas y contactos mercantiles, en suma, reformarían a su modo la minería del noroeste. Por desgracia, para la mayoría de quienes arribaron, la región se resistió a sus ambiciones y rompió su ilusión de extraer fácilmente el oro, con el apoyo de la población.

3.8 Caminos terrestres: la ruta difícil

Para ir de un poblado a otro, los viajeros utilizaron los caminos que existían en la región desde la época colonial. Los caminos recorridos conectaban a la ciudad de México con el noroeste del país, abriendo rutas a la manera de un abanico, pero sin comunicación transversal entre sí. El camino más importante, el más transitado, era el de Guadalajara–Tepic, el cual subía hasta Horcasitas, donde está, pasando por Álamos, Sinaloa de Leyva, Culiacán y El Rosario. Fue la ruta creada siglos atrás para transportar el oro y la plata de las minas de la región a la capital y la que siguieron los viajeros para atravesar las zonas interiores. Por su

³⁶¹ Taylor Hansen, “El oro que brilla”, 2010, pp. 41, 49–54, Taylor Hansen, “La “fiebre del oro””, documento en línea citado y Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 42, 47 y 48.

parte, los caminos que comunicaban con la Baja California y para ir a California – ya fuera desde la península o desde Sonora– eran parte de la red misional.³⁶²

Desde la Independencia, los estados del noroeste quedaron más desarticulados del resto del país de lo que habían estado en la época colonial, al grado de que, por ejemplo, podía pasar un año sin que otros estados de la república recibieran noticias de California. La mayoría de los caminos fueron descritos por los viajeros como en mal estado y difíciles de transitar, ya fuera por el relieve de barrancas y montañas, la aridez del desierto, los pantanos o el desborde de ríos en época de lluvia. Los accidentes naturales y el descuido de las vías obligaban, muchas veces, a hacer rodeos con tal de encontrar mejores rutas y, por ende, perder horas e incluso días de viaje. Por ejemplo, Aimard contaba que uno de sus personajes tardó cuatro días para recorrer alrededor de 211 km de Arizpe a Hermosillo, distancia que con buenos caminos podría haber sido recorrido en menor tiempo. Con la desaparición del sistema de misiones, la situación de las vías interiores empeoró. Este escenario de aislamiento hacía que la travesía por tierra fuera riesgosa para quienes la transitaban: locales, migrantes o comerciantes y viajeros extranjeros. Duflot y Aimard se sintieron cómodos en pocos caminos, sobre todo en los heredados por la red misional y algunos tramos cortos que unían a poblados pequeños con ranchos cercanos.³⁶³

Otra gran diferencia con aquellas rutas a las que estaban acostumbrados los franceses en Europa y los del noroeste fueron las distancias. No solo porque la región que recorrieron era mucho más grande que Francia, sino también porque había muchos menos poblados en el territorio visitado. La civilización, según los viajeros, solo estaba donde había grandes ciudades cosmopolitas. Ellos relacionaban la falta de asentamientos con la naturaleza salvaje y los indígenas nómadas, no enseñados de “la existencia incomparablemente preferible de los

³⁶² Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 21–27, Ayala Aragón, “Los caminos de oro y plata”, 2020, pp. 19 y 21 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 237 y 339.

³⁶³ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 54, 94, 222, 237, 238, 377 y 408, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 16 y 20 y Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México 1821–1867”, documento en línea citado.



pueblos”.³⁶⁴ Ese había sido el objetivo de las misiones, explicaban, hacer que los indios se establecieran y, luego, atraer colonos para que esa región dejara de estar “vacía” y se “civilizase”. Aquel era el mismo discurso que manejarían los europeos para avanzar sobre África en las siguientes décadas; el mismo que los gobiernos mexicano y estadounidense usaron para tratar de colonizar el territorio. Poco se logró, pues en el mapa aparecían pueblos que, a decir de los viajeros, en la realidad solo eran un poste con un cartel, es decir, estaban despoblados.³⁶⁵

Para viajar por los caminos, el único medio de transporte eran los caballos y las mulas, los primeros para las personas y las segundas para la carga. Las diligencias solo se utilizaban en el centro del país. Esto era, para Aimard, un indicador de la diferencia entre México, sobre todo del noroeste, y los países “civilizados” europeos. Mientras las personas en el noroeste tenían que hacer muchas leguas a caballo, en el viejo mundo, “donde el vapor penetró, se recorre en pocas horas dentro de confortables vagones”.³⁶⁶ Continuaba su relato con la advertencia de que, para una persona no acostumbrada a la falta de confort, el viaje sería difícil y también horroroso. Quienes viajaban en esas condiciones eran llamados en la región “jinetes” u “hombres a caballo”, y admirados por su fuerza y coraje. Aimard utilizó esos apelativos en español, no los tradujo por considerar que no existía un equivalente en la cultura francesa. En su opinión, se trataba de expresiones que reconocían mérito y esfuerzo, a la manera que en Francia podrían reconocerse en el campo de las artes y las ciencias. Los “jinetes” eran tan resistentes, tan potentes, que Aimard los comparó con los centauros.³⁶⁷

Otra de las grandes diferencias que los viajeros advertían al recorrer la región noroeste con respecto a la experiencia de transitar caminos en Francia era la falta de lugares de descanso y de comida. Los hostales o mesones del centro del país

³⁶⁴ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 31

³⁶⁵ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 6, 7, 19 y 31, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 195, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 218 y 228, Sheridan Prieto, *Fronterización*, 2015, pp. 18, 38, 46 y 71, Salmerón, “Víctor Hugo frente”, 2017, pp. 216, 219, 220 y 224, Billington, “The plains and deserts” p. 470 y Berninger, *La inmigración*, 1974, p. 28. Para profundizar más sobre la ir al apartado “El pasado y la destrucción: las misiones y los presidios” que se encuentra en este trabajo.

³⁶⁶ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 20.

³⁶⁷ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 2, 19 y 20, Martínez Leal; “Posibles antecedentes”, 1963, p. 126 y Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 31–38.



eran comparados con las hostelerías sicilianas y las ventas españolas, pero solo por fuera, ya que por dentro estaban desnudos y daban al huésped tan solo una cobija. El viajero tenía que llevar todo para abrigarse, así como los alimentos y el agua en alforjas –estas últimas, una herramienta indispensable para los viajes. Era verdad, comentaba Aimard, que esos lugares representaban, al menos, un techo para protegerse del clima cambiante de México. Pero ese techo incluso resultaba escaso: en el noroeste los visitantes continuaban su marcha "sin tener la esperanza, en un recorrido de 60 o 80 leguas, de encontrar el menor hostal o solamente el más miserable rancho" para refugiarse en la noche del viento o la lluvia.³⁶⁸ El viajero acampaba donde podía cuando llegaba el atardecer, dormía a cielo abierto y, a la mañana siguiente, retomaba su ruta. Cuando, en su camino, encontraba un pueblo, pedía posada para dormir. Si era una persona conocida o extranjera solía ser bien recibida, en especial por figuras distinguidas como el alcalde o algún compatriota. También las misiones, cuando funcionaban, lo alojaban.³⁶⁹

Ante los malos caminos, la falta de lugares donde hospedarse y el obligado trayecto a caballo –sin opción a carruajes de camino–, Aimard recomendaba viajar a la "indiana" o "al vuelo de pájaro", como decían los indios.³⁷⁰ Esto significaba alejarse de los caminos convencionales: bajar y subir las montañas y cruzar los ríos en el punto en que los encontraran, sin perder el tiempo en busca de un vado. En otras palabras, viajar a la "indiana" significaba asumir que "el único camino era el camino trazado por las bestias salvajes".³⁷¹ Impensable seguir tal consejo, continuaba Aimard "en los países civilizados, [con rutas] cortadas a cada instante por ciudades o pueblos".³⁷² Pero en México, sobre todo en la frontera norte, las

³⁶⁸ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 19.

³⁶⁹ Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 113–116, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 2 y 19, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 237 y 337, Glantz, *Viajes en México*, 1982, pp. 31–38, 42 y 46, Martínez Leal; "Posibles antecedentes", 1963, p. 126.

³⁷⁰ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 227.

³⁷¹ Idem.

³⁷² Idem.

poblaciones eran escasas y caminar “al vuelo de pájaro” reducía enormemente las distancias.³⁷³

Los trayectos para visitar el noroeste eran largos, se recorrían por las rutas tradicionales o por caminos trazados sobre la marcha, pero lo que más preocupaba a los viajeros era la sensación de inseguridad. Aimard comentaba que, en esa región, “donde el pintoresco salvajismo y la áspera rudeza de las costumbres harían palpar de alegría el corazón de un turista, si [...] osara atravesar esos lugares, [...] que inspiraba un temor involuntario”.³⁷⁴ Había razones sobradas para esta sensación, sobre todo tres: la falta de protección, los bandidos y los indios “bravos”.

La garantía de seguridad en poblados y caminos era casi inexistente. En otro tiempo los presidios habían ofrecido cierta protección, pero su decaimiento y desaparición significaron un aumento en la inseguridad. Había puestos militares, pero descuidados y muy distantes unos de otros –y distantes también de las cárceles, a las que podían haber llevado a los delincuentes apresados, por lo que con frecuencia se les liberaba sin seguirles proceso, ante la imposibilidad material de mantenerlos detenidos. Dadas las limitaciones de los cuerpos de seguridad y la imposibilidad de apelar a una justicia institucionalizada, Aimard explicaba que el linchamiento de presuntos delincuentes a manos de la población local era una práctica común. Decía: “El derecho de la frontera, que dice ojo por ojo, diente por diente: la ley de Lynch nos autoriza a juzgar este bandido, y, la sentencia pronunciada, a ejecutarla nosotros mismos”.³⁷⁵

Los puestos militares edificados en la región para garantizar la seguridad eran muy precarios: apenas un edificio, con un patio al centro, rodeado de cuartos pequeños rectangulares de adobe con suelo de tierra y pocas protecciones, aparte

³⁷³Idem.

³⁷⁴Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 19.

³⁷⁵ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 4. Charles Lynch fue un coronel virginiano que, durante la guerra de Independencia estadounidense –1775–1783–, se distinguió por detener a conciudadanos sospechosos de ser leales a la corona británica y juzgarles bajo su propia y privada ley. David Menaza, “La ley de Lynch”, *Anatomía de la Historia: disección del presente y del pasado*, 25 de marzo de 2013, <<http://anatomiadelahistoria.com/2013/03/la-ley-de-lynch/>>. [Consultado: 17/09/2020] Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 4–7, 9, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 177, 178, 221, 325, 326, 332, 333, 368, 400, 401, 406 y 427.

de unas cuantas rejas y una muralla con almenas. En el interior, relataban los viajeros, no había muebles para los prisioneros ni para los soldados, al grado que Vigneaux presentaba a los soldados sentados en la tierra como los orientales y con un saco para dormir. La autoridad estaba confiada, principalmente, a los religiosos de las misiones –donde aún las había–, al prefecto civil y al juez de paz. Las tropas emplazadas en la región eran escasas, las guarniciones descritas por los viajeros, a veces, muy pequeñas –unos cinco soldados–, aunque pudo haber alguna de hasta 150 hombres de infantería y caballería para defender un real minero.³⁷⁶

El total de fuerzas militares apostadas en el noroeste debe de haber variado con los años y según las zonas que interesaba resguardar mejor. De acuerdo con Dufлот, en la década de 1840, en Sinaloa se contaba con 200 hombres, mientras que Aimard da cifras más altas para la década de 1850: unos 800 hombres movilizados para la seguridad de ese estado y Sonora. En caso de emergencia, se recurría a reclutamientos extraordinarios para aumentar las tropas: a la leva, así como a la contratación de indios y aventureros.³⁷⁷ Esta debilidad de las fuerzas militares se magnificaba más todavía a los ojos de los viajeros franceses, que comparaban todo con su experiencia europea. Por ejemplo, Aimard comenta:

Sabemos que esa cifra de 350 hombres defendiendo una ciudad, hace sonreír de lastima a los lectores europeos, acostumbrados a ver campos de batalla chocando masas de 200 a 300 mil soldados, pero todo es relativo en el mundo: en América donde la población es comparativamente poca, grandes cosas usualmente fueron decididas con la bayoneta por

³⁷⁶ Aunque Vigneaux cuando menciona estos ejemplos los da como muestra de las tradiciones de los soldados mexicanos o parte de su valentía –expresa que el saco para dormir era opcional– y no de su pobreza. Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 147. Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 4–7, 9 y y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 147, 148, 154, 155, 157 y 158. Para ver a más profundidad como estaban contruidos a más profundidad los presidios ver el apartado de “El pasado y la destrucción: las misiones y los presidios” en este trabajo.

³⁷⁷ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 24 y 25, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 196 y Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 207, 227, 369 y 400.



éjercitos,cuya la fuerza numérica no excedía del uno de nuestros regimientos de línea.³⁷⁸

Las fuerzas militares estaban compuestas, desde luego, por oficiales y soldados. Unos y otros fueron descritos por los viajeros franceses como armados “hasta los dientes” y siempre con al arma a la mano, incluso cuando dormían.³⁷⁹ En lo que los relatos de los viajeros no coincidieron fue en el tipo de armas que tenían los soldados. Para Duflot, conservaban las de la época colonial, en estado descuidado como los pedreros, cañones de bronce del siglo XVII de distintos calibres –aunque, al parecer, no tenían hombres que supieran usarlos–, sables y mosquetones en mal estado. En cambio, para Vigneaux los soldados tenían fusiles y bayonetas de percusión bien cuidadas, armamento de última tecnología para la época en que refería. Aimard también los describió con armas nuevas, de manufactura estadounidenses, como rifles o revólveres, así como armas blancas –puñales y machetes, no conocidos en Francia.³⁸⁰ Una posible explicación a esta disparidad de apreciación acerca del armamento de los soldados podría ser el tiempo de la visita: es posible que, cuando Vigneaux y Aimard recorrieron la región, en la década de 1850, el armamento hubiera sido renovado para hacer frente, en mejores condiciones, a los constantes ataques filibusteros. Una década atrás –en los años de 1840–, cuando Duflot visitó la región, es posible que los soldados de las guarniciones sólo hubieran tenido acceso a armas viejas.

La presencia de guarniciones y el armamento con el que contaban los soldados al tiempo de los viajeros franceses, se entiende por el tipo de enemigos que el noroeste enfrentaba. Los bandidos eran unos, pues “infestaban” la región: estaban

³⁷⁸ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 25. Un regimiento de línea en la época rondaba los 790 hombres. José María Leclerq, “Historia militar de San Sebastián: Vida y asedios de una pequeña gran ciudad”, <<http://www.sansebastian1813.es/427011824>> [Consultado:20/10/2020]

³⁷⁹ Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 155

³⁸⁰ El pedrero era un pequeño cañón de pie y medio de longitud para lanzar piedras. Club de France, Larousse Encyclopedique en couleurs, “Pierrier”, 1992, p. 7268. El mosquetón es un arma de fuego más corta que el fusil de caños rayado. RAE, “Mosquetón”, en Real Academia española, 2020, <<https://dle.rae.es/mosquet%C3%B3n?m=form>>, [Consultado:20/10/2020], Ismael López Domínguez, “La evolución del armamento 1850–1975: fusiles”, *Archivos Historia*, 14 de julio de 2016, <<https://archivoshistoria.com/la-evolucion-del-armamento/>>, [Consultado:20/10/2020], Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 221, 325, 326 y 333, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 148 y 157 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 1, 3, 8

en los caminos y atacaban viajeros, convoyes, pueblos, ranchos, hacienda e incluso puestos militares. Se movilizaban en bandas “de 30, 40, y hasta 150 hombres, bien montados, bien armados, organizados militarmente”.³⁸¹ Hacían alianza con los indios o los soldados rebeldes para proceder. Actuaban con impunidad total, pues robaban a plena luz, sin que los soldados de las guarniciones los persiguieran o pudiesen mantenerlos arrestados. A tal grado era la indefensión ante los bandoleros, que Aimard hablaba de una “Regla general en la pradera”: “si se escucha un disparo, [...] hay 99 razones sobre 100 para [pensar] que un hombre aislado esté [...] en la [...] mira de un asesino”.³⁸²

Aimard esbozó un perfil socio-cultural de los bandidos. Eran “blancos” –de origen probablemente estadounidense, español o canadiense– o bien, mestizos; hablaban una mezcla de inglés, español, francés y lengua india, que servía “a todos en la Far-West”.³⁸³ De personalidad siniestra, rudos adversarios, ya fueran en una pelea a tiros o una a cuerpo a cuerpo, pero también inteligentes por saber cuándo atacar y, además, valientes, ya que estaban dispuestos a morir en la lucha. Por estas razones no había que subestimarlos y estar armado tanto como fuera posible. En un momento, contó que su personaje viajero, Main-Ferme, iba armado con un puñal, un largo rifle estadounidense, dos revólveres de seis balas y un machete para hacer frente a adversarios que no había que desdeñar. Los otros viajeros no pensaban de modo muy diferente acerca de esta inseguridad que también hacía que los soldados practicasen tácticas de disuasión, al exponer, colgados de los árboles, los cuerpos de los bandidos que habían abatido.³⁸⁴

Ahora bien, para Duflot y Aimard los bandoleros constituían un peligro menor, en contraste con la amenaza de los indios indómitos. Sinaloa y Sonora eran los dos estados que más lo padecían, de acuerdo con ellos. Se temía, sobre todo, su crueldad y porque arremetían contra los locales en los poblados tanto como con quienes iban por los caminos. Sus ataques se sucedían desde siglos atrás, pero a

³⁸¹ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 160.

³⁸² Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 2. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 54, 160, 297, 323, 324 y 379 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 4, 5, 19 y 20.

³⁸³ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 2

³⁸⁴ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 1, 4, 8 y 19, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 53 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 134.



partir de 1820 y, sobre todo a partir de la década de 1830, se intensificaron –se prolongaron por años, prácticamente hasta 1890. Hubo momentos en que se temió un levantamiento general de todos los indios de la región, guiados por jefes experimentados y con armas de fuego. Su motivación fue siempre la recuperación de las tierras que, desde tiempos ancestrales, habían pertenecido a sus pueblos.³⁸⁵

La población que se sentía amenazada por las incursiones indias se trasladaba, algunas veces a los puestos militares. Al parecer, según lo descrito por Aimard, hubo una época en la que atacaban invariablemente, la cual era llamada la “luna de México”.³⁸⁶ En ese periodo los habitantes de los pueblos se resguardaban en el puesto militar más cercano, llevando solo sus pertenencias más valiosas y después de soltar a sus animales para que no fueran robados. Así se formaba una especie de colonia en el patio del puesto militar, compuesto por mujeres, niños y ancianos, mientras los hombres eran reclutados para la defensa. También se hacían campamentos similares en los templos o centros de las ciudades. Se esperaba que los indios se cansaran de sitiar el poblado sin resultados o a que fueran derrotados por las fuerzas de socorro enviadas desde una ciudad lejana. Ya que, si bien tenían superioridad numérica, los soldados contaban con la disciplina y el conocimiento militar a su favor, lo que los hacía ganar la mayoría de las ocasiones.³⁸⁷

A los indígenas rebeldes se les combatió con las armas –a partir de las guarniciones y con el apoyo de milicias locales, y en ocasiones mediante la contratación de mercenarios–, pero a veces también se intentó tranquilizarlos y someterlos, comprometiéndose con su aprovisionamiento. Esta estrategia se usó, sobre todo, con los apaches, a quienes se entregaba comida, cobijas, alcohol y naipes. También se llegaron a pactar treguas, pero éstas eran casi siempre

³⁸⁵Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 212, Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 9, 19, 20, 24 y 31, Reyes Gutiérrez, Alamda Bay y Contreras Tánori, “Medidas ofensivas”, 2016, pp. 1193, 1198, 1211, 1213. Para ahondar más en el tema de los indios ver el apartado “Los indígenas: ¿civilizados o salvajes?”, que se encuentra en este trabajo.

³⁸⁶ Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 7.

³⁸⁷ Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 7, 10, 25 y 66 y Reyes Gutiérrez, Alamda Bay y Contreras Tánori, “Medidas ofensivas”, 2016, p. 1257.

frágiles. Al final, los indios volvían a la carga. Entonces, los pueblos se organizaban de nuevo para repeler los ataques y ponían vigías –centinelas– o movilizaban espías, atentos a las noticias. Asimismo, existían grupos de hombres de los propios poblados que protegían los caminos, encargados de recorrerlos, esto es, de “correr la línea”. Una estrategia usada por los viajeros para su protección fue la escolta: formaban grandes convoyes para sumar sus recursos de defensa o bien contrataban hombres armados que los acompañaran y resguardasen a lo largo del trayecto.³⁸⁸

En resumen, los caminos terrestres de la región tenían muchas deficiencias: su calidad, las grandes distancias, la falta de transportes y de lugares de descanso, así como de seguridad para andar en ellos. Esto llevó, a la larga, a que la región tuviera mejor integración con las comunicaciones de Estados Unidos, sobre todo después de 1848, cuando se volvió la nación colindante, que con el centro del país.³⁸⁹

3.9 Las rutas marítimas: los puertos, sitios para los extranjeros

Los tres viajeros cuyas miradas sobre el noroeste recuperamos arribaron al territorio mexicano a través de rutas marítimas, forma de desplazamiento más eficiente y segura que la terrestre. Por ejemplo, los trayectos de Duflot y Vigneaux por Baja California se llevaron a cabo, sobre todo, en barco y sólo a veces tocaron la costa para abastecerse pues, decía el primero: "Este recorrido de 336 leguas, que hoy es extremadamente arriesgado, se hace navegando casi sin peligro".³⁹⁰ Por lo mismo, la mayor parte de los pueblos o ciudades en los que se detuvieron y describieron, en realidad, eran puertos, aunque a veces diferenciaban entre puerto y pueblo, como hicieron con Los Ángeles o Santa Bárbara.

Uno de los principales rasgos de los puertos al que se refirieron fue a la importancia de la población extranjera que vivía en ellos, en particular desde la década de 1840. Algunos habían llegado por cuenta propia, interesados en

³⁸⁸ Reyes Gutiérrez, Alameda Bay y Contreras Tánori, "Medidas ofensivas", 2016, pp. 1199, 1202, 1207, 1204, 1212, 1230, 1231, 1233, 1235, 1238, 1239, 1242, 1243, 1246, 1247, 1552, 1554, y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 5–7 y 10.

³⁸⁹ Chantal, Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento en línea citado.

³⁹⁰ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 238.

comerciar; otros, con alguna empresa de colonización.³⁹¹ La mayoría era de nacionalidad española, británica, francesa o estadounidense. Se dedicaban, en especial, al trato mercantil o a trabajos relacionados con el mar, como marinos, carpinteros de navíos o cazadores de ballenas. Después de la “fiebre del oro” arribaron más, atraídos por las actividades mineras o como prestamistas. También comenzó a haber periodistas. La cantidad de habitantes franceses en el área era tal que, para 1840, existían en la región dos consulados dedicados a proteger sus intereses: uno en Mazatlán y otro en Monterey, además de un viceconsulado en Guaymas.³⁹²

La razón por la cual los extranjeros se concentraban en los puertos resultaba sencilla: su interés principal era el comercio y éste, ya fuese internacional o local, estaba organizado en torno a aquellos, no a los caminos terrestres. El comercio internacional del noroeste se movía a través de Mazatlán, Guaymas, San José del Cabo, La Paz, Monterey y San Francisco. Pero la configuración del mercado regional se hizo mediante puertos más pequeños, de cabotaje, y amarraderos, que conectaban a los puertos de altura entre sí y desde dónde también se distribuían mercancías también para las ciudades del interior. La llegada de los grandes barcos dinamizaba el comercio de la región e incluso convocaba a mercaderes de Sonora, Chihuahua, Jalisco, Colima, Sinaloa y Durango.³⁹³

Los puertos de la región se abrieron al intercambio internacional tras la independencia de México: en principio, se abrió Mazatlán en 1822 y, un poco más tarde, Monterey, aunque ambos entraron realmente en funciones desde la década de 1830. Con el tiempo, se habilitaron otros puertos. Antes de 1821, la Corona española tenía prohibido el comercio libre fuera del imperio, aunque en la región se traficaba de forma ilegal con los barcos extranjeros que, si bien de forma

³⁹¹ Como se explicó en el capítulo 2 de esta tesis, desde el gobierno se intentó atraer población a la región para colonizar y hacer producir sus tierras. Se impulsaron proyectos de colonización con extranjeros, aunque pocos lograron concretarse. Berninger, *La inmigración*, 1974. y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 19.

³⁹² Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 66, 175, 176, 332 y 400, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 1–9 y Wyllis “The French of California”, 1932, pp. 337 y 340.

³⁹³ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 179 y 385 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 106. Para saber más sobre la red comercial de la región, ver el apartado “Los viajeros: motivos, movilidad y circuitos”, en el capítulo 2.



irregular, pasaban por sus costas. Lo que marcó la diferencia en el siglo XIX fue la puesta en escena de las aduanas y la multiplicación de buques mercantes, que ahora podían actuar con legalidad. Esto provocó un crecimiento del mercado regional, que logró desenvolverse con cierta independencia de la actividad minera y sus altibajos en la producción. Asimismo, conectó aún más a los mercados regionales y los incluyó en la red más grande del Pacífico, sobre todo después de 1850, cuando recibió el impulso de la “fiebre de oro”.³⁹⁴

Junto con la apertura de puertos y la afluencia de más buques mercantes, tuvo lugar un cambio significativo en la región: el arribo de casas mercantiles en la década de 1830. Eran negocios extranjeros que vieron posibilidades de tratar con poblaciones del interior y, de modo muy especial, con las zonas mineras. Buscaron intercambiar bienes manufacturados por metales preciosos y aprovechar las tarifas portuarias más baratas que en el golfo de México. Además, de acuerdo con Dufлот, los funcionarios aduaneros daban facilidades al contrabando, el que era muy benéfico tanto para los mercaderes como para los mineros. Así, se fundaron múltiples casas mercantiles en puertos como Mazatlán, Monterey y San Francisco, que remplazaron a los comerciantes locales. Las ventajas que ofrecían y les facilitaban desplazar a los negocios de cada lugar eran sus contactos con una red exterior, una solidez económica que les permitía invertir y dar créditos, además de la asociación con dueños de minas.³⁹⁵

Salvositios como Guaymas y San José del Cabo, donde estaban en manos de mexicanos; la mayoría de las casas comerciales pertenecían a estadounidenses, ingleses, prusianos, españoles y franceses. Según lo comentado por Dufлот, sus compatriotas se especializaban en el comercio al menudeo y, aunque no había muchos barcos de esa nacionalidad que navegaran por el lado del Pacífico mexicano, “el valor de los mercaderes franceses consumados en esta costa es extremadamente importante, porque alcanza al menos cinco millones de

³⁹⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 174 y 327, Román Alarcón, *La economía*, 2005, p. 76 y Radding, *Pueblos de frontera*, 2015, p. 276.

³⁹⁵Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 59, 174, 175, 181, 211, Almada Bay, *Breve historia*, 2000, p. 118, Romero Gil, *La minería*, 2001, pp. 43 y 57, Román Alarcón, *Mazatlán*, 2009, p. 45 y Busto, “Mazatlán: estructuras”, 2006, p. 130.



francos".³⁹⁶ Tenía confianza en poder aumentar más esa cifra, si se llegaba a abrir un canal en el istmo de Tehuantepec. Ahora bien, para la década de 1850, su comercio en la región creció, pero no por lo que se pensó en época de Duflot, sino por los minerales californianos.³⁹⁷

No todo era fácil para el desarrollo del comercio con el exterior en el México de esa época. Por una parte, no todos los puertos estaban abiertos para el comercio con los mercaderes extranjeros; por otra, algunos padecieron persecuciones políticas en coyunturas complicadas. Por ejemplo, la expulsión de los españoles en 1829 obligó a muchos de ellos a salir del país, incluso algunos franceses confundidos con ellos. También durante la guerra entre Estados Unidos y México, los comerciantes foráneos sufrieron persecuciones.³⁹⁸

Otro problema que los viajeros observaron fue la política proteccionista del gobierno mexicano, en especial para favorecer la exportación de metales preciosos y frenar la importación de productos como el algodón. Para Duflot, se trataba de un ataque disfrazado contra los franceses, pues afectaba principalmente a los menudistas extranjeros para quienes, si esto continuaba, el comercio en México dejaría de ser rentable. También Vigneaux rechazó este proteccionismo: lo sintió como un atentado contra los individuos, sobre todo los menos favorecidos; en su opinión, tales medidas solo propiciaban los monopolios de unos cuantos privilegiados por el gobierno y el clero. Los impuestos a las importaciones se cobraban en las aduanas, que, para él, funcionaban como una "red de malla cerrada que cubre a todo el país" y vigilaban hasta el menor intercambio, a fin de robar las fuentes de riqueza.³⁹⁹

Ambos viajeros no estaban dispuestos a considerar que el proteccionismo mexicano favorecía a la producción interna en pos de un crecimiento económico propio. Para ellos, importaba el interés del comerciante francés, por lo que

³⁹⁶Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 185.

³⁹⁷Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. X, 175, 182, 223 y 332 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 8. Para ver la influencia de la "fiebre del oro" en el comercio, consulte el apartado: "Problemas mineros al arrancar el s. XIX y la red comercial" que se encuentra en esta tesis.

³⁹⁸Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 185 y Chantal, Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821–1867)", documento en línea citado.

³⁹⁹Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 9 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 71–74 y 86.



manifestaron que México debía derogar tales leyes y decretar otras que respetaran el liberalismo, el cual era el camino para llevar al avance económico y, por ende, al “progreso”, como el de Francia y sus mercaderes.⁴⁰⁰

Las rutas marítimas comprendían puertos de altura y cabotaje, amarraderos e islas. Los puertos más grandes de la región noroeste mencionados por nuestros trotamundos fueron Mazatlán, Guaymas, San José del Cabo, La Paz, San Diego, Monterey y San Francisco. (ver mapa 7) Aunque cada uno tenía sus particularidades, compartían varias características. Para empezar, podía bajarse en ellos todo el año, aunque la estación preferida fuese la seca, de noviembre a mayo. Los barcos capaces de arribar eran de gran tonelaje, excepto en La Paz, donde tenían que amarrarse en la bahía cercana. Todos estaban en lugares estratégicos que daban salida a los productos internos. Mazatlán dominaba los productos –sobre todo oro y plata– de Sinaloa, Durango, a veces de Chihuahua; Guaymas de Sonora; La Paz y San José, en Baja California Sur a San Antonio; Monterey, el sur de California y San Francisco a Sacramento. De modo paulatino, se abrieron aduanas para controlar el contrabando. Todos los puertos de altura solían tener dos o más islas o islotes en la entrada de las bahías, que los resguardaban del mar abierto. Se veían, además, protegidos por las montañas o cerros cercanos que, como las islas, servían para identificar lugares de anclaje.⁴⁰¹

Sin embargo, existían peligros a la hora de entrar: los bancos de arena que a veces se formaban. También podía haber rocas hundidas en ciertas partes de las bahías como ocurría en San Francisco; fuertes vientos en algunos o corrientes de aire entre las islas. De igual manera pasaba con los temporales en invierno y la época de lluvia, pues lograban provocar oleajes muy violentos, al punto que, contaba Vigneaux, tripulantes y pasajeros tenían que agarrarse de los mástiles del barco para no ser arrastrados por las bordas.⁴⁰² Existían los “puertos falsos”, esto es, los que forman bahías alrededor y se asemejan mucho a los reales, de los

⁴⁰⁰Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 9 y Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 53, 71–74 y 86.

⁴⁰¹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 173, 174, 179, 180, 209, 223, 328, 331, 403, 404, 413, 429, 431, 433–437 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 28–30, 110, 128, 171 y 172.

⁴⁰²Vigneaux, *Souvenirss*, 1863, p. 30.



cuales los más molestos estaban cerca de San Diego y Monterey. Aunque no siempre eran malos para todos, pues se usaban para el contrabando. Se diferenciaban por la posición de las islas y las formas de las puntas de tierras cercanas. Los puertos de San Diego, Monterey y San Francisco también tenían problemas por la neblina.⁴⁰³

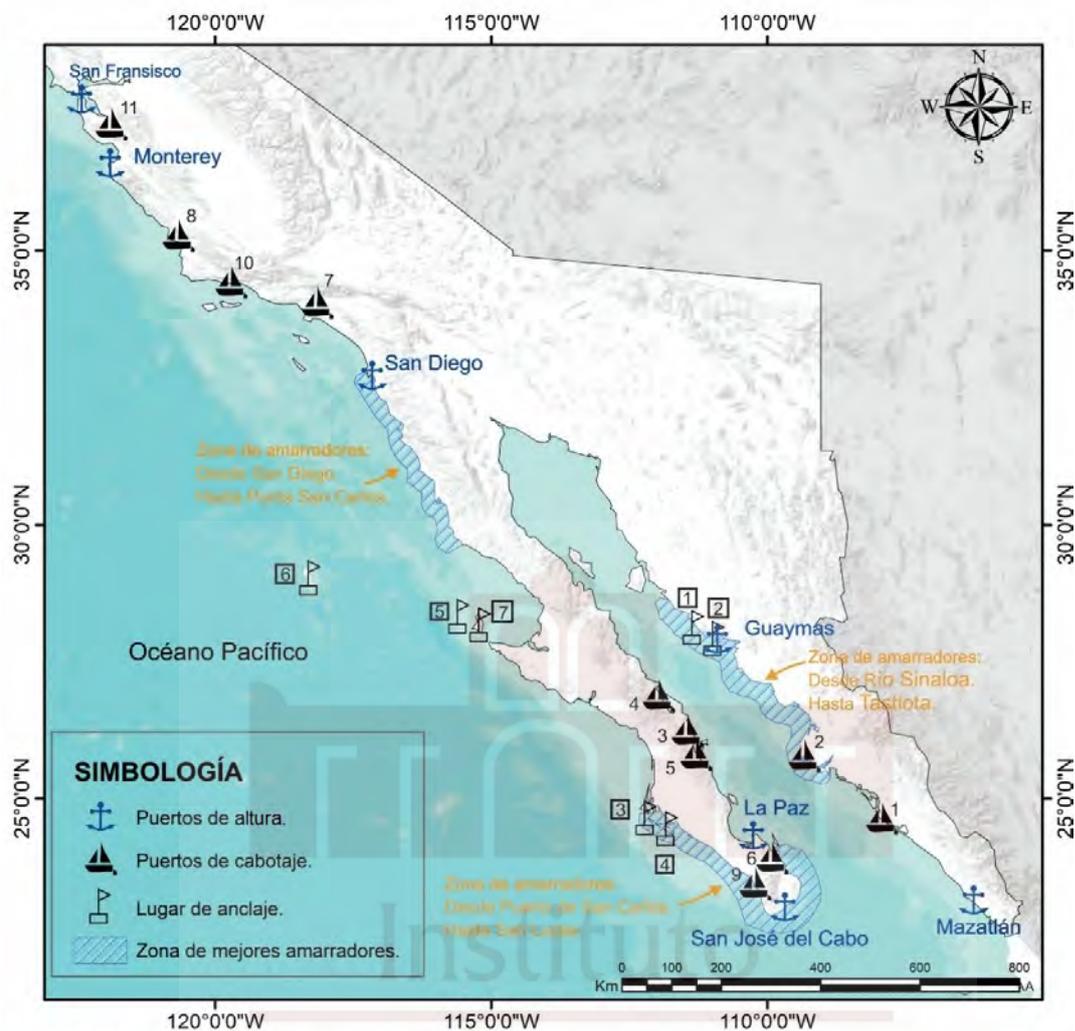
Los puertos de cabotaje eran importantes porque comunicaban entre sí a los de altura y permitían la comunicación con el interior del territorio. Allí se construían almacenes para distintos productos, sobre todo pieles. Se distinguían de los de altura no sólo por su tamaño y poca profundidad, sino porque las condiciones naturales no permitían desembarcar en cualquier tiempo, ya por el clima o por sus corrientes peligrosas. Otros no se encontraban en un lugar estratégico para sacar productos del interior, más que de los poblados más cercanos. Unos estaban bien situados y habrían podido convertirse en puertos de altura, pero nunca se les impulsó lo suficiente para crecer, por su proximidad a alguno que ya lo era. Entre los citados por los viajeros estaba Altata, en Sinaloa, Puerto Escondido, en Sonora; Loreto y San Lucas, Baja California Sur, y San Pedro y Santa Bárbara, en California.⁴⁰⁴ (Ver mapa 7)

Instituto
Mora

⁴⁰³Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 173, 180, 329, 330, 393, 394, 396, 429, 432, 435, 437 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 30, 32, 44 y 110.

⁴⁰⁴Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 178, 214, 221, 229, 361, 367 y 368 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 34 y 129.





- | | |
|----------------------|------------------------------|
| Puertos de cabotaje. | Puertos de altura. |
| Lugar de anclaje. | Zona de mejores amarradores. |
-
- | | |
|------------------------------|---|
| 1.- Altata. | 1- Playa del Morro Colorado. |
| 2.- Navachiste. | 2- Playa del Cerro Tetas de Cabra (Tetakawi). |
| 3.- Puerto Escondido. | 3- Bahía Magdalena. |
| 4.- Molage (Mulegé). | 4- Isla Santa Margarita. |
| 5.- Loreto. | 5- Isla San Benito. |
| 6.- San Lucas. | 6- Isla de Guadalupe. |
| 7.- San Pedro (Los Ángeles). | 7- Isla de Cebros. |
| 8.- San Luis. | |
| 9.- Todos Santos. | |
| 10.- Santa Bárbara. | |
| 11.- San José. | |

Mapa 7 Puertos de altura y cabotaje y amarraderos importantes

Fuente: creación propia a base de *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842* de M. Duflot de Mofras, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique* de Vigneaux y *La main-ferme* de Aimard

Los habitantes de los puertos –tanto de altura como los de cabotaje– eran poco numerosos, igual que en otras las poblaciones. Así los hallaban nuestros tres viajeros, al compararlos con los franceses. Los grandes puertos de su país, en donde se habían embarcado, tenían 105 000 habitantes, Bordeaux, y 27150, Le Havre. En cambio, Mazatlán, que era el puerto de altura más habitado en la década de 1840, según Duflot, podía alcanzar 12 000. Los puertos de la península bajacaliforniana se encontraban aún más despoblados: La Paz, en algún momento con 1200, pero la mayor parte del tiempo con apenas unos 400, al igual que San José. Sucedió lo mismo con los de California, con unos cientos. La mayoría eran nuevos, con muy poco tiempo de haberse creado, como Monterey, que se había empezado a edificar en 1827, o que existieron antes solo como pueblos de pescadores.⁴⁰⁵

Los puertos serían pequeños en número de habitantes, como los asentamientos internos, pero tenían muchas diferencias entre sí. La primera era la gran cantidad de extranjeros. La segunda tenía que ver con su dinámica de población: muy fluctuante, según la temporada. En la de aguas, de mayo a octubre, los residentes disminuían drásticamente, al punto que un tercio se retiraba a sus fincas, cuando se trataba de grandes propietarios, o a las poblaciones del interior. La razón era la poca actividad portuaria, pues las lluvias complicaban el desembarco, los puertos se inundaban o, por estar cerca de marismas, resultaban propicios para el desarrollo de enfermedades, como las fiebres o el dengue. Como no existían hospitales para atender a los enfermos, quienes disponían de recursos migraban para no exponerse. Sin embargo, con la “fiebre del oro” en la década de 1850, la población portuaria creció, mucho más que las localidades del interior. Fue, en

⁴⁰⁵ La excepción fueron los puertos de Baja California, tan antiguos como la colonización de la península, que mantuvieron su importancia por ser los puntos por donde llegaba la ayuda para las misiones y luego a las poblaciones. Rojo, *Apuntes históricos de la frontera*, 2000, pp. 12 y 13, Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, p. 221 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 129. École des Hautes études en Sciences Sociales, “Des villages de Cassini aux communes d’aujourd’hui” <http://cassini.ehess.fr/cassini/fr/html/6_index.htm>[Consultado: 06/10/2020], Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 174, 209, 221, 223 y 403, y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 109.



especial, el caso de San Francisco, que para 1860 tenía una población de 56 800 habitantes.⁴⁰⁶

Las lluvias favorecían las enfermedades, pero, de acuerdo con el pensamiento de la época, también las propiciaban las temperaturas calientes. La mayoría de los puertos se encontraban en climas cálidos, salvo los localizados al norte de Santa Bárbara, más templados. Esto hacía que la mayoría de los paisajes naturales de los puertos tuvieran connotaciones negativas: eran tierras secas o de marismas malsanas, ambas impropias para la agricultura y peligrosas para la salud. Los de California eran los únicos donde el paisaje cambiaba y que se evocaban, de forma positiva, como verdes y cerca de bosques llenos de pinos.⁴⁰⁷

Este paisaje natural tan poco alentador para residentes y transeúntes se veía correspondido, de acuerdo con Duflot y Vigneaux, por el paisaje urbano y social. Los puertos calientes fueron descritos por ambos como poblaciones de casas de adobe de aspecto triste, ruinosas y abandonadas. Había pocos edificios importantes: en general, sólo el palacio municipal, la aduana, el mercado y la iglesia –aunque no siempre había aduana ni todos eran cabecera municipal por lo que carecían de ese “palacio”. Por lo general, se encontraban en condiciones poco favorables, aunque algunos contaban con pequeñas plazas y los jardines de la gente rica, que embellecían el espacio. Pero, para nuestros viajeros, la desolación constituía el sello, la cual se acentuaba si no había navíos y la actividad comercial decaía. En cambio, los puertos de California fueron pintados de otra manera. Duflot los presentó como pequeños lugares deshabitados y destruidos, pero con buenas expectativas: algunos prometían crecer. En efecto, una década después, Vigneaux los retrató como grandes; en ellos se mostraba todo el esplendor de la civilización estadounidense. Él tenía un especial aprecio por San Francisco, que

⁴⁰⁶ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 174, 176, 209, 221, 223 y 403, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 109 y Bureau of the Census Library, *Population of The United States*, 1864, pp. 29–33.

⁴⁰⁷ Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 176 y 177 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 28, 29, 172 y 178.

describió como una gran ciudad moderna, llena de los más bellos barcos del mundo.⁴⁰⁸

Los amarraderos, otros de los puntos de navegación, eran bahías, donde los barcos podían anclar para protegerse de las tormentas o aprovisionarse de comida, agua y madera.⁴⁰⁹ Los del noroeste, según lo expresado por nuestros itinerantes, se hallaban muchas veces en territorio deshabitado: la escasa población no estaba dispuesta a lo largo de la costa y menos en torno a ellos. Además, en costas desérticas, muchos de estos lugares, aunque buenos para anclar barcos, servían de poco a sus tripulantes por no haber madera, comida ni agua para abastecerse.⁴¹⁰

En Sinaloa y en Sonora había pocos amarraderos, la mayoría entre el río Sinaloa y un poco más al norte de Guaymas. En las Californias, por el contrario, había muchos, aunque los de las costas interiores no eran iguales a los que miraban al gran océano. Efectivamente, es necesario distinguir entre los californianos, los de Baja California que daban al Océano Pacífico y los del golfo de California.⁴¹¹

El golfo de California es un mar estrecho, de aguas tranquilas y claras. Algunos lo llegaron a llamar Mar Rojo o Bermejo porque el color de sus aguas les recordaba el de ese nombre en Arabia, aunque por su forma y cómo se navegaba, Duflot y Vigneaux lo compararían más bien con el Adriático, entre Italia y los Balcanes. Los amarraderos en esta costa eran pocos profundos, buenos sólo para barcos chicos. Tampoco ofrecían agua dulce o maderas, pues se trataba de tierras desérticas.

⁴⁰⁸Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 173, 176, 177, 221, 223, 328, 330, 331, 361, 367, 368, 403 y 404 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 28–30, 109, 113–116, 128, 145, 166–168, 171 y 172.

⁴⁰⁹ Las tormentas podían ser terribles, sobre todo en la época de los huracanes conocidos en la época como “cordonazos”. Este nombre hacía referencia a que los huracanes comenzaban cuando se cortaba el cordón de San Francisco, el día en que se festejaba al santo. Si tenía lugar, los vientos, lluvias y trombas de agua solían cambiar el aspecto del paisaje: todo se inundaba, los animales huían y las aguas tardaban varias horas en bajar a su nivel. Eran tan tremendos que, cuenta Aimard, los locales escondían balsas en los valles para poder salvarse si sucedía. Duflot de Mofras, *Exploration*, 1846, p. 239, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 134 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, pp. 20–22.

⁴¹⁰Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 139, 178, 236 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 105, 126–128, 131 y 140.

⁴¹¹Duflot de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 178, 179, 220.

Sin embargo, anclar en ellas tenía un gran atractivo: la fauna marítima era muy variada y, por ende, muy fácil pescar.⁴¹²

En contraste, los amarraderos en la costa de Baja California que miraban al océano Pacífico resultaban más bien escasos. De hecho, no los había más que al sur y al norte de la península. Pero, a diferencia del golfo de California, eran grandes y profundos: admitían barcos de gran calado, si bien no ofrecían tal variedad de fauna, ni tampoco madera o agua. La bahía que llamó más la atención de los viajeros fue la de Magdalena, en la parte sur de la península, tan grande que, decían, podía recibir muchos barcos en sus cuatro kilómetros de abertura. Sin embargo, ella y sus islas eran tan desoladas, áridas, llenas de dunas y sin recursos para los tripulantes, que terminaban siendo lugares “inútiles”. Vigneaux refería que las habían visitado muchos exploradores y terminaban dando las mismas descripciones penosas. En cambio, más al norte, en la California, los amarraderos resultaban comunes y ofrecían agua y madera. Cuando Dufлот la visitó, se hallaban cerca de las misiones, pero cuando lo hizo Vigneaux, las bahías se hallaban desiertas y aquéllas habían sido remplazadas por algunas casahumildes.⁴¹³

Las islas e islotes esparcidos en el mar también formaban parte de las rutas marítimas. Servían a varios propósitos: de referencia geográfica, punto de desembarque para buscar provisiones, protección contra los desastres naturales y de las patrullas y tropas locales. La región noroeste cuenta con multitud, tan solo en el golfo de California hay unas 100. Los viajeros describían a la mayoría con un paisaje árido, con pendientes agudas, playas estrechas e inhabitables. En efecto, las islas de la Baja California, sobre todo las del golfo, son de difícil acceso, aun en la actualidad, y no cuentan con agua dulce. Aunque había excepciones, como la isla Cedros, descrita como un lugar con buenos lugares de anclaje y aguadas y bosques maravillosos donde pastaban cabras. Otra noticia que daban los viajeros era que, como las islas se encontraban muy cerca entre sí, era común que

⁴¹²Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 201–203, 219, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 127 y Moctezuma Barragán y Serrato Tejeda, *Islas del Golfo*, pp. 45, 59 y 66–71.

⁴¹³Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1844, pp. 230, 231, 235, 236, 364, 366, 380–382 y 393 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 27, 32, 61–63 y 71.

provocaran corrientes marítimas peligrosas para la navegación, al grado que algunos puntos fueron llamados “Canal Peligroso” o “Isla de Sal Si Puedes”.⁴¹⁴

Marineros y tripulantes viajaban con provisiones a bordo, pero también se alimentaban de la pesca y de la caza de la fauna marina que encontraban en su travesía. Dufлот y Vigneaux mencionan que las aguas del mar de California estaban llenas de peces como el bonito (un *Thunnus*), el espadón o el dorado, así como de camarones, pulpos y “enormes” langostas. Asimismo, se hallaban muchas ballenas, delfines, lobos marinos y vaquitas marinas, pues sus pieles eran muy apreciadas. Y había conchas que producían perlas o, como el caracol *murex*, daban tintes morados. Igualmente existía una diversidad de aves, siendo la más citada la gaviota; con sus huevos verdes manchados Vigneux se preparó una omelette.⁴¹⁵

En el océano Pacífico también se hallaban ballenas, delfines, lobos marinos, langostas, una variedad de peces y aves. Igualmente, los viajeros se refirieron a las estrellas de mar, los erizos, madréporas y zoófitos – se iluminaban en la noche, al paso de algún animal. Estos últimos fueron señalados como base de la cadena alimenticia en la zona. Pero muchos animales más llamaron su atención: cangrejos, moluscos, calamares, charales, botetes, sardinas, peces velas, marlines y distintos tipos de tortugas marinas.⁴¹⁶ Estas especies, contaron, hacían del mar un paisaje hermoso. Sus colores eran una fiesta: a la vista parecían un “mosaico” con diversas tonalidades de azul, verde e, incluso, rojos y amarillos con el fondo de rocas llenos de musgo violeta, rojo y amarillo, así como de pastos marinos. De tal modo fascinó a Vigneaux, que describió este paisaje de mar como “un jardín de hadas.”⁴¹⁷

Pero entre las aguas y costas maravillosas del mar también había peligros. De los señalados por nuestros itinerantes, los principales eran los tiburones tintorera (tiburón tigre), el blanco y las mantarrayas (descritas como monstruos de cuatro

⁴¹⁴Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. 214 y 219, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 35, 46–49, 51, 54, 104 y 107 y Moctezuma Barragán y Serrato Tejeda, *Islas del Golfo*, 1988, pp. 3, 45 y 59.

⁴¹⁵Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. 204–206, 219 y 243 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 50, 55, 52, 58, 109 y 138.

⁴¹⁶ Moctezuma Barragán y Serrato Tejeda, *Islas del Golfo*, 1988, pp. 79–108.

⁴¹⁷Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 52.



metros). Las marismas estaban llenas de caimanes y reptiles peligrosos, además de insectos molestos como los mosquitos.⁴¹⁸ Ahora bien, en realidad, había más riesgos de los descritos: muchas más clases de tiburones—al menos unos 40 diferentes—, las rayas con sus agujones y camuflaje y el pez escorpión con sus espinas venenosas. Eran el terror de los viajeros y los locales y hacían del paisaje paradisiaco marino un espacio inseguro.⁴¹⁹

La defensa de los puertos no resultaba mejor que el de los poblados del interior. Las rutas marítimas eran las más apropiadas para viajar: rápidas y más confiables que las terrestres. Pero, como los caminos tierra adentro, tampoco estaban bien protegidas. Había soldados apostados en distintos lugares, pero muy pocos; en algunos puertos ni siquiera existían. Mazatlán tuvo el único “puesto de pardos” —pelotón formado por población de origen africano— de la región, aunque no sabemos cuánto tiempo funcionó. Dufлот decía que había capitanes de la marina mexicana, pero los buques que manejaban solo existían en el papel. El único navío disponible en 1842, según expresó, era una goleta de 86 toneladas llamada “La California” —barco pequeño no armado que solo servía para hacer viajes de inspección comercial. Pero, con las invasiones filibusteras de los años 1850, las cosas cambiaron. Los puertos más importantes se llenaron de soldados y hubo buques que vigilaban la costa. Vigneaux identificó, por ejemplo, un brig de guerra mexicano, “La Suerte”, que navegaba por el golfo de California.⁴²⁰ Asimismo, comentaba que el gobierno estadounidense ayudó a México con un *cutter* de la marina federal,⁴²¹ el cual fue apostado en las costas de California para impedir más viajes piratas.⁴²²

Llamaba la atención de nuestros trotamundos la navegación fluvial, dado que en Francia era muy importante. Si se revisa cualquier mapa de este país que represente sus ríos, es posible ver que comunican a casi toda la nación. Por lo

⁴¹⁸ Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. 204, 205, 224 y 243 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, p. 109

⁴¹⁹ Moctezuma Barragán y Serrato Tejeda, *Islas del Golfo*, 1988, pp. 88, 97 y 103.

⁴²⁰ Era un barco de pequeño tonelaje, con dos mástiles de velas cuadradas. Club de France, Larousse Encyclopedique en couleurs, 1992, p. 1277.

⁴²¹ Embarcación de un solo mástil con velas al tercio. O'Scanlan, *Diccionario marítimo*, 1831, p. 200.

⁴²² Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. 176, 181, 326, Medina Bustos, “Etnic Militias”, 2014, 57 y Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 19, 24–26, 35, 106, 117 y 127.



mismo, se desencantaron al constatar las pocas corrientes navegables en el noroeste: la mayoría era muy pequeña y se secaba en verano, o los ríos eran poco hondos para desarrollar un sistema de barcas en gran escala. Los únicos donde tal hazaña resultaba posible, decían, eran el Colorado y el Sacramento, y aun así de difícil acceso. De hecho, los ríos de la región sí eran navegados por pequeñas barcas, como chalupas o piraguas, y tenían alguna importancia pues, pese a su calado reducido, cargaban agua o madera y las llevaban a los poblados.⁴²³

En conclusión, las rutas marinas en el noroeste mexicano fueron de suma importancia porque eran la manera más rápida y segura de viajar. Estas rutas se componían de: los puertos de altura que eran los más importantes, con navegación todo el año y acceso a los productos internos. Los de cabotaje que, a expensas de ciertas desventajas naturales o de falta de impulso, comunicaban entre los grandes puertos. Y los amarraderos, las islas e islotes servían de referencias geográficas, aprovisionamiento y protección contra tormentas y otros barcos, aunque los viajeros describieron a los de la región como áridas y de difícil acceso, es decir, inútiles.

El otro gran atractivo de los puertos era el comercio. El intercambio internacional legal comenzó con la independencia en 1822, aunque se estableció mejor en 1830 gracias a las casas mercantiles extranjeras las cuales se arraigaron por las bajas tarifas aduanales, su propia red de contactos y un sistema créditos. Los franceses se dedicaron más el comercio de menudeo y, a pesar de la poca visita de barcos compatriotas, eran un mercado rentable y en crecimiento. El inconveniente más grande que encontraron los viajeros para sus intereses fue el proteccionismo mexicano a los metales preciosos y ciertos productos, ya que lo sintieron como un ataque a los mercantes.

⁴²³ Philippe Gardey, "Les négociants de la France méridionale à Bordeaux entre la fin de l'Ancien Régimen et la Restauration", *Liame Histoire et histoire de l'art des époques moderne et contemporaine de l'Europe méditerranéenne et de ses périphéries*, no. 25, 2012, <<https://journals.openedition.org/liame/261>>[Consultado: 11/11/2020], Dufлот de Mofras, *Exploration*, 1846, pp. 179, 215, 216, 254, 397, 422, Vigneaux, *Souvenirs*, 1863, pp. 33 y 171 y Aimard, *La main-ferme*, 1862, p. 22.



El comercio atrajo a mucha población extranjera, lo cual fue una de las diferencias con las poblaciones interiores. Para los viajeros los puertos parecían despoblados y más en temporadas de lluvia, cuando una parte de la población migraba al interior por la poca actividad portuaria y las enfermedades. El paisaje social fue descrito igual de desolado y pobre. A California la describieron mejor por su clima templado. Además, que la costa se hallaba muy desprotegida sin tropas ni marina estable. Con la fiebre del oro la región se desarrolló, pues el comercio se disparó y junto con él la población y la seguridad.

Por último, sus mares (el golfo de California y el océano Pacífico) a los trotamundos les parecieron ricos en fauna, tanto las que servían de alimento como las que producían bienes como pieles, perlas o tintas. A pesar de los peligros que describían estos mares creaban hermosos paisajes de colores.



Conclusiones

Esta tesis indagó en la literatura viajera para analizar cómo se vio el noroeste de México –tanto social como geográficamente–entre 1822 y 1862. La mirada de tres trotamundos que recorrieron el paisaje y lo describieron, para compartirlo con sus compatriotas, hizo aportaciones al imaginario que se tenía de México y en particular de esa región.

En especial, para los franceses, México se presentaba como una tierra de promesas, con suficiente población para ser mano de obra barata y dispuesta a trabajar en el campo, en la incipiente industria, sobre todo, en la minería, el mayor atractivo, sobre todo la de los metales preciosos, como el oro y la plata. Esto derivaba de los relatos virreinales y del fiero monopolio de España sobre sus colonias americanas de las que, se sabía, se extraían grandes riquezas.

En la hipótesis de esta investigación, los itinerantes que recorrieron el noroeste de México no se toparon con lo que esperaban, sino con un desierto poco poblado e inseguro, amenazado por indios indómitos, además de con un país conflictivo, en plena construcción como nación, de malas comunicaciones y con escasos recursos naturales. La realidad los obligó a confrontar sus creencias iniciales con lo que aparecía ante sus ojos y a su vez contrastaban con su lugar de origen: Francia.

Los resultados de la investigación mostraron que esta hipótesis no fue del toda cierta. Si bien hubo una diferencia entre lo que esperaban encontrar y lo visto y descrito, también conservaron ideas de tiempos virreinales que, en vez de eliminarse, se reforzaron o transformaron.

Los viajeros siempre escriben comparando –consciente o inconscientemente– con el lugar de donde pasaron la mayor parte de su vida, en este caso Francia. Aquel país también vivía un proceso de cambio político y social, derivado de la revolución de 1789, la cual la llevó a un largo periodo de luchas internas, revoluciones y guerras internacionales. Aquello provocó que algunos viajeros, como el caso de Ernest Vigneaux y Gustave Aimard, viajaran al nuevo mundo por considerarlo menos tubuloso.

Al llegar al noroeste de México, nuestros tres viajeros reconocieron la inseguridad derivada de la presencia de bandidos y, principalmente, del acecho de los indios “salvajes”, como los apaches, y menos de las guerras internas, aunque si aludieron a la pobreza y destrucción causadas por éstas. Aun así, la poca evocación de ellas puede mostrar que las veían como una oportunidad para dar, a su modo, orden y prosperidad al país.

Otros procesos experimentados entonces por Francia eran la industrialización y el expansionismo imperial, es decir, la búsqueda por el mundo de nuevos mercados e insumos para intercambiar o, en su caso, adquirir mediante conquista. Esto llevó a comerciantes, aventureros y diplomáticos, como fue el caso de Eugène Duflot de Mofras, a recorrer el globo, para explorar las posibilidades de una ampliación territorial para Francia. Así, México, en especial el noroeste, atrajo la atención de particulares y por ser un lugar de riquezas, con un gobierno endeble susceptible de dominación y como una zona estratégica para frenar la expansión de Estados Unidos y participar en el comercio transoceánico entre el Atlántico y el Pacífico.

Por otro lado, en la parte intelectual florecieron nuevas formas de entender el conocimiento, siendo el nuevo continente el lugar idóneo para echar a andar la imaginación, tanto para las ideas románticas, como para realizar pruebas científicas en pro del “progreso” y, por ende, dar un mejor lugar para la humanidad, claro “civilizada”.

En cuanto a diferencias notables de la región noroeste con respecto a Francia y al imaginario que se tenían de México e hicieron remodelar las ideas de los viajeros, se encontraban el paisaje, descrito a través de los binomios de estéril-fértil y desierto-valle. El desierto, que abarcaba la mayor parte de la región, era un lugar maldito, caluroso, monótono, peligroso y, sobre todo, seco y salvaje. Pero, a su vez, representaba un lugar de oportunidad porque solo había que “civilizarlo”, como lo intentaron los españoles con las misiones y presidios. En contraposición estaban los valles fértiles, sobre todo en California, los cuales les recordaban a la patria y, por eso, les atribuían bondades similares: agua, agricultura y “civilización”. Las montañas eran otro factor diferenciador con Francia; aunque no

se las mencionó mucho, por ellas los valles resultaban estrechos. Como último elemento de la región estuvo la costa, casi siempre ignorada si no ofrecía un puerto o un buen lugar para desembarcar.

Desde otro ángulo, otra diferencia fue la población. En primer término, su tamaño y, en segundo, su composición. En cuanto a lo primero, los habitantes del noroeste eran escasos, al grado de que los viajeros franceses decían que no había ciudades, solo pueblos y rancherías. Esto era un impedimento para sus posibles empresas, pero a la vez no representaba un gran problema si se sabía reclutar colonos en Francia. Les causó impacto su composición, ya que no estaban acostumbrados a la división de blancos, mestizos e indígenas, cada uno con su lugar social y sus características. A esto se hallaba ligada la notoria división de la riqueza, con unos pocos ricos y una mayoría pobre que, apenas, tenía con que cubrirse. Estas dos imágenes de la población podían traspasarse al estereotipo de los poblados del noroeste como vacíos y decadentes. En otras palabras, desde su punto de vista, la región no cumplía con sus estándares del progreso y la civilización.

Asimismo, los tres itinerantes hondaron en lo indígena y con ello, en mayor o menor medida, en el sistema misional y presidial. Este último solo fue descrito y analizado por Duflot, pues Vigneaux y Aimard apenas los mencionan. Duflot los conoció cuando aún estaban en pie y funcionando, mientras que, 20 años después, los otros dos solo vieron sus ruinas. A pesar de ello, hicieron notar su importancia y la huella dejada: se les menciona, aun tras su destrucción (para bien o para mal), y se conservan sus nombres.

El cambio más profundo que dejaron las misiones fue la creación y reforzamiento del viejo binomio “civilizado” (europeo)/ “bárbaro” (pueblo originario). Se reflejó, en alguna medida, en los indios de misión (“civilizados”) y los indios “salvajes” que no se sometieron a un poder europeo. Se aclaraba que, si incluso si se reducían a la “civilización”, jamás tendrían el mismo estatus que los blancos o mestizos pues se les veía como aprendices y menores de edad. Esto conllevó a que fueran un grupo menospreciado (en cualquiera forma), maltratado y tachado de ignorantes.

Otro factor que resaltaron los viajeros fue el de la comunicación. El paisaje de la región, de desiertos y montañas, dificultaba hacer caminos en muchas direcciones y, para colmo, el estado de los existentes era pésimo estado. La falta de población hizo que fuera más rápido seguir los trayectos por el camino propio que por los establecidos. Esto causaba, además, que casi no hubiera lugares para dormir y, si los había, estuviesen en malas condiciones, y se vinculaba con la inseguridad derivada, tanto de los ataques de bandidos como de indios, pues no había donde resguardarse. Los únicos vehículos disponible eran los caballos y las mulas, a diferencia de la Francia del vapor, los carruajes y los barcos. Estas condiciones y el hecho que la distancia desde el centro de México hasta la región fuese era muy grande, la llevó a tener una red mejor integrada con Estados Unidos, que prevalece a la fecha.⁴²⁴

Los puertos en el noroeste de México también fueron importantes pues unían a toda la región, de ahí partía el comercio y ahí estaban las casas mercantiles. La población se concentraba en ellos, sobre todo la extranjera, aunque tenía la particularidad de fluctuar mucho entre las temporadas seca y de lluvia. Pero, de acuerdo con los viajeros estos lugares también tenían sus problemas. Uno era que solo había puertos de mar; los fluviales, tan comunes en Francia, eran inexistentes ante la falta de ríos navegables. Además, los pocos abiertos al comercio internacional sufrían por las medidas proteccionistas que, en opinión de quienes querían comerciar libremente para enriquecerse significaba una mala señal.

La única concepción que no cambió, sino que se reforzó fue de la minería, la cual formó siempre parte del paisaje del noroeste. Todos los viajeros (unos más positivos que otros) concordaron en que había oro y plata suficientes como para que valiera la pena una inversión o conquista francesa. También hubo otros minerales de su interés pero, en los hechos, fueron subestimados. Asimismo, coincidieron en que los extranjeros podrían lograr una mejor explotación y calidad de vida para los mexicanos al acercarlos más a la “civilización”. Esto pudo tener

⁴²⁴ Chantal, Cramaussel, “Francia y el norte de México –1821–1867–”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX–XX*, Javier Pérez–Siller y Chantal Cramaussel (dir)–, tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425–445. [Consultado:21/09/20].



que ver con que apenas mencionadas las complicaciones de la minería de la región. Creían que se podrían solucionar con sus propios colonos, técnicas, capitales y contactos mercantiles, en suma, con reformar a su modo la minería del noroeste. También pudo ser, en parte, que esta omisión en parte fuera para no desanimar a los nuevos migrantes.

Al final, la región noroeste, a pesar de no encajar del todo en las expectativas de los viajeros y de que todos terminaron regresando tarde o temprano a Francia donde hicieron el resto de su vida, siguió representando un lugar de oportunidades y de oro y plata. Si bien tenía algunas desventajas y contratiempos, éstos podrían resolverse, según ellos con ayuda de los franceses. Sentían que, al defender en la región su visión del mundo ayudaban a los mexicanos que allí habitaban, pues los acercaban a lo entonces más importante: la civilización y el progreso.

La representación oportunista de la región influyó más tarde en y para la llegada de tropas extranjeras con el segundo imperio de Maximiliano, en 1863, pues seguía el interés. Se rumoreó que Napoleón III, el emperador de Francia que lo apoyaba tenía la intención de tomar Sonora como garantía de la deuda mexicana. Aun así, aquellas fuerzas no pudieron traspasar las ciudades y puertos, a pesar de que, por ejemplo, en Sonora, recibieron el apoyo de los ópatas, mayos y yaquis.⁴²⁵

No obstante, no evitó que se mandaran expertos en minerales, como Guillemín Tarayre, por la *Commission Scientifique* del imperio a recorrer los estados de Durango, Sonora y Baja California, para tener una idea más precisa de su potencial. Su reporte llegó a ser igual al de sus predecesores: había riquezas. Aunque, a diferencia de estos, Tarayre no creyó que hubiera más yacimientos de los descubiertos, aparte de que hallaban muy dispersos y serían mejor explotados por gambusinos que por grandes empresas. Concluía que los

⁴²⁵Chantal Cramaussel, "Francia y el norte de México (1821-1867)", en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425-445. [Consultado:21/09/20] y Martínez Leal, "Posibles antecedentes", 1963, pp. 10, 143-147.



estados con más oro en el norte eran Chihuahua y sobre todo Sinaloa, más que Sonora.

Con el fin de la intervención francesa también terminó el mito de las riquezas del noroeste mexicano. Y como la visión europea de México empeoró al presentársele como un país peligroso que había fusilado a su emperador. La migración francesa y la producción literaria sobre México se detuvieron, al punto que incluso los relatos y memorias militares tardaron en publicarse. Los franceses no volverían a voltear su mirada en nuestra nación, y en menor medida la región noroeste, hasta que Porfirio Díaz estableciera su paz a finales del siglo XIX.⁴²⁶



⁴²⁶Chantal,Cramaussel, “Francia y el norte de México (1821-1867)”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425-445. [Consultado:21/09/20].



Bibliografía:

“History of the U.S. Mint”, 31 de octubre de 2019, <<https://www.usmint.gov/learn/history/overview>> [Consultado: 25/09/2020].

“Las Minas de Oro en Baja California, *California Genealogy*, 2020, <https://californiagenealogy.org/spanish/las_minas.htm> [Consultado: 25/09/2020].

Aguilar Aguilar, Gustavo “El crecimiento de la economía sinaloense y el papel que desempeñaban los empresarios extranjeros, 1840-1910”, *Políticas y social UNAM-Históricas*,

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/int_extranjeros/intext_004.pdf>[Consultado: 14/10/2020]

Agustín Grajales Porras, “La altura masculina a finales del siglo XVIII en poblaciones de la intendencia de Puebla, Nueva España”, *AMHE*, <http://www.economia.unam.mx/amhe/memoria/simposio04/Agustin%20GRAJALE_S.pdf>, [Consultado:20/10/2020]

Aimard, Gustave, *La main-ferme*, Paris, Le Temps, 1862.

Almada Bay, Ignacio *Breve historia de Sonora*, México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica, 2000.

Almada Bay, Ignacio, Amparo Angélica Reyes Gutiérrez y David Contreras Tánori, “Medidas ofensivas y defensivas de los vecinos de Sonora en respuesta a las incursiones apaches, 1854-1890. Despliegue de una autodefensa limitada”, *Historia Mexicana*. Vol. 65, no. 3, 2016, pp. 1193-1269.

Arreola, Daniel D., “Nineteenth-Century Townscapes of Eastern Mexico” *Geographical Review*, vol. 72, no. 1, 1982, pp. 1–19. <www.jstor.org/stable/215065>[consultado: 26/02/19].

Ávila, Alfredo y Luis Jáuregui, “La disolución de la monarquía hispánica y el proceso de Independencia”, en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010.

Ayala Aragón, Rafael, “Los caminos de oro y plata en la provincia de Sonora y Sinaloa”, *Historiemos. Viviendo el pasado para reconstruir el presente*, vol. 1, núm. 2, septiembre 2020, pp. 19-22.

Bernadéu Albert, Salvador, “El abogado Gemelli: memoria viajera y cultura letrada”, *Anuario de Estudios Americanos*, 61, no. 1, enero-junio 2012, pp. 233-252.

Berninger, Dieter George, *La inmigración en México (1821-1857)*, Roberto Gómez Ciriza (trad.), México, Secretaría de Educación Pública, 1974.

Billington, Ray, “The Plains and Desert Throught European Eyes”, *Western Historical Quarterly*, vol. 10, núm. 4, octubre de 1979, pp. 467-487.

Bournazel, Éric, Germaine Vivien, Max Gounelle y Pierre Flandin-Bléty, *Les grandes dates de l'histoire de France*, París, Larrousse, 1987.

Bousquet, Nicole, "La descolonización de la América española: un enfoque de los sistemas mundiales", trad. Nancy Cote, en *Secuencia: revista de historia y ciencias sociales*, no. 22, enero-abril 1992.

Bureau of the Census Library, *Population of The United States in 1860*, Washington, Government Printing Office, 1864

Busto Ibarra, Karina, "Mazatlán: estructura económica y social de una ciudad portuaria, 1854-1869" en Manuel Miño Grijalva (coord.), *Núcleos urbanos mexicanos siglos XVIII y XIX: Mercado, perfiles sociodemográficos y conflictos de autoridad*, México, El Colegio de México, 2006, pp. 273-372.

California Missions Keeping the past present, "San Antonio de Padua", <<https://missionscalifornia.com/san-antonio-de-padua-mission/key-facts>> [Consultado: 17/10/2020].

Canedo Letchaureguy, Mariana, "La fundación de villas como encrucijada de interés en la monarquía hispánica. Autoridades, corporaciones y relaciones interpersonales en el Río Plata, 1800-1807", *Revista de Historia Regional y Local*, vol. 8, no. 16, julio-diciembre 2016, pp. 92-121.

Canudas Sandoval, *Las venas de plata en la historia de México. Síntesis de historia económica siglo XIX*, México, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco/ Utopía, 2005.

Club de France Loisirs, *Larousse Encyclopedique en couleurs*, París, Librairie Larousse, v. 3 y 17, 1992.

Colás, Alejandro, *Imperio*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

Collado, Adriana, "La Fiebre del Oro en California", *About Español*, 1 de noviembre de 2020, <<https://www.aboutespanol.com/la-fiebre-del-oro-en-california-1772295>> [Consultado: 21/10/2020].

Covarrubias, José Enrique, *Visión extranjera de México, 1840-1867: 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, UNAM/Instituto Mora, 1998.

Cramaussel, Chantal, "Francia y el norte de México (1821-1867)", en *México Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (dir.), tomo II, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos <<https://books.openedition.org/cemca/866?lang=es>> pp.425-445. [Consultado: 21/09/20].

Data, "Eugène Duflot de Mofras (1810-1884)", en Data BnFGallica, 2020, <https://data.bnf.fr/fr/11888232/gustave_aimard/>. [Consultado: 09/09/20].

Data, "Gustave Aimard (1818-1883)", en Data BnFGallica, 2020, <https://data.bnf.fr/fr/11888232/gustave_aimard/>. [Consultado: 20/09/20].

Delumeau, Jean (dir.), *Une histoire du monde aux temps modernes*, Italia, L.E.G.O., 2013.

Duflot de Mofras, Eugène, *Atlas d'exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842*, Paris, Arthus Bertrand, 1846.

Duflot de Mofras, Eugène, *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842*, t. 1, Paris, Arthus Bertrand, 1844.

Dufrénoy, Armand, "Etude comparative des sablés aurifères de la Californie, de la Nouvelle-Granade et de l'Oural", *Nouvelles annales des voyages, de la géographie et de l'histoire : ou Recueil des relations originales inédites, communiquées par des voyageurs français et étrangers ; des voyages nouveaux, traduits de toutes les langues européennes ; et des mémoires historiques sur l'origine, la langue, les moeurs et les arts des peuples, ainsi que sur les productions et le commerce des pays peu ou mal connus : accompagnées d'un bulletin où l'on annonce toutes les découvertes, recherches et entreprises qui tendent à accélérer les progrès des sciences historiques, spécialement de la géographie*, J. B. Eyriès et Malte-Brun, (coord.), Paris, Arthus Bertrand, 1849, pp. 340-357.

École des Hautes études en Sciences Sociales, "Des villages de Cassini aux communes d'aujourd'hui" <http://cassini.ehess.fr/cassini/fr/html/6_index.htm> [Consultado : 06/10/2020]

Editores de Babelio, "Gustave Aimard", en *Babelio*, 17 de febrero de 2017, <<https://www.babelio.com/auteur/Gustave-Aimard/19308>> [Consultado: 23/10/2020].

Editores de la Encyclopædia Britannica, "Gustave Aimard", en Encyclopædia Britannica, 9 septiembre 2020, <<https://www.britannica.com/biography/Gustave-Aimard>>, [Consultado: 20/10/2020].

Editores de la Encyclopædia Britannica, en *Encyclopædia Britannica*, 1768, <<https://www.britannica.com/>>. [Consultado: 16/10/2020].

Fazio Fernández, Mariano, *Del buen salvaje al ciudadano: introducción a la filosofía política de Jean-Jacques Rousseau*, Buenos Aires/Madrid, Ciudad Argentina, 2003.

Fernández Chiristlieb, Federico, "País, pueblo y paisaje en la transición de Mesoamérica a la Nueva España", 1 de octubre de 2020, conferencia virtual.

García Martínez, Bernardo, "Regiones y paisajes de la geografía mexicana" en *Historia general de México*, México, Colmex, 2000, pp. 25-91.

Glantz, Margo, *Viajes en México*, México, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1982.

Gómez Mendoza, Josefina, "La mirada del geógrafo sobre el paisaje: del conocimiento a la gestión", en Javier Maderuelo (dir.), *Paisaje y territorio*, Madrid, CDAN-Abada Editores, 2008.

Gómez, Leila, "El hispanismo en viaje: William H. Prescott y México", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 82, 2015, pp. 117-134. <<http://www.jstor.org/stable/44475410>>[consultado: 31/01/19].

Hausberger, Bernd y Oscar Mazín, "Nueva España: los años de autonomía", en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 263-306.

Herrera Canales, Inés, "Comercio y comerciantes de la costa del Pacífico mexicano del siglo XIX", *Historias*, núm. 20, abril-septiembre 1988, pp. 129-135.

Huerta, María Teresa, "Comerciantes en tierra adentro, 1690-1720", en Guillermina del Valle Pavón (coord.), *Mercaderes, comercio y consulados de Nueva España en el siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 17-40.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Anuario estadístico y geográfico de Baja California Sur 2017*, México, INEGI/Gobierno del Estado de Baja California Sur, 2017.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Estadísticas históricas de México*, t. 1, México, INEGI, 1ª reimpresión, 2000.

Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., vol. 1 y 4, 1991.

Jacome, Laura, "Sierra Madre Occidental", *Geografía Laura Jacome*, 3 de octubre de 2012, <<https://geograecologia.blogspot.com/2012/10/sierra-madre-occidental.html>>, [Consultado:28/10/2020].

Jones, Virgil, "Gustave Aimard", *Southwest Review*, vol. 15, no. 4, verano 1930, pp. 452-468.

Leclerq, José Mari, "Historia militar de San Sebastián: Vida y asedios de una pequeña gran ciudad", <<http://www.sansebastian1813.es/427011824>>[Consultado:20/10/2020]

Lin II, Rong-Gong, "Preguntas y respuestas sobre los temblores en California y qué puede venir en el futuro", 5 de julio de 2019, <<https://www.sandiegouniontribune.com/en-espanol/primera-plana/articulo/2019->

[07-05/el-terremoto-del-4-de-julio-no-retrasara-al-grande-y-podria-haber-empeorado-la-tension-del-terremoto](#)>[Consultado:18/10/2020].

Lira, Andrés y Anne Staples, “Del desastre a la reconstrucción republicana, 1848-1876”, en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010.

López Rivas, Gilberto, *Pueblos indígenas*, México, UNAM, colección Conceptos fundamentales de nuestro tiempo, 2007.

Martínez Leal, Margarita, “Posibles antecedentes de la Intervención Francesa de 1862: a través de las obras de viajeros francesas”, tesis para obtener el grado de Maestría en Historia Universal, México, UNAM, 1963.

Mayfield, Joseph, “The Tallest Mountains in California”, 4 de octubre de 2019, <<https://storymaps.arcgis.com/stories/44176fc3cb6b4f8ba15f486ce490cd55>>, [Consultado:18/10/2020].

McNeill, J. R. y William H., *Las redes humanas*, trad. Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2004.

Medina Bustos, José Marcos y Eshter Padilla Calderón (coord.), *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana: siglos XVII-XIX*, Hermosillo, El Colegio de Sonora-El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Baja California, 2015.

Menaza, David, “La ley de Lynch”, *Anatomía de la Historia: disección del presente y del pasado*, 25 de marzo de 2013, <<http://anatomiadelahistoria.com/2013/03/la-ley-de-lynch/>>. [Consultado:17/09/2020]

Mendoza Vargas, Héctor, Eulalia Ribera Cárdo y Pere Sunyer Martín (coord.), *La integración del territorio en una idea de Estado: México y Brasil*, México, UNAM/Instituto de Geografía/Instituto Mora, 2007.

Metcalf, Helen Broughal, “The California frenchfilbusters in Sonora”, *California Historical Society Quartely*, vol. 18, no. 1, marzo 1939, pp. 2-21.

Moctezuma Barragán, Javier y Manuel Serrato Tejeda (coord.), *Islas del Golfo de California*, México, Secretaría de Gobernación/UNAM, 1988.

Nisbet, Robert A., *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Núñez, Estuardo, “Los escritores viajeros en América”, *Revista de Historia de América*, no. 51, jun 1961, pp. 81-97. <www.jstor.org/stable/20138394>[consultado: 31/01/19].

O’Scanlan, Timoteo, *Diccionario marítimo español*, Madrid, Imprenta Real, 1831.

Ortega Noriega, Sergio, *Breve historia de Sinaloa*, México, Colegio de México-Fondo de Cultura Económica-Fideicomiso Historia de las Américas, 2000.

Ortega y Medina, Juan Antonio, *México en la conciencia anglosajona II*, México, Antigua Librería Robredo, 1955.

Ortega y Medina, Juan, "El mundo nuevo en la mente ibérica y sajona", *Secuencia: Revista americana de ciencias sociales*, septiembre- diciembre 1988, pp. 5-15.

Osterhammel, Jürgen, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, trad. Gonzalo García, Barcelona, Crítica, 2015.

Palacios, Juan José, "El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales", *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XVII, no. 66, junio, 1983, pp. 56-68.

Penot, Jacques, *Primeros contactos diplomáticos entre México y Francia, 1808-1838*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975.

Pérez Vázquez, Ramón Guillermo, *Procesos de Formación de los Depósitos de Minerales Sólidos*, Pinar del Río, Universidad de Pinar del Río, 2011.

Philippe Gardey, "Les négociants de la France méridionale à Bordeaux entre la fin de l'Ancien Régimen et la Restauration", *Liame Historire et histoire de l'art des époques moderne et contemporaine de l'Europe méditerranéenne et de ses périphéries*, no. 25, 2012, <<https://journals.openedition.org/liame/261>>[Consultado : 11/11/2020].

Porras Ortega, Ángel Alexandro, "Versificación en el estudiante de Salamanca: forma y sentir del romanticismo", tesis para optar por el título de Licenciatura en Lenguas y Literatura Hispánicas, México, UNAM, 2019.

Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, Ofelia Castillo (trad.), México, Fondo de Cultura Económico, 2010.

Radding, Cynthia, *Pueblos de frontera: coloniaje, grupos étnicos y espacios ecológicos en el noroeste de México, 1700-1850*, Arturo Valencia Ramos (traduc.), Hermosillo, El colegio de Sonora, 2015.

Ramírez Rodríguez, Rodolfo, "Una mirada cautivada: la nación mexicana vista por los extranjeros, 1824-1874", tesis para optar por el título de la Maestría en Historia, México, UNAM, 2010. <<http://132.248.9.195/ptd2010/abril/0656997/Index.html>>[consultado: 25/01/19].

Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Edición digital a partir desde Madrid, RAE/Fundación "la Caixa", 2019 <<https://www.rae.es/>> [Consultado:06/10/2020].

Río, Ignacio del y María Eugenia Altable Fernández, *Breve historia de Baja California Sur*, México, Colegio de México-Fondo de Cultura Económica-Fideicomiso Historia de las Américas, 2000.

Rivas Hernández, Ignacio, "Los primeros intentos de transformación de la actividad minera (1856-1877)", *El desarrollo minero en San Antonio y El Triunfo, Baja California (1856-1925)*, La Paz, Colegio de Bachilleratos de Baja California Sur, 2000, pp. 11-14.

Rojo, Manuel Clemente, *Apuntes históricos de la frontera de la Baja California*, Ensenada, Museo de Historia de Ensenada-Seminario de Historia de Ensenada, 2000.

Román Alarcón, Rigoberto Arturo, *La economía en el sur de Sinaloa (1910-1950)*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 2005.

Román Alarcón, Rigoberto Arturo, *Mazatlán en el siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS)/Juan Pablos Editor, 2009.

Romero Gil, Juan Manuel, *La minería en el noreste de México: utopía y realidad 1850-1910*, México, Universidad de Sonora/Plaza y Valdés, 2001.

Ruiza, M., T. Fernández y E. Tamaro, "Biografía de James Fenimore Cooper", en *Biografías y Vidas. LA enciclopedia en línea*, <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/cooper_james.htm> [Consultado: 27/10/2020]

Salmerón, Alicia, "Víctor Hugo frente a una África "sin historia", en Matilde Souto, Alicia Salmerón, Leticia Mayer -coord.-, *Hacia una historia global e interconectada: fuentes y temas para la enseñanza -siglos XVI-XIX-*, México, UNAM/ Instituto Mora, 2017, pp. 215-.

Sánchez, Luis I., "El reclutamiento forzoso durante el siglo XIX mexicano", *Facetas históricas, blog de historia, política y tecnología*, 15 de septiembre de 2012, <<https://facetashistoricas.wordpress.com/2012/09/15/el-reclutamiento-forzoso-durante-el-siglo-xix-mexicano/>>[Consultado:20/10/2020].

Serrano Ortega, José Antonio y Josefina Zoraida Vázquez, "El nuevo orden, 1821-1848", en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010.

Sheridan Prieto, Cecilia, "Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España", México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2015.

Soto Quirós, Ronald, ""Viajes, geografías, imágenes e identidades" Los franceses y América Central: Su visión particular de Costa Rica 1821-1930", *Revista de Historia de América*, no. 129, 2001, pp. 161-195. <<http://www.jstor.org/stable/44732858>>[consultado: 31/01/19].

Suárez Argüello, Ana Rosa, "De Maine a México: la misión diplomática de Nathan Clifford (1848-1849)", tesis presentado para el grado de Maestría en Historia de México, UNAM, 1994.

Suárez Argüello, Ana Rosa, "Viajando como prisionero de guerra Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna", *Estudio de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 27, enero/junio 2004. <<http://www.scielo.org.mx/pdf/ehmcm/n27/0185-2620-ehmcm-27-00035.pdf>> [Consultado: 11/09/20].

Suárez Argüello, Ana Rosa, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, Consejo Nacional para las culturas y las Artes, 1990.

Suárez Argüello, Clara Elena, "Los bancos de rescates de platas: ¿una opción alternativa para el financiamiento de la minería? El caso de Zacatecas: 1791-1810", Guillermina del Valle Pavón (coord.), en *Mercaderes, comercio y consulados de Nueva España en el siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 98-132.

Taylor Hanse, Lawrence Douglas, "La "fiebre del oro" en Baja California durante la década de 1850: su impacto sobre el desarrollo del territorio", *Región y sociedad*, vol. 19, no. 38, enero/abril 2007 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-39252007000100005&script=sci_arttext>. [Consultado: 02/08/2020].

Taylor Hansen, Lawrence Douglas, "El oro que brilla desde el otro lado: aspectos transfronterizos de la fiebre del oro californiana, 1848-1862", *Secuencia: Revista de Historia y Ciencia Sociales*, no. 77, mayo-agosto 2010, pp. 41-58.

Trejo Barajas, Dení, "Conformación de un mercado regional en el golfo de California en el siglo XIX", *Secuencia: Revista de Historia y Ciencia Sociales*, no. 42, sept.-dic. 1998, pp. 117-145.

Trifilo, S. Samuel. "Nineteenth Century English TravelBookson Argentina: A Revival in Spanish Translation." *Hispania*, vol. 41, no. 4, 1958, pp. 491-96.

Vericat, José, "Imágenes sin texto. La visión y el arte en los *Cuadros de la naturaleza* de Alexander von Humboldt", en Fermín del Pino-Díaz, Pascal Riviale y Juan J. R. Villarías-Robles (coord.), *Entre Texto e Imágenes. Representaciones antropológicas de la América indígena*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, pp. 149-158.

Vigneaux, Ernest, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, 1854-1855*, París, Librairie de l'Hachette et C^{le}, 1863.

Von Wobeser, Gisela, "El error de Humboldt. Consideraciones en torno a la riqueza del clero novohispano", *Secuencia: Revista de historia y ciencias sociales*, no. 42, septiembre-diciembre 1998, pp. 49-64.

Weber, Francis J., "The california missions and their visitors", *The Americans*, vol. 24, no. 4, abril 1968, pp. 319-336.

Willys, Rufus Kay, "French imperialist in California", *California Historical Society Quartely*, vol.8 no. 2, junio, 1929, pp. 116-129.

Willys, Rufus Kay, "The French of California and Sonora", *Pacific Historical Review*, vol. 1, no. 3, septiembre 1932, pp. 337-359.

